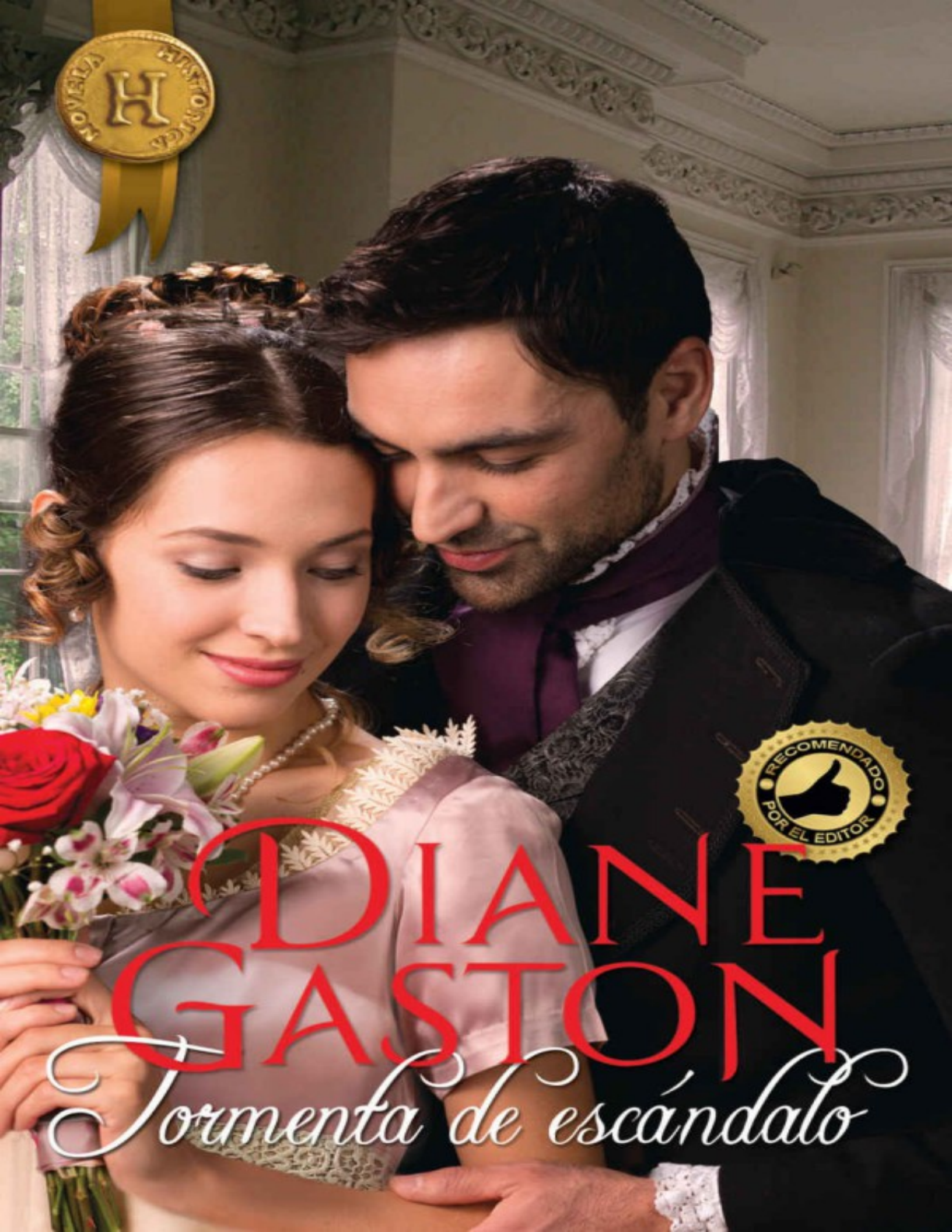

NOVELA HISTÓRICA
H
RECOMENDADO POR EL EDITOR
DIANE GASTON
Tormenta de escándalo

DIANE GASTON

Tormenta de escándalo

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Diane Perkins
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Tormenta de escándalo, n.º 595 - 1.5.16
Título original: Bound by Duty
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-8124-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Los editores
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Cuando el escándalo rige tu vida desde que eres capaz de recordar, no hay nada que aprecies más que una vida decente, pero cuando esa mala estrella se cruza en tu camino es muy difícil deshacerse de ella. Eso fue lo que pensó nuestra protagonista cuando una desafortunada tormenta la llevó a los brazos de un desconocido y la volvió a poner en entredicho, y esta vez se trataba de su propio escándalo, no un estigma familiar.

El hombre que con tanto valor la protegió de los elementos no iba a dejarla a merced de las habladurías y prometió casarse con ella… y con ese gesto tan caballeroso pareció cerrar la puerta a la incipiente pasión que había nacido en una cabaña bajo la tormenta…

Este es el inicio de la maravillosa historia que tenemos el gusto de recomendaros. Diane Gaston sabrá contárnosla de una forma también maravillosa.

¡Feliz lectura!

Los editores

En recuerdo de mi madre, Teresa Gaston, una persona delicada y amable que siempre estaba silenciosamente a mi lado y que nunca jamás hirió los sentimientos de nadie.

Uno

Febrero de 1815. Lincolnshire, Inglaterra

El viento invernal soplaba contra las contraventanas de Summerfield House mientras Tess Summerfield acudía a la llamada de su hermana mayor.

Ven inmediatamente a salita, decía la nota.

Temía que fuesen más malas noticias. Últimamente, cada vez que Lorene las llamaba a ella y a su hermana menor, Genna, a esa sala era para oír malas noticias. El aullido del viento parecía el presagio adecuado. La salita era muy luminosa los días soleados, pero ese día era gris y plomizo.

Lorene estaba con una expresión sombría junto a la chimenea y Genna, igual de sombría, estaba sentada en una butaca.

—¿Qué pasa, Lorene? —le preguntó ella.

Lorene había estado comportándose de una forma bastante rara, salía de la casa para hacer recados que no aclaraba y se quedaba fuera durante horas. La muerte repentina de su padre, hacía dos meses, había sido una circunstancia muy adversa, pero, poco después, también comprobaron que se había gastado sus dotes antes de morir. Además, el primo lejano que iba a heredar el título y las posesiones de su padre había dejado muy claro que no pensaba mantenerlas. Al fin y al cabo, todo el mundo creía que las escandalosas hermanas Summerfield no eran Summerfield en absoluto. Según los rumores, cada una era hija de un amante distinto. Antes de que su madre se escapara con uno de ellos, claro. El heredero del título de barón también había dejado claro que quería tomar posesión de la residencia que le correspondía lo antes

posible y que las hermanas tenían que abandonar la que había sido su casa durante todas sus vidas. ¿Qué más podía pasarles?

—Siéntate, por favor —le pidió Lorene con el hermoso rostro crispado por la tensión.

Ella intercambió una mirada con Genna y se sentó. Lorene fue de un lado a otro por delante de ellas.

—Sé que todas hemos estado preocupadas por lo que iba a ser de nosotras…

Eso era decir muy poco. Ella se había imaginado que tendrían que separarse y aceptar puestos de institutrices o señoritas de compañía si tenían la suerte de que encontraran esos puestos dada la reputación de la familia.

—Yo… Yo he encontrado una solución —siguió Lorene mirándolas con preocupación.

Si era una solución, ¿por qué parecía tan preocupada?

—¿Cuál, Lorene?

—Yo… Yo he encontrado una manera de recuperar vuestras dotes —Lorene se frotó las manos—. Una manera de que seáis casaderas otra vez.

Se necesitaría una dote muy considerable para borrar el escándalo que las había perseguido todas sus vidas. Por si el abandono de su madre no había sido bastante, también estaba el escándalo de su padre. Su padre, antes incluso de que su madre se marchara, había llevado allí a su hijo bastardo. Naturalmente, sus hermanas y ella querían a Edmund, era su hermano al fin y al cabo, pero su presencia había generado más habladurías.

—Que bobada —farfulló Genna—. Nada nos convertirá en casaderas. Nuestra madre tuvo demasiados amantes. Por eso no nos parecemos nada.

Eso no era completamente cierto. Todas tenían frentes amplias y rostros delgados, aunque Lorene tenía el pelo y los ojos oscuros, Genna era rubia con los ojos azules y ella estaba a medio camino, tenía el pelo castaño y los ojos color avellana. Decían que ella se parecía a su madre, pero no se acordaba de cómo era exactamente.

—Lorene, no irás a decirnos que has encontrado a nuestra madre… ¿Va a reponer nuestras dotes?

Ella solo tenía nueve años cuando su madre se marchó. Lorene pareció sorprenderse.

—¿Nuestra madre? No, no se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó Genna.

Lorene se detuvo y las miró.

—Me he casado.

—¡Casada! —Tess se levantó de la butaca—. ¡Casada!

—No has podido casarte —añadió Genna—. No ha habido amonestaciones.

—Fue con un permiso de matrimonio especial.

¡Era imposible! Lorene nunca le habría ocultado algo así. Se contaban todos sus secretos… casi.

—¿Quién es? —preguntó ella intentando no sentirse dolida.

—Lord Tinmore —contestó Lorene con un susurro.

—¡Lord Tinmore! —exclamaron Tess y Genna a la vez.

—¿El enclaustrado? —preguntó Tess.

Lord Tinmore se había recluido en sus posesiones de Lincolnshire, cerca de Yardney, su pueblo, desde que su esposa y su hijo murieron hacía unos años. Ella no podía imaginarse cómo había conocido su hermana a ese hombre y mucho menos que él la hubiese cortejado; nadie veía a lord Tinmore.

—¡Tiene que tener ochenta años! —gritó Genna.

—Solo tiene setenta y seis —le corrigió Lorene levantando la barbilla.

—Setenta y seis. Eso está mucho mejor —replicó Genna con sarcasmo.

¿Su adorada hermana mayor casada con un anciano enclaustrado?

—¿Por qué, Lorene? ¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Lo hice por vosotras, Tess —los ojos de Lorene dejaron escapar un destello—. Lord Tinmore me prometió proporcionaros una dote y alojaros durante una temporada en Londres. Incluso enviará a Edmund el dinero para que compre un ascenso en el ejército y correrá con los gastos. Es un buen hombre.

¿Se había casado con ese hombre para que ellas pusieran tener dotes y Edmund un ascenso?

—Yo nunca te he pedido una dote —intervino Genna—. Además, Edmund puede conseguir el ascenso por sus medios.

—Sabes que no puede ahora que la guerra ha terminado —le rebatió Lorene—. No tiene bastante, ya sabes que ser oficial cuesta dinero.

—¿Nuestras dotes no fueron suficientes para Edmund? —preguntó Genna sacudiendo la cabeza.

Su padre había empleado el último penique de sus dotes para comprar el grado de teniente para Edmund. Lorene saltó en defensa de su hermano.

—Edmund no sabe nada de eso, Genna, y tú no puedes decírselo. Se pondría enfermo si lo supiera. Además, nuestro padre pensaba recuperar el dinero de nuestras dotes, me aseguró que su última inversión nos proporcionaría todo lo que necesitáramos.

Naturalmente, lo más probable era que saliera como habían salido todas sus inversiones que eran tan buenas que no podían ser verdad. Además, si daba dividendos, algo improbable, irían al heredero. El testamento de su padre solo les otorgaba las inexistentes dotes. Sin embargo, Lorene no diría nada malo de su padre, ni de nadie. Ella pensaba lo mejor de todo el mundo, incluso de su madre. Lorene insistía en que su madre había hecho bien al abandonar a sus hijas porque se había fugado con el hombre que amaba de verdad. ¿Qué pasaba con el amor que una madre debería sentir por sus hijas? Se preguntaba ella.

En ese momento, Lorene estaba cometiendo el mismo error que sus padres, estaba casándose sin amar a su marido.

—Tú no puedes amar a lord Tinmore.

—No, no lo amo —reconoció Lorene—, pero eso es otro asunto.

—¿Otro asunto? —preguntó Tess—. ¿No has aprendido nada de nuestros padres? Serás desdichada y harás que él también lo sea.

—No lo haré —Lorene se puso muy recta—. Prometí que dedicaría mi vida a hacerlo feliz y pienso cumplir mi promesa.

—¿Y tú? —insistió Tess.

Lorene miró hacia otro lado.

—No se me ocurrió nada más. ¿Qué sería de Genna y de ti si no hacía nada?

La pregunta no exigía respuesta. Todas sabían el destino que las esperaba.

—Tampoco tenías que sacrificar tu vida por nosotras —comentó Genna.

—Lo medité mucho —siguió Lorene como si no hubiese oído a Genna—. Tiene sentido. Si no hubiese hecho nada, todos habríamos llevado unas vidas pesarosas. Al casarme con lord Tinmore, Edmund y vosotras tenéis esperanza. Con unas dotes buenas, podéis casaros como queráis. No estaréis desesperadas.

Lorene quería decir que Genna y ella, e incluso Edmund, podrían casarse por amor. Podrían eludir la infelicidad de sus padres y gozar de seguridad. Tendrían la oportunidad de ser felices y a Lorene solo le había costado su oportunidad de serlo, la oportunidad de conocer el amor.

Tess vio un diminuto rayo de esperanza. Si tenía dote, el señor Welton podría cortejarla. También miró hacia otro lado. ¡Era una atrocidad! ¿Cómo podía alegrarse por el sacrificio de Lorene? Se recompuso un poco.

—¿Cómo lo conseguiste, Lorene? ¿Cómo lo conociste siquiera?

—Acudí a él, le pedí que se casara conmigo y aceptó.

¿Sin decírselo a ella, la persona a la que estaba más unida?

—¿Sin un cortejo?

Lorene la miró con desesperación.

—¿Qué necesidad había de un cortejo? Aclaramos las cosas en un par de reuniones y lord Tinmore consiguió un permiso de matrimonio especial. Entonces, el párroco de su iglesia nos casó en el salón de su casa.

—Podrías habernos invitado… —se quejó Genna, quien, evidentemente, también estaba dolida.

—Habrías intentado impedirlo —replicó Lorene.

—Es verdad, lo habría intentado —reconoció Genna con firmeza.

El viento azotó las contraventanas con fuerza. ¿Habría intentado ella impedírselo? No lo sabía. Los nubarrones que se cernían sobre ellas se habían abierto y habían dejado paso a la luz. Lorene los había salvado al sacrificarse.

Solo dos semanas después, Tess Summerfield estaba tumbada en la cama de uno de los muchos dormitorios de Tinmore Hall. Era la habitación que le habían dado a Genna, quien estaba detrás de un caballete y mirando por la ventana. Lorene, algo nerviosa, iba de un lado a otro, lo cual, se había convertido en una costumbre.

—Es una reunión fantástica, ¿verdad? —preguntó Lorene mirándolas con ilusión.

—¡Fantástica! —contestó Tess.

Todo había cambiado muy deprisa. Dos días después de que Lorene les comunicara su matrimonio, se marcharon de la única casa que habían conocido y cada una solo se había llevado un baúl con sus pertenencias. En ese momento, lord Tinmore había invitado precipitadamente a unos amigos a que pasaran unos días en su casa para presentarles a su esposa. Al cabo de un mes o así viajarían a Londres para pasar por el torbellino de hacerse los vestidos y comprarse los sombreros que lucirían durante la Temporada. El matrimonio de Lorene seguía impresionándola, pero Tess no podía evitar sentirse emocionada por lo que se avecinaba. También estaba profundamente agradecida a Lorene, casi tanto como se sentía culpable.

Genna, sin embargo, no estaba agradecida. Seguía tan sombría como el día que Lorene les contó su secreto.

—Es fantástica, ¿verdad, Genna?

Tess también lamentaba haber perdido su casa, pero estaba dispuesta a mostrarle su apoyo a Lorene. Genna dejó el pincel en el frasco con agua y se dio la vuelta.

—No soporto esta reunión.

—¡Genna! —le riñó Tess.

Lorene hizo un gesto para aplacarla.

—No pasa nada. Déjala que diga lo que piensa.

—No soporto que te hayas casado con ese hombre, con ese anciano, por dinero —Genna se puso roja—. Sus invitados dicen que eres una cazafortunas y tienen razón.

—¡Basta, Genna! —exclamó Tess—. Sobre todo, porque Lorene lo hizo por nosotros.

—Yo no lo pedí —Genna se dirigió a Lorene—. Nunca te lo habría pedido, jamás.

—Nadie me lo ha pedido —Lorene se acercó a Genna y le puso una mano en el brazo—. Además, el conde es un buen hombre. Mira todo lo que ya ha hecho por nosotros.

Les había dado una casa nueva en Tinmore Hall, les había encargado vestidos nuevos en la costurera del pueblo, estaba preparando las dotes de Genna y de ella y una asignación para Edmund, cuyo regimiento estaba en algún lugar del continente.

—Fue un sacrificio muy valiente —Tess se sentó—. ¿No puedes entenderlo, Genna? Ahora tenemos una oportunidad. Lord Tinmore nos proporcionará una dote respetable e iremos a la Temporada de Londres, donde podremos conocer a muchos jóvenes casaderos.

El señor Welton estaría allí, había dicho que estaría allí durante la temporada, y ella estaba deseando contarle cómo habían cambiado sus circunstancias.

—Podrás elegir entre distintos jóvenes —Lorene apretó el brazo de Genna—. No tendrás que casarte solo para tener un techo y comida. Podrás esperar a encontrar el hombre que aprecias de verdad.

—Podrás casarte por amor.

Era lo que más deseaba Tess. Eso y estar unida siempre a sus hermanas.

—Quiero que podáis casaros por amor —añadió Lorene en un tono serio—, que conozcáis esa felicidad.

Tess tenía fama de ser la hermana con los pies en la tierra, sensata y resolutiva. ¿Se sorprenderían sus hermanas si se enteraban de que sentía una atracción secreta por un hombre? Sentía un hormigueo de emoción solo de pensar en él.

—Tú te casaste con un hombre feo y maloliente solo para que Tess, Edmund y yo podamos casarnos por amor —replicó Genna con el rostro crispado—. Bravo, Lorene, deberíamos estar contentos de saber que tienes que compartir su cama por nosotros.

Lorene se quedó pálida y se puso más seria todavía.

—No tienes por qué hablar de eso, jamás. Es un asunto privado que solo me atañe a mí. ¿Me has oído?

—¿Y tu vida? ¿Y tus elecciones? ¿Y tu matrimonio por amor? —preguntó Genna en tono estridente.

Lorene se llevó una mano a la frente.

—Yo también elegí. Elegí esto por vosotros. Además, lord Tinmore ha tenido la amabilidad de proporcionarte esta preciosa habitación con tus pinturas y papel. Nos ha encargado un guardarropa nuevo y pronto nos llevará a Londres para comprar más cosas y…

—¿Qué tienes que hacer a cambio, Lorene? —le interrumpió Genna.

Lorene la miró con el ceño fruncido, se puso muy recta y fue hacia la puerta.

—Tengo que irme. Tengo que cerciorarme de que todo está en orden para los invitados. Genna, espero que sepas comportarte delante de ellos.

—Sé comportarme —replicó Genna sin abandonar el tono recalcitrante—. ¿Acaso no nos enseñó papá a no comportarnos nunca como nuestra madre?

Lorene volvió a mirarla con unos ojos penetrantes y tristes, eso le pareció a Tess, y salió de la habitación. Tess se levantó de la cama.

—Genna, ¿cómo has podido? Lo que has dicho ha sido espantoso. Eso de… de compartir la cama con lord Tinmore.

Y lo de su madre… Genna se cruzó de brazos.

—¿No es lo que pensamos? Lo que tiene que hacer con él por nosotros.

Tess sintió una punzada de remordimiento, pero se acercó a su hermana y la zarandeó.

—¡No podemos hablar de eso! Le hace daño. Ya lo has visto.

Genna se zafó, pero parecía desasosegada y Tess siguió.

—Tenemos que sacar lo que podamos de esto, por ella. Nos ha ayudado muchísimo con un sacrificio enorme. Nos ha hecho un regalo inconmensurable, somos libres de elegir con quién queremos casarnos —ella pensó en el señor Welton—. No podemos hacer que se sienta mal por eso.

—Muy bien —Genna volvió a su acuarela—, ¿pero qué tenemos que hacer cuando oigamos a los invitados decir que se ha casado con lord Tinmore por dinero? ¿Tenemos que contestar que, efectivamente, se ha casado con él por su título y su dinero como hizo nuestra madre con nuestro padre?

Esa era otra verdad que era preferible no sacar a relucir.

—Fingiremos que no hemos oído nada —contestó Tess con firmeza—. Actuaremos como si se hubiesen casado por amor y que estamos encantadas por los dos.

—Ya… Una boda por amor entre un hombre viejo y maloliente y una joven hermosa —Genna golpeó con el dedo la pintura—. ¿Qué diremos cuando también nos acusen a nostras de aprovecharnos de lord Tinmore?

—¿Nosotras? —Tess parpadeó—. ¿Alguien ha dicho eso?

—No en mi cara —Genna se encogió de hombros—. Aun así, dime lo que tengo que decir cuando lo hagan.

Ella no se había planteado la posibilidad, pero no era disparatada. En cierto sentido, Edmund, Genna y ella iban a salir ganando más que Lorene. El dinero de lord Tinmore les abría muchas posibilidades, posibilidades que la entusiasmaban. Entonces, el remordimiento se adueñó de ella otra vez.

—Sencillamente, nos mostraremos agradecidos por todo lo que hace por nosotros, porque estamos agradecidas, ¿no?

—Mucho —contestó Genna con una sonrisa falsa y atravesándola con la mirada.

Era demasiado impetuosa y decía las cosas con demasiada claridad. Ella cambió de asunto.

—No creo que lord Tinmore tenga nada preparado para nosotras hasta la cena.

Los invitados, de una edad más parecida a la de él que a la de su esposa, tenían que descansar después de haber viajado hasta Lincolnshire el día anterior. Ella suponía que habían aceptado la primera invitación a Tinmore Hall en treinta años porque querían ver quién era la mujer que había conseguido que lord Tinmore abriera sus puertas por fin. Le aterraba el segundo encuentro con los invitados. La ropa de viaje de las mujeres era más elegante que su mejor vestido y los vestidos de noche la habían dejado sin respiración. Los vestidos nuevos que había encargado lord Tinmore no estarían terminados hasta dentro de una semana y no quería que sus hermanas y ella parecieran desharrapadas hasta entonces.

—¿Me acompañas al pueblo? —preguntó ella.

—¿Para qué vas al pueblo? —preguntó Genna con sorpresa.

—A comprar cintas y encaje. Creo que puedo arreglar los vestidos para que no parezca que llevamos los mismos todas las noches.

—Es una tontería que salgas —Genna señaló hacia la ventana—. Va a llover.

Tess miró el cielo encapotado.

—No creo que llueva antes de que vuelva.

—Yo no voy a arriesgarme —replicó Genna metiendo el pincel en la pintura.

—Muy bien. Puedo ir sola.

Ella siempre iba andando a Yardney, el pueblo que había sido su pueblo. Solo estaba a unos kilómetros de allí y, evidentemente, Lorene había andado esa distancia las suficientes veces como para casarse. ¿Por qué no ir a Yardney en vez de al pueblo más cercano? Solo tardaría un poco más. Si iba a Yardney, podría visitar a la tía del señor Welton, y si el señor Welton seguía viviendo allí, podría contarle que había recuperado su dote.

—Deberías ir con una doncella o algo así —comentó Genna—. ¿No es eso lo que hacen las pupilas adineradas?

Quizá fuese verdad si quisiera que alguien supiera a dónde se dirigía. Además, lord Tinmore no era su tutor. No les habían nombrado un tutor cuando su padre murió. No había que proteger ninguna fortuna o posesión. Sin embargo, sí estaban bajo la protección de lord Tinmore.

—A lord Tinmore no le importará que vaya andando al pueblo cuando he paseado por el campo toda mi vida.

Al menos, esperaba que no le importase. Genna y ella lo habían visto muy poco, solo durante algunas comidas.

—En cualquier caso, voy a ir —añadió abriendo la puerta.

Con un poco de suerte, podría arreglar los vestidos para antes de la cena y, además, ocuparse de su porvenir.

—Bueno, si llueve, te empapas y te resfrías, no esperes que yo te suene la nariz —replicó Genna sin dejar de mirar la acuarela.

Seguramente, Genna no se daba cuenta de que así había enfermado su padre.

—Nunca me resfrío.

Tess salió de la habitación y cerró la puerta.

No empezó a llover hasta que Tess salió de Yardney y ya estaba en el camino que llevaba a Tinmore Hall. Primero cayeron cuatro gotas que enseguida se convirtieron en un chaparrón. Sin embargo, poco después, fue como si el cielo hubiese decidido vaciar todos los cubos a la vez. La capa de Tess se empapó en cuestión de segundos y hasta las compras que había hecho estaban mojándose a pesar del papel que las envolvía.

—Genna, vas a disfrutar —se dijo en voz alta.

Sin embargo, había merecido la pena. Había comprobado que el señor Welton, efectivamente, se había marchado a Londres, pero se había enterado de la boda de Lorene y ella le había contado a su tía cómo habían cambiado las circunstancias. Se encontrarían cuando lord Tinmore las llevara a pasar la Temporada, dentro de unas semanas.

Los botines se metían en el barro del camino y le costaba levantar un pie detrás del otro. El agua le caía del ala del sombrero y las gotas le golpeaban el rostro como si fuesen agujas de hielo. Le quedaban casi tres kilómetros para llegar a la verja de la finca. El barro se aferraba a los botines como si fuese un ser perverso que quería detenerla. Era inútil intentar acelerar el paso, pero, al menos, pudo ver el puente a través de la manta de lluvia. Sin embargo, estaba anegado por el agua.

—¡No! —exclamó en medio del vendaval.

No conocía otro camino para llegar a Tinmore Hall. No tenía más remedio que ir al pueblo más cercano, como debería haber hecho desde el principio. En ese momento, la lluvia ya no era como agujas, era como cuchillos. Miró la zona boscosa que había junto al camino. Si fuese su casa, sabría atajar entre los campos y ya podría estar sentada delante de la chimenea, pero, allí, no se atrevía a abandonar el camino que sabía que llevaba a Tinmore Hall. No tenía que pensar, tenía que limitarse a poner un pie delante del otro.

Anduvo y anduvo hasta que le pareció ver la silueta borrosa de la torre de la iglesia. Aceleró un poco, hasta que llegó a un punto donde el agua también cubría el camino. No podía avanzar ni un paso más. Sin embargo, sí podía volver a Yardney. Quizá pudiera cobijarse en la casa de la tía del señor Welton o, incluso, llamar a la

puerta de Summerfield House. Volvió al camino del puente, pero, un poco más delante, ese camino también estaba inundado. Caminó hasta que encontró otro sendero, pero no sabía a dónde llevaba. Si estuviese cerca de su casa, podría ir en cualquier dirección hasta que encontrara la casa de alguien pero ya no sabía dónde estaba. Estaba perdida, mojada y helada.

Dos

Marc Glenville maldijo la lluvia. No entendía que tuviese que diluviar justo cuando iba a caballo camino de Londres. Salvo que los dioses del tiempo estuviesen del mismo humor que él. Nunca le alegraba volver a Londres. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Ya había terminado lo que tenía que hacer en Escocia. El caballo se resbaló y su cabeza se inclinó hacia atrás. Un chorro de agua le cayó por la espalda.

Lo que tenía que hacer en Escocia. ¡Ja! Eso era lo que les contaba a sus padres y a todos los que le preguntaban dónde se metía durante esos meses interminables, pero no era la verdad. Había estado en Francia, en París y en el campo, mezclándose con los bonapartistas y otras personas descontentas con el regreso de Luis XVIII al trono. Había estado intentando averiguar si ese descontento podía acabar en una insurrección. Todo por el rey y la patria. La inquietud no estaba muy extendida. Los franceses, como los británicos, estaban cansados de la guerra. Él había redactado los informes y ya no le pedirían nada más. Era el momento de hacer frente a cuestiones más personales, de afrontar que su hermano no volviese a sonreírle desde el otro lado de la mesa y que su mejor amigo no volviese a visitarlo jamás. Cuando fingía ser monsieur Renard, un ciudadano de a pie francés, casi podía olvidarse de que Lucien, su hermano, había fallecido hacía cuatro años y Charles, casi tres. El dolor que sintió fue como un rayo en las entrañas. Necio Lucien. Temerario Charles. Habían muerto innecesariamente.

Levantó la cara para que la lluvia le sofocara los sentimientos. Era preferible dominar los sentimientos. Cuando estaba metido de pleno en el espionaje, eso podía salvarle la vida, pero, una vez en Londres, podría salvarle la cordura.

¿Esa lluvia gélida estaba inspirándole pensamientos sombríos como estaba empapándolo hasta los huesos? Tenía que concentrarse en el camino y en su pobre caballo. Abrirse paso por esos caminos embarrados era una batalla hasta para ese animal tan vigoroso. El caballo resopló.

—Fatigoso, ¿verdad, Apolo?

Dio unas palmadas en el cuello del caballo. Había esperado llegar a Peterborough al anochecer, pero era impensable con ese tiempo. Tendría suerte si llegaba a un pueblo, fuera el que fuese, y había una posada con una cama limpia. La lluvia los había apartado de la ruta principal y se abrían paso por los caminos que seguían transitables. El retraso no le importaba gran cosa, no había nadie esperándolo. No había avisado a sus padres de que iba volver, quería que fuese una sorpresa. Siempre temía la visita a la familia, pero había llegado el momento de que ocupara su lugar como heredero una vez que el deber no iba a reclamarlo en ningún sitio. También visitaría a Doria Caldwell, la hermana de Charles, y haría oficial lo que había sido implícito desde que murió su amigo. Se lo debía a Charles. Además, la familia Caldwell, que en ese momento estaba formada por ella y su padre, era tan respetable y racional que le gustaría formar parte de ella.

Se oyó un trueno y el cielo se iluminó con un rayo. ¿Iba a alcanzarlo un rayo de verdad en vez de uno metafórico?

Tenía que estar cerca del pueblo, ya llevaba bastante tiempo cabalgando. Miró hacia delante con la esperanza de ver tejados o una señal que indicara que había un albergue cerca, pero la lluvia formaba una cortina gris que le impedía ver a unos metros de distancia. Además, parecía como si esa cortina avanzara con él envuelto en la oscuridad. Otro rayo resplandeció y le pareció ver a alguien en el camino. Aguzó la vista hasta que vio una figura entre la cortina de lluvia. Era una mujer a pie y que no oía a su caballo que se acercaba por detrás.

—¡Hola! —gritó él—. ¡Hola!

La mujer, cubierta con una capa oscura, se dio la vuelta y agitó las manos para que se detuviera. Como si un caballero fuese a pasar de largo… Se acercó y desmontó.

—Señora, ¿adónde se dirige? ¿Puedo ayudarla?

Ella lo miró. Era una joven hermosa, aunque tenía el rostro desencajado por la angustia y el agotamiento.

—Quiero ir a Tinmore Hall —contestó ella aunque tenía que hacer un esfuerzo para hablar.

—Indíqueme el camino. La llevaré en mi caballo.

Ella negó con la cabeza.

—Imposible. Todo inundado. No puedo llegar. No puedo llegar al pueblo —contestó ella con una voz temblorosa por el frío.

—Venga —él le ofreció una mano—. La montaré en mi caballo.

Tenía la capa empapada y el sombrero había perdido la forma. Peor aún, tenía los labios amoratados.

—Encontraremos un sitio donde pueda secarse.

Ella asintió con la cabeza, pero sus ojos claros no tenían ninguna expresión. Le entregó un paquete, también empapado, y él lo guardó en una de las alforjas. Luego, la montó en Apolo y él se montó detrás de ella.

—¿Está cómoda? ¿Se siente segura?

Ella volvió a asentir con la cabeza y tembló de frío. Él la rodeó con los brazos, pero no le alivió gran cosa el frío. Tomó las riendas y el pobre Apolo, con más peso todavía, empezó a avanzar otra vez.

—No soy de aquí —comentó él en voz alta para que lo oyera entre la lluvia—. ¿A qué distancia está el pueblo más cercano?

—Perdida —ella giró la cabeza—. Yardney… no puedo encontrarlo…

Yardney tenía que ser un pueblo de los alrededores.

—Lo encontraremos.

Él llevaba más de un hora repitiéndose que encontraría un pueblo.

—Frío —ella volvió a temblar—. Mucho frío.

Tenía que encontrar un refugio y secarla enseguida. La gente se moría de frío. Ella se dejó caer contra él con los músculos relajados. Siguieron avanzando hasta que encontraron un cruce con una señal que señalaba hacia Kirton.

—¿Lo ve? —gritó él señalando la señal—. Kirton.

Ella no contestó. Un poco más adelante, el camino estaba cortado por el agua. Dio media vuelta, volvió al cruce y tomó la dirección contraria. Esas tierras estaban cultivadas y tendría que haber alguna casa. Aunque no podía verla entre la lluvia. El camino fue

estrechándose hasta que se convirtió en poco más que un sendero pedregoso. Lo siguió con la esperanza de no estar perdiendo un tiempo precioso y buscó con la mirada algo que tuviera paredes y tejado. Entonces, una casita apareció delante de ellos. No se veían velas encendidas por las ventanas y la chimenea no humeaba. Tendrían suerte si estaba seca por dentro.

—¡Mire!

Ella no dijo nada. Apolo reunió fuerzas y trotó ante la perspectiva de un refugio. Al acercarse, también vio un pequeño establo y dirigió a Apolo a su puerta. Desmontó con cuidado y ella cayó en sus brazos. Se la echó a un hombro, abrió la puerta del establo y Apolo entró inmediatamente. Marc dejó a la mujer en un trozo se suelo que estaba seco.

—Frío… —murmuró ella haciéndose un ovillo.

Al menos, estaba viva. Él volvió con el caballo y le dio unas palmadas en el cuello.

—Ella va primero, amigo. Estaré contigo en cuanto pueda.

Salió del establo y fue apresuradamente hasta la puerta de la cabaña. Llamó, pero no contestó nadie y la puerta estaba cerrada. Miró por una ventana, pero el interior estaba oscuro. Rebuscó en el bolsillo del capote y sacó un manojo de llaves maestras, ¿qué espía que se preciase de serlo no tenía un juego de llaves maestras? Intentó varias hasta que una giró y abrió el cerrojo. La luz del exterior no iluminó mucho el interior, pero pudo ver una chimenea y un camastro con unas mantas dobladas encima. Era suficiente. Volvió corriendo al establo y Apolo relinchó.

—Vas a tener que esperar un poco más, amigo.

Volvió a tomar en brazos a la mujer y ella gruñó cuando se la echó a un hombro y fue hasta la puerta de la cabaña entre la lluvia. Lo primero que tenía que hacer era quitarle la ropa mojada. La dejó en un sitio donde no importaba que la ropa dejara un charco, se quitó el capote y cortó los lazos del vestido y el corsé hasta que se quedó desnuda. Ella intentó taparse, pero no fue por pudor.

—Frío… —se lamentó ella otra vez.

Era hermosa. Tenía unos pechos abundantes y turgentes, una cintura estrecha y unas piernas largas y bien formadas. Tragó saliva,

pero solo se permitió mirarla muy fugazmente antes de cubrirla con una manta.

La llevó al camastro y la envolvió con la segunda manta. Ya se había acostumbrado a la penumbra y vio un montón de leña y astillas y un cesto con carbón. Encima de la chimenea había velas y pedernal. Una vez encendido el fuego, se puso el capote y volvió con Apolo. El establo tenía cepillos y paños secos. Secó lo mejor que pudo al caballo y lo tapó con una manta. También había heno, que Apolo comió con voracidad, y una bomba de agua para saciar la sed del caballo.

—Bueno, amigo, esto es todo lo que puedo hacer por ti —acarició el cuello de Apolo—. Con un poco de suerte, dejará de llover pronto y nos pondremos en camino antes de que anochezca. Por el momento, come y descansa. Volveré más tarde.

Volvió corriendo entre la lluvia incesante, entró en la cabaña y comprobó el estado de la mujer. Afortunadamente, sus mejillas tenían algo de color y su piel parecía algo más caliente. Además, estaba dormida y con el rostro más relajado. Resopló con alivio y, por primera vez, se dio cuenta de que él también tenía frío y estaba mojado y cansado. Se quedó solo con la camisa y las calzas y se acercó todo lo que pudo a la chimenea. Debería colgar la ropa para que se secara, pero la calidez del fuego era demasiado tentadora y miró a la mujer.

Era preciosa, pero ¿quién era? Tenía un rostro fuerte con los labios carnosos y una nariz elegante. Las cejas se arqueaban atractivamente y tenía unas pestañas tupidas. La ropa no le indicaba su categoría, pero ¿qué clase de mujer iría andando en la lluvia? Había mencionado Tinmore Hall, ¿era la residencia de lord Tinmore? Quizá sirviera allí… Si pudiera ver sus manos, podría adivinar algo más. ¿Serían ásperas por el trabajo? Sin embargo, las tenía debajo de la manta. El pelo estaba recogido en un moño, como el que se haría cualquier mujer para ir al pueblo dando un paseo, pero no se le secaría nunca así. Se acercó, le quitó las horquillas y le deshizo el moño. Extendió el pelo por encima de la almohada y se apartó un poco. Parecía una diosa clásica. Afrodita, quizá, la diosa del amor, la belleza y el placer. ¿Desearía algo de

placer cuando se despertara? La sangre le hirvió y eso lo calentó más por dentro que el fuego.

Tess se despertó por un trueno y el constante repiqueteo de la lluvia. Se acordó de haber estado andando y de que la lluvia le empapaba la ropa. ¡La ropa! Se incorporó. Estaba cubierta por una manta y nada más.

—Se ha despertado —comentó la voz de un hombre.

Él se sentó en una silla. Efectivamente, un hombre a caballo… Entonces, lo había visto de verdad.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella con la garganta seca—. ¿Dónde está mi ropa?

—La he colgado —contestó él señalando detrás de ella.

Ella se dio la vuelta y vio la capa, el vestido, el corsé y la camisola colgando de una cuerda que cruzaba la habitación. Al lado de su ropa había un capote, una levita y un chaleco de hombre.

—Estamos en una cabaña en algún sitio de Lincolnshire —siguió él—, pero no sé dónde. Cayó víctima del frío. Tuve que secarla para que entrara en calor o…

Él se encogió de hombros.

—¿Usted me ha traído aquí?

¿Y le había quitado la ropa? Las mejillas le abrasaron solo de pensarlo.

—Era un refugio, estaba seco y tenía leña y carbón.

Ella parpadeó y miró alrededor. Era una cabaña pequeña con algo parecido a una alacena en un rincón. También tenía una mesa, unas sillas, en una de las cuales él estaba sentado, y una cama junto a la chimenea. Tess se dio cuenta de que tenía calor. El hombre cambió de posición y el fuego de la chimenea le iluminó el rostro. Su pelo era oscuro como el ala de un cuervo y tenía unas cejas del mismo color y una barba incipiente. Los ojos, en cambio, eran de un azul penetrante. Nunca había visto un hombre como él y solo llevaba la camisa y las calzas. Incluso estaba descalzo. Se quedó sin aliento.

—¿Quién es usted?

La manta se le cayó de un hombro y volvió a subírsela. Él se levantó. Era más alto que su hermano y Edmund medía un metro y

ochenta y muchos centímetros.

—Soy Marc Glenville —él se levantó e inclinó la cabeza—. Para servirle a usted —él arqueó las espesas cejas—. ¿Y usted…?

Tess tragó saliva.

—Soy la señorita Tess Summerfield.

Ella frunció el ceño. Debería haberse presentado como la señorita Summerfield. Lorene ya era lady Tinmore y ella era la mayor de las hermanas solteras. Se llevó la mano al pelo. ¡Estaba suelto! ¿Qué le había pasado a su pelo?

—Yo le quité las horquillas —el señor Glenville volvió a sentarse —. Yo la desvestí, señorita Summerfield, pero fue porque estaba quedándose helada. Le doy mi palabra de caballero de que fue necesario. Una persona puede morirse de frío.

Era un caballero. Su acento y su porte eran los de un caballero.

—No recuerdo nada —replicó ella sacudiendo la cabeza.

—Es una consecuencia del frío e indica la urgencia de que entrara en calor.

Tenía una voz aterciopelada y tranquilizadora. Debería estar más aterrada por estar desnuda en un sitio desconocido y con un desconocido, pero había sido mucho más aterrador haber estado dando vueltas durante horas y empapada por una lluvia gélida.

—Se lo agradezco —murmuró ella—. Al parecer, le debo la vida.

Él miró hacia otro lado como si quisiera quitarle importancia.

—Fue suerte. Encontré esta cabaña de casualidad. Debe de ser la cabaña de un guardés y solo la usa cuando trabaja en esta zona de las tierras.

Ella miró alrededor otra vez y él volvió a levantarse.

—¿Tiene hambre? Tengo preparado un hervidor de agua para hacer té.

—Me encantaría un té —reconoció ella asintiendo con la cabeza.

Él colgó el hervidor encima del fuego y recogió lo que le pareció una alforja.

—¡Su caballo! —exclamó ella al acordarse.

—Apolo —le aclaró él con una sonrisa.

¿Estaría el animal en medio de la lluvia?

—Tiene que traerlo adentro.

—No tema —él hizo un gesto tranquilizador con una mano—. Apolo está seco en un establo y tiene agua y heno abundantes. Lo dejé muy contento. Iré a verlo otra vez dentro de unos minutos.

Llevó las alforjas a la mesa, rebuscó dentro y sacó una lata y un paquete impermeable. Cuando él se dirigió hacia la alacena y le dio la espalda, ella se levantó de la cama, bien tapada con las mantas, y fue a comprobar su ropa. El vestido seguía mojado, pero la camisola estaba casi seca.

—Señor Glenville…

Ella descolgó la camisola de la cuerda, se la llevó al pecho y él se dio la vuelta.

—Sí…

—¿Le importaría quedarse de espaldas? Yo… Yo quiero ponerme la camisola.

Él volvió a darse la vuelta sin decir nada y miró por la ventana.

Marc miró el reflejo en el cristal. No estaba bien hecho por su parte, pero no pudo resistir la tentación. Su figura era tan hipnótica de espaldas como de frente. No pasaba nada por mirar un poco, salvo que todo su cuerpo se estremeció por dentro. Volvió a buscar las tazas y una tetera. Encontró la tetera, pero tuvo que conformarse con dos jarras con forma de persona.

—Ya puede mirar.

Ella lo había dicho en voz baja. ¿Sabría lo seductora que había sido?

—¿La camisola ya está seca?

Él lo preguntó intentado parecer despreocupado, no como un hombre que hacía un esfuerzo por dominar sus instintos más primitivos.

—Está un poco húmeda, pero me siento mejor con ella puesta.

Ella seguía tapada con la manta y él levantó las jarras.

—Tendrán que servirnos para el té. Vaya usted a saber qué hacen aquí —él las dejó en la mesa—. ¿Le importa esperar un momento? Debería ver cómo está mi caballo.

—¿Apolo? Claro que no me importa, me sentiría fatal si su caballo sufriese por mi culpa.

¿Era un sarcasmo? Él la miró fijamente, pero solo captó preocupación en su rostro. La consideración por su caballo era casi tan seductora como su reflejo en el cristal y la voz susurrante. Tomó el capote de la cuerda y se lo echó sobre los hombros.

—Será un momento. Me ocuparé del té cuando vuelva.

Una vez fuera, el barro bajo los pies descalzos era dolorosamente frío, pero lo prefería a las botas empapadas aunque pudiera ponérselas. Llovía menos, pero el sol ya estaba bajo y los caminos no mejorarían antes del anochecer aunque dejara de llover. La señorita Summerfield y él pasarían la noche juntos. Sería una noche larga y ardua. No se aprovecharía de ella independientemente de lo que le exigiera su cuerpo. Además, sabía muy bien que un hombre tenía que dominar sus pasiones. Aunque si ella se insinuaba… Apolo relinchó.

—¿Qué tal estás, amigo? ¿Tienes calor?

Acarició el cuello del caballo. Apolo y él habían vivido aventuras más peligrosas que esa, pero él lamentaba haber sometido al caballo a un esfuerzo más. Repuso el heno y el agua antes de marcharse. Cuando volvió a abrir la puerta de la cabaña, la señorita Summerfield le entregó una toalla.

—He encontrado esto. Puede secarse los pies.

—Ha encendido candiles —comentó él al ver la cabaña iluminada.

—Solo dos, para preparar el té —ella fue hasta la mesa—. Estaba a punto de hervir.

¿Había preparado el té?

—Venga, podemos sentarnos —añadió ella.

Todavía llevaba la manta, pero se la había puesto como una túnica y se la había atado con una cuerda como cinturón.

—Se ha hecho un vestido.

Ella se dio la vuelta, sonrió y su rostro fue más hermoso todavía.

—Encontré la manera de que la manta no se cayera si quería utilizar los brazos. Supongo que debería dejar una moneda para pagar por los agujeros que he cortado en la manta para meter la cabeza y los brazos.

—Diría que es muy resolutiva —comentó él mientras colgaba el capote.

Ella volvió a sonreír.

—Gracias.

Él se sentó a la mesa y ella le sirvió té en una de esas jarras.

—No he podido encontrar azúcar —siguió ella.

—No importa.

Sus dedos rozaron los de ella cuando fue a tomar la jarra. Le miró las manos y no vio nada que indicara que trabajaba con ellas. Ella también se sentó y se sirvió té.

—Nunca había bebido té en jarras como estas. Nunca he bebido nada en jarras con formas de personas, aunque he visto algunas en la tienda del pueblo.

Él frunció el ceño. Una joven de buena familia podría no haber usado una jarra así, pero una sirvienta, tampoco. ¿Quién era la señorita Tess Summerfield? Dio un sorbo de té.

—Cuando la encontré, dijo algo sobre Tinmore Hall. ¿Está empleada allí?

—¿Empleada…? —preguntó ella con desconcierto—. No, vivo allí. Bueno… Nosotras, mis hermanas y yo, nos hemos mudado ahí hace poco —ella hizo una pausa como si no supiera si decir algo más—. Mi hermana Lorene es la nueva lady Tinmore.

Sin embargo, eso no tenía sentido.

—Creía que al anciano lord seguía vivo. ¿Tiene un nieto?

—Lord Tinmore sigue vivo y no tiene nietos —ella lo miró a los ojos—. Mi hermana se casó con el anciano lord.

—¿El anciano lord? —preguntó él arqueando las cejas—. Tendrá setenta y tantos años.

—Casi ochenta —ella levantó la barbilla—. ¿Por qué conoce a lord Tinmore?

Él dio un sorbo de té.

—No lo conozco. He oído hablar de él. Mi padre fue al colegio con su hijo y recuerdo que dijo algo de su muerte. Fue repentina, si no recuerdo mal —el hombre la miró fijamente—. ¿Su hermana se ha casado con un hombre de setenta y tantos años?

—Sí —contestó ella sin parpadear.

Si su hermana era la esposa de lord Tinmore, ella no era una doncella. El viejo conde no se casaría con nadie de una categoría inferior, la mayoría de los caballeros eran lo bastante prudentes como para no hacerlo.

—¿Quién es Tess Summerfield para que un conde se case con su hermana?

—Soy la segunda hija del difunto sir Hollis Summerfield, de Yardney.

¿Sir Hollis…? Sí, había oído hablar de él. Mejor dicho, había oído hablar de su esposa. Se decía que su esposa tenía tantos amantes que sus hijas eran de distintos padres, y que ninguno era su marido. Aun así, debieron de criarlas como jóvenes respetables y en ese momento estaban bajo la protección del conde de Tinmore. Se frotó la frente.

—Eso cambia las cosas. Tenemos que tener cuidado de que no nos descubran juntos.

Ella se sentó más recta todavía.

—¡No tengo la más mínima intención de que me encuentren con usted! Le aseguro que espero marcharme en cuanto deje de llover.

Él no tuvo al aplomo para decirle que, probablemente, anochecería antes.

—Lo siento, señor Glenville —ella dio otro sorbo de té—. No quería parecer desagradecida. Pudo haberme dejado en el camino.

Él abrió los ojos y la miró. Su expresión era delicada y encantadora.

—No me ha parecido desagradecida, señorita Tess Summerfield.

Él se deleitó con el sonido de su nombre y ella se sonrojó como si le hubiese leído el pensamiento.

—Sé lo que hizo por mí —añadió ella en voz baja—. Me rescató. También me doy cuenta de que estar en esta cabaña sola con usted, sobre todo tan poco vestida, es una situación muy comprometedora.

Era directa y él lo agradecía.

—Solo quería decir que no quiero que su reputación quede por los suelos —le explicó él.

—Solo necesito encontrar el camino a Tinmore Hall. No le diré a nadie dónde he estado ni con quién. Si puede ayudarme a encontrarlo, puede estar seguro de que no diré nada de esto, jamás.

—Me ocuparé de que vuelva sana y salva —como había pensado siempre—. Además, yo tampoco diré nada.

Ella tendió la mano por encima de la mesa.

—Cerremos el trato.
Él estrechó su manita con una mano grande y áspera.
—Trato hecho, señorita Summerfield.

Tres

Los ojos del señor Glenville brillaron con tanta intensidad que ella no pudo mirar a otro lado, como tampoco pudo retirar la mano. Notó la calidez en las mejillas.

—¿Tiene hambre, señorita Summerfield? —le preguntó él soltándola.

—Un poco.

Estaba muerta de hambre. Él se acercó al paquete envuelto con una tela encerada.

—Tengo un poco de pan y queso.

Él deshizo el nudo de la cuerda y desplegó la tela. Había un trozo de pan y otro de queso. Partió el pan por la mitad y le entregó una a ella. Estaba húmedo, pero no le importó y dio un mordisco con avidez. Él también dividió el queso y le dio su parte. Ella fue a devorarlo.

—No coma demasiado deprisa —le advirtió él tomando un poco de queso.

La actitud de él había cambiado de una forma que ella no podía entender, pero su mirada le daba más calor que el fuego. Solo había sido considerado con ella y, además, le había salvado la vida. Sería espantoso que alguien los encontrara allí. Algunas mujeres podrían aprovechar esa situación para atraparlo. Sería atroz basar el matrimonio en un contratiempo como ese. Hasta el matrimonio de Lorene tendría más sentido.

Dio sorbos de té entre bocado y bocado y retuvo en la boca el sabor de la harina y del queso todo lo que pudo. Si le hubiesen servido pan y queso húmedos en la mesa de alguien o en una posada, se habría indignado.

—¿Cómo puedo agradecérselo, señor Glenville? Murmuró ella—. Es un manjar.

La miró y sus ojos volvieron a abrasarla, pero él miró hacia otro lado enseguida.

—Dígame por qué estaba paseando en medio de una tormenta.

Él lo dijo en un tono despreocupado y ella sacudió una mano para quitarle importancia.

—Tenía que hacer un recado en el pueblo.

—Tenía que ser muy importante…

No lo había sido. Había sido una tontería. Había esperado ver al señor Welton y comprar cintas. ¡Las cintas!

—Tenía un paquete… ¿Llevaba un paquete cuando me encontró?

Él levantó un dedo y se inclinó para sacar algo de las alforjas.

—Un paquete —repitió él entregándoselo. Ella lo tomó—. ¿Es el motivo para que fuera al pueblo?

—Lazos y encaje —contestó ella sonrojándose.

Él no pudo disimular su sorpresa y ella se encogió de hombros.

—Es posible que a usted no le parezca importante, pero lo era para mí —más importante todavía que saber algo del señor Welton —. Además, creí que no empezaría a llover hasta más tarde.

Él dio otro bocado de queso y ella hizo una bola con un trozo de pan.

—¿Y por qué estaba usted en medio de la lluvia? —siguió ella.

Él tragó saliva.

—Estoy viajando a Londres.

—¿Partió a pesar de la amenaza de lluvia?

Él levantó su jarra como si fuese a brindar y sonrió.

—Empatados.

Si sus ojos tenían un poder, mucho más lo tenía esa sonrisa y ella bajó la voz.

—Me alegro de que partiera a pesar de la amenaza de lluvia. ¿Qué habría sido de mí si hubiese sido más prudente?

—Alguien la habría encontrado —contestó él.

—No. Caminé durante horas y no vi a nadie.

Él la miró a los ojos y ella tuvo que apartar la mirada.

—¿Por qué iba usted a Londres?

—Terminé los asuntos que tenía en Escocia —él levantó la jarra —. Por eso vuelvo a Londres.

—¿Tiene algún asunto en Londres?

—Algo así —contestó él después de dar un sorbo de té.

Algo de lo que, evidentemente, no quería hablar.

—Yo iré pronto a Londres —comentó ella para aliviar esa repentina tirantez—. Para pasar la Temporada. ¿Asistirá usted a los actos de la Temporada?

—No estoy seguro —contestó él con una expresión seria.

Tess se sintió como si él se hubiese alejado completamente de ella, pero no sabía el motivo. Quizá estuviese cansado de su conversación. De repente, se sintió tan sola como cuando estaba perdida en la tormenta. Echó de menos a sus hermanas. Ellas creerían que estaba en Tinmore. Esperó que supusieran que estaba a salvo y deseó volver pronto con ellas. Terminó su pan y su queso y él, en un silencio sepulcral, envolvió la comida que quedaba.

—¡La lluvia! —exclamó ella—. ¡Creo que ha dejado de llover!

Se levantaron de un salto y fueron hasta la puerta. Se quedaron un momento mirándola, hasta que él la abrió. Había dejado de llover, pero estaba oscuro.

—Ya no podemos marcharnos, ¿verdad? —le preguntó ella mirándolo.

—No —contestó él—. Está demasiado mojado y oscuro. Me temo que vamos a pasar toda la noche aquí.

Toda la noche…

Marc deseó poder borrar la decepción que se reflejaba en el rostro de ella. En su honor, tuvo que reconocerse que ella no dijo ni una palabra de queja, aunque su situación era mucho peor que la de antes. En cambio, puso más agua caliente en la tetera. No se quejó, pero tampoco dijo nada.

Un viento gélido azotó las ventanas y la cabaña se quedó todavía más fría. Él rebuscó otra vez por el cuarto y encontró dos mantas más guardadas en una cómoda que había en un rincón. Le dio una a ella y tomaron unas sillas de la mesa para estar más cerca de la chimenea. Se envolvieron en las mantas, bebieron té flojo, aunque caliente, y miraron el fuego. Él se sentía como si hubiese perdido la compañía de ella y quería recuperarla.

—Entonces, ¿va a Londres para buscar marido?

Ella dio un respingo. La había asustado.

—Yo no lo diría así precisamente —replicó ella con una voz titubeante—. Mi hermana menor y yo vamos a presentarnos en sociedad. Incluso, podrían presentarnos a la reina si lord Tinmore lo solicita.

—Me sorprende.

—¿Por qué? —preguntó ella en tono tajante—. ¿Por qué no iban a presentarnos?

Él levantó una mano.

—Me sorprende que cualquier mujer quiera tanto jaleo.

La señorita Summerfield se puso rígida.

—Sería un honor.

¿Lo deseaba su hermana? Si lo deseaba, no lo conseguiría.

—Un honor, claro. Supongo…

—También lo sería que nos consiguieran cupones para Almack's —siguió ella—. ¿Tendrá un cupón para Almack's?

—No creo —contestó él con una risa irónica.

La Temporada de Londres no era una época muy buena para su familia.

—¿Por qué no? —preguntó ella mirando el fuego—. Creía que era de buena familia.

—¿Por qué lo cree?

—Dijo que su padre fue al colegio con el hijo de lord Tinmore.

Efectivamente, lo había dicho.

—Soy de buena familia.

Sin embargo, había eludido intencionadamente decir quién era. Ya que iban a pasar la noche juntos, podría saberlo.

—¿Ha oído hablar del vizconde de Northdon? —le preguntó él.

—No —contestó ella.

Debía de ser la única persona de Inglaterra que no había oído hablar del vizconde de Northdon.

—Verá, señorita Summerfield, vengo de una familia con mala reputación. El vizconde de Northdon es mi padre, pero como se casó con mi madre, los círculos más elevados de la sociedad no aceptan a mi familia.

Él esperó ver curiosidad en su expresión, pero solo captó compasión y eso lo conmovió más de lo que estaba dispuesto a

reconocer.

—Mi madre es francesa y de una familia de comerciantes —siguió él—. Sin embargo, eso no es lo peor. El padre de ella participó activamente en el terror de la Revolución Francesa —él se aclaró la garganta—. Por eso no somos bien recibidos en Almack's.

Ella bajó la mirada y habló en voz baja.

—También es probable que no den cupones de Almack's para nuestra familia aunque lord Tinmore lo desee —ella volvió a mirarlo —. Yo también tengo una madre escandalosa.

—He oído hablar de su madre —reconoció él.

También había oído decir que había abandonado a su esposo y a sus hijos para fugarse con uno de sus amantes.

—Supongo que todo el mundo ha oído hablar de nuestra madre —ella, con el dolor reflejado en los ojos, levantó los pies para ponerlos en el asiento de la silla—. Nos mirarán allá donde vayamos y susurrarán…

Él sabía, por experiencia propia, que tenía razón.

—La reputación de lord Tinmore les facilitará las cosas.

—Sí —reconoció ella con una expresión más decidida—. Lord Tinmore hará mucho por nosotras.

Él podía tranquilizarla más todavía.

—Se considerará que su hermana ha hecho un matrimonio muy bueno y no hay ningún motivo para que usted no haga lo mismo.

Sobre todo, con su rostro y su figura.

—Yo no quiero un matrimonio muy bueno —replicó ella rotundamente—. Mis padres lo hicieron y mire lo que les ha pasado.

Lo que les había pasado a los de él por un matrimonio tan insensato. Ella apoyó la barbilla en las rodillas.

—Los títulos y la posición me dan igual. Quiero casarme con alguien que me ame por mí misma y a quien no le importe lo que hayan hecho mis familiares.

—¿Amor? —sus padres se habían casado por amor, o, al menos, por ese deseo físico que algunas veces parecía amor—. Es preferible un matrimonio ventajoso para los dos.

—Mis padres se casaron por eso y le aseguro que no sale bien —replicó ella.

Un matrimonio así tenía más posibilidades que uno por amor. El amor llevaba a la precipitación y al arrepentimiento posterior, y a una discordia constante.

—Entonces, ¿qué me dice del matrimonio de su hermana?

Ella no se había casado por pasión, eso estaba claro. Tess se irguió y se inclinó hacia él.

—¿Qué sabe usted del matrimonio de mi hermana?

—Puedo adivinar que a ella le pareció ventajoso casarse con lord Tinmore.

Los motivos de lord Tinmore para casarse con ella no eran aptos para que los oyera una joven.

—¿Quiere decir que se casó por su dinero? —preguntó ella elevando la voz.

—Claro que se casó por su dinero, y por un título. Además, lord Tinmore encontró una esposa joven y un motivo para salir de su enclaustramiento. Eso no tiene nada de vergonzoso.

Ella se dejó caer contra el respaldo y cruzó los brazos.

—Lorene no buscaba el dinero y los títulos más que yo.

Él lo dudaba mucho.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

Los ojos de la señorita Summerfield volvieron a reflejar tristeza.

—Lo hizo por nosotros. Por Genna y por mí, incluso por Edmund. Para que nosotros… Para que nosotros pudiéramos llevar unas vidas felices y decentes. Para que Genna y yo pudiéramos tener dotes, para que pudiéramos casarnos como quisiéramos y… y no tuviésemos que aceptar cualquier propuesta, para que no tuviésemos que convertirnos en institutrices o señoritas de compañía —ella tomó aliento—. Le aseguro que Lorene se casó con lord Tinmore por el motivo más noble.

—¿Ta apurada era su situación?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, alabo más todavía a su hermana y le deseo lo mejor.

Él se sacrificaría por su hermana si pudiera.

—Me temo que será desdichada —replicó ella con el ceño fruncido—. Por eso estoy decidida a casarme por amor y a ser feliz, por mi hermana.

—¿Permitiría que su corazón decidiera su elección? —le preguntó él mirándola fijamente.

—Lo exigiría.

—Es mejor usar la cabeza, señorita Summerfield —replicó él llevándose un dedo a una sien.

—¿Cómo puede saberlo? —ella levantó la barbilla—. No está casado, ¿verdad?

—No.

Lo decía por experiencia. Cuando su padre viajó por Europa siendo joven, conoció a su madre y se fugó con ella. Siguieron el viaje durante un año apasionado, pero la felicidad conyugal terminó casi inmediatamente en cuanto pusieron un pie en Inglaterra.

—Créame, señorita Summerfield, un matrimonio en un contrato que se hace mejor con la cabeza, no con el corazón.

Ni con las entrañas.

—Entonces, compadezco a la mujer que se convierta en su esposa.

—Al contrario —él se encogió de hombros—. Ella piensa lo mismo.

—¿Está prometido? —preguntó ella parpadeando.

—No —él se levantó y metió en la chimenea los últimos trozos de carbón—. Sin embargo, nos entendemos. Ella es el motivo principal para que vaya a Londres.

No debería importarle que pensara casarse con una mujer. No debería importarle que pudiera ver a una mujer de su brazo en Londres o bailando con él en un baile de gala. Ella soñaba bailar con el señor Welton, ¿no? Sin embargo, no sabía por qué, pero le habría gustado encontrárselo en Londres sin una mujer al lado y sin tener fingir que no tenían un secreto inmenso entre los dos.

—¿Está seguro de que esa mujer se casará con usted solo porque le ofrece… qué? ¿Que es el hijo de un vizconde? —le preguntó ella.

Él se movió en la silla.

—Soy el heredero del título, aunque nunca he querido serlo.

—¿Por qué no iba a querer serlo?

Su padre y Edmund habrían estado encantados de que su hermano hubiese sido hijo legítimo y heredero. En realidad, su padre debería haberse casado con la madre de Edmund porque había sido la mujer que amaba. El señor Glenville la miró con los ojos azules apesadumbrados.

—Mi hermano tuvo que morir para ello. Le aseguro que preferiría recuperar a mi hermano que tener mil títulos.

Ella le tocó un brazo.

—Lo siento mucho. Tener un título es tremendo, siempre tiene que morir alguien.

—No siempre —él esbozó una sonrisa triste—. Se puede conseguir un título ganando una guerra, como el duque de Wellington.

La sonrisa de él hizo que se estremeciera por dentro y miró al fuego otra vez.

—¿No le importa que esa mujer con la que quiere casarse se case con usted solo porque será vizconde algún día?

—¿Importarme? —él siguió sonriendo—. Es lo que puedo ofrecer. Un título y fortuna, ¿por qué no iba a querer ella eso?

Un título no impedía que un hombre se convirtiera en una persona amargada y la fortuna podía ser voluble, como bien sabía ella.

—Entonces, ¿por qué la quiere usted? ¿Qué le ofrece ella?

Él se puso serio.

—Es la hermana de un buen amigo. Nos conocemos desde la infancia. Su familia es muy respetable y eso ayudará a borrar el daño que ha hecho la reputación de mis padres.

—¿Se casará con ella por la reputación de su familia?

¿Acaso no era eso como casarse por las relaciones sociales? Su padre se había casado con su madre por las relaciones sociales de ella, pero todas desaparecieron cuando se fugó con otro hombre. Él la miró con comprensión.

—Es posible que sus hermanas y usted no hayan sufrido el estigma de los escándalos de su madre.

Ella volvió a mirar hacia otro lado.

—Nuestro padre no nos llevó nunca a Londres.

No obstante, había algunas damas en Yardney que susurraban cuando las veían y algunos caballeros que habían hablado con…

brusquedad.

—En Londres se beneficiarán de la reputación de lord Tinmore, no lo dude —repitió él.

—Lo entiendo —ella lo miró otra vez—. Sin la fortuna y reputación de lord Tinmore, no nos invitarían a ningún lado, pero eso no significa que vaya a aceptar la oferta de matrimonio de un hombre hacia el que no sienta mucho aprecio.

—Yo siento aprecio por mi posible novia, pero no dejaré que mis sentimientos dicten mi decisión.

—Entonces, la aprecia…

—Sí la aprecio lo bastante.

Lo bastante. Empezaba a sentir mucha lástima por su posible novia.

—Sin embargo, no la ama.

Él la miró y el fuego de la chimenea hizo que sus ojos fuesen más intensos todavía.

—¿Está preguntándome si siento pasión por ella? ¿Si la mente se me queda en blanco y la lengua se me atora cuando estoy con ella? La respuesta es no —él volvió a mirar el fuego—. Pero la aprecio lo bastante.

Quizá, si su padre hubiese amado a su madre, ella no habría buscado amantes. Quizá, si su madre hubiese amado a su padre, él la habría mimado, halagado y cuidado como quería ella. Sus hermanas y ella lo habían hablado muchas veces.

—Espero que aprenda a amarla —le aconsejó ella—. Espero que ella lo ame.

La expresión de él siguió siendo inflexible. Ella se cubrió mejor con las mantas y miró el fuego. La silla era dura y el frío entraba en la cabaña. El fuego estaba perdiendo la batalla de mantener caliente la habitación. Se quedaron un rato en silencio, hasta que él habló.

—¿Cuántos años tiene, señorita Summerfield?

—Veintidós.

—¿Y su hermana, lady Tinmore?

—Tiene veinticinco.

—¿Tiene veintidós años y no tiene pretendientes? —él la miró—. Es difícil de creer.

Ella se puso muy recta.

—No he dicho que no tuviésemos pretendientes. Nuestra situación no permitía que los pretendientes pudiesen hacer una oferta. No teníamos dote.

—¿Su padre no les dejó a sus hermanas y a usted una dote?

Si él había oído hablar de su madre, podría imaginárselo. Su padre creía que no eran hijas suyas. Sin embargo, no iba a decirlo en voz alta.

—A nuestro padre la gustaba hacer inversiones arriesgadas. Quería ser inmensamente rico para que nuestra madre lamentara haberlo abandonado, pero sus inversiones eran espantosas. Empleó el dinero que le quedaba, nuestras dotes, para comprar un ascenso para Edmund.

—¿Edmund es el hijo ilegítimo de su padre?

Entonces, él también conocía esa parte de su historia familiar.

—Sí —contestó ella—. Nuestro hermano por parte de padre.

Lo más probable era que sus hermanas y ella no tuvieran nada de sangre en común con Edmund. Ellas tenían la misma madre, pero él era de su padre.

—Estoy de acuerdo con usted en que hay que tener algo de fortuna y reputación para casarse bien —siguió ella—. Lorene nos lo ha proporcionado, pero la fortuna y la reputación no bastan. La solución es el amor. El amor puede conseguir que alguien supere los obstáculos inevitables de la vida.

—Ahora parece filosófica. Hay algunos obstáculos que no pueden superarse solo con amor —él la miró—. ¿Tiene algún pretendiente?

Ella se sonrojó y él entrecerró los ojos.

—Tiene un pretendiente,sí, un hombre que no la cortejaba porque no tenía dote.

Ella se sonrojó más, pero por la rabia.

—Es posible que tenga un pretendiente así y es posible que por eso diga lo que digo.

Él se quitó la manta y se levantó.

—Voy a ver qué tal está Apolo —se dio la vuelta antes de llegar a la puerta—. Espero que todo le salga bien, señorita Summerfield, pero piense con la cabeza y olvide el corazón antes de que haga los votos definitivos con su pretendiente.

Ella quiso replicarle, pero el tono de él la había alterado y lo que había dicho era verdad. El señor Welton no la había cortejado cuando no tenía dote, pero eso no significaba que su corazón no estuviese entregado. ¿Lo estaba? Él abrió la puerta y entró el viento. La temperatura bajó más todavía y ella se olvidó de las dotes, el amor, los matrimonios por amor y la reputación. Hacía un frío gélido y ya habían echado todo el carbón en la chimenea. ¿Cómo se calentarían por la noche?

—Buscaré más leña —comentó el señor Glenville como si le hubiese leído el pensamiento—. La que tenemos no durará toda la noche.

Cuatro

El hielo crujía bajo los pies descalzos mientras iba hacia el establo. Le dolían los pies de frío mientras se ocupaba de Apolo. ¿Por qué no se habría perdido en junio en vez de en febrero? Sin embargo, no le molestaba solo el frío, la conversación con la señorita Summerfield también lo había molestado. Le tocaba muy de cerca. Todo eso del amor y el matrimonio… Sus padres se habían enamorado, pero ¿adónde los había llevado el amor? A los gritos, las acusaciones, los reproches, al deseo de no haberse conocido jamás. Había oído una y mil veces que se habían destrozado sus vidas. Además, también estaban Lucien y Charles. ¿Adónde los había llevado el amor a su hermano y a su amigo? Él no iba a enamorarse, había dominado ese sentimiento desbocado.

—Es lo sensato, ¿verdad, Apolo?

El caballo resopló y él apoyó la cara en su cálido cuello. Encontró otra manta para que Apolo no pasase mucho frío e intentó no pensar en el martilleo helador que sentía en los pies.

—Nos marcharemos por la mañana —murmuró él—. Tranquilo, amigo.

Encontró algunos maderos por el establo, pero arderían enseguida. La señorita Summerfield y él iban a pasar mucho frío, lo sabía por experiencia. Había pasado muchas noches heladoras en el campo de Francia mientras se escondía de hombres que sospechaban de él. Apretó los dientes, volvió a cruzar el barro helado y entró en la cabaña. Ella estaba agachada junto al fuego y vertía agua del hervidor en la tetera.

—He encontrado algo de leña.

No era bastante, pero la dejó al lado de la chimenea y se acercó a ella.

—Pensé que quizá quisiera más té —ella lo miró—. Estará más flojo todavía, pero entrará un poco en calor.

—Agradeceré mucho un poco de té.

Los ojos de ella mostraban desasosiego y él quiso tocarla para que no se preocupara, pero fue a colgar el capote en la cuerda. Los pies le dolieron más todavía cuando la sangre empezó a correr por ellos. Volvió apresuradamente a su silla junto al fuego y se envolvió los pies con la manta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella mirándole los pies.

—El frío —contestó él frotándose los pies—. Creo que, a estas alturas, mis botas mojadas son preferibles.

Ella se levantó y fue hasta la cuerda.

—Sus calcetines están casi secos —ella los llevó y se arrodilló a sus pies—. Se los pondré.

Sus manos eran un alivio y su cuerpo recuperó la vida, justo lo que no quería sentir.

—Creo que una dama no debería hacer esto —consiguió decir él.

Ella le puso un calcetín.

—Es muy poca cosa después de lo que ha hecho por mí.

Al menos, sentía cierto calor. Se deleitó con el placer de que ella le pusiese el segundo calcetín y la observó mientras le ponía bien el talón. Tenía el pelo recogido con una trenza por la espalda, pero se le habían escapado algunos mechones que le enmarcaban el precioso rostro. Un hombre podría perder la cabeza por ella. Por una vez, deseó poder ser como había sido su padre, un hombre cegado por la pasión que no veía el desastre que tenía delante. Sin embargo, sus ojos estaban bien abiertos.

Ella volvió a envolverle los pies con la manta y fue a servir el té flojo pero caliente. Quiso advertirle de que tuviera cuidado en Londres, de que había hombres que sabían jugar con los corazones de las mujeres jóvenes. El amor se disfrazaba de muchas maneras y algunas eran más dolorosas que el daño que sus padres se hacían el uno al otro. Quizá pudiera vigilarla. Quizá pudiera prevenirla contra los peores peligros del amor. No. Tenía que mantenerse alejado de ella, lo tentaba demasiado.

Ella le entregó una jarra y él se lo agradeció con la cabeza. Ella se sentó en su silla y bebieron el líquido caliente que recordaba

vagamente al té. El fuego se redujo a ascuas, pero él no quiso poner la leña que les quedaba. Miró alrededor y se preguntó si debería romper los muebles. Le pareció una medida exagerada y muy injusta para el dueño de la cabaña.

La señorita Summerfield bostezó y se hizo un ovillo en la silla. Él le tocó un brazo.

—Debería tumbarse en el camastro y dormir un poco. Lo acercaré al fuego.

—¿Dónde dormirá usted? —murmuró ella.

—Me apañaré con la silla.

Había dormido en sitios peores. El viento se coló por las paredes de la cabaña y la señorita Summerfield tembló.

—Hace frío.

Y haría más frío todavía.

—Tendrá más calor en el camastro.

Tess hizo lo que le había pedido y pronto estuvo tapada por la manta y tan cerca de la chimenea como él pudo poner la cama. La observó mientras dormía y tiritaba a medida que el fuego consumía la leña. Rebuscó por todos los rincones y encontró algunos trozos más de carbón, pero hacía mucho, mucho frío.

Ella se despertó temblando, pero no se quejó. Ya solo se le ocurría una manera de que no tuviera frío, pero era algo que ninguna dama joven podía aceptar. También era una idea que lo consumía demasiado a menudo. Ella se dio la vuelta y lo miró.

—También debería pasar un rato en el camastro. Tiene que tener más frío que yo.

—No voy a cambiarme por usted, señorita Summerfield.

Ella se levantó y fue con la manta a su silla.

—Entonces, me sentaré aquí.

—¡Métase en el camastro! —le ordenó él levantando la voz.

—No —ella lo miró desafiantemente—. Es su turno.

—No sea necia, señorita Summerfield. Métase en el camastro.

No tenía sentido que los dos pasaran toda la noche tiritando en las sillas.

—Solo me meteré en el camastro si usted también está dentro —replicó ella mirándolo con rabia.

Él pensó que el frío estaba afectándole al cerebro. Sin embargo, era la solución, la idea que tanto lo consumía. No debería aprovecharse, pero si lo hacía, los dos entrarían en calor.

—Muy bien —él señaló el camastro con la cabeza—. Acuéstese y yo me acostaré después.

Ella dudó con un gesto de nerviosismo, pero volvió al camastro con la manta y se tumbó mirando hacia el fuego. Él la tapó con otra manta y se metió debajo.

—Nuestros cuerpos nos darán calor —murmuró él—. No tema, es por el calor y nada más.

Esperó poder mantener esa promesa.

El agotamiento se impuso al deseo. Si bien estaba cálida y mullida a su lado, esa sensación hizo que se quedara dormido casi inmediatamente. Ni siquiera se despertó para avivar el fuego con los últimos trozos de carbón. No se enteró de nada hasta que oyó unas voces apagadas y el cerrojo de la puerta dio un chasquido. El desastre había sucedido, los habían descubierto.

—Señorita Summerfield…

La zarandeó, pero solo tuvo tiempo de saltar de la cama mientras la puerta se abría de golpe.

—¡Hola! —gritó un hombre.

La señorita Summerfield se sentó.

—Hola… —repitió el hombre, que parecía un caballero—. ¿Qué está pasando aquí?

El hombre entró seguido por otros dos hombres con ropa de faena.

—¿Es usted, señorita Summerfield? —preguntó el caballero.

—¿Quién es usted? —preguntó Marc.

La señorita Summerfield se tapó con la manta.

—Soy lord Attison —contestó el caballero con indignación—. ¿Puede saberse quién es usted?

La señorita Summerfield contestó antes de que Marc pudiera hablar.

—Es el señor Glenville, milord. Permitidnos que nos expliquemos.

Marc la sujetó del brazo, quería que ese caballero se pusiese a la defensiva.

—Que primero nos explique él por qué ha irrumpido sin siquiera llamar una vez a la puerta.

Lord Attison lo miró con los ojos como dagas.

—Me han enviado para que buscara a la señorita Summerfield —se dirigió a ella—. Jovencita, ¿te das cuenta de la preocupación que le has causado a lord Tinmore?

Marc se puso entre la señorita Summerfield y lord Attison.

—¿Tenéis alguna autoridad?

—Es uno de los invitados de lord Tinmore —contestó la señorita Summerfield.

—Muy bien —siguió Marc en tono tajante—, podéis decirle a lord Tinmore que ha estado muy bien dejar que esta joven dama casi se muera de frío. Deberíais haber llegado antes.

Lord Attison sacó pecho.

—Y usted debería haberla devuelto a su casa, señor —él miró a la señorita Summerfield—. ¿O eso te habría estropeado tu pequeña… aventura?

—Os equivocáis… —protestó la señorita Summerfield.

Marc agarró a lord Attison del brazo y lo llevó a la puerta.

—Hablaremos de eso fuera y dejaremos que ella se vista.

Cuando todos los hombres estuvieron fuera, Marc empleó su tamaño para intimidar todo lo que pudo a lord Attison, que era más pequeño.

—No sacaréis conclusiones, ¿lo habéis entendido? Ella ya lo ha pasado bastante mal como para tener que aguantar vuestras insinuaciones obscenas.

—Lord Tinmore… —empezó a decir el otro hombre.

—Se lo explicaré a lord Tinmore y a nadie más —le interrumpió Marc—. En cuanto a vos, milord, no diréis nada de esto hasta que vuestro anfitrión os lo permita. ¿Entendido?

Era posible, solo posible, que lord Tinmore tuviera suficiente poder e influencia como para que ese incidente pasara sin que le perjudicara a la señorita Summerfield, o a él mismo. El frío de la mañana lo alcanzó por fin y Marc tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no empezar a temblar delante de ese hombre.

Solo llevaba la camisa y las calzas, y los calcetines mojados por la escarcha del suelo.

—Desvestido delante de una joven inocente… —lord Attison lo miró de arriba abajo con una sonrisa jactanciosa—. Bueno, ¿realmente es… inocente?

—¡Mordeos la lengua! —exclamó Marc agarrándolo otra vez.

Los ojos de Attison dejaron escapar un destello de espanto, pero se repuso enseguida y frunció los labios.

—Lo dejaré en manos de lord Tinmore, como usted desea, señor.

Marc lo soltó y se dirigió a los otros dos hombres.

—¿Sabéis de quién es la cabaña?

—Sí —contestó uno de ellos—. Es de lord Tinmore, es la cabaña de un guardés.

—¿Estamos en las tierras de lord Tinmore?

¿A qué distancia estarían de la casa?

—Sí, señor —contestó el otro hombre señalando hacia el sur.

Miró hacia allí y, contra el cielo blanco como la leche, vio una casa isabelina enorme, con docenas de ventanas y tres torreones que adornaban el tejado. Habían estado muy cerca.

—Los caminos y los puentes estaban anegados anoche —comentó él.

—Sí —reconoció uno de los hombres—. El agua se ha retirado durante la noche.

La señorita Summerfield abrió la puerta y miró con cautela a los tres visitantes.

—Señor Glenville, ¿puedo hablar un momento con usted?

Lord Attison fue a decir algo, pero Marc lo acalló con una mirada implacable. Entró en la cabaña y cerró la puerta.

—No tengo lazos —comentó ella enseñándole la espalda.

—Los corté yo.

Miró alrededor y vio el paquete con cintas y encaje. Sacó una cinta larga del paquete todavía húmedo y fue introduciéndola por los ojales del corsé y el vestido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Diremos lo que ha pasado —contestó él atando los lazos.

—¿Hablará con lord Tinmore?

—Hablaré con él. Resulta que estamos cerca de Tinmore Hall —le dio la vuelta para que lo mirara—. Es importante que no nos disculpemos, señorita Summerfield. Hicimos lo que tuvimos que hacer para librarnos de la tormenta. No hicimos nada malo.

—Nada de disculpas —repitió ella con firmeza.

Al menos, era una mujer fuerte. Agarró el chaleco y la levita y se los puso precipitadamente. Luego, se calzó las botas.

—Ahora, tenemos que marcharnos.

Ella asintió con la cabeza. Abrieron la puerta y salieron a la heladora mañana.

Una hora después, Marc y la señorita Summerfield estaban ante un anciano marchito y con gafas, quien, aun así, tenía un aspecto imponente. Miró con el ceño fruncido a la señorita Summerfield desde su butaca de orejas.

—Jovencita, has preocupado mucho a tu hermana.

—Fue sin quererlo, milord.

Al menos, la voz la salió con firmeza. Lord Tinmore, viejo y arrugado, levantó el bastón como un espectro. Evidentemente, estaba acostumbrado a tener la autoridad.

—Podemos resolver este asunto enseguida si escucháis lo que tenemos que decir —intervino Marc.

Los hombres fuertes solían respetar la fuerza, pero lord Tinmore lo miró con el ceño fruncido por encima de la gafas.

—Dígame su nombre, señor.

—Glenville —contestó Marc inclinando la cabeza.

Tinmore se golpeó la frente con un dedo.

—¿Glenville…?

—Mi padre es el vizconde de Northdon. Fue compañero de colegio de vuestro hijo.

Quizá esa relación los ayudara. Una sombra de tristeza cruzó los ojos del otro hombre, pero se desvaneció enseguida.

—Northdon —repitió el anciano con desprecio—. Lo conozco.

Naturalmente. Todo el mundo conocía a su padre, menos la señorita Summerfield. Tinmore frunció más el ceño y Marc siguió.

—Milord, quién sea yo o quién sea mi padre no tiene importancia en este asunto. Encontré a la señorita Summerfield medio muerta de frío en medio de la tormenta. Nos refugiamos en la cabaña y fue imposible salir hasta la mañana.

—¡Es la verdad! —añadió la señorita Summerfield con una vehemencia un poco excesiva.

Tinmore dirigió la atención hacia ella.

—¡La verdad! ¡La verdad es que te fuiste tan contenta por el campo sin acompañante, con mal tiempo, y acabaste pasando la noche con un hombre!

—No pudimos hacer otra cosa —replicó la señorita Summerfield, quien seguía temblando y se rodeaba con los brazos para intentar entrar en calor.

Tinmore agitó un dedo señalándola.

—¡Eres una temeraria sin principios! ¡Eres una deshonra para tu hermana! ¡Y para mí!

—¡Basta! —gritó Marc—. La señorita Summerfield todavía tiene frío y hambre. Necesita ropa seca y comida, no una regañina que no se merece.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, joven! —contraatacó Tinmore.

Marc lo miró con rabia.

—Permitid que vaya a ponerse ropa seca.

Lord Tinmore también lo miró con rabia, pero Marc no se inmutó y bajó la voz a un tono firme y casi amenazante.

—Permitid que se marche.

—Muy bien —lord Tinmore agitó una mano a la señorita Summerfield—. Márchate, muchacha, pero no he acabado contigo.

La señorita Summerfield hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta, pero se dio la vuelta antes de llegar.

—Milord, el señor Glenville también tiene frío y hambre…

—He dicho que te marches —le interrumpió Tinmore—. Haz lo que te he dicho.

Ella no se movió.

—No es forma de agradecerle lo que ha hecho, milord. Podríais proporcionarle ropa seca.

—¡Márchate! —gritó Tinmore.

Ella se quedó donde estaba y Marc le habló en un tono tranquilizador.

—No se preocupe por mí, señorita Summerfield. Márchese. Póngase ropa seca y coma algo.

Ella asintió con la cabeza y salió de la habitación. Él se volvió hacia Tinmore.

—Habéis hecho mal, milord. Ha sido un suplicio para ella.

Los ojos de Tinmore casi se salieron de las órbitas.

—Se me ha acabado la paciencia con ella. Le preocupa mucho a su hermana y ahora este escándalo. No permitiré escándalos en mi casa.

¿Ese hombre no tenía corazón?

—Podría haber perdido la vida si no la hubiese encontrado.

—Le habría venido bien.

Por todos los santos, ¿habría preferido que ella muriera?

—Necesita vuestra ayuda, milord. Tenéis poder para impedir las habladurías. Si os mantenéis a su lado, ¿quién lo cuestionaría?

—Bien lo sabe, Glenville —Tinmore se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo—. A Attison le encantan los escándalos y esto no va a detenerlo.

—Vos lo invitasteis y lo mandasteis a buscarla. Sois más responsable del posible escándalo que la señorita Summerfield. Ella no debería tener que pagarlo.

—¡Sí, yo lo invité! —gritó Tinmore—. Para que viera con sus propios ojos que no estoy chocho y que mi esposa no es una cazafortunas que me engañó para casarse conmigo.

¿Acaso le sorprendía que la gente pensara eso?

—Esa muchacha lo ha empeorado todo —siguió Tinmore—. Supongo que sabe lo que la gente dice de su madre. Si ella cree todavía que voy a proporcionarle una dote y a llevarla a la temporada de Londres, que se olvide.

—Estáis siendo injusto.

—Es mi dinero y me lo gasto como quiero —Tinmore clavó la mirada en Marc—. Usted la malogró, no yo.

Él no la había malogrado, la había rescatado y mantenido sana y salva. Sin embargo, Tinmore tenía razón en una cosa. Eso le daría igual a la buena sociedad si Tinmore se negaba a respaldarla.

—Si vos no la protegéis, lo haré yo —Marc se acercó al hombre y lo miró con el ceño fruncido—. Me casaré con ella. Eso acallará las habladurías y ella no necesitará nada de vos.

Tinmore esbozó una sonrisa tibia, pero volvió a mirarlo con desdén y agitó una mano.

—Entonces, cásese con ella y desaparezca de mi vista.

Marc se quedó en el pasillo, al otro lado de la puerta de la sala privada donde, seguramente, lord Tinmore seguía sentado en su butaca como un trono. Debería estar camino de Londres, no ofreciendo un matrimonio, pero no había tenido otro remedio, había sido su obligación, lo único honroso que podía hacer. De todos los motivos para casarse, ese tenía que ser el más absurdo. No era ni fruto de la pasión, ni un matrimonio por amor, ni una decisión bien meditada. Adiós a su sensato matrimonio con Doria. Adiós a saldar la deuda que tenía con Charles. Ya no tendría una vida tranquila, ya no tendría la serenidad que le ofrecería un matrimonio con Doria, ya podía olvidarse de la honorabilidad de la familia de ella. Él, el hijo de los escandalosos lord y lady Northdon, iba a casarse con la hija de los escandalosos sir Hollis y lady Summerfield. Las lenguas echarían humo. Después de todo, no iba a librarla de las habladurías. Quizá no le hubiese hecho ningún favor.

Tenía que encontrarla, hablar con ella y decirle lo que había hecho. Ella tenía que elegir entre la denigración de casarse con él y el desastre de echarse atrás. Sin embargo, si Tinmore cumplía su amenaza, ella también se quedaría con una mano delante y otra detrás.

—Tengo que acompañarlo a sus aposentos, señor —le comunicó un sirviente que había aparecido a su lado.

—Me dan igual mis aposentos —replicó él—. Tengo que hablar con la señorita Tess Summerfield.

El hombre abrió los ojos asustado.

—No puedo llevarlo con la señorita Summerfield.

—Entonces, entrégale un mensaje de mi parte.

El sirviente sacudió la cabeza.

—Creo que lord Tinmore no lo aprobaría.

Marc hizo un gesto para que le mostrara el camino.

—A lord Tinmore no le importará. La señorita Summerfield y yo vamos a casarnos.

Tess estaba sentada otra vez en el dormitorio de Genna y, como hacía solo un día, sus dos hermanas estaban con ella. Parecía como si hubiese pasado un siglo.

Genna y Lorene habían estado esperándola fuera de la sala de lord Tinmore. Habían llorado, la habían abrazado y Lorene la había reñido por haberlas asustado tanto. Mientras iban a su dormitorio, les había contado lo que le había pasado. En su dormitorio la esperaba un baño. Se había bañado y lavado el pelo muy deprisa antes de vestirse con ropa seca y cálida. También la esperaban unas gachas calientes, pan, queso y té y el estómago le rugió solo de olerlos. Sin embargo, solo pensaba en el señor Glenville. ¿Convencería a lord Tinmore de que no había pasado nada entre ellos? ¿Dejaría Tinmore que se marchara? Toda la vivencia se había convertido en algo parecido a un sueño. ¿Se borraría de su memoria? No quería olvidarse de él.

Llegaron las doncellas para llevarse la bañera y ordenar el cuarto. Sus hermanas y ella se retiraron al dormitorio de Genna con el alivio de haberla encontrado a salvo y agotada.

—Tess, ¿cómo pudiste ser tan necia? —Lorene iba de un lado a otro como la mañana anterior—. Una cosa es buscar refugio, pero compartir la cama con un hombre es muy distinto.

—Tenía frío.

Recordó al señor Glenville metiéndose en el camastro y tapándolos con la manta. Recordó la calidez de su cuerpo y la tranquilidad y emoción de los dos.

—¿Sabes lo que están diciendo los invitados? —preguntó Genna —. Dicen que encontraste lo que buscabas, que planeaste la cita. Si no, ¿por qué ibas a aventurarte en un día que, evidentemente, iba a ser lluvioso?

Lord Attison debía de haber contado historias sin parar.

—¡Eso es ridículo! —gritó Tess—. Ya os he contado lo que pasó. ¡No había visto nunca al señor Glenville!

—Podrías haberlo conocido antes —Genna se sentó en el poyete de la ventana—. Todo el mundo sabe que sales a dar paseos sola.

—¿Dudas de mi palabra, Genna? —Tess la miró con furia—. Fui de compras al pueblo.

Sin embargo, no fue al pueblo más cercano, sino a Yardney para ver si el señor Welton estaba allí.

—No —contestó Genna como si todo eso fuese un problema interesante que estaba pasándole a otra persona—, pero no trajiste ni cintas ni encaje, ¿verdad?

Se había olvidado del paquete con cintas y encaje.

—Me dejé el paquete en la cabaña. Podríamos mandar a alguien para que fuera a buscarlo.

—Daría igual, da igual lo que haya pasado de verdad —Lorene seguía yendo de un lado a otro—. Lo que importa son las apariencias. No sé qué hará lord Tinmore. Es una complicación para él y ya ha creado tensión entre los invitados.

—¿Una complicación para él? ¿Tensión entre los invitados? —Tess se levantó de la cama—. Por favor, Lorene. Yo no elegí que pasara esto. Solo salí a dar un paseo hasta el pueblo y me encontré en medio de una tormenta espantosa. Quizá debería haber intentado cruzar el puente o haber seguido por el camino aunque el agua pasase por encima. Entonces, me habría ahogado. Quizá el señor Glenville debería haberme dejado que me muriera de frío. ¡Cualquiera de las dos cosas habría sido una complicación menos para lord Tinmore!

Lorene abrazó a Tess.

—No digas eso, no lo digas jamás. Eso es lo que todos creíamos que te había pasado.

—Yo había esperado que hubieseis creído que me había quedado en el pueblo —le explicó Tess abrazándola también.

Llamaron a la puerta y una doncella asomó la cabeza.

—Disculpadme, milady, pero su señoría quiere hablar con la señorita Summerfield en la biblioteca, inmediatamente.

—Tienes que ir —Lorene la soltó y se dirigió a la doncella—. Dile que irá a hora mismo.

La doncella se marchó apresuradamente.

—Te acompañaré —añadió Lorene.

Genna se levantó del poyete de la ventana.

—Yo también iré.

—No —Tess las detuvo con un brazo—. Es mejor que os mantengáis al margen.

Genna volvió a sentarse con un aire sombrío.

—Bueno, pero vuelve enseguida y cuéntanoslo.

—Por lo menos, te acompañaré hasta la puerta —insistió Lorene.

Ella intentó dominar los nervios mientras se dirigían hacia la sala privada de lord Tinmore. ¿Seguiría allí el señor Glenville? Esperaba que lord Tinmore le hubiese permitido ponerse ropa seca y comer algo…. ¿Habría podido convencer a lord Tinmore para que dejara a un lado el incidente? Eso esperaba con toda su alma.

—Tinmore es un hombre ecuánime —comentó Lorene cuando tomaron el pasillo que llevaba a los aposentos privados de lord Tinmore.

A Tess le parecía que lord Tinmore era un hombre muy poco ecuánime. Al contrario que Glenville, quien había acudido en su defensa. Un sirviente se acercó cuando llegaron a las escaleras y le entregó a Tess un trozo de papel.

—Es un mensaje para usted, señorita.

El sirviente miró con cautela a Lorene, la nueva señora de la casa, y se alejó apresuradamente. Tess desdobló el papel y leyó el mensaje.

—Es del señor Glenville. Quiere hablar conmigo enseguida —ella dobló el papel y se lo guardó en un bolsillo—. Debería verlo antes.

Se dio la vuelta, pero Lorene la agarró de un brazo.

—No puedes ver al señor Glenville.

—¿Por qué? —ella intentó soltarse—. Está esperándome en la salita. Puedo verlo allí.

—¡No! —exclamó Lorene—. ¡Tienes que ver antes a lord Tinmore!

La arrastró hasta la puerta de la sala de lord Tinmore, donde esperaba otro sirviente, que abrió la puerta.

—Entra.

Lorene la empujó un poco y Tess entró en la habitación. Lord Tinmore estaba sentado en la misma butaca que antes y su expresión no se había suavizado. Ella hizo una reverencia.

—Me habéis llamado, milord.

—Espero que ya estés cómoda —comentó él con los labios fruncidos.

—Lo estoy, gracias.

Se acordó de que el señor Glenville la había dicho que no se disculpara porque no habían hecho nada malo.

—Espero que hayáis sido igual de amable con mi rescatador.

—No tienes que preocuparte por el señor Glenville —él frunció el ceño—. Ya has creado bastantes problemas a mi esposa, a tu hermana pequeña y a ti misma.

Ella lo miró directamente a la cara.

—La lluvia me creó muchos problemas. Estaba en peligro y un caballero me rescató. Podrías hacer algo sensato con todo eso y sin que pasara nada.

—¿Como qué? —preguntó él poniéndose rígido en la butaca.

—Como nada —el corazón se le aceleró. Quizá pudiera convencerlo—. Declarad que el señor Glenville es un héroe y dejad que siga su camino.

—¿Un héroe? —él puso una expresión inquietante—. Pareces desmesuradamente preocupada por el señor Glenville.

—No intentéis sacar conclusiones. Me salvó la vida y no soy tan necia como para no darme cuenta de que estáis intentando castigarlo por eso.

—¿Castigarlo? —los ojos apagados de lord Tinmore dejaron escapar un destello—. Lo encontraron en la cama contigo y eso es algo que no puede pasarse por alto.

—Puede pasarse por alto si queréis. Todo el mundo creerá lo que vos queráis que se crea.

Él la miró fijamente.

—Te has acostado con un hombre y te han sorprendido. Tu amante al menos entiende que tenéis que pagar las consecuencias.

—¿Qué queréis decir? —preguntó ella con el corazón desbocado.

—Se casará contigo.

—¡No! —gritó ella—. No lo hará.

—Lo hará y no hay nada más que hablar —replicó él medio levantándose de la butaca.

El miedo se apoderó de ella, pero no podía demostrarlo.

Se acercó a él y se inclinó sobre su rostro.

—Lo sabéis, milord —dijo ella en voz baja—. Sabéis que el señor Glenville y yo no hicimos nada malo, nada que me comprometa de verdad. Sabéis que me rescató y me salvó la vida. Sabéis que lo único que tenéis que hacer es decirle la verdad a vuestros amigos, decirle la verdad a todo el mundo.

—No —él se dejó caer sobre el respaldo—. Glenville dijo que se casaría contigo y eso resolvería bien las cosas, sin que el escándalo salpique demasiado a mi matrimonio.

—¿Vuestro matrimonio? ¿Por qué iba salpicar a vuestro matrimonio lo que me pasó?

—Es un escándalo más para el nombre de mi esposa. Los excesos carnales de tu padre y tu madre ya son suficientes. No toleraré más… —él sacudió la cabeza—. ¡Perdida en la tormenta! ¡Seguro!

—Sabéis que es verdad, milord —replicó ella mirándolo con rabia.

Él sacudió una mano con desdén.

—Te casarás con Glenville. No hay nada más que decir.

Ella sintió que se desgarraba por dentro, pero levantó la barbilla.

—¿Qué tiene que decir el señor Glenville sobre todo esto?

Tinmore movió los labios como si mascullara algo.

—El señor Glenville sabe cuál es su deber. Él hizo el ofrecimiento.

—No —todo su cuerpo empezó a temblar—. Él no quiere casarse conmigo y yo no puedo casarme con un hombre que no quiere casarse conmigo.

—Es posible que no quiera —lord Tinmore sonrió con arrogancia —, pero lo hará, como tú.

—¡No podéis obligarlo a que se case, ni a mí! —gritó ella.

—Glenville hizo el ofrecimiento. Puedes aceptarlo o no —él se inclinó hacia delante—, pero quiero que sepas una cosa, no habrá ni dote ni Temporada en Londres.

Fue como un puñetazo, pero ella se tragó el dolor y levantó la barbilla.

—Se decidís romper vuestro acuerdo con mi hermana, no es asunto mío.

Él movió los labios como si fuese incapaz de articular una palabra, hasta que por fin habló.

—Si no te casas con el señor Glenville, también retiraré todo el apoyo a tu hermana Genna y a tu hermano bastardo. Ella se quedará sin dote y él no verá un penique mío.

Ella notó que se quedaba pálida.

—No seríais tan despiadado…

Él la miró fijamente a los ojos.

—Te casarás con el señor Glenville, ¿verdad?

Ella aguantó su mirada e hizo un esfuerzo para que su voz no trasluciera esa derrota absoluta.

—No tengo elección. Me casaré con el señor Glenville por mis hermanos.

—¡Excelente! —lord Tinmore dio una palmada—. Mañana os mandaré a los dos a Londres en mi carruaje.

—¿Mañana?

—No quiero que mis invitados te vean. Cuando sepan que vas a casarte, las habladurías cesarán y todo se habrá olvidado para cuando vaya con mi esposa y tu hermana a Londres.

Estaba deshaciéndose de ella. Ya había perdido a su padre, a su madre y su casa. En ese momento, también iba a perder a sus hermanas. Además, tendría que casarse con un hombre que la detestaría por haberse visto obligado a casarse con ella.

Fue corriendo a la salita en cuanto salió de la sala privada de Tinmore, pero el señor Glenville no estaba allí. Tenía que hablar con él, tenía que haber una solución. Esperó una hora yendo de un lado a otro, hasta que un sirviente le comunicó que lord Tinmore quería que volviese a su habitación, que no iba a cenar con sus hermanas y los invitados, que tenía que quedarse en su dormitorio. Además, tenía prohibido buscar al señor Glenville.

Cinco

A la mañana siguiente, Tess recorría la sombría casa acompañada por sus hermanas. Iban a la puerta principal, donde la esperaban el señor Glenville y el carruaje de lord Tinmore. También la acompañaría una doncella de lord Tinmore, a la que no conocía, pero que volvería con el carruaje. Lorene la reñía a cada paso que daban.

—Te di la oportunidad de que te casaras con el hombre que eligieras y mira lo que has hecho.

Quizá fuese excesivo esperar que su hermana tomase partido contra su marido y ella, además, era incapaz de defenderse. Estaba dominada por la tristeza y el aturdimiento. Era la peor forma de casarse. No se casaba ni por amor ni por una ventaja económica o social. El señor Glenville estaba obligado a casarse con ella porque la había rescatado de una tormenta y la había resguardado en una cabaña para que estuviese seca y no pasara frío. Si al menos hubiese podido hablar con él… ¿Por qué no la había esperado en la salita? No podía creerse que saldría de Tinmore Hall para entrar en una vida nueva entre personas que no conocía y en un sitio donde no había estado jamás. Además, Genna se había pasado toda la mañana llorando.

—¿Por qué tienes que marcharte ahora? —preguntó Genna entre sollozos—. ¿Por qué no vas a Londres cuando vayamos nosotras?

—Es mejor así —Tess estaba dispuesta a que sus hermanas no supieran lo destrozada que estaba—. Además, os veré en Londres dentro de unas semanas.

Aunque no tenía ninguna certeza de que lord Tinmore fuese a permitirlo. Podría prohibirle que las visitara y ella podría perder a sus hermanas también. Lorene se había equivocado completamente acerca del insociable conde. No era ni ecuánime ni benévolo.

Incumplía las promesas y ejercía su poder de la forma más despiadada. Sería mejor que no tratase a Lorene despiadadamente o ella… ¿Qué haría ella? Nada.

—Deberías haberte casado felizmente —siguió Lorene—. Ahora, ¿de qué ha servido mi… mi…?

Lorene no pudo decir la palabra pero ella, y todas, sabían lo que quería decir.

Llegaron al vestíbulo. Las espadas, lanzas y otras armas que colgaban de la pared alrededor de la puerta eran como un presagio de dolor y desolación. Ella se dirigió a Lorene.

—Me irá muy bien, Lorene. Algún día seré vizcondesa, será fantástico.

—Acabarás como mamá —replicó Lorene entre lágrimas—. Serás infeliz.

Ella abrazó a su hermana.

—No te preocupes por mí.

—Quería algo muy distinto para ti —Lorene se abrazó a ella—. Una Temporada en Londres, la ocasión de que conocieras a jóvenes idóneos, la ocasión de que encontraras tu verdadero amor.

—Estaré allí durante la Temporada, ¿no? —preguntó ella con una sonrisa forzada—. Así, Genna tendrá más oportunidades de encontrar a un joven del que enamorarse.

—No me mires a mí —Genna se secó los ojos—. Yo no quería nada de todo esto —se dirigió a Lorene—. Es culpa tuya. Esto no habría pasado si no te hubieses casado, Lorene.

—Lo hice por vosotras —Lorene rompió a llorar—. Por vosotras dos.

—Basta —Tess no podía soportarlo—. No podemos discutir y, por el amor de Dios, no lloréis. No va a pasarme nada. El señor Glenville es un buen hombre. Me rescató, ¿no? Su petición de matrimonio fue un gesto de integridad, ¿no? Estoy segura de que me irá muy bien.

Esperó haberlas convencido porque estaba costándole mucho convencerse a sí misma. La enorme puerta principal se abrió y entró un sirviente.

—El carruaje está esperándola, señorita.

—Tengo que marcharme —dijo ella con el corazón en la garganta.

Sus hermanas la acompañaron afuera. Tess miró a un lado del carruaje y vio a un hombre a caballo, al señor Glenville encima de Apolo.

—¿Es él? —le preguntó Genna.

El sombrero le ensombrecía la cara y estaba muy rígido sobre la silla de montar. ¿Con qué lo habría amenazado lord Tinmore para que se ofreciera a casarse con una mujer a la que ni siquiera conocía?

—Sí, ese es el señor Glenville.

—Bueno, al menos no es gordo —comentó Genna con un sollozo.

Tampoco era feo, pensó ella. Al contrario, era guapo, alto y fuerte. Además, cuando sus ojos azules se clavaban en ella, algo se le removía por dentro. Sin embargo, no la amaba. ¿Cómo iba a amarla? Él ya había elegido una posible novia, una mujer que podía venirle bien, una mujer que tenía lo único que ella no podría darle jamás; una reputación familiar sin escándalos.

Él le hizo un gesto con la cabeza y ella notó que las mejillas le ardían. Abrazó a sus hermanas por última vez antes de que el sirviente la ayudase a subir al carruaje.

Marc siguió el carruaje en un estado de ánimo más que sombrío. La furia lo dominaba por dentro. Furia contra lord Tinmore y furia contra la hermana de la señorita Summerfield por haberse casado con un hombre así. Furia contra sí mismo por no haberse despertado antes del amanecer para cerciorarse de que no los descubrieran. Incluso debería haber tenido la prudencia de no dormir en la misma cama que ella, aunque no hubiese hecho nada más que darle calor.

Había esperado todo lo que había podido en la salita, donde le habían servido la comida, pero ella no había aparecido. Al final, un mayordomo algo mayor había llegado para comunicarle que tenía que marcharse. No habría cambiado nada, pero quizá hubiese podido tranquilizarla de alguna manera.

Maldito Tinmore. Si hubiese declarado que los creía, el escándalo se habría disipado enseguida. Sin embargo, había sido innecesariamente inhumano y la señorita Summerfield no se

merecía esa inhumanidad. Solo había ido al pueblo de compras. Ir de compras era la principal diversión de su madre. ¿Cómo se podía reprochar a una mujer que quisiera visitar unas tiendas? La señorita Summerfield también se había equivocado con el tiempo, como él.

Llegaron a Yardney, el pueblo al que la señorita Summerfield había intentado llegar durante la tormenta, donde había comprado las cintas. Pudo ver que ella asomaba la cabeza por la ventanilla del carruaje. Estaba desolada. El destino era un bromista despiadado. Si hubiese comprado durante una hora más o una hora menos, incluso durante unos minutos más o unos minutos menos, no habría estado en el camino durante la tormenta y estaría libre. En cambio, estaba atrapada y tenía que casarse con él.

Al menos, el cochero mantenía una buena velocidad si se tenía en cuenta que los caminos no estaban secos todavía. Ese viaje duraría tres días, pero Apolo estaba acostumbrado a cabalgadas fatigosas. El carruaje cambiaba de caballos cuando hacía falta y él se ocupaba de que no reemprendieran el viaje hasta que Apolo hubiese descansado. Cuando llegaron a la casa de postas de Bourne, era más de mediodía y el momento de pararse para comer algo. Sería la primera ocasión de hablar con ella. Entregó a Apolo a uno de los mozos de cuadras y fue a ayudarla para que se bajase del coche.

—Gracias.

Parecía tensa y fatigada.

—Señorita Summerfield, ¿comería conmigo?

Ella asintió con la cabeza. Una doncella, de cuarenta y muchos años, la había acompañado en el carruaje. La mujer frunció el ceño y resopló con impaciencia.

—Señorita, ¿necesitará mis servicios?

Lo preguntó en un tono excesivamente solícito y claramente desagradable.

—No, Ivers —contestó la señorita Summerfield en un tono tenso —. Por favor, come bien. ¿Necesitas… necesitas algo de dinero?

¿La señorita Summerfield tenía dinero? Se preguntó él. ¿Lord Tinmore la había privado de eso completamente? La doncella levantó la nariz.

—Milord me lo ha proporcionado —contestó la mujer antes de marcharse.

La señorita Summerfield resopló con alivio.

—Es bastante desagradable —comentó Marc.

—Eso es decir poco —añadió la señorita Summerfield con un suspiro.

Él no le ofreció el brazo porque pensó que ella no querría tomarlo, pero Tess entró en la posada a su lado. El comedor no estaba lleno y el posadero los saludó.

—¿Tiene un comedor privado? —le preguntó Marc.

—Naturalmente, señor —contestó el hombre—. Síganme.

Los llevó entre mesas y sillas y por un pasillo corto hasta que llegaron a una habitación. Tenía una ventana que daba al patio y una mesa redonda con cuatro sillas. El posadero tomó nota. Té para ella, cerveza para él y un pastel de carne para los dos. Cuando el posadero se marchó, Marc sacó una silla para que ella se sentara.

—¿Le parece bien? Parece una habitación cómoda.

—Es maravillosa —contestó ella mientras se sentaba—. Esa doncella detestable no está aquí.

—¿Por qué la acompaña? —preguntó él mientras se sentaba enfrente.

—Lord Tinmore la envió para que me acompañara. No la conozco en absoluto. No es una de las doncellas que había conocido.

—¿No la conoce?

¿Lord Tinmore la había obligado a viajar con una desconocida? Ella se quitó los guantes.

—Es muy estricta. Supongo que le habrán contado la versión más sórdida del tiempo que pasamos juntos.

—¿Por qué lord Tinmore no permitió que la acompañara su propia doncella?

Ella lo miró fugazmente a los ojos.

—Compartía una doncella con mi hermana y no iba a pedirle que dejara la casa por mí. Si me lo hubiesen preguntado, claro.

—¿Quiere librarse de esta?

—Es inútil que quiera algo —contestó ella.

Llegó la comida y bebida y él se acordó de la última vez que comieron juntos. Pan y queso rancios y jarras con forma humana.

Ese día le pareció agradable en comparación con esa situación.

—¿Por qué se ofreció a casarse conmigo? —preguntó ella mirándolo.

Le sorprendió esa pregunta tan directa, pero tuvo que admirar que no eludiera el asunto.

—Era mi deber —contestó él.

Ella cerró los ojos y giró la cara como si le hubiese dado una bofetada.

—Era la única solución —añadió él suavizando el tono—. Nos sorprendieron en una situación comprometedora.

Además, Tinmore amenazó con repudiarla y dejarla sin un penique. ¿Lo sabía ella? Si no, él se lo diría más tarde.

—Lo siento, señor Glenville —se lamentó ella con los ojos brillantes por las lágrimas.

Se sintió dominado por un impulso de abrazarla y de asegurarle que todo saldría bien. Quiso secarle las lágrimas con besos para que olvidara cualquier infelicidad que hubiese sentido en su vida… No. Eso no podía ser. Ninguna mujer lo había alterado como esa. Tenía que mantener la cabeza despejada.

Ella tomó aliento y esbozó una sonrisa desvaída.

—¿Cree que sería posible que si tenemos un noviazgo lo bastante largo, todo el mundo se olvidará de nosotros y podrá casarse con la mujer con la que quiere casarse?

¿Eso era lo que la preocupaba? Qué raro. Él no había pensado en Doria desde que tomó la decisión.

—Dudo mucho que Tinmore sea de los que se olvidan —él dio un sorbo de cerveza—. ¿Qué le haría si no nos casamos?

—Da igual lo que me haga —contestó ella con un brillo de rabia en los ojos—. Lord Tinmore dijo que dejaría a Genna y a Edmund sin un penique, que se echaría atrás de lo que le había prometido a mi hermana. Probablemente, le haría la vida más desdichada todavía.

Ella se secó los ojos y dio un sorbo de té.

—Maldito Tinmore.

Tess lo miró con sorpresa y él dio un sorbo muy largo de cerveza.

—Librémonos de él y de sus amenazas —Marc se inclinó sobre la mesa—. ¿Qué le parece si despedimos el carruaje de Tinmore y a

esa arpía? No necesitamos que él nos lleve a Londres. Yo organizaré algo para usted.

—¿Lo haría? —preguntó ella con los ojos como platos.

—Con mucho placer —contestó él con una sonrisa.

El señor Glenville actuó deprisa. En cuanto terminaron de comer, despidió a la doncella y la mandó de vuelta en el carruaje a Tinmore Hall. Llegarían allí antes de que terminara el día. A ella le encantaría poder ver la cara de lord Tinmore cuando llegaran. Esperó que se asfixiara por la rabia.

No había esperado que el señor Glenville fuese tan considerado. Naturalmente, tenía que detestar ese matrimonio, pero era demasiado caballeroso como para decirlo. Había dicho que no quería un matrimonio por amor, entonces, era posible que no le importara tanto… Sin embargo, sí quería respetabilidad y eso era algo que ya había perdido. ¿Hasta cuándo duraría su amabilidad? ¿No empezaría a detestarla como su padre había detestado a su madre?

Él reservó unas habitaciones en la posada y encontró a una muchacha del pueblo que trabajaba con la costurera pero quería mejorar de posición. Se la presentó a Tess para que diera el visto bueno.

—Buenas tardes, señorita —la muchacha, una rubia con el pelo rizado y muy vivaracha, hizo una reverencia—. Me llamo Nancy Peters. ¿Qué desea saber de mí? Me gustaría ser la doncella de una dama si me encuentra de su agrado.

La muchacha tenía los ojos brillantes y un aspecto saludable, y parecía muy dispuesta.

—¿Quiere ir a Londres, señorita Peters? —le preguntó Tess.

La muchacha se llevó las manos a las mejillas.

—Llámeme Nancy, señorita. No soy tan mayor como para ser la señorita Peters. Me parece como si estuviese hablando de mi tía. Ella es vieja, tiene treinta años, creo. Pero ¿quiere saber si quiero ir a Londres? —la muchacha puso los ojos como platos—. ¡Mi sueño es ir a Londres! —su expresión cambió otra vez—. ¿Pero quiere saber si sé ocuparme de su ropa y peinarla?

Tess estuvo a punto de sonreír.

—¿Sabes hacer esas cosas?

—Llevo toda mi vida cosiendo ropa —contestó Nancy en tono serio—. Sé cuidar la ropa. No sé mucho del pelo, pero puedo aprender. Aprenderé mucho en Londres solo con mirar a las mujeres. Tengo buenas referencias y soy honrada, lo prometo.

Nancy era tan natural y alegre que conseguía que pareciera que la primavera se había adelantado.

—Creo que lo harás muy bien, Nancy.

La muchacha dio unos saltos.

—¡Gracias, señorita! ¡Gracias! Yo… yo tengo que decírselo a mi madre y hacer el equipaje, pero ¿puedo hacer algo por usted ahora?

—Nada. Tómate el tiempo que necesites.

La muchacha hizo una reverencia, sonrió y se marchó bailando. El señor Glenville llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—¿Servirá?

—Sí —contestó ella—. Gracias, señor Glenville.

Él entró y se acercó a ella.

—Llámeme Marc, señorita —dijo él imitando a la nueva doncella —. No soy tan mayor como para ser el señor Glenville.

—Marc —ella sonrió, pero la sonrisa de desvaneció enseguida—. Supongo que es aceptable que nos llamemos por el nombre de pila ya que estamos prometidos —ella lo miró—. Yo me llamo Tess.

—Tess —repitió él en voz baja—. Creo que he encontrado un carruaje de alquiler que estará libre mañana. Entonces, podremos marcharnos.

Ella volvió a mirarlo a los ojos.

—Creo que me has rescatado otra vez.

Por tercera vez, en realidad. ¿Acaso su ofrecimiento de casarse no era un rescate? Podría haberse desentendido y olvidarse de ella.

—Nancy es tan encantadora como Ivers desagradable —añadió ella.

—No me gusta que me controlen y sería un necio si dejara que esa arpía servil me espiara.

Naturalmente, tenía razón. No lo había pensado antes, pero, evidentemente, Ivers tenía que informar sobre ella. Glenville volvió hacia la puerta, pero se dio la vuelta y la miró otra vez.

—¿Quieres que te traigan la cena a esta habitación?

¿No quería cenar con ella? Se preguntó decepcionada.

—Muy bien —contestó ella para no demostrárselo.

Los dos días siguientes, durante el camino, fueron mucho más agradables en compañía de Nancy, pero Marc pasó poco tiempo con ella. Viajaba con Nancy, comía con ella y compartían la misma habitación en las posadas cuando paraban para pasar la noche. Nancy era tan franca, tan curiosa y estaba tan deseosa de complacerla que se sintió tentada de contarle todo sobre su familia, sobre sus hermanas y sobre lo que había pasado para que se casara. Echaba de menos a sus hermanas con toda su alma. Sincerarse con alguien le aliviaría esa soledad, pero no sería justo que una sirvienta cargara con sus pesares. Solo le contó que se había prometido repentinamente y que los padres de Marc no sabían nada. A la muchacha le pareció muy romántico y emocionante. Era emocionante, ella estaba de acuerdo, pero, evidentemente, el romance no entraba en eso.

A la mañana del tercer día, Marc apareció mientras Tess y Nancy entraban en el comedor para desayunar.

—Buenos días, Tess —la saludó él con una sonrisa.

El corazón le dio un vuelco. ¿Desde cuándo le daba vuelcos el corazón? Quizá con el señor Welton, pero le parecía que hacía un siglo de eso.

—Buenos días —le saludó ella bajando las pestañas.

Él se dirigió a Nancy.

—Nancy, me gustaría desayunar a solas con la señorita Summerfield, ¿te importa?

Se lo pedía a una doncella… Nancy hizo una reverencia.

—En absoluto, señor Glenville —la muchacha sonrió—. No se preocupe por mí.

La doncella entró en el comedor y se sentó a una mesa. Tess miró a Marc.

—No la perderemos de vista, no me gusta dejarla sola.

—Claro.

Él la llevó a una mesa que estaba cerca de la de la doncella. ¿Por qué tenía Tess la respiración entrecortada como si hubiese bajado las escaleras corriendo? Se acercó una camarera y le pidieron la comida. Él la miró con sus impresionantes ojos azules.

—Creo que llegaremos hoy a Londres —comentó él con expresión seria—. Quiero decirte lo que puedes encontrarte.

Ella abrió los ojos. Le había preocupado lo que pasaría cuando llegaran a Londres. ¿La abandonaría en algún sitio como un hotel para damas? ¿Se quedaría sola en una ciudad que solo conocía por las revistas y los libros?

—Tengo pensado llevarte a casa de mis padres.

Tess respiró con alivio, pero él frunció el ceño.

—No puedo predecir cómo te recibirán. Solo puedo avisarte de que mis padres son… —él hizo una pausa como si tuviese que pensar bien lo que iba a decir—. Bueno, su situación… No están socialmente relacionados como tú podrías desear…

—No te preocupes por eso —le interrumpió ella—. No estoy nada segura de que quiera tener relaciones sociales.

Al menos, si esa gente se parecía a lord Tinmore.

—Ya te conté que mi madre no nació en la alta sociedad —siguió él en tono defensivo—. Es posible que esa sociedad no la acepte, pero es una buena persona.

Tess estuvo a punto de tomarle la mano, que estaba a unos centímetros encima de la mesa.

—Sí, me lo contaste y yo sería la última persona que la juzgaría por el origen de sus padres. Solo espero que tus padres no me reprochen ser la hija de sir Hollis y lady Summerfield.

—Eso es lo que no puedo predecir.

—Tú esperabas casarte con una mujer respetable —ella parpadeó—. Supongo que ellos deseaban lo mismo. Lo siento.

Él frunció el ceño, pero sus ojos azules siguieron taladrándola.

—Basta de disculpas, Tess. El pasado ya ha pasado, solo podemos mirar hacia el futuro.

Sin embargo, el futuro era como la lluvia de la tormenta que los había llevado hasta ese momento. No podía ver hacia dónde se

dirigía. Para ella, el futuro se presentaba frío y gris, un sitio donde se encontraría sola y perdida.

A mediodía, y para alegría de Nancy, empezaron a ver los edificios de Londres. Tess reconoció la cúpula de la catedral de san Pablo por los grabados que había visto en los libros. Se había imaginado muchas veces ese momento, pero la llegada a Londres la desasosegaba. Nancy no se enteró. Se asomaba por la ventanilla y comentaba todo lo que veía. ¡Una casa con la puerta roja! ¡Un vendedor ambulante que vendía pasteles de jengibre! ¡Un hombre con librea morada!

Ella miraba de vez en cuando a Marc, quien dirigía al cochero hacia la casa de sus padres. Él le había contado que estaba en Mayfair. Una dirección magnífica, en la calle Grosvenor, cerca de la plaza. Estaba nerviosa por conocer a sus padres. Quizá fuese preferible que la dejara en un hotel, o en un banco del parque, mientras les explicaba a sus padres que estaba obligado a casarse con la hija de los infames sir Hollis y lady Summerfield.

Las hileras de tiendas dejaron paso a hileras de casas con las puertas rojas, verdes o azules. Los carruajes eran más elegantes en esas calles. Distinguidos faetones conducidos por hombres elegantemente vestidos y con un muchacho subido en la parte trasera para ocuparse de los caballos cuando hiciese falta.

—¿Había visto alguna vez algo parecido? —exclamó Nancy.

—Nunca —contestó ella con sinceridad.

La gente refinada que visitaba a su familia eran vecinos o amigos de su padre que estaban de paso y llevaban ropa de viaje. Los carruajes de lord Tinmore eran de otra época. Nada de lo que había visto, que no fuera en libros o ilustraciones de moda, era tan llamativo y nuevo como lo que veía por allí.

—Debemos de estar en Mayfair —comentó Tess.

Estaba cerca del final del viaje y del principio de una vida de incertidumbres. ¿Lord y lady Northdon la aceptarían o se pondrían furiosos porque su hijo estaba obligado a casarse con ella?

El carruaje se detuvo delante de una fila de casas. Habían llegado. Marc se bajó de Apolo y abrió la portezuela.

—Hemos llegado.

Parecía tan decaído como se sentía ella. Tess asintió con la cabeza y le ofreció la mano para que la ayudara a bajarse. ¿Podía notar que le temblaba la mano? La miró a los ojos con un gesto que pretendió tranquilizarla, pero que solo le transmitió que estaba tan inseguro como ella. Sin embargo, fue un segundo de intimidad y eso la animó un poco.

—Espérame aquí.

Él subió hasta la puerta y llamó con la aldaba de hierro forjado.

—¡Señor Glenville! —exclamó un sirviente—. Bienvenido. ¿Sus señorías están esperándolo?

—En absoluto —contestó Marc—. Me alegro de verte, Staines.

¿Por qué no había escrito a sus padres para decirles que iba a llegar? Podría haberles mandado una carta desde cualquiera de las posadas donde habían dormido. Podría haber evitado que la presencia de ella fuese una sorpresa…

—¿Están en casa? —preguntó él.

—Sí, señor —contestó el sirviente abriendo la puerta para que entrara.

—No he venido solo —Marc señaló hacia Tess, Nancy y el cochero que estaba bajando el equipaje para dejarlo en la acera—. Despediré el carruaje, pero necesito que alguien se ocupe del equipaje y de mi caballo.

—Naturalmente, señor.

Staines los miró con los ojos como platos antes de desaparecer dentro de la casa, pero enseguida volvió con otros dos sirvientes. Uno tomó las riendas de Apolo y el otro tomó un baúl y se dirigió hacia la entrada de servicio, que estaba por debajo del nivel de la calle.

—Entra —le pidió Marc a Tess antes de dirigirse a Staines—. ¿Sabes en qué sitio de la casa están mis padres?

—No estoy seguro, señor, pero lo más probable es que su padre esté en la biblioteca y su madre en su sala privada —Staines tomó dos de las bolsas más pequeñas—. ¿Les digo que está aquí?

—No —contestó Marc—. Yo los encontraré.

Tomó a Tess del brazo y la acompañó adentro. La ayudó a quitarse la capa y la dejó en una silla del vestíbulo.

—Ven a la sala. No tardaré mucho.

Nancy miró las molduras del techo mientras los seguía. Entraron en una sala muy elegante que parecía sacada de una ilustración de una revista de muebles. No eran los muebles gastados aunque refinados de Summerfield House ni los opulentos de una época pasada de Tinmore Hall.

—Volveré enseguida.

Él salió por la puerta antes de que ella pudiese decir una palabra. Cerró los ojos e intentó sosegarse.

—¡Este cuarto es impresionante! —exclamó Nancy dando vueltas —. Y enorme —fue de un lado a otro mirándolo todo—. ¡Mire! Personas de porcelana.

Eran figuras de Meissen en una mesilla. Ella solo escuchó a medias el inventario de los objetos que había en la habitación.

—¡No puedo creerme que vaya a vivir en esta casa! —volvió a exclamar Nancy.

—No te precipites —le aconsejó Tess—. Es posible que no podamos quedarnos. Recuerda que lord y lady Northdon no saben nada de nosotras.

Nancy se dio la vuelta para mirar hacia la puerta, como si lord y lady Northdon fuesen a entrar en cualquier momento.

—Me pregunto qué estará diciéndoles el señor Glenville.

Seis

Marc llamó a la puerta de la sala de su madre.

—*Qui est lá?*

—*C'est moi, maman.*

—¿Marc?

Ella ya estaba de pie cuando él entró. Seguía delgada, con el pelo blanco y con unos rasgos hermosos. Era una mujer encantadora como siempre.

—¡Marc! —exclamó ella rodeándolo con los brazos.

Fue un abrazo fuerte y firme, el abrazo de una mujer que lo había aliviado de las heridas de la infancia, de una mujer que no se quejaba por no tener amigos y pocas relaciones sociales. Ella siguió hablando en francés.

—No te esperábamos. Siéntate y cuéntame dónde has estado y qué has hecho. Pasaste la Navidad en Escocia, ¿no?

—*Oui* —él también contestó en francés y era casi lo único que podía decir sobre lo que había hecho—. Acompáñame a ver a papá. Está en la biblioteca y tengo que deciros algo.

—¿Es necesario, Marc? —su madre arrugó la boca—. Dímelo aquí, no quiero salir de este cuarto.

—No. Quiero hablar con papá y contigo juntos.

Ya estaba otra vez en medio de los dos.

—No le gusta que lo molesten —replicó ella frunciendo el ceño.

Quería decir que pasaban los días lo más separados que fuese posible.

—Insisto, mamá —él señaló hacia la puerta—. Acompáñame, es importante.

—Muy bien. Si es importante…

Ella suspiró y lo agarró del brazo. Cuando llegaron a la biblioteca, ella entró primero.

—¡John! —exclamó ella en inglés—. Mira quién está aquí.

Su padre frunció el ceño por al tono estridente, pero sonrió en cuanto vio a Marc.

—¡Muchacho! ¡Qué sorpresa! Una sorpresa muy agradable.

Marc se encontró abrazado otra vez.

—Papá…

Su padre le pareció más alto de lo que recordaba. También lo abrazó, pero los viejos rencores lo asaltaron.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Vas a quedarte? Has estado mucho tiempo fuera de casa —naturalmente, su tono se convirtió en una regañina—. Deberías quedarte un tiempo.

Llevaba menos de un minuto con su padre y ya estaba riñéndole, dándole órdenes o recordándole que no era su hermano, quien no podía hacer nada mal a ojos de él. Se separó de su padre e intentó que su voz no reflejara resentimiento.

—Es posible que alargue la visita —Marc señaló al sofá—. Por favor, sentaos. Tengo que deciros algo.

Ellos se sentaron en butacas separadas y él en el sofá. Había tenido tres días para preparar esa conversación y todavía no había decidido qué iba a decir. Era mejor ir al grano que dar rodeos.

—He venido con una mujer, una mujer con la que voy a casarme…

Sus padres lo miraron con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Casarte! —gritó su madre aunque con los ojos iluminados por la emoción.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó su padre con el ceño fruncido.

Él tomó aliento y empezó la explicación. Su padre sabría quiénes eran los padres de Tess y no tenía sentido negarles esa información. Sin embargo, no les diría el motivo por el que se casaban. En algún momento, cuando los invitados de lord Tinmore volvieran a la ciudad, la historia podría salir a la luz, pero decírselo en ese momento solo conseguiría que la presentación de Tess fuese más difícil para ella.

—¿Es la hija de sir Hollis y lady Summerfield? —preguntó su padre medio gritando cuando Marc terminó.

—¿Quiénes son sir Hollis y lady Summerfield? —preguntó su madre.

Su padre la miró con fastidio.

—Sir Hollis era un necio que dilapidó una fortuna con malas inversiones, pero después de casarse con una mujer que lo engañó una y otra vez hasta que acabó fugándose con uno de sus amantes. Tuvo tantos amantes que nadie sabe quién es el padre de sus hijas.

—Bah… —la madre de Marc hizo un gesto con la mano para desdeñar las palabras de su marido—. Amantes, ¿qué importa eso?

—La fidelidad importa mucho a algunas personas —replicó su padre.

—¿De verdad? —preguntó su madre mirándolo con rabia.

Santo cielo, ¿alguno de ellos, o los dos, tenían amantes? Su padre se aclaró la garganta.

—No obstante, en esta situación, sí importa que no sepamos qué sangre corre por las venas de esa joven.

—¡Sí! —su madre estuvo a punto de saltar de su butaca—. Podría ser sangre normal y corriente, ¡sería una tragedia!

Su padre se puso rojo.

—No quería decir eso y lo sabes. Quería decir que podría haber algún desequilibrio mental en la familia, o una deformidad.

—¡Silencio! —exclamó Marc levantándose.

Los dos lo miraron como si les sorprendiera que estuviese allí.

—No importa quiénes fueron sus padres ni la sangre que corre por sus venas, voy a casarme con la señorita Summerfield, no con sus padres —siguió él mirándolos con rabia.

—Santo cielo —su padre se frotó la cara—. Bastante doloroso es que tu hermano… —su padre hizo una pausa y tardó un instante en reiniciar el ataque a Marc—. ¿Qué prisa hay para que te cases? ¿Está en estado?

—¿En estado? Di lo que quieres decir —su madre se dirigió a él —. ¿Está embarazada?

—¡No! —contestó Marc—. No espera un hijo. Es una joven virtuosa y respetable y como tal la he tratado.

—Bueno, su familia no es respetable —su padre resopló—. Su madre… Su padre… Además, ¿no he leído en algún sitio que una

hermana se ha casado con el viejo Tinmore? Eso no puede ser respetable.

—¡Bah! —su madre miró a su padre con un brillo en los ojos—. Das demasiada importancia a lo respetable, siempre se la has dado.

—No siempre —replicó él mirándola con furia.

Se miraron el uno al otro y Marc se sintió como si no estuviese en la habitación.

—Podrías haber detenido a Lucien —susurró su madre.

Otra vez la misma historia. ¿Seguían peleándose por la muerte de su hermano? Eso era lo más doloroso de todo. Sin embargo, su madre volvió al asunto que los ocupaba.

—¿Qué pasa con ese Tinmore? ¿No es… respetable?

El tono de su padre se convirtió en casi cortés.

—Tiene ochenta años y ha pasado años enclaustrado —miró pensativamente hacia otro lado—. Me pregunto si está bien de la cabeza. No puede estarlo si una muchacha lo ha engañado para que se case.

—¿Crees que ha sido una maniobra de la mujer? —contraatacó su madre—. Lo más probable es que ese Tinmore la obligara a casarse.

—¡Da igual, padre! —intervino Marc—. ¿Vais a recibir bien a la señorita Summerfield o tengo que llevarla a un hotel o algo así hasta que pueda organizar la boda? Tengo que saberlo ahora mismo porque está esperando en la sala.

Nancy se sentó por fin en una silla que había pegada a la pared y Tess se sentó en una butaca desde donde podía ver la puerta. Había visto desde la ventana que terminaban de llevarse el equipaje y que el carruaje se alejaba. Era desconcertante no saber exactamente dónde estaba ni cómo ir a ninguna parte. Si estuviese en las calles de Mayfair, se encontraría tan perdida como lo estuvo en la tormenta.

Se abrió la puerta y ella se preparó. Sin embargo, no entró Marc ni sus padres. Era una joven rubia y hermosa que se parecía tanto a Genna por la estatura y el color del pelo que anheló volver a ver a su hermana. La chica, sin embargo, parecía más joven que Genna,

que tenía diecinueve años. Ella se levantó y Nancy también se levantó de un salto.

—Hola —las saludó la chica.

Tenía los mismos ojos azules y penetrantes que el señor Glenville y llevaba un elegante vestido casi del mismo tono.

—Staines me ha dicho que mi hermano está aquí —siguió la chica —. Y que, además, tenemos visitantes —se acercó a Tess e hizo una reverencia—. Me llamo Amelie Glenville.

¿Hermana? Marc no le había dicho que tuviese una hermana menor. Ella también hizo una reverencia.

—Soy la señorita Summerfield. Tess Summerfield —señaló a Nancy—. Ella es mi doncella Nancy.

Nancy hizo una reverencia más profunda.

—Señorita…

—Han venido con mi hermano, ¿verdad? —le preguntó la señorita Glenville en un tono vacilante.

Tess supuso que era tímida.

—Sí, efectivamente.

—He pedido que les traigan té —la señorita Glenville bajó la mirada—. Por favor, siéntense.

Tess volvió a sentarse y la señorita Glenville se sentó cerca de ella.

—¿Dónde está mi hermano?

—Con sus padres, creo.

Parecía como si se hubiese marchado hacía mucho tiempo y eso era una mala señal. Entonces, Staines entró llevando una bandeja con té y pastas. La señorita Glenville, con la lentitud de una anfitriona inexperta, sirvió el té para las dos. Nancy, todavía atónita, pero súbitamente cohibida, y quizá más deseosa que Tess de beber y comer algo, se retiró a la silla junto a la pared con su té y sus pastas.

—Vinieron en un carruaje —comento la señorita Glenville con timidez—. ¿De dónde han venido?

—De Lincolnshire —contestó Tess.

—¡Lincolnshire! —exclamó la joven—. Habrán tardado unos días.

—Sí.

Pareció como si la señorita Glenville buscase algo más que decir.

—Estarán muy cansadas.

Partieron con la primera luz del alba, cuando el reloj de su habitación solo había dado tres campanadas.

—Nos detuvimos por el camino.

La señorita Glenville se quedó en silencio, como si estuviese intentando decidir algo.

—¿Es… es amiga de mi hermano? —preguntó con cierta brusquedad—. ¿Por qué la ha dejado sola en la sala?

Ella no iba a explicarle por qué su hermano había llegado a su casa con una mujer desconocida que llevaba equipaje.

—Quería hablar primero con sus padres.

La señorita Glenville frunció el ceño con desconcierto y esbozó una sonrisa tímida.

—Me gusta que haya visitas. No recibimos muchas cuando venimos a Londres.

Ella quiso tranquilizar a la chica.

—Entonces, hay mucha gente que se pierde una casa preciosa. Esta habitación es muy elegante.

—Lo es —la señorita Glenville sonrió—. A mi madre le gusta mucho decorar bien las habitaciones.

—Y lo consigue.

Se hizo otro silencio y ella captó que la señorita Glenville estaba pasándolo mal por su retraimiento. Era guapa como Genna, pero no tenía su desparpajo. Entonces, la señorita Glenville se levantó.

—¿Quiere que vaya a ver qué retiene a mi hermano?

—Sí, por favor —contestó ella con una sonrisa—. Se lo agradecería.

La señorita Glenville hizo otra reverencia y se marchó. Nancy habló en voz baja.

—Es guapa…

—Muy guapa.

Amelie Glenville era tan guapa como su hermano, tan rubia como él era moreno. Ella se consideraba pasable a sí misma, pero no tenía la belleza de la rubia Genna ni de Lorene, quien tenía el pelo de color caoba. Tampoco la de su madre, famosa por su belleza, aunque ella no se acordaba casi de cómo era. ¿Sería una belleza la mujer con la que quería casarse Marc? Suspiró. No tenía sentido

darle vueltas a esas cosas. Haría lo que tenía que hacer por Genna y Edmund, y por Lorene.

Oyó pasos al otro lado de la puerta, pasos de varias personas, y se levantó. La puerta se abrió y Marc fue el primero en entrar. La miró, pero su mirada no la tranquilizó. Detrás entró una mujer con gesto serio, pero esbelta y con un pelo blanco que debía de haber sido tan rubio como el de la señorita Glenville. A continuación, entró un caballero de pelo gris e igual de serio. La señorita Glenville, la última en entrar, era la única que sonreía. El señor Glenville se acercó a ella.

—Te presentaré a mis padres.

Ella levantó la barbilla cuando sus padres se pusieron delante de ella y se miraron el uno al otro con una expresión sombría.

—Os presento a la señorita Tess Summerfield —Marc hizo un gesto a sus padres—. Mis padres, lord y lady Northdon.

Lady Northdon dejó escapar una risa nerviosa. Era un momento espantoso y ella solo pensaba en sobrevivir.

—Comprendo que soy una sorpresa enorme. Me disculpo por ello y os aseguro que intentaré no ser un problema…

—¿Un problema? —preguntó lady Northdon con acento francés —. Efectivamente, es una sorpresa, pero podemos alojar a una invitada, aunque sea tan repentino.

—Entonces, ¿voy a quedarme? —preguntó ella.

Lord Northdon se aclaró la garganta.

—No esperábamos a nuestro hijo, de modo que tendrás que disculparnos si necesitamos un poco de tiempo en acostumbrarnos a ti.

Entonces, ¿no iba a quedarse? Los miró a los dos.

—Vuestro hijo os ha hablado… de mí.

Marc, para su sorpresa, le tomó una mano y se la apretó.

—Les he contado que estamos prometidos y que queremos casarnos en cuanto pueda organizarlo.

Aunque todos sus sentidos cobraron vida por su contacto, ella sabía que ese gesto solo había sido una señal, que estaba intentando decirle que no les había explicado todo.

—¿Vais a casaros? —preguntó la señorita Glenville con los ojos como platos.

—Sí —contestó Tess sonriéndole—. No podía decírselo antes de que lo supieran sus padres.

—Casados… —añadió la chica en un tono soñador.

Lord Northdon frunció el ceño y lady Northdon lo miró riéndose.

—Mi marido llegó a creer que estaba encinta.

—¿Qué iba a creer? —preguntó lord Northdon con seriedad.

—Eso habría explicado muchas cosas, ¿verdad, milord? —Tess intentó apaciguarlo—. Pero no, no estoy encinta.

La palabra quedó flotando en el aire hasta que lord Northdon volvió a hablar.

—Muy bien, ¿vamos a sentarnos o vamos quedarnos de pie todo el día?

—Esa no es manera de hablar a una invitada, John —intervino lady Northdon mientras tomaba a Tess del brazo—. Siéntate con Amelie y conmigo. ¿Quieres tomar algo?

Ella se sentía como si estuviese entre dos gatos que se peleaban.

—La señorita Glenville nos ha servido té —contestó ella sentándose donde le había indicado lady Northdon—. ¿Puedo preguntar si mi doncella y yo vamos a quedarnos en esta casa?

—*Oui* —lady Northdon frunció los labios—. Si mi hijo lo pide, te quedarás.

Ese no era precisamente el mejor de los recibimientos.

—Entonces, ¿puedo pedir que enseñen nuestros cuartos a mi doncella y que le presenten al resto de empleados para que le expliquen las costumbres de la casa?

—Yo puedo presentarle al ama de llaves, *maman* —se ofreció la señorita Glenville mientras se levantaba.

—Muy bien, hazlo, Amelie.

Nancy miró a Tess con una mezcla de nerviosismo y emoción antes de seguir a la señorita Glenville fuera de la habitación.

—Sirve un poco de brandy —le pidió lord Northdon a su hijo.

Marc fue hasta el mueble y se dio la vuelta.

—¿Un vino, *maman*? ¿Tú, Tess?

Ella esperó a que lady Northdon aceptara para contestar.

—Me encantaría un poco de vino.

O una botella entera, más bien. Lady Northdon dio unas palmadas cuando las copas estuvieron servidas.

—Ahora, tenemos que planear la boda, ¿no? ¿Qué iglesia? ¿La capilla de Grosvenor? Ya sé que la moda es casarse en san Jorge, pero Grosvenor está más cerca.

—Inés, no quieren casarse en una iglesia —replicó lord Northdon —. La moda es casarse en casa con un permiso de matrimonio especial.

—Yo no sé nada de todo eso. Casarse en casa… ¡Bah! Una boda es en una iglesia.

—Una boda en una iglesia es cuando va a haber muchos invitados —insistió lord Northdon—. En esta no va a haber invitados.

Marc se bebió el brandy de un sorbo.

—Lo decidiremos Tess y yo, pero no vamos a decidirlo ahora.

Tess se preguntó si habría caído en un manicomio por equivocación.

—¿Podría retirarme a mi dormitorio hasta la cena? —preguntó ella—. Estoy un poco fatigada por el viaje.

—Naturalmente —contestó lady Northdon—. La habitación debe estar ya preparada.

Marc se acercó a ella.

—Te acompañaré.

Marc estuvo a punto de sacarla a rastras de la habitación, pero aminoró el paso una vez en el pasillo.

—Lo siento, Tess. Han estado peor de lo que temía.

—¿Cómo podías esperar que me aceptaran? —preguntó ella.

—No hay ningún motivo para que no te acepten.

¿Lo creía de verdad?

—Mi padre conoce a tus padres, claro —siguió él mientras subían las escaleras—, pero no es el más indicado para reprocharles nada —se detuvo en el primer descansillo y la agarró de los brazos como si fuese una novia de verdad—. No les he contado toda la historia. Solo les he contado que estamos prometidos y que nos casaremos en cuanto podamos.

—Y que no estoy encinta —añadió ella con una sonrisa irónica.

Él puso los ojos en blanco, pero también sonrió.

—Sí, eso también.

Podía notar le tensión de Marc incluso después de que la soltara. Estaba haciendo un esfuerzo inmenso para facilitarle las cosas. Marc Glenville era muy considerado.

—Vamos, te enseñaré tu habitación —siguieron hasta el tercer piso—. Me temo que tu cuarto va a ser bastante normal. No creo que el interés por decorar de mi madre haya llegado hasta este piso.

—No necesito nada elegante.

Su cuarto de Summerfield House había sido agradable, pero no había tenido la opulencia del que le había asignado lord Tinmore, ni mucho menos.

—¿Estoy sola en este piso? —preguntó ella.

—No, mi cuarto también está aquí.

Ella sintió un hormigueo por dentro.

Oyeron voces al acercarse a la puerta. Era Nancy que estaba hablando alegremente con alguien. Nancy levantó la cabeza cuando abrieron la puerta. Otra doncella y ella estaban haciendo la cama. Una tercera muchacha estaba quitando el polvo de los muebles.

—¡Señorita…! —exclamó Nancy—. Ya hemos terminado casi, si no le importa…

Pasar el rato observando a tres alegres doncellas haciendo su trabajo le pareció lo mejor que podía ofrecerle ese día.

—No me importa. Solo quiero descansar del viaje.

—Os dejaré.

Marc se limitó a hacer un gesto con la cabeza y se marchó. Tess se sentó en una butaca junto a la ventana, se frotó la frente y deseó estar en Lincolnshire.

Marc fue a buscar a Staines para que lo ayudara a cambiarse de ropa. Una camisa, un chaleco y una levita que no estaban cubiertos por el polvo del camino era casi revitalizante, pero estaba demasiado agitado como para disfrutarlo. Quería aire fresco y un paseo rápido por el parque le calmaría lo suficiente para afrontar el resto del día. Iba a salir cuando se encontró con Amelie en las escaleras.

—No he tenido tiempo de saludarte como es debido, hermanita.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

Ella lo abrazó con fuerza y el remordimiento por dejarla sola con sus padres se adueñó de él.

—He estado demasiado tiempo fuera, lo sé —se disculpó él abrazándola también.

—Lo entiendo, Marc. De verdad que lo entiendo.

Ella no sabía nada. No sabía sus motivos para dejar la familia, normalmente, sin aviso previo. La soltó del abrazo, pero la mantuvo agarrada con los brazos extendidos.

—Caray, creo que he estado fuera más tiempo del que creía. Te has convertido en una mujer muy guapa.

—No digas bobadas —replicó ella sonrojándose.

—Lo digo en serio —volvió a mirarla. No le faltarían pretendientes atractivos con una cara como esa—. Deberías disfrutar de la Temporada.

—Mama y papá no reciben muchas invitaciones —le explicó ella con cierta tristeza.

Ninguna, más bien.

—Yo me ocuparé de eso, te lo prometo.

Doria Caldwell, la mujer con la que había pensado casarse, le habría abierto las puertas a Amelie. Los Caldwell no se movían en los círculos más elevados, pero recibían muchas invitaciones. Ya no sabía qué podía hacer por Amelie. Había llevado más escándalo, no menos.

Amelie le tiró del brazo.

—Ven. Habla un rato conmigo. Háblame de la señorita Summerfield, de cómo la conociste, de todo.

—Hay poco que contar —él miró hacia otro lado—. Nos conocimos en Lincolnshire y decidí casarme con ella.

Ella abrió la boca como si fuese a preguntar algo más, pero la cerró otra vez y sonrió.

—Háblame de Escocia y de los sitios donde has estado.

Él le rodeó los hombros con un brazo.

—Tengo una idea mejor. Ponte una capa y vamos a dar un paseo por el parque. ¿Quién sabe? A lo mejor un joven apuesto se fija en ti…

Ella lo empujó.

—Eso me da igual, pero me encantaría pasear por el parque contigo.

Era la mejor hora, pero un paseo por el parque en esa época del año no podía considerarse un acto social. Era una pena, quizá lo único que necesitara ella fuese que la viesen por el parque. Decidió que ya encontraría la manera de presentar a Amelie en sociedad, pero, mientras tanto, disfrutaría del paseo con ella.

Siete

A la hora de la cena, Marc llamó a la puerta de Tess. Lo mínimo que podía hacer era evitarle que tuviera que bajar sola a la sala y encontrarse con sus padres. Nancy abrió la puerta y lo saludó con una sonrisa.

—¡Señor Glenville! ¿He venido a recoger a la señorita Summerfield? Ya está preparada —la chica se apartó para que pudiera verla—. He intentado peinarla como su madre y su hermana, pero un poco distinta. ¿Hemos elegido el vestido adecuado?

La doncella lo había hecho muy bien. Tess era como una aparición. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza y unos rizos castaños le caían alrededor de la cara. El vestido era sencillo y sin adornos, de un rosa claro que podía haber usado muchas veces, pero le favorecía. En realidad, le recordaba que era una mujer y que pronto pasaría la noche de bodas con ella.

—Estás… guapa, Tess —consiguió decir él.

Ella se miró.

—Este era uno de los vestidos que quería mejorar con aquellas desdichadas cintas y el encaje.

El encaje y las cintas que había comprado el día de la tormenta.

—¡Yo puedo mejorar el vestido! —exclamó Nancy—. Si tuviera encaje, podría ponerlo alrededor del escote y de las mangas, y de la falda, quizá. Unas cuentas de cristal quedarían preciosas cosidas al encaje, si tuviera cuentas.

Dios bendijera a la doncella por haber interrumpido sus pensamientos demasiado carnales.

—Se lo preguntaré a mi hermana. Supongo que habrá lazos, encaje y cuentas de cristal en la casa.

—¡Sería maravilloso! —volvió a exclamar Nancy con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se lo preguntaré esta noche —Marc le ofreció el brazo a Tess —. ¿Vamos…?

Ella asintió con la cabeza y con una expresión a medio camino entre la tensión y la tristeza. Él no podía hacer que se sintiera a gusto por mucho que lo intentara. Tess suspiró cuando salieron al pasillo.

—No le cuesta nada ser feliz.

—¿Te refieres a Nancy?

Ella asintió con la cabeza y él pensó que al revés que ellos. Llegaron a la escalera y ella vaciló.

—¿Estás seguro de que no voy poco vestida? Los vestidos de día de tu madre y tu hermana eran más bonitos que este.

Él la miró y volvió a sentir esos apremios primitivos que hicieron que la voz la saliera ronca.

—Te favorece mucho.

Ella abrió los ojos y siguió adelante.

—No sé por qué lo he preguntado. No tenía otra posibilidad.

Bajaron las escaleras.

—Si quieres, cómprate todos los vestidos que te gusten. Puedo pagarlos.

Su padre le daba una asignación mayor todavía por la muerte de su hermano, pero, aun así, tenía dinero propio. Tess se detuvo y lo miró fijamente.

—Gracias, Marc —murmuró ella.

Le pareció tan vulnerable en ese momento que quiso abrazarla. En ese momento, podía pedirle lo que quisiera y él se lo daría. Le afectaba mucho. Se apartó de ella.

—Es lo mínimo que puedo hacer ya que vamos a casarnos.

Ella bajó los parpados y siguió bajando las escaleras.

Entró en la sala con un batiburrillo de emociones. Se había sentido atraída por Marc en esos breves momentos que habían estado juntos, casi como si hubiesen recuperado la camaradería

que vivieron en la cabaña, pero, inexplicablemente, él se había alejado de ella otra vez.

Podría haberse pasado toda la noche alterada por la reacción de él, pero en cuanto la madre de Marc se enteró de que necesitaba un guardarropa nuevo, no pudo pensar en nada que no fuese telas, modistas y la última moda, que, según lady Northdon, era lo que ella tenía que llevar. Resultó que la moda era lo que más le interesaba.

—Mi padre era… ¿cómo se dice en inglés?

—Minorista de telas, *maman* —contestó su hija.

—Eso, minorista de telas —repitió su madre en un tono de fastidio —. Antes de que se metiera en política, claro —su expresión se iluminó otra vez—. Crecí rodeada por las telas más maravillosas y conocí a las mejores modistas de París, porque ellas solo le compraban a mi padre. Yo siempre iba vestida a la última.

Durante la cena, lady Northdon y su hija solo hablaron del nuevo guardarropa de Tess. Marc y su padre hablaron de sus cosas y ella casi pudo olvidarse de que él estaba allí. Casi.

Después de la cena, mientras los hombres seguían en el comedor con el brandy, lady Northdon pidió té en su salita privada y sacó una colección de revistas de moda que sería la envidia de la biblioteca de Yardney. Tenía los últimos números de *La Belle Assemblée*, de *The Ladie's Fashionable Repository* y del *Journal des Dames et des Modes* de Francia.

Marc y su padre no fueron con ellas y Tess pensó que era mejor, que, al menos, podría fingir que estaba con sus hermanas pensando en sus vestidos y hablando de los sombreros y zapatos que irían a juego. Sin embargo, al contrario que con sus hermanas, nadie comentaba cuánto costaría.

Cuando se retiró a su dormitorio, lady Northdon y la señorita Glenville ya la llamaban Tess y ella llamaba Amelie a la señorita Glenville. Nunca soñaría en no llamar lady Northdon a lady Northdon, pero haberse librado del otro formalismo hacia que se sintiera, en cierta medida, como si tuviese una familia otra vez.

Debería haberle dado la tranquilidad necesaria para quedarse dormida. Sin embargo, no se dormía. Sola en la cama, volvió a pensar en Marc. Quizá el amor fuese imposible en esas circunstancias, pero ¿no podían ser los amigos que habían llegado a ser cuando estaban perdidos en la cabaña?

A la mañana siguiente, Tess encontró el camino al comedor del desayuno con la ayuda de un sirviente que se encontró en el pasillo. Sin embargo, cuando entró, se encontró sola. Hasta que otro sirviente entró.

—¿He llegado demasiado pronto o demasiado tarde? —le preguntó ella—. ¿Cuándo desayuna la familia?

—Lord Northdon se levanta temprano y ya ha desayunado —contestó el hombre—. Las damas suelen desayunar tarde.

—¿Y el señor Glenville?

¿Por qué se le aceleraba el corazón cuando decía su nombre?

—Creo que se ha levantado temprano y que se ha marchado sin desayunar, señorita.

¿Por qué se habría marchado temprano?

—Gracias —ella se acercó al bufé y miró la comida—. Me serviré yo misma, pero agradecería una taza de té caliente.

—Ahora mismo, señorita.

No había solo el pan, la mantequilla y las mermeladas que había siempre en su casa, también había cereales con nata, bollos, jamón y pescado ahumado. Era casi tan variado y abundante como el desayuno de Tinmore Hall. Se sirvió un poco de todo y el plato se le llenó. Se sentó y el sirviente le sirvió el té y se retiró.

El buen ánimo con el que se había llenado el plato se esfumó en cuanto se encontró sola. Probó un poco de todo y se preguntó si podría dejar el plato sin que el sirviente se lo dijera a la cocinera y al ama de llaves y acabara llegando a oídos de lady Northdon. Entonces, se abrió la puerta y apareció Marc. Ella se ruborizó de placer. Él se detuvo y sus temores la abrumaron otra vez. Quizá no se alegrase de verla. Sin embargo, sonrió.

—Tess, me has sorprendido —él inclinó la cabeza—. Me alegro de verte levantada tan temprano.

Le pareció que lo decía sinceramente y se relajó un poco.

—Me temo que estoy acostumbrada a los horarios del campo.

Él miró al sirviente.

—Café, Wilson, si fueses tan amable…

Marc fue al bufé y se llenó el plato.

—No suelo levantarme tarde.

Al menos, tenían esa misma costumbre. Naturalmente, habían dormido hasta tarde en la cabaña y todo habría sido muy distinto si no lo hubiesen hecho. Él se sentó a su lado.

—He galopado un poco con Apolo por Rotten Row.

El querido Apolo, que los había llevado por la tormenta y había viajado tres días para llegar a Londres.

—Pobre Apolo, ¿no se merece un día de descanso?

Él la miró, pero ella no pudo interpretar su mirada.

—Creo que lo ha agradecido. No le gusta quedarse quieto.

Ella miró la comida. ¿Por qué no se mordería la lengua? Él empezó a comer y el sirviente volvió con una cafetera para él y se retiró.

Él se sirvió, dio un sorbo y le sonrió.

—Algunas veces tengo que decirle a Apolo que tiene un paladín en ti.

Cuando él sonreía así, a ella le costaba respirar.

—Tengo que hacer un recado esta mañana —comentó él mientras cortaba un trozo de jamón—. Siento tener que dejarte sola.

A ella no le pareció que lo sintiera lo más mínimo.

—No te preocupes, tu madre y tu hermana van a llevarme a que me compre ropa.

—¿De verdad? —él asintió con la cabeza—. Eso le complacerá mucho a *maman*. Es lo que más le gusta.

—Lo sabe todo —Tess dio un sorbo de té—. Va a llevarme a una modista de Petticoat Lane, a *madame* LeClaire. Al parecer, la conoció en Francia cuando era pequeña.

—Pobre *maman* —él frunció el ceño—. No sabía que hubiese conocido a la modista. No me extraña que quiera comprar vestidos nuevos —se metió el trozo de jamón en la boca, lo masticó y se lo tragó—. Lo ha pasado muy mal.

—Es una pena. Es encantadora y muy elegante. Hay muchas damas que podrían aprender de ella.

—¿Te gusta?

¡Claro que le gustaba!

—Ha sido muy amable conmigo —contestó Tess.

Él le tomó una mano.

—Déjale que elija todo lo que quiera para ti. Como te dije antes, el precio da igual.

Se preocupaba por su madre y eso era otra cosa que le gustaba de él. Sin embargo, él le soltó la mano y ella no supo cómo interpretarlo.

—Estoy segura de que disfrutaré con la compañía y los consejos de tu madre. Solo espero estar a la altura en Londres.

Él la taladró con sus ojos azules.

—Ya estás bastante guapa para Londres.

Marc, después de desayunar, salió para hacer el primer recado del día. Una visita a la sede del Ejército, al despacho de un caballero que ya había visitado varias veces antes. Era un mero trámite para dar por terminada oficialmente la actividad clandestina que había estado llevando a cabo durante los últimos años de la guerra. Una vez que Napoleón había abdicado, sus días como espía británico en Francia habían llegado a su fin. Cuando murió su hermano, su padre quiso, insistentemente, que no volviera a su regimiento. Su amigo Charles y él se habían visto obligados a renunciar al sueño que habían tenido desde que eran niños. Sin embargo, poco después, lo reclutaron para que hiciera otro servicio para su país… como espía.

Cruzó muchas veces el Canal de la Mancha para infiltrarse en terreno enemigo. Vigiló la actividad marina en la costa, estuvo en París con contactos franceses y mantuvo los ojos y oídos muy abiertos bajo el nombre de Renard. Gracias a su madre francesa, hablaba francés sin acento y podía pasar por un francés normal y corriente solo con cambiarse la ropa. La información que había reunido había salvado la vida de muchos soldados británicos. Era cierto consuelo por no haber estado en Ciudad Rodrigo para evitar

que Charles se ofreciera voluntario para esa misión casi suicida. Fue uno de los primeros en asaltar las murallas y uno de los primeros en caer.

Fue al despacho de lord Greybury, su superior, para despedirse y recibir la baja oficial. Muy pocas personas, podía contarlas con los dedos de una mano, sabían lo que había hecho durante la guerra y le parecía bien que fuese así. No había arriesgado la vida por la gloria.

Siempre había sabido que sus días como espía terminarían, pero ese final era muy distinto al que había pensado. Había pensado que ocuparía el lugar de Charles en su familia y que, a cambio, viviría en una casa que no conocía los escándalos, donde se hablaba con serenidad y se pensaba racionalmente, donde no se gritaba ni se daban malentendidos intencionados.

Tess y el empezarían el matrimonio salpicados por el escándalo. ¿Acabarían, como sus padres, sin poder decirse una palabra amable? La mera idea lo alteraba. Su parte racional deploraba ese matrimonio, pero otra parte de sí mismo tenía prisa por casarse con ella.

La próxima parada sería la archidiócesis de Canterbury, donde solicitaría un permiso de matrimonio especial. Tess y él podrían estar casados al cabo de unos días. Sería la mejor manera de aplacar las habladurías cuando se supiera que los habían sorprendido en una situación comprometedora. Cuando se presentaran como una pareja casada, no podrían hablar de gran cosa. Sin embargo, ¿era ese el motivo verdadero o, sencillamente, estaba ansioso por pasar la noche de bodas?

Después de pasar por la archidiócesis, tenía que hacer una visita más. Dio un paseo por Mayfair hasta la calle donde estaba la casa del señor Caldwell. Probablemente, Caldwell estaría en el Ministerio del Interior, donde trabajaba para lord Sidmouth. Sería lo mejor porque tenía que ver a su hija. Conocía esa casa desde que iba al colegio, cuando Charles y él se hicieron amigos inseparables. Los dos estaban entusiasmados con el ejército y todo lo que tuviera que ver con él. Incluso de niños planearon comprar un destino en el

mismo regimiento. Discutieron durante años qué regimiento sería y qué parte del mundo querían conocer. ¿India? ¿Las colonias? Sin embargo, cuando llegó el momento, acababa de librarse la batalla de Trafalgar y estaban deseosos de luchar contra Napoleón. Charles y él entraron en los Connaught Rangers del regimiento 88 de infantería.

Llegó a la puerta y llamó con la aldaba. El mayordomo, que lo conocía desde que era pequeño, lo saludó con afecto.

—Glenville… Entre, entre.

Unos minutos después estaba en la sala esperando a Doria. La conocía casi tanto como a Charles. Ella entró tan serena como siempre.

—Marc… Qué placer. Has vuelto a Londres. Me alegro de verte.

Él se dio cuenta de que era una mujer atractiva, con un pelo oscuro y unos ojos inteligentes. No había ningún motivo para que no le bullera la sangre, pero no le bullía.

Ella le tendió las dos manos y él se las tomó.

—¿Qué tal estás, Doria?

—Muy bien —contestó ella con una sonrisa mientras lo llevaba al sofá.

—¿Y tú padre?

—Está bien de salud —ella se sentó—, pero háblame de ti. ¿Lo has pasado bien en Escocia?

Le pareció que hacía la pregunta más por cortesía que por interés sincero.

—Escocia es muy agradable.

—¿Quieres un té? —le preguntó ella.

—No —él también se sentó en el sofá—. No puedo quedarme mucho tiempo.

Nunca habían hablado del matrimonio en concreto, al menos, desde que eran unos niños y ella había afirmado con mucha seriedad que se casaría con él. Se parecía mucho a su padre. Era inteligente, juiciosa e impasible. Su casa siempre había sido un remanso de paz, al contrario que la de él, y siempre había preferido estar allí. Charles también había sido tranquilo por fuera, pero su corazón siempre había estado lleno de sueños y emociones intensas que dominaba admirablemente, hasta que él hacía que las

desatara. Sus propias emociones eran desbordantes y brotaban constantemente, como las de su padre y su madre. Él enseñó a Charles a dejarse llevar algunas veces, a meterse en aventuras y apuros. Se habían divertido mucho. Además, cuando iban demasiado lejos, podían volver a esa casa. Allí, aprendió que podía dominar las emociones y sus planes disparatados. Charles, su padre y Doria eran maestros del dominio de sí mismos y le enseñaron lo que era la serenidad. Entonces, ¿qué pasó para que Charles perdiera el buen juicio? ¿Por qué permitió que sus emociones se desbordaran? Poco después de perder a su hermano, también perdió a Charles. El dolor por la pérdida de Charles se adueñó de él, pero lo sofocó. Allí, en esa casa, había aprendido a hacerlo.

—Tengo que decirte una cosa.

Ella lo miró con cierta curiosidad amistosa y él tomó aliento.

—Voy a casarme —él hizo una pausa—. Pronto.

—¿Casarte? —preguntó ella arqueando las tupidas cejas—. Menuda sorpresa.

Él no supo que si ella sintió algo aparte de la sorpresa.

—Es repentino, ya me doy cuenta.

Ella parpadeó y sacudió la cabeza como si quisiera quitarse una idea de la cabeza.

—¿Con quién vasa a casarte?

¿Le había hecho daño? Ella nunca permitiría que él lo viera.

—Es la señorita Summerfield, hija de sir Hollis Summerfield, de Yardney. No la conoces. No ha venido nunca a la ciudad.

—No, no la conozco —confirmó ella en una voz tan baja que él casi no la oyó.

Su padre sí habría oído hablar de los escandalosos sir Hollis y lady Summerfield y ella se enteraría pronto de quiénes eran.

—Quería decírtelo antes de que se comunicara.

—Eres muy amable —replicó ella en un tono que pareció inmutable—. ¿La señorita Summerfield está ahora en la ciudad?

—Sí. Está en casa de mis padres. Nos casaremos con un permiso de matrimonio especial.

Ella volvió a arquear las cejas. Pronto sabría también el motivo para casarse tan precipitadamente.

—Yardney está en Lincolnshire, ¿no? ¿Volverás allí o te quedarás en la ciudad?

—No lo sé.

Se hizo un silencio que él no sabía cómo llenar. Si ella hubiese sido Charles, le habría contado toda la historia, hasta los sentimientos contradictorios hacia Tess Summerfield, pero Doria y él nunca se habían sincerado y la virtud que más valoraba de ella hacía que fuese imposible que supiera cómo le había afectado la noticia.

—Mi padre va a celebrar una cena —ella sonrió con cortesía—. ¿La señorita Summerfield y tú querríais asistir?

No se le podía ocurrir nada peor.

—No podría asistir y dejar a mi hermana y mis padres.

—Entonces, que asistan ellos también.

—No te sientas obligada, Doria.

Los Caldwell ya habían invitado a sus padres antes, habían sido de los pocos que lo habían hecho.

—Bobadas. Serán bien recibidos. Tu hermana también. Amelie ya tendrá edad de presentarse en sociedad, ¿no?

—Sí.

Amelie había cumplido dieciocho años, una edad en la que la mayoría de las chicas ya se habían presentado en sociedad.

—Entonces, le gustará venir a mi cena. Habrá más jóvenes. Estarán mi prima y algunas de sus amigas. A Amelie le vendrá bien que se las presente.

No podía negarse. Esa cena podía ser una ocasión única para su hermana. Podría abrirle la puerta a otras invitaciones y a tener la ocasión de conocer a posibles pretendientes.

—Muy bien, Doria. Asistiremos a tu cena. Eres increíblemente amable por haber ampliado la invitación.

—Es mañana por la noche. ¿Tienes algún compromiso?

—No, no, claro que no tengo otro compromiso.

—Perfecto.

—Tengo que marcharme.

Él se levantó. De repente, se sentía incómodo en un sitio donde se había sentido mejor que en su propia casa. Ella también se levantó.

—Espera un minuto. Te escribiré una nota para tus padres y la señorita Summerfield.

Ella salió de la habitación y él miró alrededor. Hubo un tiempo en el que esperó pasar más ratos apacibles allí. Siempre se había imaginado que sentiría la presencia de Charles en esa habitación, pero, en ese momento, le parecía vacía y desconocida. Ella volvió y la entregó un papel doblado.

—Entonces, hasta mañana.

Él se lo guardó en el bolsillo, se despidió de ella y salió solo al pasillo. El sirviente le llevó el abrigo y el sombrero y él salió a la calle. Había pensado que esa podría ser la última visita a la casa donde había tantos recuerdos felices de la infancia, pero iba a volver. Esa vez, acompañaría a su prometida a la casa de la que había sido su posible novia y, además, con sus padres. Todo, por el bien de su hermana.

Tess había pasado la mañana probándose vestidos, comentado modificaciones para mejorarlos y planeando más ropa. Lady Northdon y Amelie la llevaron primero a la modista, quien ya tenía cosidos algunos vestidos que podía modificar para que le quedaran bien. Después de comprar cuatro vestidos y de encargar más, fueron a una tienda de telas, a una sombrerería, a una zapatería y a una tienda de guantes. Lady Northdon conocía a los propietarios de todas las tiendas. Habló alegremente con todos, les preguntó por sus familias, alabó los productos y parecía disfrutar muchísimo. Ella se dio cuenta de que eran sus amigos, aunque no podía invitarlos a su casa ni visitar las de ellos. Se sintió conmovida. Era una mujer atrapada entre dos estratos de la sociedad y que no pertenecía a ninguno de ellos. Era una pena que la aristocracia no le diese ni una oportunidad a lady Northdon. Además, Amelie también tendría mucho éxito con su belleza, su elegancia y sus buenos modales. Los caballeros se fijaban en ella por la calle. Algunos, incluso se daban la vuelta a su paso. En un salón, lo caballeros harían fila para ser su pareja de baile.

Sin embargo, si lo pensaba bien, su propio lugar en la sociedad de Londres también estaba en cuestión. Ya se sentía como si no

perteneciera a esa ciudad bulliciosa y elegante, pero ya no pertenecía Lincolnshire tampoco.

Eran casi las dos cuando volvieron a la casa de la calle Grosvenor. Las tres se retiraron a sus dormitorios para descansar. Solo Nancy, que las había acompañado a petición de ella, parecía haber vuelto con más energía todavía. Se había comportado como una buena doncella durante la mañana, se había mantenido detrás, no había hablado si no se habían dirigido a ella y había llevado los paquetes, pero, en ese momento, no podía callar.

—¡Jamás había visto una telas tan preciosas! ¡Y qué patrones! Yo podría hacerle uno de esos vestidos, señorita. La modista me dio algunas ideas fantásticas —abrió mucho los ojos—. Quizá, ¡podría hacerle el vestido de novia! Podría hacerlo con una de esas sedas tan bonitas que vimos. Un vestido de seda de color marfil con una redecilla de plata por encima y cuentas de cristal ¡Y encaje! Sé que podría hacerlo.

¿Un vestido de novia? No había pensado qué iba a ponerse.

—Estoy segura de que podrías hacer un vestido precioso, pero tienes obligaciones como doncella y no tendrás mucho tiempo.

—Lo tendré —replicó Nancy con unos ojos suplicantes—. Todos sus vestidos serán nuevos y no exigirán muchos cuidados. Todo será nuevo. Estoy segura de que no tendré gran cosa que hacer. Por favor, ¿me dejará coser el vestido de novia?

A ella le daba igual lo que iba a ponerse… No, eso no era verdad. Quería que Marc la admirara. Además, haría feliz a Nancy, más feliz todavía.

—Muy bien. Le pediré el dinero al señor Glenville y podrás comprar todo lo que necesites.

—¡Gracias, señorita! —Nancy dio unos saltos de alegría—. Si tuviera papel y lápiz, podría hacerle un boceto para que lo viera.

Papel y lápiz… Si ella tuviese papel y tinta, podría escribir a sus hermanas. Al menos, podría decirles que había llegado bien a Londres.

—Podrías preguntarle a alguno de los sirvientes dónde hay papel y lápiz para el boceto y una pluma y tinta. Dile que todo es para mí.

Nancy hizo una reverencia.

—¡Ahora mismo, señorita!

Se marchó apresuradamente y ella se dejó caer en una butaca con una mano en la frente. Vestido de novia… Escribir a sus hermanas… La situación la abrumó otra vez. Iba a casarse con Marc Glenville, un hombre obligado a casarse con ella, un hombre al que no conocía casi. Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Esperaba que fuese lady Northdon o Amelie. La puerta se abrió.

—Tess…

Ella se dio la vuelta. Era Marc.

—Os oí volver. ¿Qué tal las compras? —le preguntó él desde la puerta.

—Me temo que caras para ti —contestó ella con el corazón acelerado—. He comprado de todo.

—No te preocupes por el precio —él levantó una mano—. Disfruta con las compras.

—Al menos, no tendré este aspecto —ella se señaló a sí misma —. Tu madre se ha ocupado de que lleve la última moda.

—Eso lo domina —comentó él con una sonrisa.

Le alegró esa sonrisa. Le gustaba que se preocupara por su madre y la protegiera. Ella no podía decir que conociera bien a lady Northdon, pero, después de un día, sí sabía que adoraba a su hijo y a su hija. ¿Qué se sentiría al tener una madre así?

—Iba a dar un paseo por el parque —siguió Marc—. ¿Te apetece acompañarme?

—Claro —contestó ella olvidándose del cansancio.

Tomó al sombrero, los guantes y la chaqueta. Salieron a la calle y se dirigieron hacia Hyde Park. Entraron por la puerta Grosvenor y tomaron uno de los senderos. El cielo estaba algo nublado y hacía frío, pero a ella no le importó. Le parecía maravilloso pasear con él, aunque era algo muy normal. Había algunas personas más en el parque, pero estaban tan lejos que era como si estuviesen solos.

—Es un poco temprano —le explicó él como si le hubiese leído el pensamiento—. Tanto en el día como en la Temporada.

El sendero los llevó entre grandes extensiones de césped con árboles y matorrales.

—Es casi como pasear por el campo —comentó ella.

—Pero sin tormenta —añadió él mirando el cielo.

—Algunas veces salgo de paseo cuando no hay una tormenta —aclaró ella con una sonrisa.

—Y yo.

Él también sonrió y a ella se le aceleró el corazón.

—¿Qué sabes del parque? —le preguntó él.

—Que la alta sociedad viene aquí a que la vean —contestó ella, que lo sabía por las revistas.

—Lo hizo Enrique VIII en el siglo dieciséis para cazar y no se abrió al público hasta más de un siglo después. Casi todo el paisajismo, hasta el Serpentine, se hizo hace cien años o así. Iremos al Serpentine.

El Serpentine era un pequeño lago que había en el parque. Estaba tranquilo y el agua se rizaba un poco por la brisa. Todo un contraste con el agua turbulenta que cubría el puente que llevaba a Tinmore Hall en aquel día tormentoso y fatídico.

—Qué apacible —comentó ella.

—Te contaré lo que he hecho yo hoy.

Por algún motivo, la sensación de tranquilidad de ella se esfumó.

—¿A dónde has ido? —preguntó ella.

—A la archidiócesis de Canterbury para pedir un permiso de matrimonio especial.

—Ah…

—Tardarán unos días.

Ella no supo si era una noticia buena o no y tampoco supo qué pensaba él.

—También fui a visitar a una amiga —siguió él en un tono aciago.

—Una amiga…

—La señorita Caldwell. Doria. La hermana de un amigo mío del colegio que murió en Ciudad Rodrigo.

El terrible asedio en el que murieron tantos soldados. Ella lo miró sin acabar de entender.

—Habla claramente, Marc. ¿Es la mujer con la que pensabas casarte? ¿La hermana de un amigo de la que me hablaste en la cabaña?

Él la miró a los ojos. Los ojos de él reflejaban el cielo y el agua y estaban grises.

—Sí.

Ella se dio la vuelta y miró a un pato blanco y marrón que nadaba en círculos.

—Tenía que hablarle de… nosotros —siguió él—. No quería que se enterara de otra manera.

—Naturalmente —ella lo entendía sinceramente—. Tiene que haber sido difícil para ti decírselo, y para ella oírlo.

Él se frotó la frente.

—Fue turbador. Era como si estuviese en un sitio desconocido, pero que había conocido como si fuese mi propio reflejo en un espejo.

Eso mismo era lo que había sentido ella cuando el carruaje de Tinmore la llevó a través de Yardney. Todo lo conocido se había convertido de repente en extraño.

—No puedo decirte cómo reaccionó ella —siguió Marc—. Permaneció inalterable. Sin embargo, sí puedo decirte que nos invitó, a mi familia y a ti, a una cena que celebra mañana por la noche. No sé cuántos invitados habrá, pero me imagino que bastantes. Su prima y unas amigas entre ellos.

—¡Una cena! —ella se dio la vuelta para mirarlo—. ¿Aceptaste?

—Sí.

Ella volvió a darse la vuelta y él le tocó un brazo.

—Podemos disculparnos si quieres, pero déjame que te explique por qué acepté —la tomó del brazo y empezó a pasear otra vez—. La prima de la señorita Caldwell es de la edad de Amelie, más o menos. Si asistimos, Amelie podrá conocer a gente de su edad. Estoy seguro de que tendrá mucho éxito y que podría proporcionarle más invitaciones —él hizo una pausa—. Tienes que saber que mi familia no recibe muchas invitaciones y yo no puedo impedir que se lo pase bien, como otras chicas de su edad.

O que tenga la ocasión de conocer a posibles pretendientes, se dijo ella.

—Además, mi padre y mi madre tienen muy poca vida social y también les vendrá bien —él se detuvo y la miró—. ¿Qué me dices?

Ella no quería asistir a una cena y menos a una que celebraba la mujer con la que él quería casarse.

—¿No te parece desalmado que yo vaya? Ibas a casarte con ella, Marc.

—No quiero ser desalmado contigo, Tess. Si va a ser demasiado incómodo para ti, me disculparé y no asistiremos.

¿Y privar a su hermana de una cena?

—Me refería a que puede ser desalmado para ella, no para mí.

—Ella nos invitó —él se encogió de hombros—, y no tenía por qué hacerlo.

Quizá, la señorita Caldwell quería ver a la mujer que le había robado a su posible marido.

—Alguna vez tendré que encontrarme con la gente —contestó ella poniéndose muy recta.

Ocho

El día siguiente fue muy ajetreado. Marc no había tenido en cuenta que Tess podría no tener un vestido de noche adecuado o que Amelie y su madre rebuscarían el vestido perfecto en su guardarropa y que no tenían nada perfecto, que todo exigía algo de trabajo.

Peor aún, su padre protestaba airadamente y decía que todo ese jaleo era un disparate. Eso enfadó a su madre y solo le quedó pedirle a su padre que lo llevara a su club para que le presentara a sus amigos. Su padre se refugiaba algunas veces en el club de caballeros Brook's, un club al que acudían miembros del partido *Whig* y otros hombres algo más tolerantes con la esposa que había elegido y su tendencia liberal en la política. Esa tolerancia no había significado que las esposas de los socios del club los invitaran a muchos actos sociales, pero, al menos, aceptaban a su padre y él se sentía cómodo en el club.

Se sentaron en el comedor, donde ya había otros tres caballeros con las caras escondidas detrás del *Morning Post*. Él pidió un café y su padre un brandy español.

—No hay muchos socios —comentó él.

—Mmm… —su padre dio un sorbo de su bebida—. Me apostaría algo a que todavía hay mesas llenas en la sala de juegos.

Brook's era famoso por el juego. Su padre, al menos, nunca había jugado. En realidad, su padre no tenía vicios, que él supiera.

—No puedo soportar todo ese jaleo de los vestidos —añadió su padre después de dar otro sorbo de brandy.

—Ya sabes que *maman* es feliz con eso. ¿Con qué, si no, va a ser feliz?

—Ella no es feliz —su padre frunció el ceño—. Me lo reprocha a mí.

Él lo miró. Seguía siendo un hombre apuesto a pesar de las canas y la piel ajada. Era un hombre infeliz.

—¿Hay algún problema más entre *maman* y tú?

—¿Algún problema más? —preguntó su padre en tono burlón—. ¿Te refieres a que me acuse de la muerte de tu hermano? Eso no es ninguna novedad. ¿Cómo iba a saber yo que iba a ser tan temerario?

Lucien se había enamorado de la hija de un conde, pero el padre de ella lo rechazó y la necia pareja se fugó a Gretna Green. Sin embargo, nunca llegaron. Los hombres del conde los persiguieron y Lucien acabó volcando el faetón.

Su padre se quedó pálido y miró su copa.

—Sin embargo, tiene razón. Debería haberlo impedido.

—Basta, papá —le pidió Marc con delicadeza—. No te culpes a ti mismo.

Puso una mano en un brazo de su padre. Su padre lo apartó y dio otro sorbo. Él recibió el rechazo como una bofetada, pero nada de lo que hacía le complacía a su padre. Tomó la taza de café con las dos manos y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Me refería a otro problema. Cuando llegué a casa, me pareció que *maman* y tú estabais acusándoos mutuamente de infidelidad.

Su padre agitó una mano como si no tuviera importancia.

—Palabras —hizo una señal para pedir otro brandy—. No hay infidelidad —se inclinó hacia Marc—. ¿Y tú? ¿Puede saberse por qué vas a casarte con la hija de sir Hollis? Estás siendo tan necio como tu hermano.

¿Estaba siendo tan necio como su hermano? Quizá, pero no había tenido más remedio, ¿no?

—¿Has perdido la cabeza por ella? —siguió su padre señalándolo con un dedo.

No, pero sí tenía la sensación de que estaba haciendo un esfuerzo para no perderla. El camarero volvió con más brandy y rellenó la copa de su padre, quien la giró en la mano mirando el líquido ambarino y recitando las palabras de la obra de William Congreve. «La tristeza pisa los talones del placer. Casado precipitadamente, podemos arrepentirnos al final». Se bebió toda la copa y miró a Marc con una expresión de desolación.

—Al menos, tu hermano no tuvo que arrepentirse.

Esa tarde, a última hora, su padre se sirvió otra copa de brandy en la sala mientras esperaban a que las mujeres estuviesen preparadas.

—Tu madre se cambiará diez veces de vestido. Llegaremos tarde. Sabe Dios lo que tardará tu hermana.

—Estoy seguro de que habrá alguien que llegará más tarde que nosotros por estar elegante.

Él también estaba nervioso, pero alguien tenía que aparentar cierta calma. Amelie y su madre también estarían nerviosas. ¿Y Tess? ¿Cómo no iba a estarlo?

Su hermana entró en la sala. El vestido blanco parecía flotar a su alrededor y los rizos rubios eran como un halo. Su padre la miró atónito.

—Amelie —susurró—. Pareces… como tu… Pareces un ángel.

Marc se levantó y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Papá tiene razón. Eres como una aparición.

—Los dos decís bobadas, naturalmente, pero sois muy amables —replicó ella sonrojándose.

Su padre siguió mirándola como si estuviese viendo un fantasma. Entonces, la puerta se abrió otra vez y entró su madre. Su padre, por un instante, también la miró con la misma expresión de asombro, hasta que, enseguida, la cambió por otra carente de toda emoción. Él también saludó a su madre con un beso.

—*Maman*, estás muy guapa. Estás maravillosa.

El vestido de su madre era muy sencillo, su belleza estaba en el color, en un azul intenso que resaltaba sus ojos azules y su piel blanca. Su madre sonrió, pero vaciló cuando miró a su marido.

—Nuestra madre está tan guapa como Amelie, ¿verdad, papá? —le preguntó Marc.

—La dos están muy bien —contestó él mirando hacia otro lado.

¡Maldito fuese! Su madre habría sido feliz con solo una palabra amable. Él se dio la vuelta y vio que Tess entraba en la sala. Se quedó sin respiración. No era tan etérea como Amelie ni tan elegante como su madre, pero tenía algo que le gustaba más

todavía, algo real, cálido y femenino. El vestido era sencillo, como el de su madre, pero le quedaba perfectamente y no tenía nada que enmascarara su belleza y su porte. Era de un color verde oscuro que le daba el mismo tono a sus ojos y resaltaba los reflejos rojos del pelo. Quizá, no tuviese que preocuparse por esa cena. Cuando entrara en la habitación, nadie podría encontrarle ninguna pega, no tenía ninguna pega.

—Estás muy hermosa, Tess —comentó él con la voz ronca.

—Gracias —dijo ella en un tono tenso y, evidentemente, sin creerlo—. Siento que hayáis tenido que esperarme.

—*Ma chérie!* —exclamó su madre—. Estás perfecta.

—Tess, el vestido te queda muy bien —Amelie sonrió—. Todo el mundo va a quedarse impresionado.

—¿Tú crees? —Tess miró a Amelie y a su madre—. Creo que nadie se fijará en mí con vosotras dos.

Tess era encantadora con su madre y su hermana. ¿Cómo no iba a valorarlo?

—Papá y yo seremos la envidia de todos los caballeros de la fiesta.

Su padre se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, vamos yendo.

—¿No pareceremos fuera de lugar? —preguntó su madre sin moverse.

—*Maman* —él la rodeó con un brazo—, tu gusto con la ropa es insuperable. No parecerás fuera de lugar.

—Estoy de acuerdo —añadió Tess con una sonrisa tranquilizadora—. Aunque no sé qué se ponen las mujeres para ir a una cena en Londres, apostaría cualquier cosa a que habéis acertado con el tono perfecto.

Su madre pareció algo más animada.

—Vamos —insistió su padre—. No querremos llegar los últimos…

Hicieron el trayecto hasta las casa de los Caldwell en un silencio tenso. Tess estaba nerviosa, pero le entristecía ver que lord y lady Northdon y Amelie estaban asustados por asistir a una cena solo

porque lady Northdon era la hija de un comerciante y jacobino francés.

¿Los invitados pasarían por alto su escandalosa familia? Alguno estaría al tanto de los amantes de su madre y de las nefastas y absurdas inversiones de su padre. ¿Cuántos habrían leído que Lorene se había casado con lord Tinmore? Los invitados podrían susurrar mucho sobre ella aunque no supieran todavía las circunstancias para que se hubiera prometido con Marc.

Una vez en la casa, un lacayo les abrió la puerta del carruaje y los ayudó a bajarse. Hasta ella pudo saber que no era una calle tan prestigiosa como la de Grosvenor. Esas casas eran más pequeñas y la calle más estrecha. Un sirviente los recibió en la puerta y se hizo cargo de las capas, los abrigos y los sombreros. El mayordomo los acompañó hasta la puerta del salón y los anunció.

—Lord y lady Northdon, el señor Glenville, la señorita Glenville y la señorita Summerfield.

Todas las cabezas se giraron para mirarlos y algunas miraron hacia otro lado enseguida. Un hombre de aspecto agradable y de cincuenta y tantos años se acercó seguido por una joven bastante guapa.

—Lord y lady Northdon… Me alegro de que hayáis venido. ¿Conocéis a mi hija Doria? Naturalmente…

El hombre los saludó con una sonrisa algo forzada. Evidentemente, eran el señor Caldwell y su hija. La señorita Caldwell la miró con cierta curiosidad. Era preciosa, con el pelo oscuro, la piel blanca y aspecto inteligente. El señor Caldwell alabó a Amelie y ella se puso roja. La señorita Caldwell saludó a la familia con cariño, como si fuesen unos buenos amigos, y, por fin, llegaron a ella. Marc la presentó.

—Señor Caldwell, Doria, os presento a la señorita Summerfield.

—Me alegro de conocerla —la joven parecía notablemente serena y se dirigió a su padre—. Padre, ¿te acuerdas de que te conté que Marc y la señorita Summerfield van a casarse?

—Sí, claro —el tono cordial del señor Caldwell se convirtió en un poco seco—. Bienvenida, señorita Summerfield —se volvió inmediatamente hacia lord y lady Northdon—. Venid a conocer a los otros invitados.

Marc ofreció el brazo a Tess y se inclinó para hablarle al oído.

—Te pido disculpas por el señor Caldwell. Ha sido grosero contigo.

—Es posible que esté decepcionado —susurró ella.

Marc estaña increíblemente guapo con la levita negra y sus ojos azules eran más atractivos todavía a la luz de las velas. ¿Cómo no iba a despreciarla la señorita Caldwell por habérselo arrebatado?

Siguieron a Amelie y a los padres de Marc hasta donde estaban reunidos los invitados. Durante las presentaciones, algunas personas fueron amables y corteses y otras casi ni les hicieron caso. Los ojos de algunos invitados brillaron al conocerla a ella. ¿Estarían acordándose de su escandalosa madre, de su padre o de la nueva lady Tinmore?

Algunos caballeros miraron con admiración a Amelie y algunas damas con envidia. La prima de la señorita Caldwell la tomó bajo su amparo y la llevó con un grupo de jóvenes que estaban entreteniéndose en un rincón de la habitación. Lord Northdon fue a hablar con alguien y el señor Caldwell se llevó a Marc. La señorita Caldwell encontró unos asientos para lady Northdon y para ella y también se sentó para charlar, sobre todo, con lady Northdon. Le preguntó por su vestido y enseguida introdujo a otra dama para hablar sobre modistas, tiendas de telas y los últimos modelos. Entonces, la señorita Caldwell y ella se quedaron solas.

—¿Desde cuándo conoce a Marc? —le preguntó con una sonrisa cortés.

Ella pensó que quizá no lo preguntara por cortesía.

—Desde hace poco —en realidad, menos de una semana—. ¿Y usted? Su padre y usted parecen muy amigos de los Caldwell.

La sonrisa de la señorita Caldwell se debilitó un poco.

—Amigos de Marc. Mi hermano y él fueron juntos al colegio y eran inseparables. Marc pasaba tanto tiempo en nuestra casa como en la suya. Conocimos a su familia a través de él.

—Claro. Marc me habló de su hermano y de su trágica pérdida.

La joven bajó la mirada.

—Murió en Ciudad Rodrigo.

—Lo siento —dijo Tess con sinceridad—. Mi hermano es soldado y estoy preocupada por él todo el tiempo.

La señorita Caldwell levantó la mirada con una ceja arqueada.

—Claro, lo entiendo.

Tess la miró a los ojos.

—Observo que ha oído hablar de mi hermano.

De su hermano por parte de padre. La gente siempre había hablado de que el hijo bastardo de lord Summerfield se había criado con ellos. Pareció como si la señorita Caldwell casi lo aprobara y no fue la reacción que ella se había esperado.

—¿Tiene hermanas? —preguntó Tess por hablar de algo.

Pareció como si la señorita Caldwell se hubiese quedado absorta en sus pensamientos durante un instante.

—¿Hermanas…? No, solo éramos mi hermano y yo.

Entonces, dos caballeros aparecieron en la puerta, pero no podían verse sus rostros.

—Discúlpeme, más invitados.

La señorita Caldwell se levantó para recibirlos.

—El señor Pemperton y el señor Welton —anunció el mayordomo.

Tess clavó la mirada en la puerta. El señor Welton, su señor Welton, entró para que lo saludaran la señorita Caldwell y su padre. El corazón se le aceleró. Había oído decir que todo el mundo se conocía en Mayfair, pero era imposible que se encontrara con el señor Welton en la primera fiesta. Sin embargo, allí estaba.

Se volvió otra vez hacia lady Northdon y fingió que escuchaba la conversación sobre el largo de las mangas. ¿Qué podía hacer? ¿Se acercaba y lo saludaba o lo evitaba? Anunciaron la cena y no tuvo que tomar la decisión.

Marc y lord Northdon se acercaron para acompañarlas al comedor. Dos caballeros se disputaban el brazo de Amelie y el señor Welton había desaparecido por detrás de ella. Estaba segura de que no la había visto.

El grupo, de unas treinta personas, se reunió y la señorita Caldwell elevó la voz.

—Como veréis, no hemos sido estrictos con el protocolo a la mesa. Hemos sentado a las personas donde hemos creído que se divertirán más.

Sin embargo, una vez en el comedor, comprobaron que lord y lady Northdon estaban colocados a la cabecera de la mesa. La señorita Caldwell había sido muy lista porque haberlos puesto en otro sitio habría sido un desprecio, a pesar de lo que había comentado antes. Ella estaba un poco más hacia el centro, pero la habían sentado al lado de Marc. La señorita Caldwell, otra vez, había sido increíblemente amable y generosa por sentarla al lado de Marc. Además, y afortunadamente, no estaba enfrente del señor Welton. Él estaba al otro lado de la mesa, pero a varios asientos de ella.

A medida que avanzaba la cena, Marc parecía hacer todo lo posible para darle conversación. Habló de la comida y el vino y fue muy considerado con todo lo que necesitaba. También la incluyó en las conversaciones que tenía con los invitados que estaban cerca de ellos. Cuando esos invitados estuvieron ocupados con otras conversaciones, se inclinó hacia él.

—Parece que tu madre está pasándolo bien. Estaba preocupada por ella.

—Yo también estaba preocupado —reconoció él.

Ella miró hacia donde estaban sentados los padres de Marc.

—La señorita Caldwell ha sido muy amable con tu familia y conmigo. Parece una buena persona.

—Lo es —confirmó él mirando su plato.

—Marc —ella agarró su tenedor—, me siento fatal. Habría sido una esposa muy buena para ti.

Él tomo un trozo de carne.

—No pienses en eso, Tess.

¿Cómo no iba a pensar en eso? Sirvieron otro plato y se quedaron en silencio, solo hablaban cuando otros invitados lo exigían. Al cabo de un tiempo, Marc le tocó un brazo.

—Hay un caballero que no deja de mirarte.

—Ah…

—Ese rubio con aspecto de dandy que hay al otro lado de la mesa.

Él inclinó la cabeza en dirección al hombre y ella lo miró fugazmente.

—El señor Welton —el traje de Welton le pareció un poco excesivo, sobre todo, en comparación con la naturalidad de Marc—.

Lo conozco. Hace poco visitó a su tía en Yardney.

—En Yardney —repitió Marc frunciendo el ceño.

Hizo que ella se sintiera como si la hubiese sorprendido en alguna indiscreción, lo cual, era absurdo.

—Es posible que no me haya reconocido. Tu madre y Nancy me han transformado.

—No eres tan fácil de olvidar —replicó él taladrándola con la mirada.

Ella notó que se sonrojaba de placer.

Después de la cena, las mujeres volvieron a la sala para tomar té. Esa vez, las mujeres se juntaron con sus amigas y Tess se sentó con Amelie y lady Northdon. Amelie no paraba de hablar.

—Todos son muy amables, me he sentido muy bien recibida.

—Tienen que recibirte bien, *chérie* —comentó su madre dándole una palmada en el brazo.

—Algunos de los jóvenes parecían muy a gusto en tu compañía —añadió Tess.

Amelie, que vivía tan aislada como ella, no estaría acostumbrada a esas atenciones. Ojalá Genna estuviese allí para ayudarla. Amelie se sonrojó y bajó las pestañas.

—He recibido algunos halagos, pero estoy segura de que los caballeros solo estaban siendo educados.

—¡Bobadas! —los ojos de su madre dejaron escapar un destello —. Eres una belleza, pero tienes que estar en guardia. Si son caballeros, te cortejarán como es debido, ¿no?

—*Maman*, te aseguro que ninguno me ha dicho nada inapropiado —contestó Amelie—. Creo que nunca había sentido tanta amistad.

¿Era amistad sincera o algo preparado por la señorita Caldwell? Ella se dirigió hacia lady Northdon.

—También os han recibido con amabilidad, ¿no?

Lady Northdon levantó la taza de té.

—Casi todos.

La señorita Caldwell se unió a ellas.

—¿Necesitan algo?

—*Non* —contestó lady Northdon.

Bien hecho. Lady Northdon había mantenido la dignidad. La señorita Caldwell sonrió a Amelie.

—Ha tenido mucho éxito, ¿no? Según mi prima, ya hay varios caballeros rendidos.

—Es una exageración —replicó Amelie sonrojándose.

¿Qué hombre no admiraría a Amelie? Destacaba por encima de las otras jóvenes.

—Les aseguro que estaban rendidos —la señorita Caldwell las miró una a una—. Y las mujeres están impresionadas por su elegancia. ¿Cuál es su secreto, *madame*? ¿Tiene una modista nueva?

—No es nueva para mí —contestó lady Northdon.

—Están todas encantadoras.

La señorita Caldwell apretó la mano de lady Northdon y fue a otro grupo de mujeres. Lady Northdon dio otro sorbo de té y murmuró con la taza en los labios.

—*Quelle horreur!* Se siente obligada a ser amable con nosotras.

—*Maman!* —Amelie abrió los ojos como platos—. Es espantoso decir eso.

Lady Northdon levantó un hombro.

—No me gusta sentir que alguien tiene que hacer un esfuerzo para ser cortés conmigo.

Efectivamente, después de lady Northdon lo hubiese comentado, se daba cuenta de que había cierta amabilidad forzada cuando la señorita Caldwell hablaba con ellas. Aun así, se preguntaba si ella podría ser tan amable como la señorita Caldwell si estuviese en su lugar. Amelie siguió quejándose y enumeró todas las cosas que la señorita Caldwell y sus amigos le habían dicho o hecho esa noche. Ella no podía seguir oyendo alabanzas hacia esa mujer y se levantó.

—Disculpadme un momento.

Que pensaran que tenía que ir al tocador de señoras, pero la verdad era que tenía que estar un momento sola. Asomó la cabeza dentro del cuarto reservado para las mujeres y vio que había algunas. Abrió otra puerta y vio una biblioteca pequeña. Entró y se sentó en una butaca. No tenía que pensar solo en sí misma y en la tensión de la noche. También tenía que pensar en Marc y en que tenía que ser peor para él… y para la señorita Caldwell. Ella había

tirado por tierra todos sus planes. La verdad era que podía ver que un matrimonio entre Marc y la señorita Caldwell saldría muy bien. La señorita Caldwell nunca saldría repentinamente para ir al pueblo cuando podía llover. Nunca se quedaría deslumbrada por un caballero de Londres que había ido a visitar a su tía en Lincolnshire. La señorita Caldwell podría ofrecerle el matrimonio sereno y respetable que quería Marc. ¿Qué podía ofrecerle ella? Más escándalo.

Oyó voces de hombres en el pasillo. Debían de estar volviendo con las mujeres. Esperó hasta que las voces se apagaron para volver a la sala e intentó pasar desapercibida, pero el señor Welton se acercó a ella en cuanto entró.

—Señorita Summerfield… —le saludó él inclinando la cabeza.

—Señor Welton…

Ella hizo una reverencia. En Yardney se quedó sin respiración solo por verlo y se mareó cuando la habló, en ese momento, no sintió nada. Su rostro, su pelo rubio y sus ojos castaños seguían siendo impresionantes, pero no le afectaron.

—Confieso que no la reconocí al principio —comentó él con una sonrisa.

—Acabo de llegar a Londres.

—¿He oído decir que su hermana se ha casado con el anciano lord Tinmore? —él le dirigió una mirada elocuente—. Un cambio en la suerte de su familia…

Él tono de él era cortés, desenfadado y completamente indiferente, el contrario que el coqueteo y las palabras bonitas de Yardney.

—También tengo entendido que está prometida al señor Glenville —siguió él con la misma falta de interés—. Le deseo lo mejor.

—Gracias —consiguió decir ella.

Él dirigió la mirada hacia Amelie.

—¿La señorita Glenville ya se ha presentado en sociedad? Es una joven encantadora. Si solo… —él no acabó la frase—. Da igual. ¿Su hermana pequeña está en la ciudad?

Genna, la hermosa Genna…

—No, no ha venido.

—Creo que Tinmore ha sido generoso con su familia —ella apostaría a que se refería a que Tinmore le había proporcionado una dote a Genna—. Tengo entendido que piensa abandonar su reclusión y venir a pasar la Temporada. Su hermana también vendrá, ¿verdad?

—Sí —contestó ella apretando los dientes—. Sin embargo, señor Welton, le aseguro que mi hermana aspirará a algo más elevado que usted. Al fin y al cabo, Lorene se ha casado con un conde y yo seré vizcondesa algún día. Creo que Genna espera superarnos con un marqués.

Él solo era el hijo menor de un barón.

—Si me disculpa, tengo que volver con lady Northdon —añadió Tess.

Hizo una reverencia, se dio media vuelta y cruzó la habitación para volver a sentarse con lady Northdon mientras hacía un esfuerzo para que pareciera que la conversación no le había afectado.

El señor Welton solo era un cazafortunas. Había estado jugando con ella en Yardney, no había significado nada para él. ¿Cómo había podido estar tan engañada?

En otro extremo de la habitación, Marc estaba sentado con Doria Caldwell y miraban la escena entre Tess y Welton.

—Parece que se conocen —comentó Doria tan impasible como siempre.

—Ella lo conoce —confirmó Marc devorado por los celos—. Se conocieron en Lincolnshire.

—¿De verdad? —Doria lo miró—. Mi padre me habló de los padres de ella, y del reciente matrimonio de su hermana.

Él asintió con la cabeza.

—Nuestras dos familias llevan el escándalo dentro. Yo no la culparé por los pecados de su madre y de su padre si ella no me culpa por los del mío.

Doria le puso una mano en el brazo.

—Tienes razón —ella bajó la voz—. Nuestra familia siempre te ha querido por ti mismo.

Esa verdad fue como una puñalada en el corazón. Quiso disculparse con ella, pero eso daría a entender que le había hecho una promesa y no se la había hecho porque sabía que se dirigiría al peligro en cualquier momento. Había tenido mucho cuidado de no prometer nada, aunque quiso hacerlo cuando Charles murió. Miró hacia otro lado y vio que Tess volvía a sentarse con su madre.

Desde que Tess le dijo que había conocido a Welton en Yardney, supo quién era ese hombre. Era el hombre con el que quería haberse casado ella, el hombre que necesitaba que ella tuviese una dote considerable. Welton le disgustó nada más verlo, mejor dicho, en cuanto vio que miraba a Tess. Su padre lo llamó con un gesto desde el otro lado de la habitación.

—Tendrás que perdonarme, Doria —Marc se levantó—. Creo que mi padre quiere marcharse.

—¿Tan pronto? —Doria también se levantó—. Me alegro de que tu familia y tú hayáis venido. Y la señorita Summerfield también, naturalmente. Os deseo que seáis felices.

—Eres una mujer estupenda, Doria —él le tomó una mano—. Charles estaría orgulloso de la mujer que has llegado a ser.

—No digas nada más —le pidió ella con lágrimas en los ojos.

Él le apretó la mano y se dio la vuelta. Su padre lo alcanzó antes de que hubiera dado más de cuatro pasos.

—Tu madre está preparada para marcharse.

Él apostaría cualquier cosa a que era su padre quien estaba cansado de la fiesta, quien estaba cansado de fingir que los invitados no hacían un esfuerzo para ser corteses con él. Su madre estaba hecha de una pasta más dura.

—Me despediré del señor Caldwell y pediré que nos traigan los abrigos.

Unos minutos después, estaban fuera de la casa, en la fría noche de febrero, y esperaban a su carruaje. El padre de Marc, impaciente, iba de un lado a otro por la acera. Amelie, muy emocionada, hablaba con su madre sobre la gente que había conocido, sobre todos los jóvenes que se habían fijado en ella. Él, sin embargo,

pensaba en Tess y tenía que hacer un esfuerzo para no exigirle que le dijera de qué había hablado con Welton.

—¿Qué tal lo has pasado? —le preguntó en cambio.

—¿En la fiesta? Maravillosamente para haber sido mi primera salida en la ciudad —a él no le sonó como si hubiese sido tan maravillosa—. ¿Qué tal lo has pasado tú? Ha tenido que ser complicado.

Él la miró. Los candelabros montados en la puerta iluminaban su precioso rostro.

—También habrá sido complicado para ti.

Ella miró hacia otro lado.

—Te lo aseguro, ha sido una fiesta encantadora —volvió a mirarlo —. No tan complicada como una cabaña gélida con un fuego mortecino.

Él se rio en voz baja y sintió cariño por ella.

—Creo que yo habría preferido la cabaña.

—¿De verdad? —le preguntó ella arqueando las cejas.

—No está tan mal aislarse del resto del mundo durante un tiempo.

—Sobre todo, cuando el mundo exterior es tan frío.

¿Estaba hablando de la fiesta o de la cabaña?

—Siempre recordaré la cabaña. Fue a donde me llevaste después de salvarme la vida —siguió ella—. Aunque tu vida podría haber sido mejor si hubieses pasado de largo.

—No podría haber hecho algo así.

—Es verdad. Eso habría sido impropio de ti, ¿verdad? Mira cómo te lo agradezco.

—Los dos estamos metidos en este embrollo —él la agarró de un brazo—. ¿Quieres casarte con él?

—¿Con quién?

—Con el señor Welton —contestó él como si escupiera su nombre.

Ella parpadeó por la sorpresa.

—¿Con el señor Welton? En absoluto —ella hizo una pausa y bajó la voz—. ¿Y tú? Tu relación con la señorita Caldwell era más fuerte.

La verdad era que ya no podía imaginarse casándose con Doria. Sin embargo, tenía la sensación de haber incumplido una promesa,

aunque fuese una promesa tácita.

—¿Quieres que me eche atrás? —le preguntó ella en un susurro —. Lo haré si quieres.

Él se acercó más y le acarició el rostro con delicadeza.

—Voy a casarme contigo, Tess.

Ella lo miró con los ojos velados y la respiración acelerada.

—¿Puede saberse dónde está el carruaje? —bramó su padre.

Tess se apartó de un salto.

Nueve

Marc no podía dormir. Ardía por dentro. Tess había estado impresionante esa noche, como una joya tallada y pulida a la perfección. Sus ojos no habían dejado de buscarla, pero, al menos, había mantenido la compostura. Había querido agarrarla de un brazo, sacarla de la casa de los Caldwell, llevarla allí y hacer el amor con ella. Cuando el lechuguino de Welton se acercó a ella, había querido tumbarlo de un puñetazo. Había conseguido disimular sus sentimientos desbocados hasta que estuvieron esperando el carruaje. Entonces, había estado a punto de besarla. ¿Qué habría sentido al abrazar a la mujer con la que estaba prometido y al adueñarse de su boca? Las palabras de su padre le retumbaban en la cabeza. «La tristeza pisa los talones del placer…». ¿Salía algo bueno de perder absolutamente la cabeza y actuar por pasión?

Para su padre, no, desde luego. Ni para su hermano ni para Charles. ¿Qué resultaría de casarse con ella? Al fin y al cabo, ella no quería casarse con él, se había visto obligada. Ella quería un marido que la amara. Él sabía que el deseo abrasador que sentía por ella no era amor, que era algo mucho más primitivo, algo que había privado a su padre y a su madre de la felicidad y que había privado a su hermano y a Charles de sus vidas. Tenía que dominarlo antes de que lo dominara a él.

Miró por la ventana. No había estrellas en el cielo. Si hubiese amanecido, se vestiría y se iría a galopar con Apolo por el parque, pero todavía faltaban algunas horas para que amaneciera.

Fue de un lado a otro por la habitación. Había querido una vida apacible y sin escándalos, ¿no? Había querido casarse con Doria. Los dos se apreciaban y admiraban. Casarse con ella habría sido tranquilo y sensato, sin ese deseo abrasador que no lo honraba en absoluto.

El recuerdo de los ojos de color avellana de Tess se presentó en su cabeza. Tenía unos ojos con una expresión preciosa. ¿Cómo serían dominados por la pasión? Volvió a la ventana y la abrió. El aire frío fue como una bofetada. Todo eso era un disparate. Tenía que dejar de pensar. Volvió a cerrar la ventana y se dirigió hacia la puerta. Salió del dormitorio y fue a la sala. Una frasca de brandy podría aliviar esa locura y quizá pudiese dormir. Abrió el armario. La frasca estaba llena. Se sirvió una copa y la vació allí mismo. Tomó la frasca y la copa y volvió a su cuarto. Dos copas después, estaba más inquieto todavía. Recordó el reflejo de su cuerpo en el cristal de la ventana cuando se había quitado la camisola. Recordó su piel tersa y blanca, sus pechos abundantes y su cintura estrecha.

Se sirvió otra copa y se la bebió de un sorbo. Solo había una solución. Cancelar la boda. Si Tinmore dejaba sin un penique a su hermana y a su hermano, él podía compensarlos. Podía mantener a Tess si ella quería. Podía darle una asignación y una dote, podría casarse con un hombre al que pudiera amar. ¡Lo haría!

Tiró la copa al suelo, quería oír cómo se hacía añicos, pero, en vez, rebotó en la cortina y rodó por la alfombra. La recogió, la llenó y se acabó la frasca. ¿Por qué no había pensado antes en eso? Les daría dinero, liberaría a Tess y se libraría él de esa locura.

Se lo diría en ese momento, era un momento tan bueno como cualquier otro. ¿Por qué no? Su cuarto estaba a unos metros de su puerta. Dejó la copa vacía en la mesa y salió con cuidado del dormitorio, aunque con paso vacilante por el brandy. Descalzo, llegó a la puerta de Tess y levantó una mano para llamar. No, despertaría a toda la casa.

—Tess, ¿estás despierta? —preguntó en voz baja—. Quiero hablar contigo.

Él oyó levemente su voz a través de la puerta cerrada.

—¿Marc…?

—Déjame entrar. Tengo que decirte algo.

Se tambaleó y se apoyó en el marco de la puerta.

—Espera un segundo.

La cabeza le dio vueltas, pero no le hizo caso. Entonces, ella abrió la puerta.

—¿Qué pasa?

Ella parecía poco más que una sombra a la tenue luz del aplique del pasillo. El olor a lavanda que desprendía lo embriagó más que el brandy. La lavandera siempre perfumaba la ropa de cama con lavanda. A partir de ese momento, siempre que se metiera entre las sábanas, pensaría en ella. Ella también estaba descalza, como en la cabaña. El recuerdo de su cuerpo cálido se adueñó de él.

—¿Puedo entrar? —preguntó él en voz baja.

Ella abrió más la puerta y retrocedió. La única luz que iluminaba la habitación era la de la chimenea. Su bata y su camisón eran de un blanco espectral, como si fuese una aparición, un sueño muy agradable. Sacudió la cabeza y observó a la aparición que encendía una vela larga y fina en la chimenea y la usaba para encender un quinqué.

—¿Qué pasa, Marc? —le preguntó ella después de apagar la vela.

Era preciosa, se parecía mucho a la mujer de la cabaña y a la belleza que había ido a la fiesta vestida de verde. Todos sus sentidos se despertaron por el deseo, pero ¿por qué había ido a su dormitorio? Intentó recordarlo. Solo podía pensar en hacer el amor con ella, parecía una mujer que necesitaba que la amasen bien. Sacudió la cabeza otra vez y lo recordó. Había ido a hablar de dinero. Se acercó un poco a ella.

—Quería decirte…

Volvió a captar el olor de la ropa de cama y las palabras se esfumaron. Le acarició un hombro y le tomó un mechón de pelo entre los dedos.

—Estás preciosa, Tess.

¿Qué sentiría si bajaba la mano a lo largo de su cuerpo para recorrer esa tersura que había debajo del camisón? Recordó sus formas cuando estuvieron juntos en el camastro de la cabaña. Ella dejó escapar un sonido de incomodidad.

—¿Has venido para decirme algo?

Él asintió con la cabeza. La bebida le afectaba y no podía permanecer de pie sin tambalearse. No podía pensar.

—Tenemos que casarnos, Tess.

—¿Has venido para decirme eso? —preguntó ella quedándose inmóvil.

No, seguramente, había ido para sentir su pelo entre los dedos y para paladear sus labios. Se inclinó hasta que casi pudo rozarle esos labios. Ya había estado a punto de paladearlos antes. Si la besaba, ¿sofocaría esa avidez? ¿Qué sabor tendría si introducía la lengua en su boca? ¿Y si se introducía él mismo en ella? Estarían casados dentro de unos días. Cerró los ojos y la cabeza se le despejó un poco. Se apartó de ella y ella retrocedió un paso.

—Creo que deberías volver a tu cuarto, Marc.

Él asintió con la cabeza y empezó a alejarse sin dejar de mirarla.

—Nos casaremos —repitió él con la mano en el picaporte.

Salió y cerró la puerta antes de cambiar de opinión y dejarse arrastrar.

Tess se quedó mirando la puerta con el cuerpo temblando. ¿Qué había pasado? Evidentemente, él había bebido. ¿Qué significaba que se hubiese acercado tanto y le hubiese acariciado el pelo y el brazo hasta despertarle los sentidos? Se estremecía solo de pensar en su contacto.

¿Había querido acostarse con ella? ¿Antes de casarse? Su institutriz les había advertido a sus hermanas y a ella para que tuvieran cuidado con los hombres que habían bebido demasiado vino o brandy. Según la institutriz, beber demasiado hacía que los hombres y las mujeres se acostaran unos con otros. Era verdad. Ella había visto a su madre beber vino con un caballero que había ido a visitarla. Ella estaba en la salita privada de su madre, un sitio al que tenía prohibido entrar, y se había escondido detrás de las cortinas. Por una rendija entre las cortinas, los había visto besarse, desvestirse y… y… Nunca se lo había contado a nadie. Sin embargo, en ese momento, solo podía pensar en que Marc había querido hacer eso con ella. Debería sentirse escandalizada, aterrada. En cambio, había querido sentir el pelo de él entre los dedos y poner la mano en su hombro. Había querido tumbarse en la cama con él como había hecho su madre con aquel caballero. Quizá se pareciera más a su madre de lo que había llegado a imaginarse.

Apagó el quinqué y volvió a meterse en la cama. Iba a costarle dormirse cuando le abrasaban todos los rincones de su cuerpo.

¿Eso era lo que había sentido su madre cuando los caballeros se le acercaban? Ella no había sentido eso cuando el señor Welton le estrechaba la mano o se acercaba un poco. Eso era algo carnal, algo con fuerza propia, algo que ella deseaba.

Era imperdonable que Marc hubiese ido a su dormitorio en ese estado, ¿no? Intentó sentir rabia, furia o, al menos, bochorno, pero, incluso en ese momento, deseaba que él volviera. Si Marc Glenville volviera a su cuarto en ese momento y quisiera tener un contacto carnal con ella, no se lo impediría.

A la mañana siguiente, Marc durmió hasta más tarde de lo habitual. Cuando se levantó, le dolía la cabeza y tenía el estómago del revés. Se lavó, se afeitó y se vistió mientras esperaba que Staines no se diera cuenta de que estaba intentando no vomitar.

Una vez en el comedor, el olor a pescado ahumado y a queso le revolvió las tripas. Tomó una tostada, se sirvió una taza de café y se alegró de estar solo. Aunque no por mucho tiempo.

Tess entró. Pensó que él tenía que tener un aspecto espantoso, pero ella estaba fresca como el aire después de una tormenta. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza con un peinado muy sencillo. Llevaba un vestido de muselina azul y blanca con flores azules bordadas en los hombros y en el dobladillo. Se detuvo y lo miró.

—Buenos días, Tess —le saludó él levantándose.

—Buenos días.

Ella no lo miró y fue directamente al aparador. Entró un sirviente, pero solo el tiempo justo para llevarle una tetera. Él estaba bebiendo café, litros de café. Tess no se sentó a su lado, sino todo lo lejos que pudo y no apartó la mirada de la rebanada de pan y la mermelada.

—Te debo una disculpa, Tess.

Ella lo miró fugazmente.

—Anoche fui a tu cuarto.

—Lo sé —dijo ella mirándolo fijamente por fin.

—Fue imperdonable por mi parte que te despertara y fuese a tu cuarto. Había bebido demasiado.

—¿Por qué fuiste? —preguntó ella.

Él no quería contarle su plan, inspirado por el brandy, de darle dinero para liberarla. No habría dado resultado. Habría sido un escándalo mayor para ella, le habría arruinado la reputación y la habría dejado con muy pocas posibilidades de casarse de forma respetable.

—No me acuerdo —contestó él sacudiendo la cabeza.

Ella arqueó las cejas.

—Te diré que no tengo la costumbre de beber demasiado —siguió él—. No volverá a repetirse.

Ella asintió con la cabeza y volvió a mirar la comida. Entonces, entró un sirviente.

—Lord Northdon desea verlo en la biblioteca, señor.

Una llamada de su padre nunca significaba nada bueno.

—Gracias. Iré ahora mismo —él se levantó—. ¿Qué piensa hacer hoy? —le preguntó a Tess.

—Tu madre quiere llevarme de compras otra vez —contestó ella mirándolo.

—¿Te importa?

No todo el mundo sentía la misma pasión por las compras que su madre.

—No, me lo paso bien.

Él no se quedó muy convencido de que estuviese siendo sincera, pero esa amabilidad con su madre significaba mucho para él.

Se acercó a ella porque necesitaba tocarla un poco antes de marcharse. Le puso una mano en un hombro.

—Deberías tener dinero propio para tus gastos. Me ocuparé de que tengas algo antes de que te vayas.

Ella se quedó inmóvil bajo su mano.

—Gracias.

Él levantó la mano, pero sus dedos todavía sentían su calidez. Inclinó la cabeza, salió del comedor y fue a la biblioteca.

Cuando entró, su padre de dio la vuelta en su butaca.

—Ya era hora. ¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba desayunando.

Y tocando a Tess.

—Tienes mal color —su padre lo miró de arriba abajo—. ¿Estás enfermo?

—No —no iba a explicarle que se había bebido una frasca entera de brandy y que casi había seducido a su prometida—. Me has llamado…

Su padre tomó un documento enrollado y se lo ofreció a Marc.

—Un mensajero trajo esto hace un rato. Es tu permiso de matrimonio especial.

A él se le revolvieron las entrañas, pero tomó el documento y lo desenrolló.

—Parece que todo está bien —él tomó aliento—. Tengo que decírselo a Tess —se dio la vuelta hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó su padre con una expresión crispada—. Nadie lo sabe. Si necesitas más tiempo…

—No hace falta esperar —replicó él.

Él no quería esperar y ese mismo día buscaría un clérigo que celebrara la ceremonia lo antes posible.

—¿Puede saberse por qué vas a casarte con esa mujer, Marc? —preguntó su padre casi con desesperación—. ¿Por qué tienes tanta prisa sin no está esperando un hijo? No tiene sentido. Estás ocultándome algo.

Su padre se merecía saber la verdad dicha por él.

—Hay algo más —reconoció él con la esperanza de que el desayuno se quedara donde estaba—. Cuando volvía de Escocia, me encontré con Tess en el camino y en medio de una tormenta. Estaba empapada y helada. Encontré una cabaña y la llevé allí para que entrara en calor. Nos vimos obligados a pasar la noche ahí, pero, por la mañana, unos hombres que había enviado lord Tinmore nos encontraron y Tinmore afirmó que la había… comprometido.

Su padre se puso rojo por la ira.

—¿La comprometiste? ¿Cómo pudiste ser tan necio?

—No hice nada que tú pudieras reprocharme —contestó él mirándolo fijamente—. Si no la hubiese llevado a la cabaña, habría muerto de frío.

Su padre apartó la mirada, pero volvió a mirarlo con escepticismo.

—Tiene que haber algo más.

Que Tinmore había amenazado con dejarles sin un penique a su hermana, a su hermano y a ella, pero ¿de qué serviría que su padre lo supiera?

—Estoy obligado, por mi honor, a casarme con ella.

—¿Cuántas personas lo saben? ¿No podría haberse silenciado?

—No. Tinmore tenía invitados en su casa. Con un poco de suerte, casi todo se habrá olvidado cuando esos invitados y Tinmore lleguen a la ciudad, pero podría haber habladurías.

—Más habladurías… —dijo su padre más a sí mismo que a Marc.

—Lo siento, padre.

Él lo decía sinceramente.

Nunca había querido que su familia fuese objeto de habladurías.

—Entonces, tienes que hacerlo —reconoció su padre en un tono más resignado que autoritario.

—Sí, papá.

—Si por lo menos procediera de una familia mejor —su padre se levantó de la butaca—. Sus padres…

—No digas ni una palabra sobre sus padres —le interrumpió él.

Su padre tenía que saber que era una hipocresía quejarse de los padres de ella. Su padre se acercó a él y lo agarró de los brazos.

—No me refería a eso. Me refería… Bueno, creía… creía que ibas a casarte con ella porque es guapa —miró a Marc con una expresión seria—. Temía que fueses a cometer el mismo error.

—¿El que cometiste tú con *maman*? —Marc se soltó los brazos—. Ya me has contado muchas veces que te arrepientes de haberte casado con mi madre. No quiero oírlo otra vez.

—Concédeme que quería evitarte el dolor.

—Ahora dices que el matrimonio con mi madre te causa dolor —Marc hizo una mueca de disgusto—. Tú también la causas dolor a ella, ya lo sabes.

Su padre lo miró como si lo hubiese abofeteado.

—Lo pienso todos los días —replicó su padre con una expresión de preocupación—. No quiero que tú te arrepientas de nada, hijo mío. Si le hubiese dicho esto a tu hermano, quizá… —su padre no terminó la frase, agitó una mano y señaló el permiso de matrimonio —. Déjame que guarde el documento en un cajón. Podemos pensar una manera de solucionarlo.

—Me casaré con ella, es la única solución.

Volvió a enrollar el permiso especial y se lo guardó en el bolsillo interior de la levita.

—Nos casaremos en cuanto pueda organizarlo —añadió Marc.

Su padre asintió con la cabeza. De repente, le pareció más bajo y viejo que unos minutos antes. Él le dio unas palmadas en la espalda.

—Se solucionará, papá. No es lo mismo que con Lucien.

Él quería casarse con Tess y no tenía nada de impulsivo. Tenía que casarse con ella para que su reputación no se resintiera y, además, no había ningún motivo para que no les fuera bien juntos. Sobre todo, si sofocaba la pasión y la dominaba con mano de hierro. No había ningún motivo para que su matrimonio no pudiese ser tan racional como el que había pensado tener con Doria… si podía sofocar la pasión y dominarla con mano de hierro.

Salió de la biblioteca y fue a conseguir algo de dinero para Tess. Esa misma mañana iría a buscar un clérigo que celebrara la ceremonia.

Esa mañana, más tarde, Marc paseaba por Mayfair de vuelta a la casa de sus padres. Había pasado horas buscando un clérigo, hasta que, por fin, había encontrado uno en St. Clement Danes que había aceptado celebrar la ceremonia al cabo de tres días. No debería haberle costado tanto, pero resultó que a muchos religiosos no les hacía gracia celebrar un servicio para el hijo de lord y lady Northdon. No sabía por qué debería haber esperado otra reacción, al fin y al cabo, así lo habían tratado toda su vida.

Entró en la calle Berkeley y decidió pasar por la tetería Gunter’s para comprar unos dulces para su madre, su hermana… y Tess. Entró y ¿quién si no iba a estar allí mirando las vitrinas que mostraban delicias de todo tipo y colores? Doria acompañada por su doncella. No había esperado verla tan pronto… ni haberla visto siquiera. Ella lo miró y sonrió.

—Marc, qué sorpresa.

—Desde luego —él se acercó a ella—. ¿Qué tal estás, Doria?

—Bien —contestó ella sin dejar de sonreír.

Se miraron hasta que el miró la vitrina.

—He venido a buscar unos dulces.

—Como yo.

Se acercó una dependienta y ella hizo su pedido mientras otra atendía a Marc. Les prepararon los paquetes a la vez, salieron juntos a la calle, con la doncella justo detrás, y se quedaron en la puerta.

—¿Qué has elegido? —le preguntó ella.

—Caramelos de jengibre, pastas glaseadas y turrón de chocolate francés. A mi madre le encanta el turrón de chocolate francés.

Ella señaló hacia la doncella que llevaba sus paquetes.

—Y mi padre adora los bombones de licor.

—Quiero darte las gracias otra vez por haber invitado a mi familia a tu cena. Creo que Amelie no hablará de otra cosa durante semanas.

—Me alegro —comentó ella.

Se apartaron para que un hombre y una mujer entraran en la tienda.

—La señorita Summerfield me pareció encantadora —siguió ella.

Él no supo qué hacer o decir.

—Me alegro de que te lo parezca.

Ella miró hacia la plaza donde había bancos para que los clientes de Gunter's comieran helados durante el verano. Ese día, estaban casi todos vacíos.

—¿Te sentarías un minuto conmigo? —el preguntó ella—. Me gustaría decirte algo.

—Naturalmente.

Cruzaron juntos la calle y la doncella se sentó a una distancia prudencial mientras el compartía un banco con Doria. Ella pareció prepararse para algo complicado.

—Creo que te das cuenta de que todo el mundo esperaba que me pidieras…

—Nunca hablamos de ello —le interrumpió él—. Nunca te dije que fuera a casarme contigo.

—Es verdad —ella levantó una mano—, ya lo sé. Sin embargo, lo di por supuesto durante un tiempo.

—Lo siento, Doria.

—Espera —ella cambió de postura—. Es difícil decirlo. Quiero que sepas que te habría rechazado.

Él arqueó las cejas sin disimular la sorpresa. Ella frunció el ceño y bajó mucho la voz.

—La verdad es que me recuerdas demasiado a Charles. Cada vez que te miro, me acuerdo de que ha muerto. Mi padre estaba deseando que me casara contigo, pero él y yo tenemos que pasar la página de la muerte de Charles. Sé que no podemos hacerlo si tú… si tú estás presente todo el rato.

Él le tomó una mano.

—Yo también echo de menos a Charles —le soltó inmediatamente la mano—. Quiero que sepas que, independientemente de lo que oigas, quiero casarme con Tess. Nos casaremos dentro de tres días —él esbozó una leve sonrisa—. Eres la primera en saberlo.

Ella volvió a tomarle la mano.

—Me alegro sinceramente por ti.

Tess miró por la ventanilla del carruaje mientras Amelie y su madre comentaban lo que iban a hacer con las telas que habían comprado. Nancy no se perdía ni una palabra. Ella no podía prestar atención. Estaba cansada después de tantas compras y de haber pasado una noche intranquila. Habían visitado a una corsetera y le habían encargado distintos tipos de corsés. Además, habían ido a otra tienda de telas donde Nancy encontró una tela de seda de color marfil y aseguró que era perfecta para el vestido de novia. Para el inmenso placer de Nancy, lady Northdon y Amelie estuvieron completamente de acuerdo.

Ella pensó en Marc. ¿Qué sentía cuando estuvo tan cerca de ella, cuando la tocó, cuando sus ojos azules la miraron de tal manera que ella supo que quería acostarse con ella? ¿Un hombre que no quería casarse con ella podía querer acostarse con ella? Tenía que haber sido la bebida, era la única explicación posible.

El carruaje pasó lentamente por una de las muchas placitas que había en Mayfair. Se acordaba de que esa era la plaza de Berkeley. Afortunadamente, ya estaban muy cerca de la casa. Era una plaza preciosa con árboles que empezaban a echar hojas, con hierba

abundante y con bancos para que la gente se sentara. Un hombre y una mujer estaban sentados en uno de los bancos con las manos agarradas. Se quedó boquiabierta. Eran Marc y la señorita Caldwell.

Diez

Miró a lady Northdon y Amelie para ver si se habían fijado en la pareja, pero las dos, e incluso Nancy, estaban inmersas en la conversación sobre telas.

Sintió que algo le atenazaba la garganta. ¿Por qué iba a estar Marc con la señorita Caldwell? Porque todavía se sentía apegado a ella, ¿por qué si no? Había oído mil veces lamentarse a su padre por haberse casado con su madre y no con la mujer que amaba de verdad, la madre de Edmund. Había mantenido a la madre de Edmund como amante y ella le había dado un hijo. Había pasado más tiempo con ella que con su propia esposa, más tiempo con su hijo que con las hijas que había acabado dándole su esposa, las que todo el mundo decía que eran de sus amantes. Todos acabaron siendo infelices. Eso era lo que pasaba cuando dos personas no se casaban por amor. Eso era lo que les pasaría a Marc y a ella.

El carruaje entró en la calle Grosvenor y los dejó en la puerta. Entraron y ella habló.

—Me siento muy cansada de repente. Creo que me retiraré un rato a mi cuarto.

—*Mon Dieu, ma chérie!* —exclamó lady Northdon—. Estás pálida. Sube a descansar. No queremos que enfermes.

Su amabilidad hizo que los ojos le escocieran por las lágrimas y abrazó brevemente a lady Northdon.

—Gracias, *madame*.

Quiso subir corriendo las escaleras para tumbarse en la cama como hacía cuando era pequeña y Lorene y Edmund se metían con ella. Sin embargo, hizo un esfuerzo para subir a un paso normal. Aun así, una vez en el cuarto, no podía disimular. Nancy entraría en cualquier momento y ¿cómo iba a explicarle las lágrimas? Efectivamente, Nancy entró con los paquetes.

—¡Señorita, tengo que decir que adoro Londres! No tenía ni idea de que pudiera haber tantas tiendas. ¡Creo que lady Northdon las conoce todas! —dejó los paquetes en la mesa—. ¡Cuántos corsés! ¿Había visto algo parecido? Ahora entiendo que el corsé adecuado puede mejorar un vestido. Es como descubrir un mundo nuevo, ¿verdad?

—Un mundo completamente nuevo —ella se dejó caer en una butaca—. De corsés.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Nancy la miró en jarras—. Parece muy cansada.

—Ayúdame a ponerme algo ligero —ella se frotó los ojos—. Es posible que incluso eche una cabezada.

Nancy se puso en movimiento y sacó del armario uno de los nuevos vestidos vaporosos.

—¿Ir de compras no te ha cansado hoy, Nancy? —le preguntó ella mientras la ayudaba a cambiarse.

—¡No, señorita! Hay muchas cosas que ver.

Una vez vestida, le cepilló el pelo y le hizo una trenza suelta.

—Así estará más cómoda. Llámeme cuando haya terminado de descansar y la peinaré otra vez. También le ayudaré a vestirse para la cena —la muchacha le ató una cinta alrededor de la trenza—. Si no necesita nada más, iré a trabajar con su vestido de novia.

Su vestido de novia, un vestido que no debería ponerse.

—Será precioso —siguió Nancy—. Espero que le guste. Será el mejor vestido que haya hecho en mi vida.

—Estoy segura de que será precioso.

¿Cómo iba a permitir que Marc se casara con ella si quería a la señorita Caldwell?

—Entonces, me marcharé. Que descanse bien.

Ella se quedó en la butaca mirando por la ventana que daba al pequeño jardín que había en la parte de atrás. Tenía un banco frente a los arriates de flores y era agradable sentarse allí cuando hacía buen tiempo, como el banco de la plaza Berkeley. Se levantó de la butaca, se tumbó en la cama y se tapó la cara con la almohada.

Tenía que ser fuerte. Tenía que negarse a casarse con él. Tenía derecho a echarse atrás y su reputación no se resentiría demasiado si lo hacía, dadas las circunstancias. Buscaría un empleo. Dejaría su

nombre en alguna agencia que encontraba puestos de institutrices y señoritas de compañía. Había oído decir que había muchas agencias de esas en Londres.

Se puso de espaldas con un brazo sobre los ojos. Sin embargo, ¿qué sería de Genna y Edmund? ¿Y de Lorene? Llamaron a la puerta y dio un respingo.

—¿Quién es?

Por favor, que no fuesen ni lady Northdon ni Amelie, no podía fingir que estaba contenta.

—Soy Marc. ¿Puedo hablar contigo?

¿Marc…? se parecía demasiado a la noche anterior, cuando la despertó. Sus sentidos se despertaron al recordarlo. Los sofocó con firmeza. Se levantó de la cama y fue hasta la puerta. Abrió una rendija, como la noche anterior.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo entrar?

Olía a aire puro, debía de haber acudido directamente desde la plaza Berkeley. Abrió la puerta y entró, pero ella dejó la puerta entreabierta. Su expresión era muy distinta a la de la noche anterior. Entonces, parecía desenfrenado y sensual. En ese momento, parecía equilibrado y sereno.

—Perdóname por mi aspecto —se disculpó ella—. Estaba descansando.

—¿Te he despertado? —él frunció el ceño—. Lo siento.

—No estaba dormida —ella se sentó en una butaca—. ¿Qué quieres?

él se sentó en la butaca de al lado y le dio un paquete pequeño.

—Te he traído algo, una nadería.

Ella desató la cuerda y desenvolvió el paquete.

—Dulces… Qué amable.

Su voz le pareció inexpresiva incluso a ella misma.

—Pasé por Gunter’s y os compré algunos a mi madre, a Amelie y a ti —le explicó él con una sonrisa.

—Gunter’s —repitió ella en un tono seco.

—En la plaza Berkeley —añadió él.

Ella intentó no inmutarse y dejó los dulces a un lado.

—Los reservaré para más tarde.

Él se metió la mano en el bolsillo y sacó el documento.

—También tengo el permiso de matrimonio especial.

—Ah… —consiguió decir ella.

—Además, he encontrado a un clérigo que celebrará la ceremonia dentro de tres días, si te parece bien.

—¿Tres días? —ella se levantó y miró por la ventana—. ¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Tess? —él también se levantó y se puso detrás de ella—. Ya sé que no es el matrimonio que te habría gustado. Ya sé que te casas conmigo por tu hermana y tu hermano y por nada más. Ya sé que no es lo que habrías elegido.

—Tampoco es lo que habrías elegido tú —replicó ella.

Él le dio la vuelta para que lo mirara.

—Te equivocas. Podría haber elegido otra cosa y elegí pedirte que te casaras conmigo.

Ella, aun así, no lo miró.

—¿Qué pasa, Tess? —él la zarandeó con delicadeza—. ¿Es por lo que hice anoche? Ya te lo dije, no volverá a ocurrir.

—No es por lo de anoche. Sé que anoche no eras tú, que solo era la bebida. Por favor, sé sincero conmigo. ¿Todavía te gustaría que pudieras casarte con la señorita Caldwell?

Él puso una expresión de desesperación.

—¿Por qué me preguntas lo mismo otra vez? Ya te lo dije, eso es el pasado. Ahora ya no pienso en ello.

—Pero te viste con ella en el parque Berkeley —todavía le dolía —. Os vi.

Él apretó los dientes.

—La vi por casualidad y hablamos un rato muy corto. Nada más.

Las excusas que su madre le daba a su padre le retumbaron en los oídos. «Me lo encontré por casualidad». «No pasó nada». Como las del día que el amante de su madre la visitó en su salita privada. «Vino para verte a ti». «Yo le ofrecí una copa de jerez». Mentiras. ¿Estaba mintiéndole Marc? El señor Welton la había engañado completamente. Lord Tinmore le había mentido acerca de su dote. Incluso Lorene le había ocultado la verdad cuando iba a casarse con Tinmore. Su padre les mintió muchas veces, se convirtió en un

chiste entre sus hermanas y ella. Su propia madre le había mentido. Dijo que iría al día siguiente a su dormitorio para despedirse de ellas. Dijo que al día siguiente la vería a ella. No volvió nunca. ¿Por qué iba a creer a Marc?

Tess, mal que bien, consiguió sobrevivir los tres días siguientes.

Marc estuvo especialmente atento y le enseñó algunos sitios de Londres. Caminaron entre las tumbas de la abadía de Westminster. Visitaron la Torre. Incluso, la llevó a la tetería Gunter's y ella volvió a ver el banco donde él se había sentado con la señorita Caldwell.

La boda iba a celebrarse por la tarde porque el clérigo que había encontrado Marc no estaba libre hasta la tarde. Sin embargo, gracias al permiso de matrimonio especial, no tenían que casarse por la mañana y la hora era lo de menos.

Empezó a prepararse para la boda dos horas antes de la hora estipulada. Empezó a llover justo cuando Nancy y Amelie fueron a su dormitorio. Era una lluvia copiosa y constante que le recordó a la tormenta de dos semanas antes, la que hizo que se encontrara con Marc. Parecía muy apropiado que también lloviera ese día.

Amelie le había pedido que le dejara ayudarla a vestirse y tenía que parecer contenta por ella y por Nancy. La doncella pasó al menos una hora peinándola con rizos atados con lazos a juego con el vestido. Amelie le puso una capa de polvos ligeramente rosas en las mejillas, y ella lo agradeció porque, si no, temía que su cara no tuviera ni el más mínimo color. Se sentía como si la estuvieran peinando y vistiendo como a una muñeca o a otra persona. Una parte de ella volvía a estar perdida en la tormenta, yendo sin rumbo de un camino a otro.

Las manos de Nancy temblaron cuando la ayudaron a ponerse el vestido de novia y a meter los brazos por las mangas. Luego, le abotonó la larga hilera de botones que le había cosido en la espalda y Amelie dio la vuelta el espejo para que se mirara.

—¿Le gusta? —preguntó Nancy con nervios mientras ella volvía a la realidad.

El espejo de cuerpo entero reflejaba la imagen de una mujer con un precioso vestido de seda de color marfil y bordados y encajes que adornaban el cuerpo, las mangas y el dobladillo. Ella se quedó boquiabierta.

—Es el vestido más bonito que he llevado puesto —contestó ella con sinceridad—. Casi no me reconozco.

—A mi hermano le encantará, estoy segura, y *maman* se quedará muy impresionada —añadió Amelie.

—Si le gusta a su señoría, no puedo pedir un halago mayor —replicó Nancy sin disimular su entusiasmo.

—Le gustará, Nancy, no te preocupes —la tranquilizó Amelie.

Ella se puso los zapatos a juego con la seda de color marfil y tomó el libro de oraciones, el único elemento de su pasado que podía acompañarla a la boda.

—Creo que deberíamos irnos.

En la sala ya estaban el clérigo, lord y lady Northdon y Marc. Aparte, los únicos que iban a presenciar la boda eran los sirvientes. Ella se alegraba por Nancy, quien siempre había estado mucho más emocionada por la boda que ella. Nancy volvió a retocarle el vestido una vez más y sonrió.

—¡Preparada, señorita! —Nancy se rio—. Es la última vez que la llamaré señorita. De ahora en adelante, será señora.

Sería la señora de Marc Glenville y, algún día, lady Northdon. Era el final de Tess Summerfield, el final de la relación con su casa, como si se deshilacharan los lazos con su familia, que ni siquiera estaba para verla casarse. Su pasado barrido por la lluvia.

Amelie bajó por delante y Nancy se quedó detrás de ella para ocuparse de la cola. Amelie entró en la sala para avisarlos de que estaban preparadas. Nancy asomó la cabeza y le hizo un gesto cuando todos estaban en sus sitios. Luego, abrió la puerta y todo el mundo se dio la vuelta.

Habían apartado los muebles y el camino entre ella y el clérigo y Marc estaba flanqueado por jardineras con flores. Sin duda, una idea de lady Northdon y un gesto tan bonito que se le formó un nudo en la garganta. Los sirvientes estaban pegados a las paredes y lord y lady Northdon estaban con Amelie cerca de Marc. Él llevaba unas calzas de color tostado y una levita y un chaleco negros. Estaba tan

apuesto que podría estar asistiendo al más elegante de los bailes, pero su expresión era indescifrable y ella vaciló antes de dirigirse hacia él. La miró fijamente y ella agarró con más fuerza el libro de oraciones mientras se colocaba al lado de él. Marc dirigió la mirada hacia el clérigo, un hombre sonriente y de aspecto amable que casi consiguió tranquilizarla.

—Estimados todos. Nos hemos reunido ante Dios y ante esta congregación para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio, un estado honorable…

¿Un estado honorable? Ella no estaba allí por el honor, sino por amor. No el amor romántico que había llegado a anhelar, sino el amor por sus hermanas y por su hermano. Quizá hubiese algo de honor en eso.

El clérigo siguió, pero no como si estuviese recitando algo de memoria, sino como si estuviese hablando con ellos, en tono serio algunas veces y desenfadado otras. Mientras tanto, ella oía la lluvia de fondo.

Entonces, el clérigo se dirigió a Marc como si lo conociera desde hacía mucho tiempo.

—¿Tomarás a esta mujer como esposa para vivir juntos conforme a lo que Dios entiende como sagrado matrimonio? ¿La amarás, respetarás y consolarás en la salud y la enfermedad y le serás fiel mientras vivas?

—Sí, lo haré —contestó Marc.

¿Él también estaría oyendo la lluvia?

El clérigo se dirigió a ella.

—¿Tomarás a este hombre para vivir juntos conforme a lo que Dios entiende como sagrado matrimonio? ¿Le obedecerás, servirás, amarás, respetarás y consolarás en la salud y en la enfermedad y le serás fiel mientras vivas?

—Sí, lo haré —contestó ella.

Un trueno retumbó a lo lejos.

La ceremonia siguió. Era asombrosamente íntima, solo estaban los padres, la hermana y los sirvientes de Marc envueltos por la lluvia. Al final, el clérigo sonrió.

—Yo os declaro marido y mujer.

Los bendijo como si fuese un amigo que había ido a charlar con ellos y todo terminó.

Después de la ceremonia, se sirvió ponche y tarta para los sirvientes. Él conocía a algunos desde que era pequeño y sus felicitaciones eran muy sinceras. Su madre parecía estar en su salsa, recibiendo alabanzas por cómo había transformado la habitación en algo especial para la ocasión. Por una vez, su marido y ella no discutían, pero tampoco se hablaban casi. Su padre hablaba sobre todo con el reverendo Cane y su madre con Amelie. Tess y él recibieron los parabienes del servicio, pero no se dijeron muchas cosas el uno al otro. Ella estaba increíblemente hermosa. Ninguna mujer podría haber estado tan hermosa el día de su boda. La luz de las velas resplandecía en el vestido de seda y el pelo era una cascada de rizos que parecía que caería solo con tirar un poco de la cinta que los entrelazaba. Tess sonreía y recibía las felicitaciones del servicio con naturalidad. Agradeció a su madre y al reverendo Cane que hubiesen convertido la ceremonia en algo especial.

Sin embargo, qué triste era que no fuese la boda que había soñado, la boda con un hombre al que podría amar. Él intentaría compensárselo. Juró que haría todo lo que pudiera para que su vida fuese agradable.

—¿Qué tal…? —le preguntó él durante un intervalo de las felicitaciones.

—Muy bien —contestó ella con poco convencimiento—. Estoy emocionada por todo lo que han hecho tu madre y el servicio para que esto sea… sea… especial.

—Has hecho muy feliz a mi madre y es un placer inmenso para ella hacer esto por ti.

Él estaba muy agradecido a Tess por haber aceptado a su madre y ser su amiga. Su madre sabía muy poco sobre la amistad.

—Tengo que añadir a Nancy —dijo ella—. Nancy hizo este maravilloso vestido.

—Es muy amable por tu parte decirlo —comentó él con una expresión rígida.

Cada halago de él parecía tener el efecto contrario del esperado. En vez de ayudarla a sentirse más cerca de él, la alejaba. Al menos, ese distanciamiento enfriaba su ardor, como la lluvia fría enfriaba la tierra recalentada. Sin embargo, lo agradecía, le ayudaba a dominar el corazón. Si usaba la cabeza, evitaría los pasos en falso. Estaba decidido a que ese matrimonio fuese apacible para los dos. Quería que los dos recuperaran la camaradería que habían sentido en la cabaña.

Al cabo de un rato, el ponche y el pastel se terminaron y el servicio volvió a sus quehaceres. Tess, Marc, sus padres, el reverendo y Amelie se sentaron en la sala hasta que anunciaron la cena.

El tradicional almuerzo nupcial se había convertido en una cena nupcial, no muy distinta a cualquier otra cena, salvo porque tenían al reverendo Cane de invitado y porque el padre de Marc sirvió su mejor vino. El reverendo tenía el don de conseguir que todo el mundo se sintiera a gusto y para Marc quizá fuera la mejor cena que había pasado jamás con su familia. Tess estuvo cortés pero reservada, aunque era posible que solo lo hubiese notado él.

Cuando terminó la cena, todo fue como cualquier otra noche. Los hombres se quedaron en el comedor para beber un brandy y las mujeres se retiraron a la sala para beber té. El reverendo no se quedó mucho tiempo más después de que volvieran con las mujeres y deseó buenas noches a todos y una vida muy feliz para Marc y Tess. Marc lo acompañó al vestíbulo, donde él se puso el abrigo y el sombrero y recogió su paraguas. El padre de Marc había preparado el carruaje para el clérigo. Cuando llegó a la puerta, deseó buenas noches otra vez y se marchó.

Marc volvió a la sala y su padre propuso que se retiraran todos. Subieron juntos las escaleras y Tess y Marc dejaron a sus padres y a Amelie en el primer piso. Siguió a Tess al segundo piso. Supuso que Staines estaría esperándolo y que Nancy estaría esperando a Tess. Los sirvientes los ayudarían a prepararse para ir a la cama, que creyeran que sería la típica noche de bodas. Sin embargo, ese matrimonio no tenía nada de típico.

Once

—¡Ya está, señorita… señora! —Nancy dio unas palmadas de emoción cuando ella entró en el dormitorio—. ¡La noche de bodas!

Ella deseó sentirse igual de animada, que pudiese sentir algo aparte de un nerviosismo que le atenazaba las entrañas. Hizo un esfuerzo para sonreír.

—Me alegro de que estés aquí para que me ayudes a quitarme el vestido.

—¡Le ayudaré a quitarse el vestido y a que esté muy presentable para su nuevo marido!

Ella ni siquiera sabía si vería a su marido esa noche y se llevó una mano a la frente. Nancy la miró con una expresión de preocupación.

—Señorita… señora, ¿sabe algo sobre la noche de bodas?

¿La hija de la infame lady Summerfield no iba a saber nada sobre esos asuntos de la carne? Agarró una mano de Nancy y se la apretó.

—Soy una chica de campo. Sé algo sobre la noche de bodas.

Al fin y al cabo, había visto cómo se hacía.

—Uff… —Nancy abrió mucho los ojos—. Me había temido que tuviera que explicárselo y habría sido muy raro, ¿no?

—Muy raro —repitió Tess con una sonrisa sinceramente divertida.

Nancy siguió charlando mientras le desabotonaba el vestido, le ayudaba a quitárselo y le soltaba los lazos del corsé. Una vez vestida solo con la camisola, se lavó la cara y las manos y se sentó en el tocador para que Nancy le quitara las horquillas del pelo.

—Le cepillaré el pelo y se lo recogeré con un lazo.

Le tranquilizaba tanto que le cepillaran el pelo que llegó a pensar que es noche podría dormir. ¿No sería maravilloso que por la mañana se despertara en su cuarto de Summerfield House? Sus hermanas estarían allí y todo sería igual que antes de que su padre

muriera. Cerró los ojos y vio ese cuarto luminoso, con las paredes azules, las mesas con faldones blancos y sus recuerdos bien ordenados en una estantería. ¿Dónde estarían ahora sus pequeños tesoros? Los había embalado para llevarlos a Tinmore Hall, pero no los había desembalado. ¿Estarían igual de perdidos que esa vida que tanto disfrutó?

Nancy le hizo una coleta bastante prieta y la ató con un lazo.

—Tengo algo para usted, señora —le comentó mientras le perfumaba con lavanda el cuello y los brazos—. No se mueva de ahí.

Ella, en el espejo, observó a Nancy que sacaba del armario una prenda blanca y cuidadosamente doblada.

—Dese la vuelta —le pidió Nancy.

Ella se dio la vuelta en la silla y Nancy levantó la prenda blanca para que se desdoblara como una nube ondulante. Era un camisón de muselina muy fina con encaje en el cuello y el dobladillo.

—¡Es precioso! —exclamó ella—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lady Northdon me dio la muselina y el encaje y me dijo exactamente cómo quería que lo hiciera. ¡Tiene una bata a juego!

Nancy se puso el camisón en un brazo, se dio la vuelta y volvió al armario para sacar otra prenda del mismo tejido. Ella se levantó y acarició la tela.

—No puedo imaginarme cómo has cosido todas estas prendas, eres una maravilla, Nancy.

Nancy sonrió de oreja a oreja con orgullo.

—Fue un placer, señora, lo fue sinceramente.

Ella la abrazó.

—No sé como agradecértelo. Primero, ese precioso vestido de novia y ahora, esto. También tengo que agradecérselo a lady Northdon por proponerlo.

—¡Vamos a ponérselo! —exclamó Nancy—. Tiene que estar preparada, su marido puede venir en cualquier momento.

Ella se quitó la camisola y Nancy le ayudó a ponerse el camisón. Se dio la vuelta para mirarse en el espejo de cuerpo entero. Era tan fino que podía ver la carne a través de él. Se puso la bata, pero, aun así, podía ver el contorno de su cuerpo a contraluz del quinqué.

—¿Qué le parece? —le preguntó Nancy mientras recogía la camisola y la guardaba.

Quiso decir que era demasiado transparente, pero…

—Creo que es el camisón más bonito que pueda existir.

—¿Puedo hacer algo más? —le preguntó Nancy con una sonrisa —. Ya he abierto la cama.

Ella no quería que la chica se marchase, pero no había ningún motivo para que se quedase, aparte de ayudarle a no pensar demasiado.

—Ya has hecho más que suficiente.

Nancy se acercó a ella y le dio un abrazo precipitado. No era lo más adecuado para una doncella, pero ella se dio cuenta de que estaba ávida de ese cariño.

—Entonces, le deseo buenas noches —la chica guiñó un ojo—. ¡Y una noche muy buena!

Se marchó y ella se quedó sola. Se quedó quieta como una estatua y oyó los ruidos de la casa. El susurro del fuego y los pasos encima de ella, de Nancy yendo hacia su cuarto. Sin embargo, no se oía la lluvia. Debía de haber dejado de llover.

Sabía que él no acudiría. Llevaba un camisón de mujer, tan seductor como cualquiera de los de su madre, pero él no lo vería porque su matrimonio era un matrimonio forzado. Vio todos los días que se avecinaban en su porvenir y estaban vacíos como una tierra devastada por una inundación. Fue hasta la ventana y la abrió para respirar el aire frío. El aire conservaba esa humedad fría que le recordaba a la noche en la cabaña. Se quedó así hasta que el frío le entró en el cuerpo. Podía notarlo en las mejillas, en los pulmones y en las pestañas. Habían trabajado bien en la cabaña. Naturalmente, Marc lo había hecho casi todo, pero ella había preparado el té y otras cosas así. La cuestión era que también podía hacer algo en ese momento. No se había mantenido pasiva e inútil en la cabaña y no tenía por qué considerarse inútil en ese momento.

Eran esposo y esposa. Había llegado el momento de que empezara a actuar como una esposa y no como una niña pequeña que lloriqueaba por sus muñecas y que deseaba que todo fuese distinto. ¿Qué más daba si sus recuerdos se habían perdido para ella? Podría encontrar otros en su vida con él.

Tampoco tenía por qué esperar a que él cruzara el pasillo y llamara a su puerta. Ella podía cruzar el pasillo y llamar a la de él. Quizá él la rechazara esa noche, pero ella podía ofrecerse… o, quizá, podrían dormir juntos como en la cabaña. Sería un primer paso.

Cerró la ventana, se tocó la cara para cerciorarse de que seguía fría, fue hasta la puerta y la abrió. Una vez en el pasillo, vio que él se dirigía hacia ella. No llevaba las calzas y la levita, sino una bata amplia y sedosa. Era como una aparición, casi como cuando lo vio cabalgando entre la lluvia hacia ella, solo era su silueta, pero sintió el mismo arrebato de alivio que sintió aquel día.

Si él la recibía con los brazos abiertos, ya no estaría sola.

Marc dudó cuando Tess apareció delante de él. Estaba tan tentadora como la noche que la visitó en su dormitorio. Aunque, es vez, tenía la cabeza despejada y eso ayudaba un poco, solo un poco.

—¿Qué pasa, Tess?

No había esperado que ella acudiera a él. Él iba a su cuarto para tranquilizarla, para decirle que no esperara nada de él hasta que estuviese preparada.

—Quería verte —ella le tendió la mano—. Marc, por favor, habla conmigo. Un… rato —ella tenía la voz quebrada—. En… en mi cuarto o en el tuyo.

Él tomó la mano.

—Tengo un poco de vino en mi cuarto.

Le había pedido a Staines que se lo llevara antes, cuando estaba vistiéndose. Un poco de vino en ese momento podría ser una buena idea.

—Entonces, en tu cuarto.

Entraron en su cuarto agarrados de la mano. Solo tenía dos velas encendidas y la luz era tenue. La llevó a una butaca junto a la ventana, que vibraba por el viento como la ventana de la cabaña. Él sirvió el vino y se lo entregó a ella.

—¿Querías hablar?

Quizá le gustara lo que ella quería decir. Tess dio un sorbo de vino.

—Deberíamos…

Ella empezó con decisión, pero fue como si el valor flaqueara y miró por la ventana.

—¿Has oído la lluvia de antes? Se parecía mucho al ruido de la lluvia en la cabaña.

—Me recordó a la cabaña cuando la oí.

Ese momento también le recordaba a la cabaña y la decisión de que fuese la cabeza la que gobernara empezaba a esfumarse rápidamente. Ella se dio la vuelta y lo miró con sus preciosos ojos. ¿De qué color eran en ese momento? En la ceremonia de la boda habían sido grises, como la lluvia.

—Nos apañamos bien en la cabaña, ¿verdad?

Hasta que él se quedó dormido y permitió que los sorprendieran juntos en la cama.

—Tú lo hiciste muy bien —contestó él.

El olor de ella hizo que pensara en otra cosa, el olor a lavanda de la ropa de cama. Ella parecía cálida y delicada, como si su sitio estuviese entre las sábanas, pero él ya se había prometido a sí mismo que no consumarían el matrimonio esa noche. Su cabeza le decía que esperaría a que ella lo deseara, si lo deseaba alguna vez, pero, en ese momento, la idea de esperar no le atraía lo más mínimo. Dio un sorbo de vino mientras ella daba vueltas a su copa.

—En la cabaña dijiste que te casarías con sensatez, que el matrimonio tenía que ser ventajoso para el hombre y la mujer.

¿Él había dicho eso? En ese momento, se sentía cualquier cosa menos sensato.

—Me previniste contra el matrimonio por amor —añadió ella.

—Lo recuerdo.

Los hombres y las mujeres confundían el amor con la pasión y la pasión significaba que se actuaba al dictado de las emociones, como habían hecho sus padres.

—Si te hubieses casado con sensatez… —ella sonrió levemente —. Doy por supuesto que querrías… que querrías un matrimonio de verdad.

Naturalmente, tenía la obligación de tener un heredero, ¿no?

—Claro.

Ella se levantó, se acercó y se arrodilló a sus pies.

—Entonces, creo que debería ser un matrimonio de verdad. Podríamos sacar algo positivo de todo esto. Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay entre un matrimonio sensato y otro forzado?

¿Era una pregunta retórica?

Ella le puso las manos en las rodillas y lo miró. ¿Estaba ofreciéndose? Por todos los santos, la deseaba por encima de todo, pero ¿deseaba ella eso de verdad?

—Tess, no tienes que sentirte obligada…

Ella se apartó, se levantó y lo miró con rabia.

—No he venido porque me sienta obligada. Quería intentar sacar algo positivo de esto, pero no puedo hacer nada sola. Tú también tienes que desearme, y, evidentemente, no me deseas.

Se dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—¡Espera! —gritó él.

Marc se levantó de un salto, la agarró de la muñeca y le dio la vuelta para que lo mirara. Se quedó sin palabras al tenerla entre los brazos. Tomó aliento y la miró a los ojos.

—Nunca dije que no te deseara.

—Entonces, ¿por qué no? —ella entreabrió la boca y parpadeó—. Lo deseo, Marc.

Tenía que reconocer que tenía agallas.

—¿Deseas que te enseñe lo que es hacer el amor, Tess?

La sangre le hervía en las venas y ella también lo miró a los ojos.

—Sí, eso es lo que deseo.

Eso era lo único que necesitaba él. La tomó en brazos y ella se abrazó a su cuello sin dejar de mirarlo a los ojos. La sentó en la cama y se quedó delante de ella.

—¿Qué sabes de esto, Tess?

—Suficiente —contestó ella con la respiración acelerada—. Más que la mayoría. Sé qué pasa.

Él seguía sin estar convencido. Su cabeza le decía que ella se ofrecía por obligación. Sin embargo, su corazón quería sacar algo positivo de eso, como había dicho ella. Ella se desató el lazo de la bata.

—Sé que tengo que desvestirme.

Él la observó mientras se quitaba la bata y, al moverse, la tela del camisón se le pegó al cuerpo. Era tan fina que podía ver la carne debajo. Sus dedos anhelaban tocar esa piel tersa.

Ella parecía más decidida que apasionada cuando agarró el camisón por abajo, pero él se sintió orgulloso de su valor. Se levantó lentamente el camisón y fue mostrándose poco a poco hasta que se lo quitó por encima de la cabeza y lo tiró a un lado. Sin dejar de mirarlo, se sentó delante de él. Tenía los pechos firmes y con unos pezones oscuros en comparación con la blancura de la piel. La abundancia de los pechos y la redondez de las caderas resaltaban la delicadeza de la cintura. El triángulo entre las piernas tenía un tono castaño, como el pelo. Las piernas eran largas y estilizadas, como si las hubiese cincelado un escultor. Mostró su desnudez casi desafiantemente. Esa mujer afrontaba cualquier situación con un arrojo admirable. Ya lo había hecho y estaba haciéndolo otra vez. ¿Sería igual de desinhibida al hacer el amor? La sangre le bulló solo de pensarlo. Retrocedió un paso y la imitó. Se quitó la bata lentamente y dejó que cayera al suelo. Él también mostró su cuerpo desnudo, y la erección. Ella, como había esperado, no apartó la mirada.

—Túmbate en la cama, Tess —le pidió él.

Ella se tumbó y él se puso a su lado.

—Tengo que acariciarte para prepararte.

Ella asintió con la cabeza y abrió mucho los ojos cuando le acarició los brazos y los hombros. Él todavía podía utilizar la cabeza y sabía que sería preferible que ella se acostumbrara a sus caricias. Sus entrañas querían despertar el cuerpo de ella, como se había despertado el suyo. Quería unirse a ella. Ya eran uno por el matrimonio, pero quería que lo fuesen por la carne, que dejaran atrás el pasado y forjaran algo juntos.

Ella se relajó y él fue avanzando. Ella contuvo la respiración cuando le acarició un pecho. Fue delicado aunque tuvo que hacer un esfuerzo. El deseo lo apremiaba y su piel era muy suave. Fue bajando la mano.

Ella no se había esperado que sintiera eso por las caricias de un hombre. Su mano era fuerte y segura, pero delicada, y las sensaciones que le producía se esparcían por todo el cuerpo. Creyó que iba a deshacerse cuando le acarició un pecho. Esa intimidad la dejó atónita. ¿Quién la había tocado ahí desde que era una niña y tenían que ayudarla para que se bañara?

Sin embargo, su caricia no era solo placentera. Sus dedos, la tocaran donde la tocaran, le despertaban un anhelo entre las piernas que se hacía más intenso con cada caricia. No era doloroso, era una necesidad. Él fue bajando la mano, acercándola, y ella quería llevársela ahí, como si su caricia fuese a aliviar el anhelo. Por fin, sus dedos llegaron…

—Tengo que acariciarte ahí, prepararte, hacértelo más fácil —le explicó él.

Él le pasó el dedo por el punto más sensible y el anhelo aumentó. Se arqueó y gimió con un sonido parecido al que hizo su madre cuando ella la vio con su amante.

—¿Sientes el placer? —le preguntó él con la voz ronca.

—No es placer —¿cómo podía explicárselo?—. No es eso.

Ella no tenía palabras. Era un hombre magnífico. Era alto y estaba tan bien formado como la estatua griega de Tinmore Hall. Mejor formado en realidad. Era más esbelto y musculoso. ¿Era lascivo pensar eso y disfrutar tanto con sus caricias?

—Ahora —él se incorporó—. Entraré en ti.

Una oleada de miedo se añadió al batiburrillo de sensaciones y sentimientos. Su miembro viril era grande y ella pudo imaginarse el dolor, pero no quería que él parara. Quería que esa necesidad, ese anhelo acabara, aunque no sabía cómo iba a acabar.

—No pares —le pidió ella—. No pares.

Fue como si su cuerpo se hubiese abierto para él y entró con una serie de acometidas. Los músculos de ella reaccionaron con voluntad propia y se movieron con él, se contraían y se dilataban, se contraían y se dilataban. El anhelo se hizo más intenso todavía, tan apremiante que ella perdió la capacidad de pensar. Solo podía sentir la fusión con ese hombre grandioso, su marido. Él aceleró el ritmo y la respiración y ella lo siguió queriendo gritar con cada embestida.

Entonces, pasó algo insólito. Todas las sensaciones explotaron dentro de ella y la llenaron con un placer inimaginable. Un instante después, él dejó escapar un gruñido y se estremeció dentro de ella, quien se dio cuenta que había derramado su simiente. Mientras su cuerpo languidecía placenteramente, comprendió que eso era la consumación.

Él se derrumbó encima de ella, pero se incorporó inmediatamente y se dejó caer a su lado.

—Lo has sentido.

Ella no podía hablar, asintió con la cabeza y parpadeó para contener las lágrimas que, de repente, le habían brotado en los ojos. Él se apoyó en un codo y la miró con desconcierto. Ella se secó las mejillas.

—No estoy llorando. No me ha dolido. No estoy triste.

No podía explicarlo. Él le pasó un pulgar por las mejillas y ella intentó sonreír, quería sonreír. Él puso una expresión de cariño y la besó en los labios. Entonces, ella se dio cuenta de que era el primer beso, de él y de un hombre, y había llegado después de hacer el amor.

Doce

Tess se despertó con la primera luz del amanecer. Podía ver un trozo de cielo por la ventana, un maravilloso y alegre tono rosa. Sonrió. Hasta el cielo estaba del mismo humor que ella. Después de la tumultuosa primera vez, Marc volvió a hacerle el amor. Para su deleite, las sensaciones fueron igual de arrebatadoras, aunque distintas, más lentas y dulces. Todas las institutrices que habían tenido les habían prevenido a Lorene, a Genna y a ella contra las tentaciones de la carne. Había sido un buen consejo si se tenían en cuenta los excesos de sus padres. Cuando ella había visto a su madre y a su amante en el sofá de la salita, no había entendido el atractivo. No le había parecido que fuese algo apetecible. Sin embargo, en ese momento, lo entendía. También entendía mejor que su madre pudiera anhelar esa experiencia maravillosa, que quisiera repetirla una y otra vez. Entendía muy bien cuánto se parecía a su madre.

Miró a su marido. Estaba dormido, con el rostro relajado, despeinado y las cejas largas y tupidas proyectaban sombras en las mejillas. La dejó sin respiración. No podía imaginarse hacer el amor con nadie más, jamás. Se sentía conectada a él con más fuerza que a sus hermanas incluso, como si la consumación de su matrimonio los hubiese unido de verdad, como si fuesen uno.

¿Sentía él lo mismo? Tenía que sentirlo. Se había sentido abierta a él al hacer al amor. En ese momento, él sabía todo lo que tenía que saber de ella, se sentía así de… desguarnecida.

El corazón se le llenó de esperanza. Una vivencia tan profunda tenía que ser un cimiento sólido para un matrimonio. Podían construir sobre la base de esa noche y, quizá, crear un porvenir maravilloso juntos. Al fin y al cabo, era un hombre íntegro, un hombre bueno.

Él se agitó un poco y abrió los ojos. Decir que eran azules no les hacía justicia. Eran azul marino con puntos luminosos y oscuros que irradiaban del centro. Tener sus ojos clavados en ella era como tener un sable clavado en el pecho. No podía decir lo que se ocultaba detrás de esos ojos. ¿Se abriría a ella?

—Buenos días —murmuró él bajando las pestañas—. ¿Qué tal estás?

Ella sonrió levemente. De repente, había sentido la necesidad de dominar la intensidad de sus sentimientos.

—Muy bien. ¿Y tú?

Él se acercó y le rodeó el cuerpo desnudo con los brazos.

—Estoy bien.

Notó la erección contra ella y ese anhelo delicioso volvió. La besó. Ella separó los labios y él introdujo la lengua. Contuvo el aliento y metió los dedos entre su pelo para que no dejara de besarla. Él la puso de espaldas y, sin dejar de besarla, se colocó encima de ella acariciándola. ¿Cómo iba a haber sabido ella lo maravilloso que sería sentir sus manos en el cuerpo y que la besara? Volvió a abrirse para él. Entró y la arrastró hasta ese placer inimaginable otra vez. Mientras todavía se estremecía por el clímax, él derramó su simiente dentro de ella.

Con él tumbado a su lado, rodeándola con un brazo, se disiparon toda la tensión, la rabia y las lamentaciones con las que había vivido desde que los descubrieron en la cabaña. Todo parecía limpio, resplandeciente y nuevo, como un día después de una tormenta. Convertirían ese matrimonio en un buen matrimonio aunque se hubiesen visto obligados a casarse. Quizá ya hubiesen engendrado un hijo… ¿Podía ser más maravillosa la vida?

Estaba con ella entre sus brazos, saciado y satisfecho, pero el corazón le latía como si hubiese corrido cinco kilómetros. La había deseado, necesitado, otra vez. La quería para sí solo. Quería que tuviesen sus habitaciones propias, su casa propia y lejos de su familia, lejos de todo el mundo. Quería volar. La necesidad que sentía de ella era tan fuerte que lo estremecía por dentro. ¿Sería eso lo que habían sentido su padre, Lucien y Charles? «La tristeza

pisa los talones de placer. Casado precipitadamente, podemos arrepentirnos al final». Otra vez las palabras de su padre. ¿Se había casado por eso, para hacer el amor así de desenfrenadamente? ¿Era ese el placer al que se refería la obra de William Congreve? Le daba igual el dolor y el arrepentimiento. Solo la deseaba a ella y haría cualquier cosa por tenerla otra vez. Cualquier cosa. ¿Eran esos los sentimientos que habían supuesto la muerte de Lucien y Charles?

Una parte sensata de él hizo que se destapara y se levantara.

—¿Ya vas a levantarte? —le preguntó ella con la voz ronca y somnolienta.

Él lo oyó como una invitación a que volviera a la cama y le hiciera el amor otra vez, pero tenía que dominarse.

—Será mejor que me levante —un atisbo de buen juicio se abrió paso dentro de él—. Podrías acabar dolorida.

Ella dio unas palmadas en la cama, donde había estado él.

—No me importa…

—¡No!

Ella puso un gesto abatido. Evidentemente, su tono tajante le había dolido. Se inclinó sobre ella.

—No te disgustes, Tess —consiguió decir él—. Yo… yo lo he dicho así porque te deseo mucho y sé que no debemos… —él hizo una pausa como si se hubiese olvidado de lo que tenía que decir—. No debemos excedernos.

Le acarició la mejilla con un dedo porque no se atrevía a acariciársela con toda la mano. Ella se ablandó y agradeció la caricia de una forma tan tentadora que él estuvo a punto de mandar al infierno a su cabeza, pero se incorporó.

—Creo que sacaré a Apolo a galopar —hizo un esfuerzo para sonreír—. Eso me… enfriará.

—Apolo lo agradecerá —dijo ella aunque parecía decepcionada —. ¿Te veré en el desayuno?

—Será mejor que no me esperes —no sabía cuánto tardaría en aclararse—. No quiero que tengas hambre.

—¿Tanta hambre como para comerme pan y queso rancios? —preguntó ella con una sonrisa.

El recuerdo de la cabaña lo atravesó como un sable.

—Nunca volverás a tener tanta hambre —murmuró él.

—Ninguna comida me ha parecido tan deliciosa.

Él sacó la ropa de montar y se vistió, dándose cuenta de que ella observaba cada movimiento. Una vez vestido, se dirigió hacia la puerta, pero se dio media vuelta y volvió a la cama, donde ella estaba sentada tapándose los preciosos pechos con la sábana. Se inclinó y la besó. Ella lo agarró de la cabeza y la pasión palpitó dentro de él. Sin embargo, se apartó. Debería decirle lo cautivadora que era y cuánto lo había complacido, pero…

—Te veré luego.

Salió apresuradamente y enseguida llegó a la calle. El aire frío le llenó los pulmones y le aclaró la cabeza. ¿Qué era esa ridiculez que estaba adueñándose de él? ¿Por qué Tess y él no iban a forjar un matrimonio feliz? La pasión que habían compartido debería ser un buen presagio. Además, era una mujer que se merecía la felicidad y era digna de que la amaran. ¿Por qué no podía ofrecerle él esas dos cosas? Podía conseguir que sucediera. Lo había hecho por Lucien y Charles, incluso por su padre y su madre. Sería feliz por todos ellos. Sintió una esperanza y una decisión nuevas. Entonces, un hombre se acercó a él.

—¿Es usted el señor Glenville?

—Sí…

Marc frunció el ceño porque ese hombre tenía algo que no le gustaba. El hombre le entregó una carta.

—Es para usted. Me han dicho que es urgente.

Él rompió el sello y desdobló el papel.

Ven inmediatamente. Es vital. Tienes que venir. Ha sucedido algo que no puedo escribirlo en una carta. No tardes. Te lo explicaré todo.

Atentamente, etc.

Lord Greybury

La esperanza se convirtió en una premonición.

—Iré directamente —le comunicó al mensajero.

Fue corriendo a las cuadras, pero no galoparía con Apolo por placer.

El mozo de cuadras ensilló enseguida a Apolo y salió hacia la sede del Ejército. Hasta el caballo parecía notar la urgencia. Las calles estaban empezando a llenarse de carruajes, carretas y otros jinetes, pero Apolo se abrió paso. Se presentó al centinela y entregó las riendas al asistente que lo esperaba. El edificio era un hervidero y el aire estaba rebosante de tensión. Fue apresuradamente al despacho de Greybury y el secretario le franqueó el paso antes de que él dijera nada. Llamó a la puerta y entró. Lord Greybury estaba con otros dos hombres que él sabía que trabajaban para lord Castlereagh, el ministro de Exteriores. Tenía que ser algo importante. Todos lo miraron cuando entró.

—Caballeros, les presentó a Renard.

Greybury le hizo un gesto para que se acercara. Probablemente, los otros hombres ya sabían su identidad verdadera, pero Greybury empleó su nombre de guerra y a él le pareció que había vuelto a su trabajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Marc.

Greybury miró a los otros hombres antes de mirarlo a él otra vez.

—Hoy nos han comunicado que Napoleón se ha escapado.

—¡Escapado!

Habían exiliado a Napoleón a Elba después del tratado de Fontainebleu.

—Está volviendo a París —añadió uno de los hombres.

—Castlereagh había avisado a los aliados de que esto podía ocurrir —siguió el otro caballero—. Él les avisó.

—Necesitamos que vayas a Francia, Renard —intervino Greybury —. Napoleón querrá el poder otra vez y tenemos que saber todo lo que sucede.

—No hace falta decir que todas las naciones y el Reino Unido corren peligro —añadió el primer hombre.

Había mucho en juego, desde luego, y él se quedó helado por dentro.

—No puedo ir.

—Tienes que ir —replicó Greybury poniéndose muy recto.

—No puedo —insistió Marc—. Tenéis que elegir a otro hombre. Me casé ayer y no puedo abandonar a mi esposa.

—La abandonarás. No hay ningún hombre que pueda reemplazarte —Greybury lo miró con el ceño fruncido—. Recuerda que juraste servir a tu patria cuando se te necesitara. Te necesita.

No. ¿Cómo podía hacerle eso a Tess? ¿Cómo podía hacerle el amor y abandonarla?

—No voy a insistir en lo vital que es —siguió Greybury inclinándose hacia él—. Siento que tus asuntos privados se mezclen con esta situación, pero te debes a tu patria. Napoleón volverá a tomar la espada. Sin la información que solo tú puedes reunir, habría infinidad de hombres que no podrían volver con sus esposas.

No podía negarse, el deber lo llamaba.

—Muy bien. Mañana estaré preparado

—No —replicó Greybury tajantemente—. Hoy, ahora. Un barco te espera en Dover para que cruces el Canal.

Tess quedaría muy dolida, como era natural. Era su culpa. Si hubiese mantenido las distancias con ella, si no se hubiese acostado con ella, no le haría tanto daño. Sin embargo, se había dejado llevar por la pasión, como habían hecho Charles y Lucien, y le haría un daño insoportable a Tess. No podía ser más monstruoso, amarla y abandonarla… Prefería perder la vida que hacerle eso. Quizá también fuese preferible que no pasara otra noche con ella. Sería despiadado por su parte hacerle el amor otra noche… y sería despiadado por su parte no hacerlo.

—De acuerdo. Hoy. Puedo estar preparado dentro de unas horas.

Si cabalgaba deprisa, podría llegar a Dover antes de que anocheciera.

—¡No! —Greybury dio un puñetazo en la mesa—. Tienes que ir a Dover ahora mismo.

—Hasta unas horas pueden ser vitales —añadió el segundo hombre—. Tenemos que saber inmediatamente dónde está Napoleón y cuáles son sus planes.

—La red habitual está preparada —añadió Greybury—. Ya hemos mandado tu baúl a Dover.

El Ejército tenía un baúl con armas y ropa para que pudiera adoptar en cualquier momento el papel de Renard.

Ese mismo día se publicaría en el *Morning Post* el comunicado de su matrimonio. En cuanto la sociedad se enterara de que se había casado con Tess, se enteraría también de que la había abandonado. ¿Qué podía decirle a ella? Sintió náuseas.

—No puedo marcharme sin hablar con mi esposa.

—Escríbele una carta.

Greybury le aceró una pluma y papel. Había un tintero en la mesa.

—No —Marc los apartó—. O hablo con mi esposa o no voy a Francia.

Empezó a dirigirse hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó lord Greybury.

Él se detuvo y se dio la vuelta.

—Muy bien —Greybury se levantó—. Lo haremos a tu manera. Habla con tu esposa, pero date prisa.

Él se tomaría el tiempo que necesitara.

—Sin embargo, no le digas a dónde vas ni por qué —siguió Greybury frotándose la cara—. Acuérdate de Rosier.

Rosier había confiado en su esposa, pero un espía francés muy listo la había engañado para que hablara. Descubrieron la misión y, lo que era peor, mataron a Rosier y a varios compañeros suyos. Él no le diría la verdad a Tess. Si no sabía nada, tampoco podría divulgar nada. ¿Qué le diría a cambio?

—Sé lo que tengo que hacer.

Inclinó la cabeza y salió de la habitación.

Tess, después de haber desayunado sola, pasó la mañana escribiendo a sus hermanas y a su hermano para contarles que se había casado. ¿Le contestarían? Todavía no había recibido nada de ellos, pero quizá no hubiese pasado suficiente tiempo para que le hubiesen contestado a la primera carta. Había intentado decirles que estaba bien, pero esa mañana había tenido la tentación de escribirles lo maravilloso que podía ser su matrimonio. ¿Cómo podía ponerles en la carta que tenía mucha esperanza por haber hecho el

amor con él o que la actitud de él esa mañana había vuelto a preocuparla?

Sería distinto si pudiera hablar con Lorene y Genna, aunque hubiese cosas que nunca podría contarles. Quizá pudieran tranquilizarla y decirle que Marc no había deseado alejarse de ella esa mañana, quizá le dirían que solo era porque se había levantado de ese humor o algo parecido. En cualquier caso, no debería preocuparse. Marc había sido su protector desde que la encontró en la lluvia. Nunca la había decepcionado. Nunca le había mentido. Incluso creía lo que le había contado sobre la señorita Caldwell.

Al menos, gracias a la carta a Lorene, Tinmore sabría que había mantenido su parte del trato. Si él también mantenía la suya, el porvenir de Genna y de Edmund estaría garantizado. Marc nunca rompería su palabra, ¿verdad?

Mandó a un sirviente para que llevara la carta a la oficina de correos y esperó en su cuarto a que Marc volviera de montar a caballo. Si no llamaba a su puerta, lo oiría ir a su cuarto para cambiarse de ropa. Entonces, sabría que sus preocupaciones no tenían fundamento.

Nancy entraba y salía del cuarto y siempre disimulaba una sonrisa y hacía un esfuerzo para no preguntarle nada sobre la noche de bodas. Ella se sonrojaba solo de pensar que todo el servicio sabría que habían hecho el amor. La evidencia estaría en la ropa de cama. ¿Su madre también se había preocupado por esas cosas? ¿Pensaba Lorene en esas cosas? No podía imaginarse a Lorene y lord Tinmore…

Pensó en el placer que le había dado Marc, un placer que nunca se había imaginado que conocería. El cuerpo se le despertó otra vez y anheló que volviera.

Fue de un lado a otro con más inquietud e incertidumbre a cada segundo que pasaba. Sin embargo, cuando llamaron a la puerta, dio un respingo por la sorpresa.

—Adelante.

Marc agarró el picaporte desgarrado por la desdicha. Tomó dos bocanadas de aire y abrió la puerta.

—¡Tess! —él entró con paso firme—. Tengo que decirte algo.

Ella también fue a acercarse, pero se lo pensó mejor.

—¿Qué?

—Me he encontrado con unos amigos cuando estaba en el parque.

—¿Unos amigos? —preguntó ella parpadeando.

Él la miró e intentó que las emociones no se reflejaran en la voz.

—Salen hoy hacia Suiza y voy a acompañarlos.

—¿Acompañarlos? —la expresión de ella fue de perplejidad—. ¿A Suiza?

Él cruzó los brazos.

—Me doy cuenta de que no es el mejor momento, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad. Siempre he deseado con toda mi alma recorrer los Alpes —al menos, eso era verdad—. No tuve la oportunidad durante la guerra, pero ahora no hay ningún motivo para que no vaya…

—¿Ningún motivo? —preguntó ella subiendo la voz—. Te casaste ayer.

—Normalmente, no me marcharía, pero no puedo dejar escapar esta oportunidad —repitió él.

—¿Tan vital para ti es caminar por las montañas?

Él hizo un esfuerzo para mirarla a los ojos.

—Es lo que quiero hacer.

—¡Quieres abandonarme! —exclamó ella roja de rabia.

—Unos meses —replicó él como si fuese una pequeñez—. Ni siquiera tengo que hacer mucho equipaje. Compraremos lo que necesitemos cuando lleguemos allí. Botas y esas cosas. Son los mismos hombres con los que estuve en Escocia. No volverán a repetir este viaje.

—¿Los prefieres a mí? —preguntó ella con la voz temblorosa.

—No los prefiero a ti —por nada del mundo quería que pensara que tenía algo que ver con ella—. No tiene nada que ver contigo, es que quiero hacer este viaje.

Ella se apartó de él y se dio media vuelta.

—No me lo creo. Es impropio de ti, tú no me harías algo así.

—¿No? No me conoces —él mantuvo la voz firme—. Presta atención, Tess. Haré lo que me plazca, y me place hacer este viaje.

Pregúntales a mis padres si no me marcho cuando me place. Es algo a lo que tendrás que acostumbrarte.

—¿Tendré? —preguntó ella con un destello en los ojos.

Él fingió ser severo con ella.

—Te irá muy bien sin mí. Has encajado aquí, sobre todo, con mi madre y mi hermana. Tus hermanas vendrán pronto y te invitarán a actos sociales, actos a los que yo no quiero ir. Te lo pasarás muy bien.

—¡Me importa un rábano! —ella parpadeó y tragó saliva como si intentara no llorar—. ¿Qué crees que dirá la gente si me abandonas al día siguiente de casarte conmigo?

—Le gente hablará en cualquier caso —él se encogió de hombros —. Además, cuando Tinmore y sus invitados lleguen a la ciudad, no podremos fingir que no es un matrimonio de conveniencia.

Seguramente, ella no se lo perdonaría jamás. ¿Qué esperaría él cuando volviera? ¿Un matrimonio separado como el de los padres de él?

—No le quites importancia, Marc. Me abandonas para que sobrelleve el escándalo de nuestro matrimonio sola. Además, le sumas la humillación de abandonarme justo después de la noche de bodas.

Se maldijo a sí mismo. Si no se hubiese dejado llevar por el deseo, el dolor de ella no sería tan grande. Había acertado al sentirse tan alterado cuando se levantó esa mañana. No debería haber dormido en su cama.

Ella bajó la voz a poco más que un susurro.

—¿Cómo puedes hacer el amor conmigo y luego abandonarme tan insensiblemente?

La desdicha se adueñó de él. No podía contestar, era como si sintiera el mismo dolor que ella.

—Vete —siguió ella—. Abandóname. Ya me han abandonado antes. Me atrevería a decir que tu ausencia no va a ser tan devastadora.

Él no tuvo más remedio que darse la vuelta y salir de la habitación. Sin embargo, cerró la puerta y apoyó todo el cuerpo contra ella.

—Tess… —murmuró él—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Trece

Junio de 1815; tres meses después en Bruselas, Bélgica

Tess, acompañada por Amelie, miró por primera vez el Parc de Bruxelles y se quedó boquiabierta.

—¡Es magnífico! —exclamó Amelie.

En cuanto llegaron a Bruselas, Amelie hizo todo lo que pudo para ver el parque. Por eso, mientras lord y lady Northdon descansaban en sus habitaciones del hotel Flandre, Amelie y ella fueron dando un paseo hasta el parque, que, desde luego, era magnífico. Era un jardín inmenso entre rejas de hierro y rodeado por el palacio real y otros edificios públicos grandiosos. Dentro, los caminos de gravilla se cruzaban para formar dibujos simétricos. Entre los caminos, sobre zonas de césped, crecían grandes árboles, setos verdes y flores. Por todos lados se podía ver algo interesante como estatuas, fuentes y bancos. Además, hombres con uniformes de todos los tipos y colores paseaban con mujeres elegantes o charlaban en grupos de dos o tres. Ella pensó que era un disparate estar allí.

Cuando Napoleón estaba exiliado en Elba, los ingleses acudieron en masa al continente, adonde no habían podido viajar durante tanto tiempo. Bruselas, sobre todo, se había convertido en un destino que estaba muy de moda y en un sitio donde vivir lujosamente con mucho menos dinero que en Londres. Sin embargo, en ese momento, las cosas habían cambiado. Napoleón había reclamado su imperio y los británicos, prusianos, austriacos y rusos habían declarado la guerra, no a Francia, sino al propio Napoleón.

La guerra inminente había llevado más gente todavía a Bruselas; miles de soldados, sus oficiales y otras personas con obligaciones oficiales. Los aliados estaban planeando entrar en Francia cualquier

día. Sin embargo, no había ningún motivo para que ellos estuviesen en Bruselas. Lord Northdon no tenía un cargo oficial ni, desde luego, tenía que ahorrar. Lady Northdon y él habían ido a Bruselas solo para complacer a Amelie.

Amelie se había enamorado de un joven capitán de los Scots Greys que le habían presentado en una de las fiestas de Londres. Los Scots Greys, un prestigioso regimiento de caballería, estaban en Bruselas para preparar la batalla contra el ejército de Napoleón. Amelie no soportaba estar separada del capitán Fowler y lord Northdon accedió a que todos lo siguieran allí.

Allí, en el Parc de Bruxelles, la gente parecía tan despreocupada como si estuviera en la Temporada de Londres. ¿Era ella la única que estaba preocupada por el motivo por el que los soldados estuviesen allí?

—¿No sería increíble que me encontrara con el capitán Fowler en el parque? —preguntó Amelie sin disimular la emoción—. ¡Podría estar aquí en este momento! Papá dijo que le mandaría un mensaje cuando llegáramos, pero ¿no sería emocionante que nos encontrara antes de leer el mensaje? Estoy segura de que nos visitará en cuanto pueda.

Ella también miró por el parque, pero para buscar a Marc, no al capitán Fowler. Marc también podía estar en Bruselas. La única carta que había recibido de él en tres meses había llegado desde Ostende, el puerto al que ellos habían llegado el día anterior. La carta había llegado unos días antes de que se marcharan y se limitaba a decir que estaba bien, pero que iba a quedarse en el continente. Si Marc había estado en Bélgica cuando mandó la carta, en ese momento también podría estar entre los ingleses que visitaban Bruselas. Al parecer, ya no estaba en los Alpes. Lo más probable era que no hubiese estado allí en ningún momento. Le había mentido sobre su viaje. Si realmente hubiese pensado recorrer las montañas andando, no se habría llevado a Apolo.

Su paradero debería darle igual, pero el dolor por su abandono no había disminuido, aunque había aprendido muy bien a no demostrarlo. En Londres había tenido muchas ocasiones para practicar el disimulo. Lo había hecho en todos los actos sociales a los que había tenido que asistir. No sabía si había sido porque lord

Tinmore había organizado las invitaciones o porque el éxito que Amelie había tenido en la fiesta de los Caldwell la había convertido en una invitada muy codiciada. Amelie tenía éxito allá a donde iba. Ella, en cambio, recibía miradas de compasión entre susurros. Al menos, no le daban la espalda como le hacían algunas veces a lady Northdon, quien siempre mantenía la cabeza muy alta y no se amilanaba por ese trato despiadado. Ella la imitaba. Había llegado a apreciar mucho a lady Northdon y esta la trataba como si fuese otra hija. Lord Northdon no era tan generoso. Sospechaba que le reprochaba a ella que Marc se hubiese marchado de repente. Sin embargo, ninguno de los dos hablaba con ella de que Marc la hubiese abandonado.

Tinmore llevó a sus hermanas a Londres, como había dicho que haría, y se encontraban a menudo en los mismos actos sociales. Sus hermanas sí se empeñaban en que les dijera por qué se había marchado Marc. Ella solo les contó lo que le había dicho Marc, pero no era suficiente para Lorene. Lorene le echaba un sermón sobre que tenía que haberse amoldado mejor a su marido o se lamentaba de que su matrimonio no fuese el que quería para ella. No era el matrimonio por el que se había sacrificado su hermana mayor. Genna discutía con las dos por esperar que un matrimonio solucionara sus problemas. Ese era otro de los reproches que ella podía hacerle a Marc. Al abandonarla, había abierto más la brecha entre sus hermanas y ella. Si se hubiese quedado, al menos habrían podido fingir que su matrimonio había salido bien. No tendría que soportar el dolor de sus hermanas porque había convertido su vida en un erial. Sus hermanas y ella no se visitaban casi y, sobre todo, se encontraban en actos sociales donde también estaba lord Tinmore. Ella podía imaginarse lo que ese hombre pensaba sobre el abandono de Marc.

El señor Welton también apareció en algunos de esos actos y fue directamente a por Genna, quien lo mandó a paseo igual de directamente. ¿Por qué Genna podía ver las intenciones de Welton y ella no había sido capaz? Ella ya no podía confiar en su criterio sobre nadie. Se había equivocado espantosamente con Marc. Como hizo el amor con ella, creyó que la amaba. Sin embargo, quería estar a un continente de distancia de ella. Nadie volvería a hacerle

ese daño. Se había puesto una coraza para protegerse y para que nadie viera lo destrozada que estaba por dentro.

—¿Paseamos un poco? —le preguntó Amelie sacándola de su ensimismamiento.

—Como quieras —contestó ella con una sonrisa e intentando parecer contenta.

Pasearon por los senderos y todos los hombres que se cruzaban se detenían un instante para mirar a Amelie. Amelie la tomó del brazo.

—Vamos a ver el estanque con peces.

Según la guía, en el centro había un estanque muy grande con peces dorados y plateados, pero, para llegar, parecía como si tuvieran que pasar entre un batallón de hombres que las miraban.

—No entiendo que puedas estar tan tranquila. Todos los caballeros se vuelven para mirarte —comentó Tess.

—No me miran a mí —replicó Amelie sin inmutarse.

¿Estaba ciega u ofuscada? Era una belleza. Amelie aceleró al paso cuando se acercaron al estanque.

—¡Tiene peces!

Ella la alcanzó dándose perfecta cuenta del interés que despertaba su amiga y mientras rodeaban el estanque, miró solo los peces para no tener que mirar a los hombres que miraban a Amelie.

—¡Santo cielo! —exclamó Amelie de repente—. Está ahí. Mira, mira.

Amelie salió corriendo. ¿Había encontrado al capitán Fowler? Ella miró al otro lado del estanque y se quedó petrificada. Allí estaba Marc. Debió de verla en el mismo momento que ella lo vio y la miró a los ojos. Su hermana llegó hasta él y lo rodeó con los brazos.

—¡Marc! ¡Marc! ¿Estás aquí?

Él también abrazó a Amelie, pero no dejó de mirarla a ella. Cuando la soltó, Amelie se dio la vuelta.

—¡Tess! —la llamó desde el otro lado del estanque—. ¡Mira, es Marc!

Ella se dirigió lentamente hacia ellos.

—Marc —dijo ella intentando que su voz no reflejara ninguna emoción.

—Tess… —susurró él.

—¿También has venido a Bruselas? —le preguntó Amelie—. Deberías habernos dicho que estabas aquí. Nosotros hemos llegado hoy. ¿Dónde estás alojado? Papá nos ha reservado habitaciones en el hotel Flandre y mamá solo ha hablado francés desde que llegamos. Está impaciente por ir a *magasins*. Todas las tiendas se llaman Magasin de… algo, según ella…

Marc siguió mirándola mientras Amelie parloteaba, pero, de repente, volvió en sí.

—Perdonadme, hay otras personas que querrían saludaros.

Estaba con tres hombres y una mujer. La mujer salió de detrás de uno de los hombres.

—Señora Glenville, Amelie… —era Doria Caldwell y parecía tan serena como siempre—. Menuda sorpresa. Espero que hayan tenido un buen viaje.

Ella clavó la mirada en Marc. ¿Le había mentido acerca de Doria Caldwell después de todo?

Amelie fue a tomar la mano de la señorita Caldwell.

—¡Doria! ¡No teníamos ni idea de que también ibas a venir a Bruselas!

—Pidieron a mi padre que viniera —la señorita Caldwell sonrió—. Está asesorando a uno de los diplomáticos —desvió la mirada hacia Tess—. No encontramos con Marc hace un par de minutos.

El señor Caldwell se acercó a Amelie.

—Estás tan guapa que pareces sacada de un cuadro. Qué placer verte —se volvió hacia Tess—. Y a usted, naturalmente, señora Glenville.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Amelie con desenfado—. Es casi como si estuviésemos en Londres.

Ella, de repente, sintió náuseas. Su marido estaba allí, hablando con la mujer con la que quiso casarse una vez, y se alegraba tanto de verla a ella como ella a él. Se aferró a la coraza para quedarse allí cuando quería volver corriendo al hotel y encerrase en su habitación.

—Buenas tardes, señor Caldwell —le saludó ella.

—Estoy siendo un maleducado —intervino Marc dándose la vuelta bruscamente—. Os presentaré a mis dos acompañantes.

Ella se fijó en los dos hombres que estaban al lado de Marc. Uno vestía como un caballero, como su marido, y el otro de uniforme de oficial. Marc los presentó y ella se olvidó acto seguido de sus nombres, pero captó su sorpresa cuando la presentó.

—Son mi esposa, la señora Glenville, y mi hermana, la señorita Glenville.

Sin embargo, ellos centraron su atención en la hermosa Amelie. El señor Caldwell y su hija se alejaron discretamente y se quedó para hablar a solas con Marc.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él en un tono hosco.

Ella levantó la babilla.

—Estoy en Bruselas solo porque tus padres quisieron que viniera. Ellos han venido porque tu hermana tiene un pretendiente aquí. Él es el motivo.

—¿Un pretendiente?

Era preferible hablar del pretendiente de su hermana que pedirle que le explicara por qué estaba él en Bruselas en compañía de la señorita Caldwell.

—Es el capitán Fowler, de los Scots Greys —contestó ella.

El hombre de uniforme la oyó.

—¿Scots Greys? Es un regimiento muy prestigioso.

—¡Sí! —exclamó Amelie—. El capitán Fowler lo considera un honor.

—¿Tienes un pretendiente? —le preguntó la señorita Caldwell a Amelie.

Amelie bajó las pestañas y quedó más atractiva todavía.

—Sí, creo que podría decirse que es mi pretendiente.

Empezó a contarles a la señorita Caldwell y a Marc cómo lo había conocido y ella se dirigió al hombre de uniforme porque no quería participar en la conversación de la señorita Caldwell.

—¿En qué regimiento está?

—En el 28, señora —contestó el hombre inclinando la cabeza.

—¿El 28 está aquí? —preguntó Tess con los ojos como platos y olvidándose de Marc y la señorita Caldwell—. Mi hermano está en el 28. ¿Conoce al teniente Edmund Summerfield? ¿Está aquí?

—Lo conozco, señora y, efectivamente, está aquí.

¡Eso era increíble!

—¿Podría decirle que su hermana Tess está en el hotel Flandre? Dígale que me haga una visita y pregunte por la señora Glenville.

¡Su hermano Edmund estaba allí! Con él, no se sentiría tan desesperantemente sola. Sin embargo, la alegría se desinfló. Edmund estaba allí para luchar en otra guerra contra Napoleón. Podría morir.

—Será un placer decírselo, señora —contestó el oficial inclinando la cabeza otra vez.

El otro hombre le dio una palmada en la espalda.

—Vámonos, dejémoslos tranquilos con su reunión.

Los dos hombres les desearon buenos días. Amelie se agarró al brazo de su hermano y apoyó la cabeza en su hombro.

—No puedo creerme que estés aquí. ¡Y Doria y el señor Caldwell también!

Marc miró directamente a Tess.

—Este sitio no os conviene. Los aliados están preparándose para la guerra. Estar aquí podría ser peligroso.

¿Estaba intentando asustarla para que se marchara?

—Díselo a tu padre, no a mí. Yo no tomé la decisión de venir.

La señorita Caldwell intervino.

—Pero, Marc, los soldados no van a luchar aquí. Irán a Francia —ella se dirigió a su padre—. Es así, ¿no, papá?

—Sí, eso es lo que se espera —contestó él.

—¡No pensemos en la guerra en este momento! —exclamó Amelie—. Ven con nosotras al hotel. ¡Papá y mamá se alegrarán muchísimo de verte! —se volvió hacia la señorita Caldwell—. Tu padre y tú tenéis que venir también. ¡Cenaremos juntos!

—No… —replicó el señor Caldwell—. No queremos entrometernos en vuestra reunión, pero envíanos un mensaje al hotel Belle Vue si tus padres quieren de verdad que comamos juntos.

Marc pareció vacilante, como si no quisiera por nada del mundo ir con Amelie y ella… ¿o sería que no quería que estuviese ella?

—Mandaremos un mensaje —confirmó Amelie—, pero tú sí vendrás con nosotras, ¿verdad, Marc?

—Claro —él sonrió a su hermana—. Iré con vosotras ahora.

Marc le ofreció el brazo a Tess, pero ella actuó como si no se hubiese dado cuenta y se limitó a caminar a su lado, en silencio. Amelie tomó su otro brazo y habló del viaje, del capitán Fowler, de todo lo que había hecho en la Temporada… Nunca había visto a su hermana tan contenta y tan rebosante de vida. Un contraste enorme con la mujer que evitaba tocarlo y hablar con él. Estaba muy guapa a la luz de ese precioso día de junio en Bruselas, pero era como un sueño lejano. ¿Podía hacer o decir algo para cerrar ese abismo que había abierto al abandonarla? Además, que lo hubiese encontrado con Doria no facilitaba las cosas.

Cuando llegaron al hotel, Amelie salió corriendo por delante para contárselo a sus padres. Marc y Tess siguieron más despacio y sin hablarse. Él le había hecho un daño inmenso y no podía explicarse.

—¿Qué tal en los Alpes? —le preguntó ella con sarcasmo.

—Bastante bien —tuvo que mentirle él otra vez.

Ella lo miró con mucho escepticismo y él deseó poder decirle la verdad.

A los dos días de la reunión con Greybury en Londres, llegó a Calais y se dirigió hacia París. Su misión era localizar a Napoleón, enterarse de sus planes y determinar si los franceses iban a apoyarlo o no. Los franceses, descontentos con Luis XVIII, recibían bien la vuelta de Napoleón y Napoleón tenía pensado gobernar Francia. Comunicó a los aliados que renunciaría a su imperio si lo dejaban en paz. Como si los aliados fuesen a creérselo. La información que reunió se distribuyó mediante la red de agentes repartidos por todo el continente. Él se enteró de que Napoleón había juntado un ejército de doscientos mil hombres completamente equipados. En realidad, casi lo habían alistado en ese ejército. Había tenido que huir de Francia para evitarlo.

Napoleón estaba preparándose para la batalla y estaba decidido a vencer. Él llegó a Bruselas e informó a su contacto de todo lo que sabía. Su contacto informó al duque de Wellington, quien había sido nombrado mariscal de campo de todos los soldados ingleses, alemanes, holandeses y belgas que se habían reunido en Bruselas.

El plan de los aliados era orquestar una invasión coordinada de Francia. Él no tenía datos sólidos, pero creía que Napoleón no esperaría la invasión y temía que se dirigiera directamente hacia Bruselas.

En ese momento, su familia y Tess estaban allí. Tenía que convencerlos para que se marcharan, pero ¿cómo? ¿Por qué iba a creerle su familia? Desde luego, había perdido la confianza de su esposa, que ni siquiera le permitía que la tocara.

Tess y él entraron en un pasillo y vieron que Amelie abría la puerta de las habitaciones de sus padres.

—*Maman*! ¡Papá! —gritó ella—. ¡Mirad a quién hemos traído con nosotras!

Sus padres lo saludaron con asombro y placer. Su madre lo besó en las mejillas y su padre le dio un abrazo después de estrecharle la mano.

—¿Por qué no nos dijiste que estabas en Bruselas? —le preguntó su padre.

—Sé que no soy muy aficionado a escribir cartas.

Eso era verdad, pero tuvo que contestar muchas preguntas más con mentiras y evasivas. Tess estuvo todo el rato sentada a cierta distancia, rígida y con el rostro como una piedra. Marc los cortó en cuanto pudo.

—Estoy seguro de que os veré mucho y de que tendremos tiempo para hablar… de lo que queráis hablar. Sin embargo, en este momento, me gustaría estar un rato a solas con mi esposa.

—Claro —su padre se levantó y se dirigió a Tess—. Tess, lleva a Marc a tu habitación. Luego os veremos a los dos —se dirigió a Marc—. ¿Cenarás con nosotros?

Él tenía planes, trabajo, mejor dicho, pero podía dejarlo para después de la cena.

—Papá —intervino Amelie—. Me lo has recordado. ¿A que no sabes a quién más nos hemos encontrado durante el paseo?

Tess se levantó mientras Amelie contaba que los Caldwell también estaban en Bruselas. Marc fue con ella y no le quedó más remedio que llevarlo a su habitación. Ella se comportó como si estuviese yendo al patíbulo. Cuando llegaron, ella abrió la puerta y su doncella dejó de deshacer el equipaje.

—¿Ya ha vuelto, señora? —entonces, vio a Marc—. ¡Señor Glenville! —exclamó haciendo una reverencia precipitada.

—Nancy —él sonrió a la muchacha—. Me alegro de verte. Tienes muy buen aspecto.

Nancy los miró con una curiosidad evidente.

—Gracias, señor.

—Nancy, ¿te importaría dejarnos solos un rato? —le pidió Tess en un tono tenso.

—No, señora…

Nancy dejó la ropa doblada que tenía en los brazos y se marchó de la habitación mirando a Tess.

—Tess… —empezó a decir Marc.

Ella retrocedió como si le hubiese dado una bofetada, pero él siguió.

—No sé qué decirte.

—¿Acaso importa lo que digas? —preguntó ella sin mirarlo—. He perdido la capacidad de creerte —ella fue hasta la ventana—. ¿Se lo pasó bien Apolo trepando por las montañas?

—¿Apolo?

—Sí, tu caballo —contestó ella en un tono cortante—. Reconozco que no sabía que los caballos treparan por las montañas.

Ella daba supuesto que le había mentido acerca de los Alpes y él no podía defenderse contándole la verdad sobre dónde había estado y lo que había hecho. No tenía más remedio que representar el papel que se creó el día que la abandonó.

—Puedes pensar lo que quieras —replicó él con firmeza—. Quería marcharme, estar lejos. Es posible que vuelva a quererlo en el futuro.

—Estás diciendo que quisiste abandonarme.

Él hizo un esfuerzo para mirarla con rabia.

—Estoy diciendo que saldré y entraré a mi antojo. Te aconsejo que te acostumbres a esa costumbre que tengo.

—He tenido algunas semanas para acostumbrarme —replicó ella devolviéndole la mirada.

Él quiso preguntarle si lo había pasado muy mal, pero ella nunca se creería que le preocupaba eso.

—Te guste o no, estamos casados y estamos juntos en Bruselas. Tenemos que comportarnos como un matrimonio mientras estemos aquí.

—No esperes que cumpla con mis obligaciones maritales. Lo hice una vez y me abandonaste.

Él lo entendió sinceramente. Tuvo que haber sido desgarrador abrirse tan íntimamente a él y que la abandonara, pero no podía decirlo.

—Hablaremos de eso otro día. En este momento, estoy alojado en otro hotel y no te exigiré que te vayas de aquí.

—¡No me lo exigirás! —gritó ella.

Él levantó una mano para que se callara.

—No hace falta decir que aparentaremos que somos un matrimonio bien avenido, aunque solo sea porque si no seríamos objeto de habladurías y disgustaríamos a mis padres y Amelie.

—Estoy acostumbrada a las habladurías —replicó ella con la barbilla temblorosa—. Ya he soportado muchas.

Eso fue como un sable que se le clavara en el pecho.

—Entonces, acabemos con ellas.

Seguramente, Tess pensaría que quería librarse de ella si hacía que su familia y ella se marcharan de Bruselas lo antes posible. Además, su padre jamás se marcharía al día siguiente de haber llegado. Tomó aliento.

—Dentro de dos días va a celebrarse un baile. Asistiremos juntos. Me ocuparé de que Amelie y tú recibáis invitaciones. Mis padres también, si puedo conseguirlo. Y el capitán Fowler.

El duque de Richmond y su secretario también eran agentes de Greybury y él podría conseguir las invitaciones.

—¿Y la señorita Caldwell y su padre? —preguntó ella con sorna.

—No los incluyo —contestó él intentando que ella lo mirara—. Me encontré con ellos tan inesperadamente como contigo, Tess.

—Aunque, seguramente, te alegró más.

Él no quería que ninguna persona a la que quería estuviese en Bruselas en ese momento.

—Irás conmigo al baile —le ordenó él—. Será el sitio indicado para que nos vean.

Cuando los vieran juntos en el baile de la duquesa de Richmond, las habladurías se acallarían. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Catorce

En Bruselas se cenaba temprano. No tuvo tiempo para rehacerse. Sí tuvo tiempo para vestirse, pero no para dominar todos los sentimientos que la alteraban por haberse encontrado con su marido después de esas semanas.

Los Caldwell, para disgusto de ella, también cenarían con ellos, como el capitán Fowler. Iban a cenar en el Café de l'Amitié, el Café de la Amistad. Menuda paradoja.

Ella se sentó al lado de Marc y tuvo que ver el placer de su familia y los Caldwell por estar con él. Eran muy raros, actuaban como si Marc solo hubiese estado de viaje por Suiza. Había abandonado a la mujer con la que acababa de casarse, pero nadie parecía reprochárselo lo más mínimo. Aunque, quizá, solo estuviesen… portándose bien. Lord y lady Northdon siempre se portaban muy bien cuando el capitán Fowler estaba delante. Estaban deseosos de que el capitán Fowler tuviese una buena imagen de ellos, hasta el punto que evitaban sus disputas constantes. Se les caía la baba con el capitán Fowler. Si no les pedía la mano de Amelie, ella no sería la única a la que destrozaría el corazón.

Al menos, la conversación no exigía que participara mucho, aparte de alguna expresión aislada de interés o de asentir con la cabeza. Sin embargo, mientras ella se corroía por dentro, la señorita Caldwell era el paradigma de la serenidad. No decía nada a su favor que sintiera rencor hacia la señorita Caldwell por serlo.

Después de la cena, todos fueron dando un paseo hasta el hotel. Eran cuatro parejas. Lord y lady Northdon abrían el cortejo seguidos por el señor Caldwell y su hija. Amelie y el capitán Fowler iban los últimos y ellos dos estaban atrapados en medio.

Amelie llamó a sus padres.

—*Maman*, papá, sigue haciendo un día muy bueno, ¿puedo dar una vuelta por el parque con el capitán Fowler?

—¡Una idea magnífica! —lord Northdon se detuvo y todo el mundo se detuvo detrás—. Demos un paseo todos por el parque —se dirigió a lady Northdon—. ¿Te apetece ver el parque, querida?

Amelie se quedó chafada y su padre se rio.

—No te preocupes, hija, no vamos a estar encima de ti.

Aunque tampoco la perderían de vista, claro.

—¡Marc! —gritó su padre aunque estaban bastante cerca—. Tú nos acompañarás.

—Eso, Marc —Tess vio el cielo abierto—. Vete a dar un paseo con tus padres por el parque y los Caldwell. Yo puedo llegar sola hasta el hotel.

Marc no le respondió a ella sino a su padre.

—Gracias, papá, pero me quedaré con Tess.

Lord Northdon arqueó las cejas como si no pudiera creerse que su hijo prefiriera a su esposa a estar unos minutos con sus padres y sus amigos.

—Si es lo que quieres… —replicó en un tono tenso.

—Déjalos, John —lady Northdon sonrió como si creyera que Marc y ella estaba deseando estar juntos y se dirigió a Marc—. *Adieu, mons fils*.

Ella empezó a dirigirse hacia el hotel mientras Marc se despedía, pero la alcanzó enseguida.

—Deberías haberte quedado con tus padres y tus amigos —dijo con los dientes apretados.

—No iba a abandonarte.

Ella se rio. Él tenía que haber captado lo irónica que era esa afirmación. Sin embargo, no lo miró para comprobarlo. Mirarlo era demasiado doloroso. Le recordaba a cuando habían estado en el lecho nupcial, a cómo la había mirado con sus intensos ojos azules, a cómo la había llenado de esperanza y felicidad.

—Sin embargo, tampoco puedo quedarme —añadió él—. Tengo que irme a otro sitio.

Tess se encogió de hombros como si no le importara a dónde iba a ir. Él le abrió la puerta del hotel Flandre. Ella entró en el vestíbulo y

fue con paso decidido hacia la escalera, pero él la seguía sin ninguna dificultad. Tess se detuvo.

—Voy a mi habitación y no hace falta que me acompañes. Vete a tu próxima… diversión.

Él la miró fijamente.

—Te acompañaré hasta la puerta.

—No quiero esta consideración por tu parte, Marc —se giró para mirarlo—. Haz de marido entregado cuando esté tu familia u otras personas que te importen, pero no hace falta que lo hagas cuando no esté mirando nadie relevante.

—Todavía puedo ser un caballero.

—¡Un caballero!

Ella se dio media vuelta y aceleró el paso.

—¡Tess! —la llamó un hombre—. ¡Tess!

Un soldado con casaca roja se acercó apresuradamente hacia ella.

—¿Edmund? —¿podía ser su hermano?—. ¡Edmund!

Se abalanzó sobre él y él la agarró entre los brazos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su coraza no estaba preparada para ver a Edmund.

—Edmund —repitió ella—. ¡Cuánto quería verte!

El hermano que tanto la amaba estaba allí.

—¿Qué haces en Bruselas, Tess? —le preguntó él sin parecer muy contento de verla.

Ella retrocedió y él frunció el ceño con preocupación.

—¿Tienes algún apuro económico?

—En absoluto —contestó Marc en vez de ella—. Permítame que me presente. Soy Marc Glenville, el marido de Tess.

—¿Usted es el marido?

Evidentemente, Edmund había recibido su carta, en la que le contaba que se había casado, pero no le había mandado otra para decirle que también la había abandonado.

—Soy Edmund Summerfield, señor —siguió su hermano —, el hermano de Tess.

—Summerfield…

Marc le tendió la mano y Edmund se la estrechó.

—Mi padre reconoció a Edmund y le dio su apellido —le explicó Tess.

—No he cuestionado su apellido, Tess.

—Desde luego —Edmund se movió con nerviosismo antes de mirar a Marc con desconcierto—. Entonces, ¿por qué estáis en Bruselas si no es para escapar de una deuda? ¿Tiene alguna misión oficial?

A Tess le pareció una pregunta algo indiscreta.

—Ni deudas ni misión oficial —contestó Marc sin parecer ofendido —. Llevo unos días aquí, pero Tess y mi familia han llegado hoy.

¿Por qué no se marchaba Marc? Ella se sentía como si su hermano fuese lo único que le quedaba y no quería compartir su compañía con Marc.

—Da igual por qué estamos aquí —intervino ella—. Cuéntame, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Dónde vives?

Él le tomó las dos manos.

—Estoy bien, no necesito nada y… y, sobre todo, quería decirte dónde estoy viviendo.

Ella esperó que fuese cerca para poder verlo a menudo. Quizá estuviese fuera de servicio en ese momento, como los oficiales del parque. Quizá pudiera pasar un día con él.

Él puso una expresión seria.

—Estoy viviendo con tu madre.

¿Había oído bien?

—¡Mi madre!

—Sí. Estoy con ella y el conde von Osten. Tienen una casa grande en la calle Sainte Anne.

El conde von Osten era el hombre con el que se había fugado su madre.

—Mi madre y el conde von Osten…

Edmund le soltó las manos.

—Te he incomodado, Tess. Lo siento.

—No lo entiendo —ella sacudió la cabeza—. Tú y mi madre…

Él se encogió de hombros.

—Me enteré hace mucho de que vivía en Bruselas. Llevo años escribiéndome con ella.

—¿Años? —Tess levantó la voz—. ¿Le has escrito sobre nosotras?

¿Le había hablado de Lorene, Genna y ella misma?

—Claro —reconoció él—, pero, sobre todo, le he escrito sobre mí.

—¡Nunca nos lo dijiste! —exclamó ella sintiéndose traicionada.

¡Su madre no tenía derecho a saber nada de ella! Ni de Lorene y Genna. ¿Cómo podía haberle escrito sobre ellas? Afortunadamente, nunca le habían contado a Edmund que su padre se había arruinado y había vendidos sus dotes para comprarle un ascenso. Afortunadamente, ella había mantenido en secreto el embrollo de su propia vida.

—¿Por qué la buscaste? ¿Por qué le escribiste? ¿Por qué vives con ella? ¡No es tu madre! —exclamó ella temblando.

Un brazo fuerte la rodeó para tranquilizarla. Era Marc.

—Tu madre siempre fue amable conmigo —contestó Edmund con firmeza.

—¡Casi no nos vio a nosotras!

—Es posible, pero a mí siempre me trató bien. Cuando era pequeño, me trató como si fuese valioso y yo lo necesitaba mucho.

Su madre había sido encantadora, eso era verdad, pero no podía haberlos considerado valiosos. Al fin y el acabo, los había abandonado.

—Le gustaría verte, Tess —añadió Edmund en tono serio.

—¿Sabe que estoy aquí? —preguntó Tess, que no quería que su madre supiera nada de ella.

—Estaba conmigo cuando Upton me dijo que estabas aquí —contestó él—. ¿Le harás una visita, Tess? A ella le gustaría.

—¡Visitarla!

Jamás.

—Incluso, te invita a que te quedes con ella —Edmund se dirigió a Marc—. A usted también, señor.

—Tess está con mis padres y mi hermana —le explicó Marc.

—Estoy seguro de que también los recibiría. Es una casa muy grande.

—¡No! —gritó Tess.

—Creo que deberíamos desearle buenas noches, teniente —añadió Marc—. Tess está cansada del viaje.

—Claro. ¿Puedo visitarte otra vez, Tess?

Era su hermano, aunque ya no pudiera confiar en él.

—Claro que puedes visitarme —Tess le dio un abrazo precipitado —, pero no quiero saber nada más de mi madre.

—Volveré mañana —Edmund se volvió hacia Marc—. Adiós, señor, espero volver a verlo.

Marc volvió a tenderle la mano.

—Yo también espero volver a verlo.

Tess dio otro abrazo a Edmund antes de que Marc se la llevara del vestíbulo para subir las escaleras. Entonces, se detuvo para mirarlo.

—¡Cómo se atreve! ¿Lo has oído? ¡Se ha comportado como si no debiera importarme que nos abandonara! —ella siguió por el pasillo hablando a las paredes—. ¿Por qué todos los que me abandonan creen que es lo más normal del mundo? Esperan que los salude como si solo se hubiesen marchado una hora. ¿Es que yo no debería sentir nada?

Aquel día, cuando ella tenía nueve años, su madre entró en el cuarto de juegos, les dio un beso a Lorene, a Genna y a ella y les dijo que las vería más tarde. Desde entonces, no le había mandado ni una carta ni un mensaje. Lo único que habían sabido de ella eran los gritos de su padre cuando decía que le había arruinado la vida.

—Dice que quiere verme como si diese igual —siguió Tess intentando contener las lágrimas de rabia.

Cuando llegaron a la puerta, ella sacó la llave del bolso de mano. Él la abrazó con fuerza. Su calidez, la solidez de su cuerpo, su olor eran un consuelo, como si él le transmitiera algo de su fuerza. La abrazó, se entregó sin pedirle nada y ella quiso quedarse para siempre entre sus brazos. Sin embargo, era Marc y también la había abandonado. Se soltó y lo apartó.

—No me toques.

Él se limitó a inclinar la cabeza y a darse la vuelta. Ella entró en la habitación, pero se detuvo y abrió un poco la puerta para mirarlo mientras se alejaba y se dirigía a eso que era tan importante para él.

Él bajó las escaleras con su propio batiburrillo de emociones. La había abandonado, como había hecho su madre. ¿Podría compensárselo alguna vez o su matrimonio había estado condenado desde el principio? Cuando llegó al vestíbulo, el hermano de ella seguía allí y lo miró con cierto asombro.

—Voy a hacer un recado —le explicó Marc dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Tess está bien? —le preguntó Edmund acompañándolo.

—Ha tenido un día muy complicado —contestó él mirándolo fugazmente a los ojos.

Él se lo había complicado.

—Por favor, transmítale mis disculpas —le pidió Edmund con arrepentimiento—. No debería haberle contado tan bruscamente lo de su madre.

—Ya está hecho —fue lo único que pudo decir él.

El portero les abrió la puerta.

—No creo que Tess vaya a visitar a su madre —siguió Marc mientras salían.

—Debería hacerlo —Edmund sacudió la cabeza—. Sabía que esta noticia la sorprendería. Sin embargo, pensé que podría alegrarla. De niños, algunas veces hablamos del abandono de su madre. Sus hermanas y ella siempre decían que lady Summerfield había hecho lo que tenía que hacer.

—Algunas veces, puedes hacer daño a alguien aunque hagas lo que tienes que hacer.

Marc lo sabía muy bien. Le gustaba el hermano de Tess. Era leal y cariñoso con ella aunque le hubiese llevado esa noticia. Incluso le gustaba la lealtad de Edmund con lady Summerfield. Al parecer, le había perdonado que hubiese abandonado a su familia. ¿Le perdonaría Tess alguna vez a él?

Se separaron poco después y él caminó los ochocientos metros que había hasta Le Double Aigle. Era una posada de poca categoría donde podía pasar desapercibido. Estaba ocupada por soldados. Subió las escaleras hasta su habitación y se vistió de ciudadano belga normal y corriente. Volvió a salir de la posada con mucho cuidado de que nadie se fijara en él y fue a una parte de la ciudad que ningún inglés visitaba. Entró en un bar que había frecuentado

últimamente, se sentó y pidió la cerveza que ese país hacía tan bien. Como otras noches, se dedicó a escuchar las conversaciones de quienes lo rodeaban. Se quedaría hasta tarde, hasta que las lenguas empezaban a soltarse por la bebida. Sin embargo, sospechaba que pensaría en Tess más todavía que durante sus viajes anteriores. Si tenía suerte, no se perdería la valiosa información que podrían proporcionarle los muchos belgas que recibirían a Napoleón con los brazos abiertos.

A la mañana siguiente, se despertó temprano y le dolía la cabeza, pero era más por la falta de sueño que por la cerveza que había bebido. Había prometido a su padre que desayunaría con la familia y no quería defraudarlo. Hizo un esfuerzo para levantarse y se vistió enseguida. Salió al fresco de la mañana, que terminó de espabilarlo, y fue a buen paso hasta el hotel Flandre. ¿Se despertaría Tess tan temprano? ¿Desayunaría con la familia? ¿Podría estar un rato a solas con ella? Apostaría cualquier cosa a que no le había contado a nadie, ni a su doncella Nancy, que su madre estaba en Bruselas. Esperaba que se hubiese repuesto. No había querido dejarla la noche anterior, pero tenía que cumplir con su deber… y ella no quería saber nada de él.

Al menos, la noche había sido provechosa. Había trabado amistad con unos bonapartistas y querían que conociera a alguien esa tarde. Al parecer, había un grupo de hombres que estaba planeando ayudar a Napoleón para que recuperara Bélgica. Él gritaría *vive l'Empereur* si eso le servía para que lo aceptaran y le contaran lo que sabían.

Entró en el hotel y le pidió al recepcionista que lo anunciara a su padre. El recepcionista no volvió con el permiso para que subiera a la habitación, sino que su padre apareció en persona.

—Tu madre no se ha despertado todavía —le explicó su padre a modo de saludo—. Vamos a dar una vuelta por el parque.

Fueron hasta el parque que, incluso a esa hora, estaba lleno de soldados uniformados. Algunos iban del brazo con mujeres que, sin duda, habían calentado sus camas la noche anterior. Su padre no dijo nada durante un buen rato.

—Sería una negligencia por mi parte si no dijera nada por lo que has hecho, hijo.

Un sermón. Marc supuso que se lo merecía, al menos, según el punto de vista de su padre.

—Sabes que tu matrimonio no me gusta lo más mínimo. Ha dado mucho que hablar en Londres. Los cotillas sacaron mucho partido a que os sorprendieran in fraganti —su padre dejó escapar un sonido de fastidio—. In fraganti.

Él agitó una mano.

—No nos sorprendieron in fraganti, papá, no sigas por ahí. Ya te conté lo que pasó.

Su padre se detuvo y lo miró a los ojos.

—Entonces, ¿por qué la abandonaste para viajar a Suiza? Es verdad que has desaparecido de repente muchas veces, pero no era el momento.

—No podía negarme —contestó él sinceramente.

—Claro que podías negarte. Has hecho mucho daño al marcharte, mucho daño. A ella y a la familia. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Todo lo que pueda.

—El matrimonio tienes que cuidarlo —comentó su padre en tono filosófico—. Una esposa necesita que seas considerado con ella. Tienes que tener en cuenta sus deseos. Además, si tienes que hacer algo que no vaya a gustarle, tienes que decírselo con la mayor delicadeza posible…

Marc se detuvo, no podía seguir oyendo eso.

—¡Papá! ¿Lo dices por experiencia? No he visto nada de eso en tu matrimonio.

—No estoy hablando de mi matrimonio —replicó su padre poniéndose rígido.

—Evidentemente —Marc siguió andando—. ¿Cuándo has tenido en cuenta los deseos de mamá por encima de los tuyos? ¿Cuándo has sido delicado con ella?

—¡Tu madre y yo no deberíamos habernos casado! —él se lo había oído decir muchas veces—. No dejamos llevar por… por esos sentimientos viscerales que llevan al… al… al deseo carnal. Ha sido infeliz conmigo desde que fue a Inglaterra, donde nunca podrá… encajar. Me lo reprocha.

—¿De verdad? —le preguntó Marc con cierta ironía—. Yo diría que mi matrimonio con Tess empezó de una forma más problemática todavía. Antes de decirme lo que tengo que hacer, deberías intentarlo tú mismo.

—Tu madre no lo acepta.

—¿Eso crees? —él no iba a dejar escapar esa ocasión—. Anoche os llevasteis muy bien. Los dos dejasteis de picaros el uno al otro y fue muy agradable.

Su padre agitó una mano.

—No fue nada. Estamos deseosos de que el capitán Fowler nos considere una buena familia y siempre somos corteses delante de los Caldwell. Queremos con toda nuestras fuerzas que Amelie se case bien. A Amelie le gusta mucho ese hombre y Fowler sería un marido excelente para ella.

¿Que le gustaba ese hombre? Amelie bebía los vientos por el capitán Fowler y sus padres habían viajado a Bruselas por ello.

—¿Lo pasas bien cuando mamá y tú os sois amables el uno con el otro? —le preguntó él en cambio.

Su padre no contestó inmediatamente y fingió que miraba los bustos de emperadores romanos de la terraza que rodeaba el estanque.

—Fue agradable —contestó su padre por fin.

—Entonces, sigue tu propio consejo antes de dármelo a mí. Demuéstrame que puedes hacer feliz a mi madre y yo intentaré hacer lo mismo con mi esposa.

—No puedo hacer feliz a tu madre —replicó su padre mirando hacia otro lado.

Probablemente, él tampoco podría hacer feliz a Tess, pero sí podía intentarlo. Sin embargo, cambió de asunto.

—Padre, tengo que avisarte. Es peligroso que estéis en Bruselas, la guerra va a empezar pronto.

—¡Ridículo! Bruselas es tan seguro como Londres. Mira a toda esta gente.

—Deberíais volver a Londres lo antes posible.

—Acabamos de llegar —replicó su padre en tono gruñón—. Sé de buena tinta que todavía faltan un par de semanas, como mínimo, hasta que entremos en Francia —extendió un brazo para abarcar el

parque—. Mira esos hombres uniformados. No parece que estén en vísperas de la batalla. Parece como si estuviesen de vacaciones. Además, a tu madre le gusta estar aquí. Nos quedaremos hasta que tu hermana y ella quieran.

—Lo entiendo, pero tenéis que volver a Londres en cuanto los soldados se pongan en marcha.

—¡Bah! ¿Qué sabes tú de eso?

Él esperaba saber algo más muy pronto. Se avecinaba algo y los bonapartistas que había conocido en los bares eran su mejor oportunidad de saber qué era.

—Probablemente, quieres librarte de nosotros para que puedas seguir tu… asunto con Doria Caldwell —añadió su padre.

—¡No tengo un asunto con Doria Caldwell! —exclamó él intentando contener la furia—. Nos perjudicas al decir algo así y habrías sido muy despiadado si le has dado a entender algo así a Tess.

—No he dicho nada —contestó su padre con una expresión de preocupación—. Entonces, ¿por qué, hijo? ¿Por qué te machaste? ¿Adónde fuiste y por qué?

—Fui a los Alpes.

—No te creo, ocultas algo.

Él lo miró a los ojos.

—Muy bien, no me creas, pero la próxima vez que te diga que os marchéis de Bruselas, tómatelo en serio.

Su padre también lo miró, con los ojos muy abiertos, y asintió con la cabeza.

Tess había dormido agitada. Había soñado con Marc, con Edmund y con su madre. Había soñado que estaba sola en Bruselas, que la casa de su madre era una ruina, pero que podía oír su risa, que veía que Marc se acercaba a ella entre la lluvia, pero que desaparecía. Había soñado que oía cañonazos, que los soldados galopaban por la ciudad y que nadie se daba cuenta de que estaba sola.

Cuando por fin cayó en un sueño profundo, Nancy entró en la habitación para despertarla. Ella se sentó en la cama.

—¿Qué hora es?

—Las ocho, la hora a la que debería despertarla —contestó Nancy en tono jovial.

Ella dominó el impulso de despedir a Nancy y taparse otra vez con las sábanas. Se sentó en el borde de la cama y se puso las zapatillas.

—Espero que hayas dormido bien.

Nancy compartía una habitación con las doncellas de Amelie y de lady Northdon.

—La doncella de lady Northdon ronca, pero, aparte, he dormido muy bien.

Nancy abrió las cortinas y la luz del sol entró en la habitación, un contraste muy grande con los sueños sombríos que había tenido.

—¿Qué quiere ponerse? —le preguntó la chica mientras iba hacia el armario.

—El azul, creo.

El vestido azul siempre le recordaba los ojos de Marc y se lo ponía mucho para intentar relacionarlo con otras cosas, el mar, el cielo, lo que fuera. Fue a la palangana y la llenó de agua. Se lavó antes de ponerse una camisola limpia. Nancy le llevó un corsé y se lo anudó. Luego, las dos fueron al tocador para que Nancy le cepillara el pelo y se lo recogiera con horquillas.

—¿Verá hoy al señor Glenville o a su hermano? —le preguntó Nancy mientras le cepillaba un nudo del pelo.

Ella solo le había contado por encima lo que había pasado el día anterior.

—No lo sé.

¿Cómo iba a saber si vería a Marc? Ni siquiera sabía el nombre de su hotel. Si quería, él podía desaparecer otra vez.

—Espero ver a mi hermano —añadió ella.

Vio en el espejo que Nancy, que siempre tenía una expresión jovial, fruncía el ceño.

—No me corresponde decirlo, pero el señor Glenville hizo mal al abandonarla y no decirle que estaba en Bruselas. No debería haberla sorprendido de esa manera.

—Me temo que la sorpresa se la llevó él al vernos.

¿Se habría marchado si hubiese sabido que iban a ir a Bruselas? Nancy le hizo un moño muy sencillo y la ayudó a vestirse.

—¿Se acuerda de que lord Northdon quería que desayunara con ellos en su salita?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Va a necesitarme hoy? —le preguntó Nancy.

—Vaya, no lo había pensado.

—Es que me gustaría ver tiendas si puedo. Las doncellas que trabajan en el hotel me han dicho que Bruselas es famoso por el encaje y me gustaría verlo.

Ella sacó unas monedas de su bolso de mano.

—Si ves algo que merezca la pena, cómpralo, para ti o para mí. Aparte, cómprate algo.

—¡Gracias! —exclamó Nancy con un brillo de emoción en los ojos.

—Que te acompañe alguna de las doncellas o Staines. No salgas sola. Hay soldados por todos lados.

La alegría de Nancy atraería a los hombres.

—No se preocupe por mí, señora, tengo hermanos y sé defenderme, pero la doncella de la señorita Glenville también quiere ver tiendas.

Llamaron a la puerta, pero se abrió antes de que ella pudiera decir algo y Amelie asomó la cabeza.

—¡Tess! ¿Puedo entrar?

—Claro, Amelie.

La chica entró casi bailando.

—Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

—Solo hay una cosa que pueda poner tan contenta a una mujer —comentó Nancy con una sonrisa.

Amelie la abrazó un instante.

—Te refieres a un hombre, a un hombre especial, el hombre más apuesto y caballeroso del mundo.

—Es maravilloso verte tan contenta, Amelie.

Ella también pensaba en un hombre especial, apuesto y caballeroso, pero eso la descorazonaba. Amelie fue como flotando hasta ella y también la abrazó.

—¡Estoy feliz! El capitán Fowler va a venir a ver a mi padre esta mañana y le pedirá mi mano.

—¡Señorita! —exclamó Nancy—. ¡Qué emocionante! Buscaré algún encaje maravilloso para su vestido de novia.

Amelie se dejó caer en una butaca.

—Un vestido de novia hecho con encaje de Bruselas, ¿no es maravilloso?

—Es maravilloso —confirmó Tess, que se sentía muy contenta por Amelie.

Sin embargo, ¿era prudente prometerse con un soldado cuando estaban al borde de la guerra?

—Además, tú también estarás contenta —Amelie sonrió con candor—. Marc está otra vez con nosotros.

—¿Está en el hotel? —preguntó Tess en un tono algo tenso.

—No sé si está en el hotel, pero va a desayunar con nosotros. ¿No te acuerdas? —Amelie suspiró—. Me pregunto a qué hora llegará el capitán Fowler.

Tess se preguntaba a qué hora llegaría Marc, si llegaba. Podía alegar que le dolía la cabeza y quedarse todo el día en la habitación, pero ¿de qué serviría? Tenía que verlo inevitablemente.

—Estoy segura de que llegará en el momento perfecto —cualquier momento sería perfecto para Amelie. Tess se levantó—. ¿Vamos a desayunar?

Amelie y ella recorrieron el pasillo hasta las habitaciones de lord y lady Northdon. Eran dos habitaciones y una sala, donde se serviría el desayuno. Entraron en la habitación y tres caballeros se levantaron. Marc, su padre y Edmund.

—¡Edmund!

Ella fue corriendo hasta él y le agarró las manos. Edmund, sin embargo, se fijó en Amelie y ella se dio cuenta de que tuvo que hacer un esfuerzo para mirarla.

—Tu marido y lord Northdon me encontraron en el parque y me han invitado a desayunar. Si no, no habría venido tan temprano —le explicó su hermano.

—Tu hermano es encantador —intervino lady Northdon—. Estamos conociéndonos.

—Habéis sido muy amable al invitarlo.

Ella miró a Marc, pero desvió la mirada enseguida. Parecía cansado, como si no hubiese dormido. ¿Se había acostado tarde por ese otro entretenimiento que tenía?

—Bueno días, Tess —le saludó él en voz baja.

Amelie se acercó a Edmund.

—No nos habéis presentado.

—Amelie, te presento al teniente Summerfield, el hermano de Tess —Marc se dirigió a Edmund—. Mi hermana, la señorita Glenville.

Edmund se sonrojó e inclinó la cabeza.

—Es un placer, señorita Glenville.

—¿No sentamos y desayunamos? —propuso lady Northdon.

El desayuno fue agradable porque Edmund estaba allí y ella no tenía que hablar con Marc o con los demás, aunque la atención de Edmund se desviaba muchas veces hacia Amelie. El capitán Fowler llegó cuando casi habían terminado de desayunar y aunque eso alegró a Amelie y a lord y lady Northdon, Edmund se quedó más retraído. Pobre Edmund. ¿Qué posibilidades podría haber tenido con Amelie aunque no hubiese existido el capitán Fowler? Era el hijo ilegítimo de un barón deshonrado y Amelie era la hija de un vizconde.

—Edmund, ¿podrás dedicarme algún tiempo hoy? —le preguntó ella a su hermano.

—Es posible que esta tarde —contestó él aunque miraba a donde estaban sentados Amelie y el capitán Fowler con las cabezas muy juntas.

—Quiero que me acompañes esta mañana, Tess —intervino Marc.

—Tengo cosas que hacer —replicó ella casi sin mirarlo.

—No, no las tienes. Acompáñame.

Lord y lady Northdon y su hermano estaban mirándola fijamente y esperando su respuesta.

—Si tengo que cambiar mis planes por ti, los cambiaré.

Aunque no tenía ningún plan…

Quince

El desayuno terminó y Tess, su hermano y Marc salieron de las habitaciones y dejaron a Amelie y al capitán con lord y lady Northdon. El compromiso era inminente. Ella se despidió de Edmund y se quedó con Marc.

—Acompáñame, Tess. Quiero ir a visitar a alguien.

—¿A quién? —ella no quería más sorpresas—. No iré si no me lo dices.

—¿Te acuerdas de los caballeros que estaban conmigo en el parque?

Ella quiso preguntarle si se refería a los caballeros que estaban con la señorita Caldwell y él.

—No me acuerdo de sus nombres —reconoció ella en cambio.

—Uno era el capitán Upton, el que conocía a tu hermano. El otro era el señor Scott, que es el secretario del duque de Richmond, a quien vamos a visitar.

—¿Al duque de Richmond? ¿Para qué?

—No al duque, al señor Scott.

—¿Era uno de esos amigos con los que recorrías los Alpes? —preguntó ella con sarcasmo.

—No —contestó él sin inmutarse.

Ella no quería visitar a nadie, y menos si era amigo de Marc, aunque no hubiese participado en ese viaje inventado por los Alpes.

—Marc, ¿te importaría visitar a ese caballero sin mí? Estoy segura de que a tu madre le gustaría ir a ver tiendas conmigo.

—Mi madre está ocupada con Amelie y el capitán Fowler. Vamos. ¿Cuántas ocasiones vas a tener de ver la casa de un duque?

—¿Está muy lejos? —preguntó ella.

—Como a kilómetro y medio.

Ella acabó accediendo. Una vez fuera, tuvo que reconocerse que agradecía estar al aire libre y estirar las piernas dando un paseo. Había mucha actividad y muchas cosas que ver. Los carteles de las calles estaban escritos en francés y oían hablar más francés que flamenco. Había soldados por todos lados, algunos con casacas rojas y otros con casacas azul oscuro. Marc le señaló algunos edificios importantes por el camino y le contó la historia de la ciudad. Fue casi normal, como los pocos paseos que habían dado por Londres, si podía decirse que esos habían sido normales.

Llegaron a una casa muy elegante en la calle de la Blanchisserie. Marc llamó con la aldaba y los dejaron entrar. Un sirviente les explicó que el señor Scott estaba en otro edificio. Los acompañó por una antesala y los anunció a señor Scott.

—¡Glenville! —Scott se acercó a ellos e inclinó la cabeza a Tess —. Señora… Me alegro de verlos.

Él hizo un gesto que abarcaba toda la habitación. Era muy grande, las paredes tenían papeles pintados con rosas y las cortinas eran de los colores reales, rojo, dorado y negro.

—Aquí es donde se celebrará al gran acontecimiento —siguió Scott—. La duquesa me ha encargado que me ocupe de la organización.

Unos empleados estaban dando los últimos toques a una especie de plataforma. Otros metían sofás y butacas. Unas lámparas de cristal colgaban del techo y estaban colocando unos candelabros inmensos, más altos que un hombre, junto a las paredes. El señor Scott se rio.

—¿Puedes creerte que aquí era donde un constructor de carruajes los enseñaba? Los hijos daban clase, mejor dicho, jugaban al bádminton, hasta que la duquesa se lo quedó para el baile.

¿El baile? No podía ser el baile del que le había hablado Marc. ¿Por qué una duquesa iba a invitar a lord y lady Northdon y a la no menos escandalosa Tess Glenville?

—Por eso hemos venido —comentó Marc—. ¿Pudiste hacer lo que te pedí?

—Sí —Scott se inclinó con una mirada de complicidad—. Con un poco de ayuda de nuestro amigo.

¿Qué amigo? Ella, naturalmente, no sabía nada sobre los amigos de Marc.

—Invitaciones para todos —el señor Scott sacó unas tarjetas blancas del bolsillo—. Tus padres, tu hermana, el capitán Fowler —guiñó un ojo a Tess y sonrió—. Y para usted y su marido, señora. Su excelencia el duque de Wellington también ha prometido asistir.

—¿Estamos invitados al baile? —preguntó ella sin poder creérselo—. ¿Al baile de la duquesa? —¿un baile al que iba a asistir Wellington?—. ¿La duquesa sabe algo?

—Naturalmente —el señor Scott le dio las invitaciones a Marc antes de gritar a unos empleados—. ¡Ahí, no! ¡Al otro lado!

Marc se guardó las invitaciones en el bolsillo.

—Nos marcharemos. Estás muy ocupado.

El señor Scott esbozó una sonrisa cansina.

—Una pizca ocupado en este momento. Me alegraré mucho cuando haya terminado el baile —Scott dirigió una mirada muy elocuente a Marc—. ¿Sabré algo de ti más tarde?

—Más tarde.

Se despidieron de Scott y salieron a la calle.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Marc.

Tess se dio la vuelta y lo miró.

—No me dijiste que el baile al que tenía que ir era el baile de una duquesa.

—Era una invitación que podía conseguir —replicó él encogiéndose de hombros.

—¿Cómo ibas a poder conseguirla? La amistad con el secretario de un duque no es motivo para que nos inviten.

—Había algo más —él resopló—. ¿Qué más da, Tess? Es una invitación muy solicitada y he podido conseguirla.

—¿Crees que iba a importarme algo que consiguieras la invitación para un baile?

Habría sido mucho mejor que le hubiese dicho la verdad y lo ideal habría sido que no la abandonara.

—Esta invitación abrirá la puerta a otra. Al menos, debería gustarle a Amelie y a mi madre y debería hacer que el tiempo que estés en Bruselas sea más agradable.

A ella no le agradaba la invitación, no la habría buscado.

—Hablaron de mí en Londres cuando me abandonaste —replicó ella—. Que hablen de mí en Bruselas porque estás obligado a estar conmigo.

—No estoy obligado a estar contigo, Tess —él hizo una pausa—. Lamento muchísimo que cotillearan de ti por mi culpa.

Él la miró con arrepentimiento, pero ¿podía confiar ella en las apariencias?

—¿Y cómo voy a creerte? —ella se alejó—. Sobre cualquier cosa.

Él la agarró de los brazos y la obligó a pararse.

—Tenemos que aprender a llevarnos bien.

—¿Tenemos? —preguntó ella arqueando una ceja.

Él la agarró con más fuerza de los brazos.

—Sé que te hice daño al marcharme, pero el momento fue una desgracia accidental.

Causada por Napoleón, para más señas.

Ella lo miró con severidad y amargura.

—Estoy segura de que, para ti, abandonarme justo después de la noche de bodas fue una decisión sensata.

—Dejemos esto —replicó él en un tono más suave—. He pensado que voy a enseñarte otro sitio.

Empezaron a volver por donde habían llegado y él siguió hablándole de Bruselas.

—¿Por qué sabes tanto de Bruselas? —le preguntó ella cuando pasaron junto a la catedral—. ¿Has estado aquí todo el tiempo?

—No —él hizo una pausa—. Ya había estado aquí antes.

—¿Cuándo?

Había estado en Escocia justo antes de que se conocieran y antes de eso había habido una guerra. ¿Quién iba a haber viajado a Bruselas durante la guerra?

—Hace tiempo —contestó él sin dar más explicaciones.

¿Siempre iba a ocultarle algo? Los secretos y las mentiras habían sido una parte esencial del matrimonio de sus padres y, en ese momento, lo eran del de ella.

No volvieron al parque, sino que siguieron a la Grand Place. Era una plaza rodeada de edificios que quizá hubiesen sido magníficos en algún momento, pero que, en ese, parecían un poco deteriorados.

—Dicen que estaban en mejor estado —le explicó Marc mientras recorrían la plaza—, pero los revolucionarios saquearon los edificios hace unos veinte años.

Los edificios le recordaron a sí misma. Cuando era pequeña, su vida le parecía perfecta y resplandeciente, pero el tiempo fue arrebatándole lo que había sido hermoso y solo había dejado los recuerdos. Se alegró cuando salieron de la plaza.

—¿Eso era lo que querías enseñarme? —le preguntó ella con rabia por haber visto esos edificios tristes y descuidados—. ¿Ya podemos volver?

—No —el sonrió—. Lo que quiero enseñarte está pensado para divertir.

A Tess le gustaría que él no sonriera así. Hacía que sintiera un cosquilleo como si tuviese miles de mariposas por dentro. Parecía más atractivo todavía cuando sonreía, se parecía menos a un bucanero y más a alguien que podía conseguir que el sol brillara con mayor intensidad. No quería que le pareciera atractivo. No quería recordar lo que sentía cuando la abrazaba y le acariciaba la piel. Parecía como si estuviese intentando agradarle, pero sería mucho más sencillo si la dejaba en paz. Apretó los labios antes de que doblaran una esquina.

—Cierra los ojos —le pidió él.

—Es una majadería —farfulló ella aunque cerró los ojos, sobre todo, para no mirarlo a él.

Él avanzó un poco con ella.

—Ábrelos.

Ella abrió los ojos y se rio sonoramente al ver la estatua de un niño que soltaba agua por cierta parte de su cuerpo.

—¡Está aliviándose! —exclamó ella.

Él se puso detrás de ella con las manos en sus hombros.

—Se llama Mannekin Pis y lleva doscientos años aquí.

Sus manos casi consiguieron que se olvidara de todo lo demás y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—¿Por qué levantaron una fuente así?

—No se sabe el significado verdadero —contestó él con la voz más profunda—, pero había una estatua antes que esta desde el siglo doce.

Él se acercó, ¿o había sido ella? Notó el aliento de él en el cuello. Olía a lima y bergamota, un olor que hacía que su cuerpo reaccionara. No quería sentir eso y tampoco quería apartarse de él. Las campanas de una iglesia dieron las doce. Él la soltó y retrocedió.

—Tengo que acompañarte al hotel —dijo él en un tono apremiante.

—¿Tienes que ir a otro sitio? —preguntó ella.

—Sí.

Él le ofreció el brazo y empezaron a caminar.

—¿Adónde?

—A encontrarme con alguien —contestó él con el ceño fruncido.

Algo le atenazó la garganta. Si no era con una mujer, ¿por qué no se lo decía? ¡Que se largara! Quería deshacerse de esa compañía.

—¿Por qué me has hecho que te acompañe? —le preguntó ella en tono tajante después de unos pasos—. No lo entiendo.

Ella notó que el brazo se le tensaba debajo de los dedos.

—Tenemos que empezar de alguna manera, Tess.

A Marc se le cayó el alma a los pies. En cuanto las cosas se tranquilizaban entre ellos, él hacía algo que volvía a alejarla de él. Maldita reunión. No podía explicarle a Tess por qué era tan importante ni que, probablemente, la información que iba a conseguir podría mantenerlos a salvo a ella y a su familia. Si pudiese ser sincero con ella, le ayudaría mucho. La Tess que conocía entendería que su deber podía alejarla de ella, aunque fuese a la mañana siguiente de su noche de bodas. Había pasado muchas noches pensando en ella y temiendo que fuese a perderla para siempre por no poder ser sincero. Sin embargo, su risa al ver el Mannekin Pis le había dado un poco de esperanza, aunque hubiese dejado de hablarle.

¿Qué curaría las heridas que se habían abierto entre ellos? ¿El tiempo? El tiempo no había curado las de sus padres. Seguían tan enfadados el uno con el otro como cuando él era pequeño.

Tess le agarraba el brazo mientras caminaban, pero de una forma mecánica que era como si tuviese un cuchillo clavado en el corazón.

No soportaba ese silencio entre ellos, pero ya había dicho todo lo que sabía sobre Bruselas. ¿De qué más podía hablar cuando tenía que mantener en secreto casi todo? Eso daba alas a la imaginación. Su padre, por ejemplo, creía que estaba siéndole infiel con Doria. Él esperaba que Tess no lo creyera, pero tampoco sabía qué creía ella que estaba ocultándole. Todo se solucionaría si pudiera contarle que era un espía, que el señor Scott y el duque de Richmond eran sus contactos en Bruselas, que si no decía nada era porque no podía hacerlo por su país, no porque fuera infiel o porque la rechazaba a ella. Había estado peligrosamente cerca de irse de la lengua con su padre. En ese momento, entendía que Rosier hubiese roto su juramento de silencio. A este solo le había costado la vida. A él le parecía que su decisión de mantener su juramento y de cumplir con su deber podía costarle algo más valioso, su matrimonio y la felicidad de Tess.

¿Era inútil esperar que podía recuperarla? Ella no le hablaba mientras recorrían juntos las preciosas calles de Bruselas. Se agarró a un clavo ardiendo, o, dicho de otra manera, decidió sacar un tema que sabía que le disgustaría a ella, pero que, al menos, contestaría.

—¿Iras a ver a tu madre?

—No —contestó ella en un tono tenso.

—¿Aunque tu hermano esté viviendo allí? —insistió él.

—Él puede visitarme a mí —ella dio varios pasos antes de hablar otra vez y, cuando lo hizo, fue más para sí misma que para él—. No lo entiendo. Ella no es su madre. Él tenía dos o tres años cuando ella se marchó. Que yo recuerde, ella nunca le hizo mucho caso —Tess aminoró el paso y miró a un punto indefinido—. Ella no pasaba mucho tiempo con nosotros. Nos visitaba cuando dábamos clase y ella estaba en casa.

—Al parecer, el tiempo que pasó con tu hermano sí significó algo para él —comentó él para que ella siguiese hablando.

—Siempre era encantadora. Supongo que atraía hasta a los niños pequeños.

—Y a las niñas pequeñas —se atrevió a añadir él.

Ella lo agarró con más fuerza del brazo.

—Sí —reconoció ella en voz baja—. Cuando mi madre estaba allí, todo lo demás daba igual.

¡Pobre niña! Él quería que ella siguiese hablando.

—Cuando Amelie, Lucien y yo éramos pequeños, mis padres estaba tan ocupados peleándose que no nos prestaban casi ninguna atención.

Ella lo miró con una expresión de sorpresa y él también la miró fijamente.

—Te habrás dado cuenta de que no paran de discutir —siguió él.

—Son infelices —reconoció ella—, pero me sorprende que digas que no os prestaban atención. Se les cae la baba con Amelie.

—Sí, seguramente. Haber venido a Bruselas es un detalle muy grande con ella.

—Han estado muy de acuerdo en lo relativo al capitán Fowler y no discuten delante de él —siguió ella.

Él se sintió animado, eso era casi una conversación agradable.

—¿Qué sabes del capitán Fowler? —le preguntó él.

—Es el hijo menor de lord Ellister, un hombre al que tu padre aprecia mucho, al parecer. Según tu padre, es una buena familia.

—¿Sin escándalos? —preguntó él con una sonrisa irónica.

—Si escándalos —contestó ella en el mismo tono.

Eso le encantó y lo animó más.

—¿Fowler te cae bien?

—Parece cautivado por Amelie —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Pero ¿no te convence? —preguntó él con el ceño fruncido.

—¿Cómo se puede estar convencida? —contestó ella mirándolo a la cara.

El dardo fue dirigido a él y siguieron caminando.

—¿Amelie está igual de cautivada? —preguntó él al cabo de un rato.

—Me temo que más todavía.

—Espera —él se detuvo—. ¿Qué quieres decir con que lo temes? Pensaba que creías en el amor.

—Ya no —replicó ella mirando hacia otro lado.

El dardo lo alcanzó en el corazón.

Esa conversación sobre el amor era muy dolorosa y ella deseó que terminara.

—¿Debería estar preocupado por Fowler? —le preguntó él.

—Claro. Tiene la capacidad de hacerle mucho daño —como Marc se lo había hecho a ella—. He aprendido que el amor tiene esa capacidad.

Él frunció el ceño, pero ¿se daba cuenta de que ella estaba hablando del daño que le había hecho? Siguieron andando en silencio y se alegró porque no quería que él le dijera nada más. Sin embargo, no soportaba su silencio, aunque daba igual porque enseguida la abandonaría para ir a ver a esa persona de la que no quería hablarle y ella se libraría de su compañía.

—¿Sabes por qué mi amigo Charles se presentó voluntario aquella misión casi suicida? —le preguntó él de repente.

—¿Por qué? —preguntó ella asombrada.

—Charles quedó prendado de una mujer española. Estaba loco por ella. Al menos, eso era lo que decía en las cartas que me escribió sobre ella —él tomó aliento—. Ella lo dejó por otro hombre y él se presentó voluntario. Me escribió que le daba igual vivir que morir.

¡Era espantoso! Ella había sentido una desesperación parecida por él, pero nunca lo diría.

—Charles creyó que estaba enamorado —siguió él en un tono desolado—. Estaba obsesionado por ella y perdió el juicio.

—Es muy triste —ella frunció el ceño—, pero ¿por qué…?

—Lo de mi hermano no fue muy distinto —le interrumpió él—. Lucien perdió la cabeza por una joven, pero los padres de ella no lo aceptaban. Se fugaron e iban a toda velocidad hacia Gretna Green cuando se rompió el eje del carruaje y lo tiró al suelo —él tragó saliva—. Duró unas semanas y volví a casa desde mi regimiento…

Él no pudo terminar y ella siguió en un tono más suave.

—Entonces, ¿has llegado a la conclusión de que el amor mata?

—Bueno, el amor mató a mi hermano y a mi amigo y condenó a mis padres a la infelicidad…

Él se detuvo bruscamente, como si la emoción le impidiese seguir. No era de extrañar que no creyera en el amor. Ella habría preferido que no le hubiese contado todo eso. La dejaba sin defensas contra

él. Si se permitía a sí misma sentir el mismo dolor que él, su coraza se desvanecería y podrían hacerle daño otra vez.

Llegaron a la Place Royale antes de que ella volviera a hablar.

—No te preocupes demasiado por tu hermana y el capitán Fowler. Al parecer, coinciden en temperamento y posición. Creo que serán afortunados —ella hizo una pausa—. Si él no muere en la batalla, claro.

No volvieron a hablar. Llegaron al hotel Flandre y él la acompañó a su habitación. Ella sacó la llave y la metió en la cerradura. Él le entregó las invitaciones para el baile del duque de Richmond.

—Toma las invitaciones. ¿Se las darás a mis padres, a Amelie y al capitán Fowler?

Ella lo miró con recelo.

—¿Por qué? ¿No vas a dárselas tú en mano?

—Por si no los veo…

—¿Piensas desaparecer otra vez? —preguntó ella poniéndose rígida.

Él la agarró de los hombros y sus cuerpos se quedaron a unos centímetros.

—Volveré para el baile.

—Pero no vas a cenar esta noche —añadió ella mirándolo a los ojos.

—Si puedo, te acompañaré durante la cena —replicó él mirando hacia otro lado.

—Salvo que te salga un viaje a Suiza.

Ella abrió la puerta y entró en la habitación antes de que él pudiera ver que se había sonrojado y que su cuerpo había cobrado vida por la sensación de tenerlo tan cerca.

Marc se separó de la puerta. No había pensado tenerla tan cerca. Su cuerpo anhelaba más. ¿Alguna vez se merecería ese derecho?

Volvió apresuradamente a su hotel para transformarse en un bonapartista sin vínculos con la aristocracia británica y acudió a la reunión con otros seis hombres. Uno afirmó que tenía noticias que le había transmitido otro hombre que estaba en contacto con los ayudantes de campo de Napoleón. Marc dijo lo acertado y,

aparentemente, lo aceptaron porque ese hombre habló si reservas. Dijo que tenían que prepararse para el regreso triunfal de Napoleón a Bruselas. Según él, Napoleón podía aparecer en cualquier momento, mientras los británicos y los aliados iban a fiestas y representaban operetas militares en vez de prepararse para la batalla. Esa información era de segunda mano en el mejor de los casos, pero esos bonapartistas se la tomaron tan en serio que redactaron octavillas y prepararon víveres para celebrar la victoria con una cena. Él prometió que estaría preparado para repartir las octavillas o ayudar como hiciese falta cuando llegara el momento. Se estrecharon las manos, se dieron palmadas en la espalda y gritaron *vive l'Empereur!* Cuando se marchó, tuvo mucho cuidado de no parecer sospechoso ni de llevarlos hasta el señor Scott o el duque. Pasó una hora viendo tiendas y bebiendo cerveza como si fuese un día como otro cualquiera.

Hasta que acabó yendo a la calle de la Blanchisserie para ver a Scott. Scott llamó al duque y los tres se reunieron en la biblioteca. Scott y el duque pusieron una expresión sombría cuando él les contó lo que había oído.

—¿Podemos conectar contigo en tu hotel? —le preguntó Scott.

—En mi hotel o en el de mi esposa —¿querría ella que se quedara? Eso esperaba—. Ella está en el hotel Flandre.

—Si lo que has dicho es correcto —intervino el duque en tono sombrío—, Bruselas puede convertirse en un sitio muy peligroso para los ingleses.

Y todo el mundo al que él quería, entre ellos la mujer que amaba, estaba en Bruselas.

Dieciséis

Esa tarde, Tess fue a la salita de lord y lady Northdon con las invitaciones. Amelie también estaba allí.

—¿El baile de la duquesa de Richmond? —exclamó lady Northdon.

—¿Marc las ha conseguido? —preguntó lord Northdon con escepticismo—. ¿Cómo es posible?

—Las ha conseguido mediante el secretario del duque —le explicó ella—. Creo que es amigo suyo.

—¿El duque y la duquesa lo saben? —preguntó lady Northdon.

—El secretario del duque dijo que sí.

—Es la invitación más maravillosa que he recibido jamás —comentó Amelie mirando fijamente las invitaciones—. Todo el mundo habla de ese baile y nosotros vamos a asistir —ella se llevó la invitación al pecho—. ¡Hasta el capitán Fowler!

Lord Northdon cruzó la habitación para ir a donde estaba sentada su esposa. Se sentó en la butaca que había al lado de la de ella y se inclinó.

—¿Tú quieres ir, Inés? —le preguntó él en un tono asombrosamente delicado.

—¿Quieres ir tú? —le preguntó lady Northdon sin disimular la sorpresa.

—Solo si te apetece a ti —contestó él tocándole la mano.

—*Maman!* —exclamó Amelie, mirándola fijamente—. ¡Di que sí, por favor!

Lady Northdon miró a su marido y a su hija y sonrió mostrando toda su belleza.

—De acuerdo.

Amelie fue corriendo a abrazar y besar a su madre y a su padre. Luego, se llevó las manos a la cara.

—¿Qué voy a ponerme? *Maman*, ven a ver mis vestidos y dime cuál es el indicado para el baile de la duquesa.

Lord Northdon se levantó y tendió las manos para ayudar a lady Northdon a que se levantara. Ella lo miró con arrobo.

—*Merci*, John.

Tess se quedó boquiabierta. Estaban siendo amables el uno con el otro aunque no había nadie a quien impresionar. ¿El mundo se había vuelto loco?

—Si no os importa —intervino Tess—, debería hablar con Nancy para elegir un vestido.

—*Oui, chérie* —concedió lady Northdon—. Me parece muy bien.

Cuando llegó el momento de vestirse para la cena, Tess arrastró los pies aunque sabía que era una tontería porque Marc no se presentaría.

—Está muy callada, señora —comentó Nancy mientras la peinaba.

—¿De verdad?

No le había contado a nadie, ni a Nancy, que Marc quería cenar con ella. ¿Para qué? Nancy tomó un mechón de pelo y lo sujetó con una horquilla.

—¿Qué le parecería si le cosiera un sobrevestido de encaje de Bruselas para el vestido del baile?

—¿En un día? —le preguntó ella al reflejo de Nancy en el espejo.

—Podría hacerlo —insistió Nancy—. Solo son unas cuantas costuras y coso muy deprisa.

—Si quieres intentarlo…

Nancy le puso la última horquilla en el pelo.

—¿Qué vestido quiere ponerse para la cena?

—Da igual —contestó ella.

Nancy fue al armario y sacó el vestido azul, el que le recordaba los ojos de Marc. ¿Por qué precisamente ese? Sin embargo, no dijo nada. ¿Qué importaba el vestido que llevara? Nancy la ayudó a vestirse y ella se puso los zapatos. Ya solo quedaba ir a la sala de lord y lady Northdon para cenar con ellos. Entonces, llamaron a la

puerta. Seguramente, se habría retrasado y habían mandado a alguien para que fuera a recogerla. Nancy fue a abrir la puerta.

—¡Oh…! ¡Señor Glenville!

¿Marc…?

—He venido a recoger a la señora Glenville. ¿Está preparada?

Nancy se apartó para dejarle pasar y ella se levantó.

—Ah… Has venido…

El corazón se le aceleró al verlo, aunque ella no hubiese querido. Él se quedó al lado de la puerta.

—Dije que intentaría venir a cenar.

Ella tomó el mantón.

—Entonces, vamos. Tus padres estarán esperándonos —ella se dirigió a Nancy—. Buenas noches, Nancy.

Nancy esbozó una reverencia precipitada.

—Buenas noches, señora.

Ella pasó junto a Marc, salió al pasillo y se fue hacia la habitación de sus padres.

—No vamos a cenar con mis padres —comentó él cuando la alcanzó.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿No vamos a cenar con ellos?

—Sé que no vas a creerme —él se puso demasiado cerca de ella —, pero me dijeron que iban a cenar solos.

—¿Solos? —efectivamente, no se lo creía—. ¿Y Amelie?

—Al parecer, le han dado permiso al capitán Fowler para que la lleve a uno de los restaurantes que están cerca de aquí.

—No sé por qué, pero creo que estás engañándome.

Él la agarró de un brazo y la llevó a un sofá que había al final del pasillo. Se sentaron y clavó los ojos azules en ella.

—Tess, reconozco que no siempre he podido decirte la verdad, pero estoy diciéndotela ahora. Quiero que confíes en mí, quiero empezar otra vez contigo.

Ella sintió que se debilitaba por la intensidad de su mirada y la delicadeza de sus palabras.

—Iré a cenar contigo —replicó ella—, pero no confío en ti.

—Por el momento, bastará con la cena. ¿Te parece bien el Postillon?

—No sé a dónde se puede ir a cenar en Bruselas.

Él se levantó y le tendió una mano. Ella la tomó, pero él no se la soltó ni cuando estuvo de pie.

—Gracias, Tess.

Ella retiró la mano y se cubrió con el mantón. Bajaron las escaleras y salieron a la calle Royale.

Marc se sintió más esperanzado. No había estado nada seguro de que ella fuese a aceptar cenar con él. Estaba decidido a tranquilizarla, pero ella no le dirigió la palabra hasta que estuvieron a mitad de camino, cerca de la catedral.

—A tu madre y Amelie les encantó recibir la invitación para el baile.

—Me alegro.

Sobre todo, le alegraba que ella hubiese decidido hablar con él.

—Sin embargo, todo fue raro —siguió ella—. Tu padre estuvo muy complaciente con tu madre y no había nadie a quien impresionar. Solo estábamos Amelie y yo. Tu madre se abrió como una flor al sol por su amabilidad. Fue muy llamativo.

—¿Estuvo amable con ella? Me habría gustado verlo —¿su padre le había hecho caso? Eso sí que sería llamativo—. Además, decidieron cenar juntos. Dios mío.

Llegaron al restaurante, que estaba lleno de ingleses y de soldados con sus mujeres. Había pocos belgas, probablemente, porque era tarde para ellos. Pidieron mejillones, patatas fritas, salchichas y cerveza. Empezaron a hablar de la comida y a él le pareció que Tess iba relajándose.

—¿Tus hermanas fueron a pasar la Temporada en Londres? —le preguntó cuando ya habían agotado el tema de la comida y la ciudad.

—Sí, fueron —contestó ella poniéndose rígida.

—¿Qué pasa, Tess? ¿Les pasó algo a tus hermanas?

Ella dejó el tenedor y lo miró a los ojos.

—Mi matrimonio nos ha distanciado. Lorene cree que desperdicié su sacrificio y creo que Genna está enfadada porque dejé que la

sociedad dictara que debía casarme. No les conté lo que estaba dispuesto a hacer Tinmore si no me casaba contigo.

—Y tampoco podrías explicar por qué me marché tan repentinamente —añadió él.

—¿Quién podría explicar que te marcharas después de la noche de bodas? —preguntó ella con amargura—. ¿Cómo iba a entenderlo alguien?

El dolor le atenazó las entrañas y se inclinó hacia ella.

—No me marché para alejarme de tu cama.

Ella miró alrededor para ver si lo había oído alguien.

—No hables de eso.

Él miró su plato y cortó un trozo de salchicha porque sabía que no estaba diciéndole toda la verdad. Sí se había marchado de su cama, ¿no? Sencillamente, no había querido tener que ir corriendo hasta Francia. Volvió a mirarla.

—Siento haberte hecho daño, Tess.

Ella se sonrojó, se llevó la cerveza a los labios y dio un sorbo. Las palabras de él flotaron mucho tiempo en el aire. Hasta que la palabra «baile» les llegó de una mesa cercana y él aprovechó la ocasión para hablar de algo más seguro.

—Observo que el baile de la duquesa es un tema de conversación.

Ella aceptó el cambio de conversación, como había esperado él.

—Amelie está muy emocionada.

Hablaron del baile y de los adornos que habían visto para transformar esa habitación enorme en un salón de baile. Terminaron de cenar enseguida y salieron del restaurante.

—¿Volvemos dando un paseo por el parque? —le preguntó Marc.

Muchos hombres y mujeres paseaban por el parque y él pensó que eran enamorados. Los uniformados irían pronto a la batalla. Esperaba que al día siguiente pudiera enterarse de cuándo iba a empezar la batalla. Esperaba enterarse con la suficiente antelación para que Tess y su familia se marcharan de Bruselas. Llegaron al hotel y la acompañó a su habitación.

—Gracias por la cena —ella se detuvo en el descansillo y se volvió hacia él—. Dime una cosa, Marc. ¿Los hombres pueden hacer el amor a las mujeres sin amarlas?

Él se sintió como si fuese a entrar en un terreno muy espinoso.

—Sí.

Ella asintió con la cabeza, como si hubiese encontrado la pieza que le faltaba del rompecabezas y siguió subiendo las escaleras hasta que llegó al pasillo.

—Hacer el amor sin amor esa es la parte fácil —siguió él—. Hay muy poco en juego, al menos, para el hombre. El amor hace que todo sea mucho más peligroso.

—¿Porque puede llevar a la muerte como a tu hermano y a tu amigo?

—Sí —contestó él mientras llegaban a la puerta.

—¿Y las mujeres pueden hacer el amor sin amor? —preguntó ella sacando la llave del bolso de mano.

Esa conversación sobre hacer el amor… ¿Acaso no se daba cuenta ella de que era en lo único en lo que podía pensar mientras la acompañaba a su habitación?

—Sí, pueden —contestó él—. Aunque creo que hacer el amor es peligroso para las mujeres sientan amor o no.

—¿Por qué dices eso?

—Se arriesgan a tener un hijo.

—Un hijo… —ella no terminó la frase.

—¿Quieres tener un hijo, Tess?

Él, de repente, pudo ver a una niña con el pelo castaño y los ojos de color avellana, una niña que no tendría que sufrir la pérdida de todos sus seres queridos.

—Claro que quiero —contestó ella sonrojándose.

Ella fue a entrar en la habitación, pero él le cortó el paso con el brazo.

—Entonces, podríamos hacer el amor si quieres.

¿Se había vuelto loco? Podría tener que alejarse de ella otra vez. Ella palideció.

—No. Yo… Yo no puedo después de…

Él le puso un dedo en los labios con delicadeza.

—No importa, puedo esperar.

El deseo se había adueñado de él. La deseaba tanto que estaba a punto de tomarla en brazos y llevarla a la cama, pero se contuvo. Ella metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Buenas noches, Tess —murmuró él retrocediendo un paso.

Ella desapareció en la habitación y cerró la puerta. Tenía que tener paciencia. Al menos, ya le hablaba. Al menos, había aceptado salir con él. El tiempo quizá no fuese a curar las heridas que le había hecho, pero sí podría ayudarlos a alcanzar una especie de tregua.

Empezó a volver por el pasillo y oyó una puerta que se abría.

—Marc…

Él se dio la vuelta y la vio en la puerta.

—Pasa por la recepción y pídeles que le transmitan un mensaje a Nancy.

—Muy bien. ¿Cuál es el mensaje?

—Que no voy a necesitarla esta noche.

Él asintió con la cabeza y se alegró de que ella le hubiese pedido que hiciese algo por ella. Se dio la vuelta y siguió por el pasillo.

—Marc —volvió a llamarlo ella.

Él se dio la vuelta.

—Después, vuelve conmigo.

Él bajó apresuradamente a la recepción y pidió que le entregaran el mensaje a Nancy. Después, tuvo que hacer un esfuerzo para no subir las escaleras de dos en dos e ir corriendo por el pasillo, pero sí anduvo todo lo deprisa que pudo.

Cuando ella abrió la puerta, la abrazó y la besó aunque temía que fuese a rechazar el beso. Su esposa introdujo los dedos entre su pelo, separó los labios y notó que su lengua tocaba la de él. La felicidad lo dominó, pero ella se separó.

—Yo… Yo quiero comprobarlo, ya que sé que no puedes amarme. Quiero comprobar qué se siente al hacer al amor sabiendo eso.

¿Qué quería decir con eso de que sabía que no podía amarla? ¡Él la amaba! Por eso había salido de su cama aquella primera noche, pero lo haría como ella quisiera. Se había ganado ese derecho después de todo lo que había pasado por él.

—Lo que quieras, Tess.

La abrazó, volvió a besarla y le pareció que el cuerpo de ella cobraba vida.

—Déjame que te desvista —le pidió él con la voz ronca cuando dejaron de besarse.

—¿Como en la cabaña? —murmuró ella.

La estrechó contra él y se deleitó con el contacto de su cuerpo.

—No como en la cabaña.

La soltó y le desató los lazos del vestido hasta que cayó al suelo. Luego, le quitó el corsé, pero se lo desató, no le cortó los lazos. Retrocedió un paso, se quitó la levita y el chaleco y se arrancó el lazo. Ella le sacó la camisa de los pantalones y se la quitó por encima de la cabeza.

Entonces, les entró prisa por quitarse el resto de la ropa. Ella se quitó las horquillas mientras se descalzaba. Se quitó la camisola mientras el pelo le caía como una cascada sobre los hombros. Él volvió a abrazarla para sentir sus pechos sobre su piel desnuda. La tomó en brazos y la llevó a la cama. Quería acariciarle hasta el último rincón de su cuerpo, quería cerciorarse de que ella era de verdad y de que estaba cálida y ávida bajo sus manos. Le quitó las medias, la última barrera entre ellos, y ella alargó los brazos hacia él.

—Soy como mi madre —susurró ella con la voz áspera como un papel de lija—. Quiero esto.

Él se quedó espantado, pero no era el momento de discutir. Quizá fuese como su madre en ese aspecto. Quizá fuese una mujer bendecida con la capacidad de disfrutar de la sensualidad y él iba a saborearlo.

Tenía que ser delicado e ir despacio. Tenía que tratarla con veneración, pero ella lo apremió y le clavó los dedos en el trasero.

La besó y entró. Necesitaba moverse dentro de ella, ascender a una cima con ella como si fuese una carrera que tenían que ganar. Ella siguió su ritmo con la respiración entrecortada y arqueando las caderas con cada acometida.

—Deprisa —gruñó ella—. Deprisa.

Él se movió cada vez más deprisa hasta que ella gritó y se retorció debajo de él. Notó el clímax dentro de ella y también explotó de placer. La intensidad de esa reacción física lo asombró. Quiso decirle que eso era amor, que eso era él amándola a ella.

Entonces, de repente, entendió qué había hecho que sus padres se casaran y qué había hecho que su hermano se fugara a Gretna Green.

Entendió la desolación de Charles cuando la mujer que amaba lo dejó. Perder a Tess sería devastador, pero no la perdería porque no pensaba soltarla jamás. Sin embargo, ella se soltó de su abrazo, pero para ponerse encima de él.

—Hazme el amor otra vez.

Marc perdió la cuenta de cuántas veces hicieron el amor. Era como si los dos necesitaran recuperar el tiempo perdido. No se hacía ilusiones de que ella lo perdonara, le faltaba mucho para recuperar la confianza de su esposa, pero era una forma maravillosa de empezar. Gozar de ese placer juntos era una base muy buena. Salvo que esa guerra nueva la erosionara otra vez. Podrían apartarla de ella muchas veces antes de que reconstruyeran lo que había habido entre ellos.

Sin embargo, por el momento, disfrutó con ella entre los brazos mientras el amanecer entraba por las ventanas. Estaba dormida, hermosa y apacible.

Entonces, oyó que llamaban a la puerta con delicadeza. ¿No era demasiado temprano para que fuese Nancy? Intentó no hacer caso, pero llamaron con más fuerza.

—¿Puede saberse quién es? —susurró para sí mismo mientras se soltaba de ella.

Se puso la camisa y fue hasta la puerta.

—¿Quién es? —preguntó lo más bajo que pudo.

—Scott —contestaron desde el otro lado de la puerta.

Entreabrió la puerta con un dedo en los labios.

—Tienes que venir ahora mismo —susurró Scott.

¡No! Otra vez, no.

—Espera. Déjame que se lo diga.

—No hay tiempo. Ahora mismo.

—Tengo que vestirme.

Él cerró la puerta, se puso los pantalones y los calcetines y recogió el resto de la ropa. Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo

y volvió a la cama.

—Tess, Tess…

La zarandeó con suavidad y ella parpadeó.

—Tengo que marcharme. No tengo tiempo para explicártelo. Volveré para el baile.

Al menos, esperó poder volver para el baile. La besó apresuradamente.

—¡No! —gritó ella.

Él, sin embargo, se dio la vuelta, fue hasta la puerta y se marchó antes de que ella pudiera decir algo más.

Diecisiete

Tess intentó espabilarse. ¿Había estado con él o lo había soñado todo? Todavía podía oler su olor en las sábanas y recordaba cómo lo había sentido dentro mientras la elevaba a la cima del placer. También recordaba que la había abandonado. Sin embargo, había dicho que volvería, ¿no? Dijo que volvería para ir al baile de la duquesa de Richmond. ¿Podía creerlo?

Nancy entró a la hora habitual y miró alrededor como si también estuviera buscando a Marc. Sin embargo, no preguntó nada. Pudo notar que se preguntaba por qué se había marchado si había pasado la noche allí, pero, en cambio, la arregló con desenfado para recibir el día.

—El sobrevestido de encaje va muy bien. Debería estar terminado para el baile.

El baile. ¿Iría él o había vuelto a huir de ella después de hacer el amor? No habían hecho el amor nada desapasionadamente, al contrario, habían pasado por la misma locura sensual que él creía que había supuesto la desdicha de sus padres y la muerte de su hermano y Charles. ¿Por eso había huido de ella otra vez?

—¿Podría probarse el sobrevestido después de desayunar? —le preguntó Nancy.

Sería maravilloso pensar en vestidos, encajes y bailes y no en que su marido la deseaba y la rehuía a la vez.

Ese día, se hablaba del baile de la duquesa allá a donde iba. Lo había oído en el vestíbulo, en el parque y, naturalmente, siempre que estaba con lady Northdon y Amelie. Se había enterado de que la lista de invitados era muy exclusiva, que se limitaba a amigos de los Richmond y a otros dignatarios, nobles y oficiales de ejército que

tenían que entrar en ella. Un motivo más para que los hubieran excluido a los Glenville y a ella. ¿Qué influencia tenía Marc para que hubiesen añadido sus nombres a la lista de invitados? ¿Iría él?

Amelie y lady Northdon insistieron para que las acompañara a comprar los últimos detalles que podían necesitar para el baile. Amelie se compró unos guantes nuevos. Lady Northdon encontró un tocado muy elegante a juego con su vestido. Ella se compró un mantón de encaje, pero se pasó casi todo el tiempo mirando por las calles de Bruselas para intentar encontrar a Marc.

Se encontraron con la señorita Caldwell mientras estaban de compras, pero eso solo le recordó que Marc había querido casarse con ella.

Por la tarde, cuando volvieron al hotel, se probó el sobrevestido de encaje que había hecho Nancy. Era precioso y quedaba muy bien. La chica estaba entusiasmada y se le ocurrieron algunos toques y otras ideas para que fuese más bonito todavía. Ella, por hacer un favor a Nancy, fingió que estaba emocionada.

Cuando le devolvió el sobrevestido a Nancy, solo le quedó esperar a Marc. El estado de ánimo se le hundió hasta su punto más bajo. Cenó temprano con lord y lady Northdon en su salita del hotel. Naturalmente, el capitán Fowler, que ya era el prometido de Amelie, los acompañó. Pusieron un servicio para Marc, pero lo retiraron cuando no llegó. Mientras comían, ella, que no participaba en la conversación, oyó algo que retumbaba a lo lejos.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó al cabo de un rato.

Todos se quedaron en silencio hasta que retumbó otra vez.

—¡Es un trueno!

Lady Northdon agitó una mano para restarle importancia y siguió hablando con el capitán Fowler. Lord Northdon, sin embargo, sacudió la cabeza con un gesto sombrío.

—No es un trueno.

Ella debió de ser la única que lo oyó.

—¿Es un cañonazo?

—Sí —contestó él—, aunque muy lejano. Puede ser que estén probando las armas.

Sin embargo, parecía preocupado.

Después de la cena, fue a buscar a Nancy, la obligó a que dejara los retoques de último momento y se la llevó a dar un paseo por el parque. No quería estirar las piernas ni tomar el fresco, quería ver qué pasaba en la ciudad, ¿o estaba buscando a Marc?

El ambiente era completamente distinto al de la noche anterior, cuando el parque estaba lleno de amantes, como Marc y ella. En ese momento, la gente susurraba en corrillos con expresión de preocupación y soldados uniformados corrían de un lado a otro. Sin embargo, no encontró a Marc y los cañonazos siguieron.

Entonces, vio al capitán Upton, el amigo de Marc, y lo detuvo.

—¿Sabe usted lo que está pasando?

Él sonrió con una tranquilidad que no le pareció muy sincera.

—Evidentemente, se está luchando en algún sitio. Probablemente, serán los prusianos, pero es demasiado pronto para saberlo. Voy a ver de qué puedo enterarme.

Ella quiso pedirle que volviera para contarle lo que sabía, quiso pedirle que cuidara de su hermano si tenían que ir a la batalla, quiso preguntarle si sabía dónde estaba Marc. ¿Estaría atrapado en medio de la contienda como quedó atrapado en medio de aquella tormenta en Lincolnshire?

—Capitán —pediría lo único que podía pedir—, vigile a mi hermano si hay una batalla.

—Su hermano es un buen soldado —él esbozó una sonrisa forzada—. Él tendrá que vigilarme a mí —se llevó la mano al sombrero—. Si me disculpa, señora…

Upton empezó a alejarse, pero se detuvo unos pasos después y se dio la vuelta para mirarla.

—No tema, señora. Dicen que el baile se celebrará.

Como si un baile importara cuando los hombres tenían que luchar en guerras.

—Señora —Nancy estaba pálida—, ¿la batalla está acercándose?

—Está demasiado lejos —contestó ella.

Sin embargo, también estaba demasiado cerca como para que ella estuviese tranquila.

Nancy acabó pidiéndole que se marcharan del parque y que volvieran al hotel para que se preparara para el baile, que iba a empezar a las diez en punto. Marc tenía hasta las diez para presentarse.

Nancy la ayudó a vestirse con el sobrevestido de encaje flotando por encima del vestido azul de noche, rosa como una nube sobre el cielo de un atardecer. La había peinado con cintas de encaje que le caían de la cabeza como una cascada de rizos. Estaba como nunca, pero ¿qué más daba si Marc no la veía?

Cuando llegó la hora, fue en el carruaje con lord y lady Northdon a la calle de la Blanchisserie. Amelie y el capitán Fowler los siguieron en otro carruaje. Las calles estaban atestadas de carruajes y cabriolés que llevaban a los invitados y tardaron más en llegar que lo que habían tardado Marc y ella andando el día anterior.

Cuando llegaron, había sirvientes de librea que acompañaban a los invitados hasta el salón de baile. El duque y la duquesa los recibieron con cordialidad, algo que ella sabía que había tranquilizado mucho a lord Northdon. La habitación estaba más cambiada todavía que el día anterior. Los candelabros la iluminaban con una luz cálida que hacía que pareciera como si siempre hubiese sido un salón de baile y no una habitación donde se exponían carruajes en venta. Por todos lados había jardineras con flores que producían un color precioso y un olor exuberante.

—*Mon Dieu!* —exclamó lady Northdon. Algunas personas giraron la cabeza para ver quién estaba hablando en francés—. Es *magnifique!*

Los invitados también adornaban el espacio. Oficiales con casacas rojas y azules; jóvenes con vestidos blancos, rosas, azules y verdes; señoras con colores más intensos… El baile no había empezado todavía, pero los músicos tocaban mientras la conversación bullía. Era un ambiente de alegría forzada.

El capitán Fowler se llevó a Amelie para que conociera a sus superiores y el duque de Brunswick llamó a lord Northdon. Ella se dirigió a lady Northdon.

—¿Buscamos un sitio para sentarnos? —le preguntó intentando parecer contenta.

Lady Northdon estaba mirando alrededor.

—Creía que Marc vendría, no creía que volvería a desaparecer. De acuerdo, vamos a sentarnos.

En ese momento, el señor Scott se acercó a ellas.

—Señora Glenville, me alegro de verla —saludó él a Tess.

Ella le presentó a lady Northdon.

—Sé que no la conocen mucho por aquí —comentó el señor Scott a lady Northdon—. Permitidme que os presente a otros invitados.

Las acompañó por algunos grupos de invitados y eligió sobre todo a los franceses y belgas. La condesa D'Oultremont y sus hijas alabaron los vestidos de lady Northdon y Tess y hablaron largo y tendido, en francés, sobre modistas y la última moda. El señor Scott, satisfecho, inclinó la cabeza y se despidió. Tess se dio cuenta de que no le había preguntado si sabía si Marc iría al baile. Quizá él supiera a dónde había ido Marc y por qué. Se levantó para seguirlo, pero, justo en ese momento, se oyeron unas gaitas y algunos hombres del regimiento escocés aparecieron vestidos con sus faldas. Bailaron algunas gigas para placer de los invitados, sobre todo de quienes nunca lo habían visto. El taconeo de las botas y el sonido de las gaitas llenaron el salón de baile.

Ella ya no pudo encontrar al señor Scott después de que los escoceses se marcharan. Lady Northdon siguió hablando animadamente con la condesa, pero ella no pudo dejar de mirar entre la multitud. Notaba la tensión, que aumentaba cada vez que entraba un grupo de oficiales. La habitación estaba llena de algo, aparte de un baile desenfadado, y estaba decidida a saber qué era.

—Lady Northdon —le dijo en francés—, voy a dar una vuelta por el salón de baile, pero quedaos aquí, donde estáis más cómoda.

Paseó por al salón de baile y, aunque no conocía a nadie, intentó oír las conversaciones. Vio a Amelie, quien seguía entusiasmada del brazo del capitán Fowler. ¿Los cañonazos que había oído antes tenían algo que ver con esa sensación de inquietud? ¿Iba a entrar el ejército en Francia por fin? Si lo hacía, Edmund y el capitán Fowler

irían allí, como todos esos hombres uniformados. La idea le revolvía las entrañas.

—Tess…

Ella se dio la vuelta. ¡Era Marc! Llevaba traje oscuro, pero estaba pálido y parecía muy cansado.

—Perdóname por haber llegado tarde —siguió él.

Entonces, la orquesta empezó a tocar y anunciaron el primer baile. Marc le tendió la mano.

—Vamos a donde pueda hablar contigo.

La llevó a la antesala por donde los invitados habían entrado en el salón de baile.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella preocupada por su aspecto.

—Por ahí —contestó él vagamente—. Sin embargo, tengo que decirte que Napoleón ha entrado en Bélgica, ha luchado contra los prusianos y se dirige hacia Bruselas.

—He oído antes los cañonazos —ella lo agarró del brazo—. ¿Por qué lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—No me lo ha dicho nadie.

—Lo has visto.

Había salido de la ciudad, pero había vuelto para avisarlos.

—Acabo de llegar de hablar con el coronel De Lacey, el ayudante de campo de Wellington. Wellington ha ordenado que el ejército avance. Habrá una batalla, Tess, y se librará cerca de Bruselas.

Tres caballeros pasaron junto a ellos y entraron en el salón de baile.

—Su excelencia el duque de Wellington —oyeron que lo anunciaban.

Los dos se acercaron a la puerta. Uno de los hombres que habían pasado era el duque de Wellington. Era alto y delgado, vigoroso y mucho más apuesto que las caricaturas que ella había visto de él. Se dirigió a Marc.

—Tienes que estar equivocado, el duque no estaría aquí si Napoleón estuviese acercándose.

—Está para tranquilizar a la gente —replicó Marc.

Una de las hijas del duque de Wellington dejó de bailar con su pareja y se acercó a Wellington para hablar con él. Marc tomó la

mano de Tess.

—Vamos. Tengo que encontrar a mis padres y a mi hermana.

Encontraron a lord Northdon, con una expresión muy seria, que estaba hablando con un grupo de hombres. Los dejó inmediatamente al ver que su hijo se acercaba.

—¿Has oído la noticia? —le preguntó su padre.

¿Oírla? Se preguntó ella. Marc la había visto con sus propios ojos.

—Sí —contestó Marc—. Es el momento de marcharse de Bruselas, papá. Id a Amberes si podéis.

—De acuerdo. Lo organizaré.

—Tenéis que volver al hotel ahora mismo —siguió Marc—. Las calles se llenaran enseguida de soldados que marchan hacia el frente.

La música cesó un momento y se oyó el sonido lejano del toque de corneta.

—Iré a buscar a tu madre —dijo lord Northdon.

Cuando encontraron a Amelie, ella fue corriendo hasta Marc.

—¿Es verdad? —le preguntó muy alterada—. Dicen que Napoleón está a las puertas de Bruselas. ¡Todos los soldados tienes que ir a luchar!

—Bruselas está a salvo por el momento —la tranquilizó él—, pero los soldados se pondrán en marcha esta noche.

Ella volvió corriendo con el capitán Fowler.

—¡Marc dice que tienes que marcharte! —gritó ella—. Pero yo no quiero que vayas.

—Tengo que ir, mi amor —replicó Fowler con cariño—. Es lo que he estado intentando decirte. Tengo me marcharme enseguida.

Amelie le rodeó el cuello con los brazos y empezó a llorar en su pecho.

—Tenemos que llevarlos al hotel —le dijo Marc a Fowler.

El capitán asintió con la cabeza y llevó a Amelie, todavía aferrada a él, a donde estaban sus padres.

—¿No deberíamos decir algo a la duquesa? —preguntó lady Northdon.

La duquesa de Richmond parecía angustiada. Pedía a los invitados que se quedaran, pero los militares estaban abandonando el salón de baile precipitadamente. Por todos lados había parejas

abrazadas que se despedían como Amelie y Fowler. Ella no había visto casi a su hermano y tendría que marcharse a la guerra. Tenía que despedirse de él, quería verlo por si…

Cuando Marc consiguió salir con Amelie y sus padres, su hermana estaba llorando con el capitán Fowler.

—¡No dejaré que me abandones!

—Querida…

El capitán Fowler la abrazó y lord Northdon fue a buscar el carruaje. Fowler besó a Amelie antes de acercarse a lady Northdon.

—¿Puedo dar un paseo con Amelie hasta el hotel?

Esos podían ser los últimos momentos que pasaran juntos y lady Northdon sacudió una mano.

—*Oui. Allez vous*.

Amelie y Fowler desaparecieron entre el gentío.

—¿Dónde está Amelie? —preguntó lord Northdon cuando volvió.

—El capitán Fowler está llevándola al hotel —contestó su esposa.

Lord Northdon puso un gesto de preocupación, pero les indicó que lo siguieran hasta el carruaje. Cuando llegaron, ella hizo un aparte con Marc.

—Quiero encontrar a mi hermano. Tengo que despedirme de él.

—Tess, es posible que ya se haya marchado.

—O es posible que no —insistió ella—. Llévame a la calle Sainte Anne. Podría estar allí.

—¿A la casa de tu madre?

—¡Marc, por favor, dime cómo puedo encontrar esa calle!

—¡Tenemos que darnos prisa! —los apremió lord Northdon.

Marc fue a hablar con él. Su padre sacudió la cabeza, pero se montó en el carruaje detrás de su esposa y se pusieron en marcha. Marc volvió con Tess.

—Te llevaré a la calle Sainte Anne.

Eran casi las dos de la madrugada, pero las calles de Bruselas nunca habían tenido tanta actividad. Se oía el toque de corneta, el paso de las botas militares y el lamento de las mujeres y niños que se despedían de sus seres amados. Ella no sabía cómo lo habría

conseguido sin que Marc la agarrara con fuerza de la mano y se abriera paso entre tanta gente.

La casa de su madre no estaba lejos de la del duque de Richmond. Además, era más magnífica todavía. Se veían luces por las ventanas y un sirviente abrió casi inmediatamente cuando llamaron.

—La hija de lady Summerfield quiere ver al teniente Summerfield —dijo Marc.

El sirviente los dejó entrar y cerró la puerta.

—Esperen aquí.

—No ha preguntado por qué venimos a esta hora de la noche —comentó Tess.

—Esta noche no se atiene a las normas —le explicó Marc sin soltarle la mano.

Ella esperó que apareciera su hermano, pero una mujer muy hermosa bajó las escaleras vestida con una bata y con la melena rubia cayéndole por los hombros.

—¡Mi querida niña! —exclamó la mujer.

Ella recordaba que su madre entraba en el cuarto de los niños vestida así por las mañanas. Les daba un beso y un abrazo a sus hermanas y a ella y les preguntaba qué iban a hacer ese día.

—¡Mi niña querida! ¡Has venido! —fue hasta Tess, le tomó las manos y se las llevó al pecho—. Mi niñita… ¡Te has convertido en toda una belleza!

—Madre —consiguió decir ella soltándose las manos—. ¿Dónde está Edmund?

—Edmund bajará enseguida —contestó su madre antes de mirar a Marc—. ¿Es tu marido? Edmund me ha contado que te has casado. Has elegido un marido muy apuesto.

—Soy Marc Glenville, milady —se presentó Marc inclinando la cabeza.

—Encantada de conocerte. Lorene también se ha casado, ¿no? —le preguntó a Tess—. Ahora es lady Tinmore. Qué inesperado, es un hombre muy mayor…

—Fue lo que ella quería —replicó Tess para defender a su hermana.

—Ninguna joven quiere casarse con un hombre mayor —su madre agitó un dedo—, aunque sea rico.

—¿Eres una experta en matrimonios? —preguntó Tess sin disimular el sarcasmo.

—Soy una experta en hombres y en enamorarme, mi querida niñita —contestó su madre con un destello en los ojos.

—Lady Summerfield, mi esposa está deseando ver a su hermano —intervino Marc.

—Glenville… —su madre señaló a Marc con un dedo—. ¡Ahora me acuerdo! Tu padre se casó con una francesa, ¿no?

—Sí, mamá —contestó Tess—. Seguramente, habrás oído la historia. ¿Dónde está Edmund? ¿Sabe que estoy aquí?

—Casi ha terminado de preparar la bolsa —los tomó a los dos del brazo—. Venid, vamos a esperarlo en la sala. ¿No os parece espantoso? ¡Napoleón está a la vuelta de la esquina! ¡Edmund se marcha a la guerra! No puedo soportarlo. Nos despertaron con la noticia.

Fue con Tess hasta un sofá tapizado de verde claro y se sentó con ella. Se abrió la puerta y entró un caballero muy elegante. Tenía el pelo entrecano, pero ella lo reconoció. Era el conde von Osten, el hombre que se llevó a su madre lejos de ella.

—Ossie, mi amor, ven a saludar a mi hija Tess y a su marido.

—¿Está es Tess? —preguntó el conde con una sonrisa cálida—. Has crecido y eres casi tan hermosa como tu madre.

Le tendió la mano y ella no tuvo más remedio que aceptarla, pero él, en vez de estrechársela, se la besó muy levemente.

—Os recuerdo, conde —comentó Tess en tono tenso.

Marc se acercó, se presentó y se llevó al conde a un lado.

—¿Dónde está Edmund? —volvió a preguntarle Tess a su madre —. He venido a verlo.

Su madre le dio unas palmadas en la mano y habló en un tono tranquilizador.

—No te preocupes, cariño, no se marchará sin despedirse. Ya sabe que estás aquí.

—¿Un brandy? —le ofreció el conde a Marc—. ¿Jerez, señoras?

—Qué atento, Ossie —contestó su madre—. Sí, beberemos un jerez.

Su madre parloteó mientras servían y repartían las bebidas. Ella bebió y lo agradeció. Le alteraba mucho ver a su madre. Se sentía como si volviese a tener nueve años, cuando se emocionaba porque su madre se fijaba en ella, cuando se hundió porque la abandonó. Solo quería ver a Edmund antes de que se fuese a la guerra. ¿Dónde estaba?

Por fin, la puerta se abrió otra vez y Edmund entró.

—No podía dejar que te fueses a la guerra sin despedirme de ti.

—Tess —él la abrazó—, mi querida hermana.

—Ten mucho cuidado, Edmund —ella lo abrazó con fuerza—. No hagas tonterías. Tienes que volver con nosotros.

—No te preocupes por mí —Edmund la soltó—. Tengo que marcharme.

Se acercó a Marc y le estrechó la mano.

—Cuida a mi hermana.

Marc asintió con la cabeza y el conde le dio unas palmadas en la espalda.

—Lucha bien, Edmund.

Él se volvió hacia la madre de Tess, quien le dio un abrazo que hizo que ella añorara lo que había perdido.

—Mi niño querido. Me enfadaré mucho contigo si te haces daño.

—Entonces, no me queda más remedio que volver entero —replicó Edmund entre risas.

Volvió con Tess y la abrazó otra vez. Cuando la soltó, Marc se acercó y la rodeó con un brazo. Edmund esbozó una sonrisa bravucona.

—Tengo que marcharme.

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Tess intentó contener un sollozo. La ayudó el tener el brazo de Marc alrededor.

Marc sintió el dolor y la preocupación de Tess como si fuesen propios. Podría sufrir otra pérdida y esa vez sería su hermano. Su hermano podría morir en la batalla al día siguiente.

—Mi niña querida —murmuró lady Summerfield acercándose y dándole una palmada en la mejilla—. Tienes que quedarte con

nosotros. Te prepararemos una habitación inmediatamente. Te buscaré un camisón y todo lo que necesites.

Marc notó que Tess se crispaba.

—Entiéndelo, madre. Vine a ver a Edmund, no a reconciliarme contigo. No sé cómo podría reconciliarme contigo. Nos abandonaste. Obligaste a Lorene a ser mayor de lo que era. Genna solo tenía seis años. Nos abandonaste con nuestro padre, quien sintió rencor hacia nosotras.

Su madre acusó el golpe.

—Solo me arrepiento de haber abandonado a mis hijas.

—Y, aun así, nos abandonaste —la acusó Tess.

Pareció como si su madre se avejentara en un instante.

—Quédate, Tess. Dame tiempo para que te lo explique.

—No. Volveré al hotel.

—Tengo que llevarla, milady —intervino Marc—. Mi padre está organizando los carruajes que las llevaran mañana a Amberes.

—¡Amberes! —exclamó lady Summerfield.

—También deberíais marchaos, milord —le aconsejó Marc al conde.

—¿Marcharnos de Bruselas? —preguntó el conde von Osten arqueando las cejas—. No creo.

—Nos quedaremos —confirmó lady Summerfield—. No pasará nada, ya lo verás.

—Como queráis —Marc levantó el mantón de encaje de Tess y la cubrió con él—. Tenemos que marcharnos.

—Os prepararemos nuestro carruaje —ofreció lady Summerfield.

—¡No! —replicó Tess al instante.

—Las calles están atestadas —añadió Marc inmediatamente—. Llegaremos antes andando.

Lady Summerfield tomó las mejillas de Tess entre las manos y se las besó.

—Mi niña querida…

—Adiós, madre —se despidió ella apartándose.

Cuando salieron, las calles estaban más llenas todavía. Marc volvió a agarrarla de la mano y se abrieron paso. Él se detuvo cuando llegaron a una zona relativamente despejada.

—¿Tienes frío, Tess?

—No —contestó ella distraídamente.

Por fin llegaron al hotel, que bullía con gente que iba de un lado a otro por el vestíbulo. Subieron las escaleras y tomaron el pasillo que llevaba a las habitaciones. Marc se detuvo otra vez.

—Tess, tienes que descansar lo que puedas. Supongo que mi padre querrá salir temprano.

—A Amberes…

—Sí. Allí estaréis a salvo.

Ella asintió con la cabeza, pero todavía parecía aturdida. Sacó la llave del bolso cuando llegaron a su puerta, pero la tomó él y la metió en la cerradura. Quiso besarla, pero temió que hubiese tenido bastante por una noche.

—Adiós, Tess.

No sabía cuándo volvería a verla.

—¿Adónde vas? —preguntó ella sin poder creérselo.

—A mi hotel.

—No me abandones.

Tess empujó la puerta y se apartó para que él entrara primero.

—Estoy demasiado cansado para discutir contigo —comentó él mientras entraba.

—¡Ha llegado! —exclamó Nancy corriendo hacia ella—. Señor Glenville, ¡también ha venido!

—Me sentaré un momento. Haz lo que tengas que hacer.

Él se quitó la levita y el chaleco y se sentó en una butaca. Nancy se dirigió a Tess.

—¿Ha oído las noticias? Claro que sí. Ha estado fuera. ¡Estaba muy preocupada por usted! Los demás volvieron hace mucho y usted no estaba con ellos, pero Staines me dijo que lord Northdon había dicho que le hiciera el equipaje. Acabo de terminar, menos por su ropa de noche, claro.

Tess se quitó los zapatos con los pies.

—Ayúdame a quitarme el vestido, por favor, Nancy.

Nancy desenganchó el sobrevestido de encaje y se lo quitó.

—¿Cree que Napoleón entrará en Bruselas? Las doncellas belgas dicen que eso es lo que pasará y que la virtud de las inglesas no se

salvará de sus soldados.

Wellington no permitiría que pasara eso.

—Napoleón tiene que derrotar antes a nuestro soldados —replicó Tess.

Nancy desabotonó la hilera de botones de la espalda del vestido.

—Según Staines, lord Northdon nos llevará mañana a Amberes y estaremos a salvo. Tenemos que estar preparadas a las seis.

Solo faltaban dos horas.

—Entonces, no tiene sentido que me vista para dormir —Tess salió del vestido de noche—. Me pondré la ropa de viaje.

Nancy le abrochó el vestido mientras ella se quitaba las horquillas del pelo y las dejaba en una bandeja.

—Tú también tienes que hacer tu equipaje, Nancy, e intenta dormir un poco.

—¿Y el señor Glenville? —preguntó Nancy mirándolo.

Él tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en una mano.

—Yo me ocuparé de él —contestó Tess—. No te preocupes.

Nancy hizo una reverencia y salió apresuradamente de la habitación. Ella se volvió hacia Marc. Estaba profundamente dormido en la butaca. Quería decirle muchas cosas. La había abandonado dos veces después de hacer el amor. Quería decirle que por fin había entendido que él no quería esas emociones tan intensas que se despertaban entre ellos, la emoción que, según él, había supuesto la muerte de su hermano y de su amigo y la infelicidad de sus padres. También quería darle las gracias por haber vuelto para avisarles del avance de los franceses, por haberla llevado con su hermano y por haberla ayudado a soportar el encuentro con su madre. Quería decirle que lo perdonaba por haberla abandonado porque había vuelto. Quería decirle todo eso, pero él necesitaba más el sueño que las palabras.

Se agachó y lo agarró del brazo.

—Despiértate, Marc. Tienes que irte a la cama.

Él abrió los ojos, la miró y sonrió.

—Vamos, levántate.

Ella puso el hombro debajo de su brazo. Él se levantó y dejó que lo llevara a la cama. Se tumbó y se quedó dormido inmediatamente. Ella se quitó los zapatos y se tumbó al lado de él. Quería estar

tumbada al lado de su marido. Él se puso de costado y la estrechó contra él.

—Tess… —murmuró Marc.

Esa noche, no habría pasión entre ellos. La necesidad de dormir era demasiado grande. Compartirían esa cama como habían compartido el camastro de la cabaña. Entonces, como en ese momento, hacía que se sintiera segura y cálida.

Dieciocho

Cerró los ojos un instante y debió de quedarse dormida porque lo siguiente que oyó fue que Nancy llamaba a la puerta.

—¡Señora Glenville! ¡Señora Glenville! Lord Northdon quiere que bajemos al vestíbulo. ¿Está despierta?

—Estoy despierta —contestó ella mientras se sentaba.

—¡Vamos! —gritó Nancy—. Deje el baúl y la maleta. Staines se ocupará de que los bajen.

—Todo está preparado —contestó Tess—. Bajaremos enseguida.

—¿Ya tenemos que levantarnos? —gruñó Marc rodeándola con los brazos.

Lo que más le gustaría en el mundo era quedarse abrazada a él.

—Tenemos que darnos prisa. Tus padres están esperándonos en el vestíbulo.

—Yo no voy con vosotros, Tess —replicó él abrazándola con más fuerza.

Fue como si le hubiesen dado un puñetazo y la hubiesen dejado sin respiración.

—¿Vas a abandonarme otra vez?

—Tengo que hacerlo —contestó él separándose de ella.

Ella se bajó de la cama y le tiró los zapatos.

—No. Tienes que ir a Amberes con nosotros, donde estaremos a salvo.

Él frunció el ceño y se puso los zapatos.

—No puedo. Tengo… Tengo que ir a otro sitio.

—Vas a la guerra.

—No voy a decir a dónde voy.

—Vas a la guerra. Quieres participar.

La emoción atenazó la garganta de Tess. Había oído hablar de hombres que buscaban esa emoción. Se puso los botines y se ató

los lazos. Se recogió el pelo en un moño y se puso el sombrero. Tomó el chal y los guantes y se sintió como si el mundo estuviese desmoronándose alrededor de ella.

—¿Estás preparada? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Salieron de la habitación y empezaron a bajar hacia el vestíbulo, que estaba más lleno de gente que nunca. Ella se sintió como si fuese al patíbulo. Marc se detuvo en el descansillo.

—No me atrevo a despedirme de mi familia.

La abrazó con todas sus fuerzas.

—Estás abandonándome otra vez, Marc, para ir a la guerra. No eres soldado, no tienes que ir, podrían matarte. Nunca te lo perdonaré si me abandonas otra vez.

—Tengo que ir, Tess —insistió él sin soltarla.

—Eliges marcharte, como las otras veces.

—*Au revoir* —se despidió él soltándola.

Ella se tapó la boca con un puño para contener un sollozo mientras bajaba al vestíbulo y miró hasta que dejó de verlo. Se secó las lágrimas, cruzó el vestíbulo y buscó a lady Northdon. La encontró acompañada por Amelie, que estaba pálida y tenía los ojos rojos.

—*Ma chére* —le saludó lady Northdon—, ¿dónde está Marc? Tu doncella dijo que estaba contigo.

—Se ha marchado —consiguió contestar ella.

—¡Siempre se marcha! —exclamó lady Northdon—. Quería que viniese con nosotros, aunque habría tenido que ir encima del carruaje. John dice que iremos en dos carruajes. Uno para ti, Amelie, John y yo —había empleado dos veces el nombre de pila de su marido—. El servicio irá en el otro.

Lord Northdon se abrió paso hasta ellos.

—Staines está ocupándose del equipaje.

—Marc no viene con nosotros —le comunicó lady Northdon—. Tess ha dicho que ha desaparecido otra vez.

—No ha desaparecido —replicó él en voz muy baja—. Está trabajando.

Tess, sin embargo, lo oyó.

—*Maman*, ¿puedo sentarme? —le preguntó Amelie, quien parecía que iba a derrumbarse.

Lady Northdon la acompañó hasta unas butacas y se sentó con ella. Estaban bastante lejos y Tess se dirigió a lord Northdon.

—¿Qué quisisteis decir con que está trabajando, milord?

—No debería haber hablado —replicó él sacudiendo la cabeza.

—¿Qué quisisteis decir? —insistió ella mirándolo a los ojos.

Él se inclinó para susurrarle al oído.

—Que trabaja para los aliados.

Ella notó que se quedaba pálida.

—¿Marc os ha dicho que trabaja para los aliados?

—No. No me ha dicho nada, pero estoy seguro.

—¿Correrá peligro? —preguntó ella con las manos temblando.

—Eso me temo —contestó él—. Me temo que ha corrido peligro más veces de las que hemos llegado a saber.

No la había abandonado para recorrer los Alpes, le había reclamado el deber.

La puerta del hotel se abrió, Staines entró corriendo y pudieron ver dos carruajes.

—Son nuestros carruajes, milord —dijo el sirviente.

Las calles estaban casi vacías. Solo se veían algunos oficiales despistados que iban a llegar tarde y campesinos con carretas llenas de coles, guisantes, patatas y otros productos que pasaban lentamente por delante del hotel. Parecía un día normal y apacible.

—Que carguen los baúles lo antes posible —ordenó lord Northdon.

El señor Caldwell y su hija entraron en el hotel mientras esperaban a que llevaran el equipaje a los carruajes. El señor Caldwell llevaba una maleta.

—Milord, por fin os encuentro. ¿Vais a marcharos de la ciudad?

—Sí, nos vamos a Amberes —contestó lord Northdon.

—Entonces, ¿puedo pediros un favor? Yo tengo que quedarme en Bruselas, pero ¿podría rogaros que llevéis a mi hija a Amberes? Os lo agradecería enormemente.

Lord Northdon miró a su esposa.

—No sé si tenemos sitio en el carruaje.

—John —intervino lady Northdon—, no podemos dejar a la muchacha, tenemos que llevarla.

—De acuerdo, Caldwell —lord Northdon miró a su esposa—. Yo me sentaré fuera.

—No harás eso —replicó lady Northdon espantada—. Nos apretaremos en los asientos.

La señorita Caldwell, angustiada, esbozó una sonrisa muy leve.

—Habrá sitio para la señorita Caldwell —intervino Tess elevando la voz—. Yo no voy, yo me quedo.

—¡Tess! —gritó Amelie—. ¡No puedes!

—Me quedaré —pensó algo muy deprisa—. Mi… Mi madre me invitó. Está en Bruselas. Mi hermano ha estado viviendo con ella —añadió aunque no pensaba aceptar esa invitación.

—Podría ser muy peligroso —replicó lord Northdon con un gesto de preocupación.

—El conde von Osten nos protegerá.

Ella no explicó quién era el conde y nadie se lo preguntó, pero lady Northdon la miró fijamente.

—*Ma chère*, ¿estás segura?

—*Oui, madame. Je suis certain* —contestó ella en francés.

—Yo también me quedaré —intervino Nancy.

Tess se acercó a ella y rodeó a la chica con un brazo. Sabía que Nancy estaba asustada.

—No lo harás. Tienes que ir a Amberes para ayudar a lady Northdon y Amelie. Puedes atender a la señorita Caldwell.

—¡Pero se quedará sola! —gritó Nancy.

—No me quedaré sola, estaré con mi madre y tiene docenas de sirvientes. Estaré a salvo, te lo prometo —se volvió hacia lord y lady Northdon—. Quiero quedarme para ver a mi hermano. También buscaré al capitán Fowler y os mandaré noticias.

Sin embargo, y sobre todo, quería quedarse en Bruselas por Marc, porque, de repente, todo cobró sentido. Por qué se marchó sin avisar. Por qué no mandó cartas. Por qué mintió sobre dónde había estado. ¿El señor Scott y el duque de Richmond también estaban metidos en eso? Marc volvería a Bruselas, suponía ella, para informar a alguien, si no eran ellos. Si volvía. Marc ya no estaba huyendo de ella, estaba dirigiéndose al peligro.

Nancy se despidió entre lágrimas de Tess antes de montarse en el carruaje y de que se pusiera en marcha. El primer carruaje, el que llevaba a lord y lady Northdon, Amelie y la señorita Caldwell ya se había marchado. Ella volvió al vestíbulo del hotel y los informó de que seguiría siendo su huésped. Su baúl y su maleta volverían a su habitación mientras desayunaba algo en el comedor del hotel. Quedaban algunos huéspedes como ella con la preocupación reflejada en el rostro. En una mesa cercana estaban dos oficiales con dos muchachas y otro hombre, su hermano, a juzgar por el parecido. ¿Por qué no se habían marchado los oficiales?

—Hoy no pasará nada —comentó uno con seguridad—. Alcanzaremos al regimiento en un sitio que se llama Waterloo cuando paren para comer.

Ella esperó que estuviese en lo cierto, que nadie muriera ese día en el campo de batalla. Comió un poco y volvió a su habitación para dormir. Solo se quitó el sombrero, los guantes y los zapatos y se tumbó vestida donde había estado tumbada hacía un rato con Marc.

Se despertó por los cañonazos, que eran más fuertes que los del día anterior. Aquellos habían sido los de la batalla entre los soldados de Napoleón y los prusianos, ¿de dónde llegaban esos?

Se levantó e hizo lo que pudo para adecentarse el pelo. Volvió a ponerse el sombrero y los botines y fue al parque con la esperanza de oír alguna noticia. El parque era muy distinto al que había sido el primer día, cuando Amelie y ella lo vieron por primera vez. Habían desaparecido la alegría y la emoción y habían dejado paso a expresiones de tensión en las pocas personas que paseaban por allí. Los cañonazos se oían una y otra vez como presagios de muerte y destrucción. ¿Cuántos hombres estaban luchando en ese momento? ¿Cuántos hombres estaban cayendo heridos? ¿Cuántos estaba cayendo y no volverían a levantarse jamás? ¿Dónde estaba Marc?

—Que no les pase nada, Dios —rezó ella—. Que no les pase nada a Marc, Edmund y el capitán Fowler.

Vio a las dos mujeres del hotel con su hermano. Los soldados que las habían acompañado ya no estaban con ellas. Se acercó a ellos.

—Discúlpenme, ¿tienen alguna noticia? ¿Saben dónde están luchando? ¿Saben algo?

Una de las mujeres le sonrió con cierta compasión.

—Hemos hablado con muchas personas. Unas dicen que la batalla está a diez kilómetros y otras, que a treinta. Un hombre nos dijo que nuestro ejército ha salido victorioso. Otro nos dijo que nuestros hombres están divididos por la mitad. Todos son rumores, no sabemos nada con certeza.

Ella les dio las gracias y siguió su paseo. Unos minutos después, vio al conde von Osten, que cruzaba el parque a buen paso. No pudo esquivarlo y él la reconoció y se acercó apresuradamente.

—¡Tess! Creíamos que estabas camino de Amberes.

—He decidido quedarme. Los demás se han marchado.

—¿Dónde está tu marido?

—Se ha marchado —¿qué podía decirle?—. Estoy sola.

—¿Sola? —preguntó él arqueando las cejas.

—Sí, sola. ¿Tenéis alguna noticia de la batalla?

—¿Qué? —él puso un gesto de preocupación—. No deberías estar paseando sin compañía. La ciudad no es segura.

—No os preocupéis por mí, milord. ¿Tenéis alguna noticia?

—Acabo de hablar con Scovell, que ha estado en la batalla —contestó él por fin—. Atacaron a nuestro ejército cuando solo tenía dos regimientos preparados.

—¿Qué regimientos?

—El 92 y el 42 de los escoceses —él la miró con cierta compasión —. El 28, el de Edmund, y los Royal Scots se unieron más tarde.

El corazón se le detuvo al oír el nombre de Edmund.

—¿Se sabe algo de Edmund?

—Todavía no hay una relación de bajas. No sabemos nada de Edmund —él frunció el ceño—. La buena noticia es que nuestros muchachos mantuvieron la posición. No hubo una victoria, pero tampoco una derrota y todo el ejército está preparado para lo que se avecine.

No había terminado. Entonces, dos hombres belgas, claramente bebidos, se acercaron a ellos tambaleándose.

—Mira esto —dijo uno de ellos en francés—. Venga con nosotros, señorita. Lo pasará mejor que con ese viejo —añadió agarrándola del brazo.

El viejo, el conde von Osten, entró en acción. Golpeó la mano del hombre con su bastón hasta que la soltó. Luego, atacó a los dos hombres también con el bastón y salieron corriendo.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó a Tess.

Ella asintió con la cabeza y él le ofreció el brazo.

—Ven conmigo. Necesitas protección. Te llevaré a casa de tu madre.

Ella estaba tan alterada que aceptó.

—Iremos directamente con tu madre. Mandaré a alguien para que vaya a recoger tu equipaje del hotel.

Los cañonazos siguieron mientras iban andando.

—No ha terminado —comentó ella más para sí misma que para el conde.

—Eso parece —añadió él en un tono de preocupación.

Cuando llegaron a la casa, el conde llamó con la aldaba, pero no abrieron y alguien gritó desde dentro.

—¿Quién es?

—Von Osten —contestó el conde.

La puerta se entreabrió y el sirviente que los recibió la noche anterior la abrió del todo.

—¿Jakob, es el conde? —preguntó lady Summerfield desde lo alto de la escalera.

Von Osten contestó mientras entraba en el vestíbulo.

—Te he traído a tu hija.

—¡Mi querida hija! —lady Summerfield bajó apresuradamente y abrazó a Tess—. ¡Has vuelto conmigo!

El cariño de su madre era doloroso.

—Al parecer, tengo que quedarme en un sitio seguro. El resto de la familia se ha marchado a Amberes.

—¿Por qué no has ido tú a Amberes, cariño? —le preguntó lady Summerfield soltándola.

Ella tragó saliva. No podía explicarle nada de Marc ni que necesitaba encontrarlo cuando volviera a Bruselas.

—Yo… Yo quería quedarme por Edmund.

Lady Summerfield le puso el dorso de la mano en la frente.

—¡Edmund…! ¡Estoy muy preocupada por él! ¿Has oído los cañonazos? Ven, te prepararemos nuestro mejor dormitorio. ¿Has comido algo?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, también te daremos de comer —su madre la rodeó con un brazo y la llevó a la sala—. Y te darás un baño caliente.

La mimaron como no la habían mimado jamás. Se baño, comió y le dieron ropa. Fue como si su madre quisiera compensar todo el tiempo que había estado ausente. Sin embargo, cada palabra, cada amabilidad, solo le recordaba lo que había sentido cuando la abandonó. Agradecía todos sus esfuerzos, pero no podía olvidar lo que sintió cuando la abandonó. Sin embargo, su madre siguió intentándolo.

Al día siguiente, por la tarde, se libró de las atenciones de su madre y sintió cierto alivio. Se sentó en el poyete de la ventana de su dormitorio que daba a la calle. Seguía estando bulliciosa, con gente que iba apresuradamente de un lado a otro y con carruajes por todos lados, pero se formaron unos nubarrones de mal presagio, empezó a llover a mares y las calles se vaciaron. Miró la lluvia, oyó los truenos y recordó la lluvia de hacía unos meses. Llovía con la misma fuerza. Volvió a recordar el jinete que apareció entre la manta de agua, el jinete que la rescató y se convirtió en su marido. ¿Dónde estaba Marc? ¿Estarían Apolo y él atrapados en la tormenta como aquel día fatídico? Se estremeció al recordar el frío, pero se alegró, por Marc, de que ese día no hiciera tanto frío. Habían cambiado muchas cosas desde aquella tormenta y se temía que muchas más iban a cambiar a partir de esa. Los ejércitos se enfrentarían, uno saldría victorioso y el otro derrotado, pero, antes, muchos hombres morirían. Miró el cielo desolador.

—Que no les pase nada a Edmund, al capitán Fowler y… —se le formó un nudo en la garganta—…y a Marc.

Diecinueve

Marc estaba donde tenía que estar, detrás de las líneas francesas. Había llegado de noche, se había infiltrado entre las tiendas de campaña de los soldados franceses como un ciudadano belga. Sin embargo, nadie la había dado el alto. Nadie se había acercado lo suficiente como para reconocerlo. Él supuso que fue por la lluvia, que, aunque incómoda, había actuado de protección.

Encontró un sitio que parecía vacío, un bosquecillo de árboles y matorrales donde Apolo y él se escondieron hasta al amanecer. La noche y la lluvia hicieron que se acordara de cuando Tess y él se quedaron atrapados por una lluvia así de fuerte. Estaba helado, pero nada comparado con aquel día de febrero. Pasó una noche muy desdichada.

Al alba, comió algo que había llevado y subió por una cuesta hasta que llegó a lo más alto. Debajo vio lo que parecía ser todo el ejército francés que se despertaba, como él. El valle se llenó enseguida de descargas. Los soldados estaban limpiando los mosquetones de la carga que habían tenido toda la noche.

Estaba claro que había llegado detrás de las líneas francesas. Tenía que observar, seguir al ejército si retrocedía, transmitir toda la información que pudiera ser útil y, si podía, crear discordia… cualquier cosa que pudiera ayudar a los aliados. Estaba en un punto privilegiado para ver lo que, según se creía, iba a ser el campo de batalla si Napoleón decidía atacar. Wellington había elegido la cima del monte St. Jean, un espacio estrecho para una batalla a solo cuatro kilómetros de distancia. A su derecha, la de Marc, había una granja, La Haye Sainte, y otra a su izquierda, Hougoumont. Wellington tenía hombres en ambas. Miró alrededor. Al parecer,

estaba solo. La vista del campo era tan buena que esperó ver a Napoleón en persona que subía para utilizar ese punto como puesto de mando, pero no había nadie por allí. Sacó el catalejo de campaña y observó el ejército francés. No veía ningún puesto de mando. Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Napoleón y sus generales, sin que lo descubrieran a él.

A la segunda mañana en casa de su madre, la esperó en el cuarto de costura mientras también esperaba oír los cañonazos, pero no se oyó nada. Deseó que volviera a llover para que no se pudiese librar la batalla, pero el cielo estaba despejado y el sol brillaba. Por la calle se veían carretas con soldados heridos. El conde von Osten mandó a Jakob, el sirviente, a que se enterara de dónde eran. Eran de la primera batalla en Quatre Bas. Algunos llevaban el uniforme del regimiento 28, pero no había podido enterarse de si Edmund había sobrevivido.

El conde von Osten había ido en persona al palacio real con la esperanza de conseguir alguna información. Su madre, quien se empeñaba en acompañarla, parecía dispuesta a hablar de cualquier cosa menos de la batalla inminente. Le preguntaba incesantemente sobre las personas que había conocido en Yardney, sobre los sirvientes de Summerfield House, sobre la propia casa. ¿Habían puesto muebles nuevos? ¿Habían cambiado el jardín? ¿Qué había pasado con el retrato que estaba colgado en la sala?

Su madre no preguntó qué había sido de las tres niñas pequeñas que había abandonado con un padre amargado. No preguntó quién se había ocupado de su educación, quién les había enseñado a comportarse como señoritas, quién les había cuidado los cortes, los arañazos y los sentimientos maltrechos. Ella no había tenido la ocasión de explicarle que Lorene, quien todavía era una niña, se había encargado de casi todo eso.

Sin embargo, su madre no era la única que eludía las preguntas. Ella no le había preguntado si le había costado abandonar a sus hijas ni por qué no les había escrito nunca ni por qué no había intentado verlas o enterarse de cómo estaban.

Eran casi las once de la mañana y su madre había estado parloteando durante casi dos horas. Su cabeza estaba en un campo de batalla donde iban a luchar su hermano y el capitán Fowler. ¿Dónde estaría Marc?

—¿Sabías que conocí al conde en los jardines Vauxhall? —preguntó su madre—. ¡Qué noche más maravillosa! Nos escabullimos y paseamos juntos por…

Naturalmente, su madre estaba casada en ese momento y su padre se había quedado preguntándose con quién se habría ido su madre esa vez. Había oído muchas veces la versión de su padre sobre lo que pasó.

—Sé que te costará comprenderlo, pero nos amamos. Fue amor a primera vista —su madre dominó un poco el tono—. Era innegable. Teníamos que estar juntos —miró hacia un lado y sonrió, pero la sonrisa no iba dirigida a Tess—. Todavía tenemos que estar juntos.

—¿De verdad? —preguntó ella intentando parecer indiferente.

Su madre le tomó una mano.

—Tienes que entenderlo, tú también te has casado por amor.

—Casado por amor… —repitió Tess—. ¿Por qué lo dices?

—¿Por qué lo digo? —su madre se rio—. Tu marido te adora. Eres muy afortunada. La vida es mucho más fácil si amas a tu marido y él te ama a ti.

—¿Más fácil?

Ella quiso gritar. Darse cuenta de que amaba a Marc no facilitaba nada cuando podían matarlo ese mismo día.

Oyeron un estruendo y su madre y ella dieron un respingo.

—La batalla ha empezado —susurró Tess.

Marc encontró el puesto de mando de Napoleón a solo kilómetro y medio de lo que sería el campo de batalla. Lo había visto con sus generales en una posada que se llamaba La Belle Alliance. Era raro, pero Napoleón había decidido quedarse en la posada, aunque sus ayudantes podrían haber encontrado el mismo punto que había encontrado él y que tenía una vista perfecta.

Observó la posada todo el tiempo que se atrevió, pero, aunque los generales se marcharon, Napoleón se quedó. Era más seguro

volver al sitio desde donde podía ver la batalla, aunque, probablemente, él no serviría de nada a los aliados si estaba en el lado francés. Le costaría ver la batalla sin estar allí, le costaría presenciar que los hombres morían y no participar.

El sol estaba en lo alto cuando los franceses avanzaron hacia la granja Hougoumont, el primer paso de la batalla. Él había estado en una batalla antes de la muerte de su hermano y sabía que ese día presenciaría una carnicería y que no podría hacer nada. Sin embargo, también sabía que no podría apartar la mirada. Observó el ataque. La lucha parecía encarnizada, pero los aliados aguantaron. Los cañones franceses disparaban contra la línea inglesa, que seguía en lo alto de la cresta y, casi toda, escondida. Pudo ver con el catalejo que Wellington iba montado a caballo de un lado a otro dando órdenes y supervisando el campo de batalla, que no estaba en una cómoda posada.

Los cañones franceses dejaron de disparar, pero el humo dejó una neblina sobre el campo. Aun así, él pudo ver que la infantería francesa se dirigía al centro de las fuerzas británicas. Era una visión magnífica y espantosa. Miles de hombres avanzaban en columna, como un ariete humano que iba a derribar la puerta británica. ¿Aguantarían? Los franceses se acercaban y la artillería aliada les disparaba. Los hombres caían y quedaban abandonados mientras la masa seguía avanzando.

—La artillería no está deteniéndolos —comentó Marc en voz alta.

Tenía que quedarse tumbado para que no lo vieran, pero quería ir de un lado a otro gritando órdenes. Quería volar.

Los británicos, desde la cima del monte St. Jean, dispararon los mosquetones, una andanada tras otra, hasta que la infantería francesa se batió en retirada. Estuvo a punto de gritar de alegría cuando vio que la caballería los perseguía. Volvió a mirar por al catalejo. Vio los gorros de piel y supo que los Scots Greys estaban entre ellos. El capitán Fowler podría alcanzar la gloria, pensó intentando no envidiarlo.

La gloria se convirtió en devastación muy poco después. La caballería se había abierto paso entre la artillería, pero había llegado

demasiado lejos y los coraceros estaban cortándoles la retirada. Tuvo que presenciar la matanza. Pocos Scots Greys consiguieron volver a sus líneas y era probable que Fowler no estuviera entre ellos. Memorizó el terreno donde habían caído, donde tendría que buscar a Fowler.

Esa tarde, más tarde, la caballería volvió a cargar. Esa vez cargó con todas sus fuerzas contra la infantería británica. ¿No era un error? La infantería formó cuadrados que resistieron, pero los cuadrados iban haciéndose cada vez más pequeños a medida que los soldados caían heridos o muertos. Sin embargo, esa vez, la caballería francesa sufrió muchas bajas por el fuego de la infantería. Vio por el catalejo que el 28 mantenía su posición. El hermano de Tess sería uno de los oficiales que, a caballo, estaba en medio de uno de los cuadrados. Era donde él estaría si su hermano viviera. Charles y él habrían luchado juntos en esa batalla si las cosas hubiesen sido distintas. Apartó esos pensamientos de la cabeza y analizó la táctica de los dos bandos. La estrategia de Napoleón parecía equivocada. ¿Por qué atacaba por el centro y no por los flancos, que eran más vulnerables? ¿Por qué dedicaba tantos hombres a tomar Hougoumont? ¿Por qué atacaba en columna y no línea, lo que le daría más potencia de fuego? Aun así, a pesar de esos errores, los soldados de Napoleón estaban cerca de la victoria. Los aliados estaban sufriendo para resistir. El campo estaba repleto de cuerpos y sangre y pronto iba a anochecer.

Otro ejército se acercó por su derecha y el alma se le cayó a los pies. ¿Refuerzos franceses? Si era así, Wellington estaba perdido. Volvió a mirar por el catalejo, pero esos regimientos estaban muy lejos. No dejó de mirar mientras se acercaban poco a poco. Su ánimo rebotó hasta lo más alto. Los prusianos se dirigían hacia el campo de batalla, ¡habían llegado para apoyar a Wellington! Giró el catalejo hacia el campo de batalla y la euforia se esfumó. Napoleón había enviado a la Vieja Guardia, sus mejores soldados. Avanzaban hacia una línea británica muy debilitada. Los prusianos llegarían tarde por muy poco. El redoble de paso ligero le retumbó en los oídos y la Guardia cargó. Él casi pudo saborear su triunfo cuando

abrieron fuego contra la escasa línea de casacas rojas. Sin embargo, cuando había perdido toda esperanza, miles de soldados británicos surgieron como por arte de magia y dispararon andanada tras andanada contra la Guardia. Muchos cayeron y los demás huyeron en desbandada. Se levantó de un salto y vitoreó.

Todo el ejército francés se descompuso y corrió con los aliados pisándoles los talones. Se guardó el catalejo en el bolsillo y corrió hasta Apolo. Los soldados que huían se dirigían hacia él y si no se marchaba de allí, pronto se encontraría con centenares de hombres desesperados y presas del pánico.

Tess no podría haberse imaginado un día más atroz. Cuando el ruido de la batalla llegó a Bruselas, ni su madre pudo hablar de otra cosa. Se quedaron sentadas, preocupadas y en silencio, mientras los cañones no dejaban de disparar. El conde von Osten salió cada dos horas para buscar información, pero no encontró nada digno de crédito. Cada vez que volvía a la casa decía que había oído que todo estaba perdido o que Wellington había logrado la victoria, pero no podía creerse nada. En un momento dado, todo un regimiento de soldados belgas cruzó la ciudad diciendo que la batalla estaba perdida, pero los mensajeros de la batalla no lo confirmaron y los cañones siguieron disparando, lo que indicaba que no había terminado.

Casi había caído la noche cuando los cañones se quedaron en silencio y von Osten salió otra vez. No volvió hasta medianoche, hasta que irrumpió en la sala donde había pasado todo el día con su madre.

—¡Querida! ¡Tess!

Las dos se levantaron de un salto.

—¡Lo ha conseguido! ¡Wellington lo ha conseguido! ¡Los franceses están retrocediendo y los prusianos los persiguen hasta Francia!

—¡Es maravilloso!

Su madre se arrojó en sus brazos y él dio vueltas de alegría.

—¿Estáis seguro? —preguntó Tess con cautela.

Él había vuelto muchas veces a casa diciendo una cosa primero y la contraria después.

—Estaba en el palacio real cuando llegó del despacho —él le sonrió—. ¡No hay duda!

Ella, agotada de repente, se dejó caer en la butaca.

—Gracias a Dios.

—Ossie, tenemos que celebrarlo —comentó su madre—. Tenemos que brindar por nuestros soldados. Saquemos champán y reunamos al servicio para que beba también. ¡Champán! ¡Es perfecto para brindar por una victoria sobre Napoleón!

Él salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos con una botella de champán y tres copas.

—El servicio también está celebrándolo, no temas. Esta botella es para nosotros.

Su madre se levantó y tomó dos de las copas. Él las llenó hasta el borde con el vino espumoso y ella entregó una a Tess.

—¡Alégrate, mi niña querida! Hemos ganado.

Ella aceptó la copa y se le derramó un poco por los dedos.

—Estaré más tranquila cuando sepa que no le ha pasado nada a Edmund.

Y al capitán Fowler… Y a Marc… ¿Dónde había estado durante la batalla? ¿Había corrido peligro? ¿Estaba a salvo?

—Dicen que ha habido muchas bajas —comentó el conde con una expresión seria.

Parte de la alegría se esfumó y el conde puso una mano en el hombro de Tess.

—No te preocupes. Mañana iré al campo de batalla en el carruaje e intentaré enterarme de algo sobre nuestro querido Edmund.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó ella.

—¿Al campo de batalla? —preguntó él mirándola con un gesto afable—. Creo que no.

Marc volvió a ponerse su ropa antes de dirigirse con Apolo hasta donde los soldados habían acampado para pasar la noche, a solo unos pasos de donde habían librado la batalla más encarnizada que él podía haberse imaginado. No habían podido perseguir a

Napoleón en su retirada. El emperador derrotado se había mezclado entre los hombres desesperados que desbordaban los caminos y que intentaban llegar a la seguridad de su tierra. Oscurecía deprisa y eso lo complicaba más todavía. Además, sin ejército, ¿adónde iba a ir sino a París?

Él, en cambio, buscaría al hermano de Tess y al prometido de Amelie entre los supervivientes. Los hombres, agotados y con expresiones de espanto, estaban sentados alrededor de fogatas. Podían ver el campo de batalla, pero era una visión macabra de cuerpos que parecían bultos grises en la oscuridad. Solo se oían los gritos de los hombres y caballos heridos y moribundos y el olor a sangre y muerte lo llenaba todo. Nadie se atrevía a acudir en su auxilio. Los saqueadores, los hombres y mujeres más desapiadados y desalmados, se movían entre los cuerpos quitándoles la ropa, arrancándoles los dientes, llevándose todo lo que pudiese valer algo de dinero. Los saqueadores no dudarían en matar a quien intentara impedírselo. Sin embargo, cada grito que oía lo atravesaba como un sable. ¿Tenía que pasar por alto los gritos de Edmund o Fowler? Si los encontraba vivos, no tendría que buscarlos entre los muertos cuando despuntara el alba. Empezó por el 28. Las posibilidades de que Edmund hubiese salido vivo eran mayores que las de Fowler. Además, no quería que Tess sufriera otra pérdida.

Tardó horas, pero acabó encontrando a Edmund entre los heridos. Estaba tumbado en el suelo, delante de una casa donde uno de los cirujanos militares estaba amputando miembros. Edmund tenía el uniforme empapado de sangre.

—¿Glenville…? —farfulló aturdido cuando él se arrodilló a su lado —. ¿Puede saberse qué haces aquí?

—Tess querría que estuviese aquí —contestó él.

El día siguiente a la batalla fue más angustioso todavía, si eso era posible. El conde salió temprano, pero volvió enseguida porque los caminos estaban llenos de heridos que se dirigían a Bruselas, unos en carretas y otros andando. Volvió a salir, esa vez al palacio real,

para ver los nombres que había en las listas de muertos y heridos. Entonces, ella también salió, contra la voluntad de su madre. Fue al camino principal, por donde entraban centenares de soldados heridos, y preguntó a todos los soldados del regimiento 28 si sabían qué le había pasado a su hermano. Ver a tantos hombres heridos era desolador. Algunas heridas eran tan aterradoras que no entendía cómo podían seguir vivos esos hombres. Sospechaba que no vivirían mucho tiempo. ¿Adónde iban a ir?

Vio una carreta con hombres que llevaban la casaca roja y el casco del regimiento 28. Corrió hasta ellos.

—Disculpadme, caballeros, ¿conocen al teniente Edmund Summerfield?

—Lo conocemos —contestó uno de ellos.

—¿Está vivo?

Dos hombres sacudieron la cabeza.

—No lo sabemos, señora.

—Yo lo vi caer —añadió un tercero—. No vi que volviera a levantarse.

—¿Está muerto?

Ella se detuvo y la carreta siguió su camino. Sintió un regusto amargo en la boca. Debería seguir, debería buscar al capitán Fowler, pero las lágrimas le nublaban la vista. Se las secó con el dorso de la mano, no era el momento para desfallecer cuando esos hombres habían pasado por algo tan espantoso que ella no podía ni imaginárselo. Todavía podía pensar en Amelie y encontrar al capitán Fowler aunque hubiese perdido a su querido hermano… y, a lo mejor, a Marc. ¿Cómo podía buscar a Marc? No sabía dónde estaba ni si volvería, pero sí sabía a quién podía preguntárselo.

Dio media vuelta intentando reunir fuerzas. Con las torres de la catedral como referencia, empezó a dirigirse hacia la calle de la Blanchisserie, a la casa de un duque y su secretario que, con toda certeza, sabrían más sobre el paradero de Marc que cualquier otra persona.

Intentó cruzar la calle. Las carretas avanzaban trabajosamente y una multitud de hombres heridos se amontonaba detrás de ellas. El gentío se dividió un instante y ella pudo ver un hombre a pie, que no

iba uniformado y conducía un caballo. ¡Era Marc! ¡Ese hombre era Marc!

Corrió hacia la calle para intentar alcanzarlos, pero los pobres soldados heridos se lo impedían.

—¡Marc! —gritó ella cuando se acercó un poco—. ¡Marc!

Él levantó la mirada y se detuvo. Ella siguió corriendo y se abalanzó en sus brazos.

—¡Estás a salvo! ¡Estás a salvo!

Él la abrazó con todas sus fuerzas mientras los hombres pasaban a su lado.

—Tess… Tess… Deberías estar en Amberes.

—No —ella se aferró a él—. Me quedé, me dio miedo que no fueses a volver.

La riada de hombres los arrastraba, pero él tardó un rato en separarse de ella.

—Los he encontrado.

Ella no supo de qué estaba hablando, hasta que él se dio la vuelta y señaló a los hombres que iban sobre el caballo, sobre Apolo. Uno de los hombres sujetaba al otro, que estaba envuelto en una manta.

—Capitán Fowler…

Parecía la muerte personificada.

—Hola, Tess —la saludó el otro hombre.

Ella lo miró. Era Edmund, pero era como ver un espectro. Corrió hasta él aunque solo pudo agarrarle una pierna.

—Edmund…

Él hizo un gesto de dolor.

—La pierna, Tess. Está herida.

Ella se apartó de un salto.

—Llévalos a casa de mi madre —le pidió ella a Marc.

Veinte

Él no podía creerse que estuviese caminando por las calles de Bruselas con Tess al lado ni que ella estuviese viviendo en la casa de su madre.

Cuando llegaron, su madre tomó las riendas inmediatamente.

Dio instrucciones para que se prepararan unas habitaciones para Edmund y el capitán Fowler. Se calentó agua y se preparó comida. Los hombres se bañaron y comieron, les dieron ropa de cama y ropa para dormir.

Les vendaron las heridas y ella mandó a un sirviente para que fuese a buscar a su médico y a su cirujano, pero ninguno de los dos acudió.

Había muchos heridos en Bruselas y muy pocos médicos y cirujanos.

Edmund había recibido un balazo en un hombro, un sablazo en el torso y otro en la pierna. Tenía fiebre, pero lo más probable era que se recuperara plenamente.

El capitán Fowler, que tenía muchas heridas, se debatía entre la vida y la muerte y estaba insensible.

La madre de Tess hizo todo lo que pudo por los dos.

Esa tarde tuvo que dejar a Tess otra vez, para informar al señor Scott y al duque de Richmond. Después, fue a su hotel para recoger la maleta. Había hombres heridos por todos lados. Llenaban los caminos a pie o en carretas, estaban sentados en las aceras y en el parque, se asomaban por ventanas abiertas. ¿Cuántos morirían antes de que amaneciera?

Se acordó del campo de batalla, de los muertos y moribundos, y sintió náuseas. Lo había recorrido para buscar al capitán Fowler y lo

había encontrado. Sintió náuseas otra vez. Esa noche, soñó con el campo de batalla, con los rostros de los muertos y moribundos. Se despertó sobresaltado, el campo de batalla se desvaneció y solo quedó Tess, tumbada a su lado.

—Algo te ha despertado comentó ella dándose la vuelta.

—Una pesadilla —murmuró él—. Ya se ha pasado.

Ella se acurrucó entre sus brazos.

—No puedo creerme que estés conmigo —él sintió la calidez de su aliento—. Creí que no volverías.

—¿De la batalla?

Esperar, no saber qué estaba pasando, tuvo que haber sido un infierno para ella.

—No de la batalla —contestó ella—. Aunque eso también me dio miedo. Creí que no volverías esta tarde, que podrían mandarte a algún sitio otra vez.

—¿Mandarme a algún sitio? —preguntó él sentándose.

—Fuiste a ver al señor Scott, ¿no? —ella también se sentó y lo miró a los ojos—. Supongo que fuiste a informar sobre la batalla.

Ella no debería saberlo. ¿Por qué lo sabía?

—No hagas esas suposiciones, Tess. Hacer esas suposiciones podría… podría ser peligroso.

—No temas —ella le acarició la mejilla—. No le he dicho nada a nadie.

—Porque no sabes nada, Tess —replicó él intentando ser tajante.

Nadie sabía lo que podía pasar. ¿Napoleón estaba derrotado o su ejército y él volverían a la guerra al día siguiente? Él no había terminado su misión todavía y podría ser fatal que se conociera su vida clandestina.

—Tu padre lo supuso —ella sonrió—. Supuso que no estabas escapándote, supuso que estabas haciendo algo —ella cubrió su cuerpo desnudo con las sábanas y lo miró—. Todo cobró sentido de repente; por qué te marchaste y por qué te inventaste la historia de los Alpes —ella suspiró—. Y yo que pensaba que me abandonabas por haber hecho el amor…

—¿Por haber hecho el amor?

Haber abandonado su lecho había sido devastador.

—Tú me lo explicaste. Creías que hacer el amor conmigo supondría nuestra infelicidad, como la de tus padres, o la muerte, como la de tu hermano y tu amigo.

—Es verdad, Tess —reconoció él—. No conocía a ningún hombre que hubiese sentido algo tan intenso por una mujer y que no hubiese acabado mal.

—Me duele decirlo, pero creo que el conde y mi madre no han acabado mal. Quiero decir, mi madre me hizo un daño espantoso al fugarse con él, pero míralos. Siguen adorándose, son felices —añadió ella con tristeza.

—Es posible que les haya ido bien juntos, pero dejaron a unas hijas sin madre —replicó él.

Ella asintió con la cabeza y él la abrazó.

—Creí que iba a perderte, Tess. Creí que nunca me perdonarías que te hubiese abandonado otra vez.

—Solo estabas cumpliendo con tu deber.

Él le tomó la cara entre las manos, la besó y notó que la pasión volvía a brotar entre ellos.

—Te amo, Tess.

Ella apoyó la frente en la de él.

—Después de todo, he conseguido casarme por amor.

Epílogo

Febrero de 1816. Lincolnshire, Inglaterra

Marc se empeñó en volver con Tess a Lincolnshire después de haber pasado la Navidad con la familia de él en la casa de campo. Lord Tinmore iba a recibir invitados otra vez y los habían invitado. Él había convencido a Tess de que tenían que aceptar porque era la ocasión para que viera a Lorene, a Genna y a Edmund.

Se habían marchado de Bruselas en cuanto Edmund y el capitán Fowler se recuperaron lo suficiente para hacer el viaje. Edmund se curó bien. Fowler volvió con sus padres, pero su salud, endeble todavía, había roto el compromiso con Amelie. Amelie se deprimió y sus padres la llevaron al campo para que se repusiera. Tess y él se quedaron en la casa de la calle Grosvenor. Llevaban una vida tranquila y maravillosa a pesar del alboroto que había sido conocerse y casarse. Napoleón estaba exiliado en la isla de Santa Elena y él ya no volvió a desaparecer. Tess y él pasaban mucho tiempo juntos.

Las Navidades con sus padres en la casa de campo habían sido el primer viaje que habían hecho juntos y ese era el segundo. Él propuso que hiciesen el viaje a caballo, él montando a Apolo y ella en el regalo que le había hecho por Navidad, una yegua muy dócil que Tess había llamado Artemisa. Por algún motivo, habían tomado un desvío equivocado y vagaban por caminos que no recordaban haber visto antes.

—No puedo creerme que nos hayas perdido —se quejó ella.

—¿Yo…? —contraatacó él—. Tú eres de aquí, tú deberías saber dónde estamos.

Ella miró alrededor.

—No tengo ni idea de dónde estamos. Podríamos estar en los Alpes…

—¿En los Alpes? Muy graciosa, Tess —él miró al cielo—. Será mejor que encontremos Yardney o Tinmore Hall o cualquier otro sitio pronto porque me parece que puede llover.

—Fantástico. Vamos a quedarnos atrapados por la lluvia otra vez —replicó ella con sarcasmo—. No puedo creerme que tengamos tanta suerte.

—Yo tampoco puedo creérmelo —añadió él sonriéndole.

Los caminos daban vueltas y cada vez se hacían más estrechos.

—Marc, estoy empezando a preocuparme. ¿Qué pasará si no encontramos el camino?

Se acordaba de lo mal que lo había pasado perdida en medio de la tormenta. Al menos, esa vez no estaría sola. Apolo se adelantó un poco y Marc entró en un camino más estrecho todavía.

—¡Marc! —le llamó ella—. Ese camino no puede llevar a ninguna parte.

Él no le hizo caso. El camino llevaba a una pequeña cabaña con un pequeño establo. Tess se rio y aceleró para acercarse a él.

—¡Es nuestra cabaña!

—Lo he organizado para que pasemos la noche aquí —reconoció él con una sonrisa.

Desmontaron, instalaron a los caballos y fueron hasta la puerta de la cabaña. Marc metió la llave en la cerradura.

—Esta vez, tengo la llave de verdad.

—¿Cómo entramos la otra vez? —preguntó ella parpadeando.

—Con mis llaves maestras.

El abrió la puerta y ella fue a entrar, pero él la detuvo.

—La otra vez te metí yo.

La tomó en brazos y entraron en la cabaña. Ella se quedó boquiabierta. En la mesa había pan, queso, galletas y tartas. También había una lata de té y botellas de vino. La chimenea ya estaba encendida y las sillas y el camastro estaban como los habían dejado ellos.

—¡No puedo imaginarme cómo lo has organizado! —exclamó ella.

Él la dejó en el suelo y la abrazó.

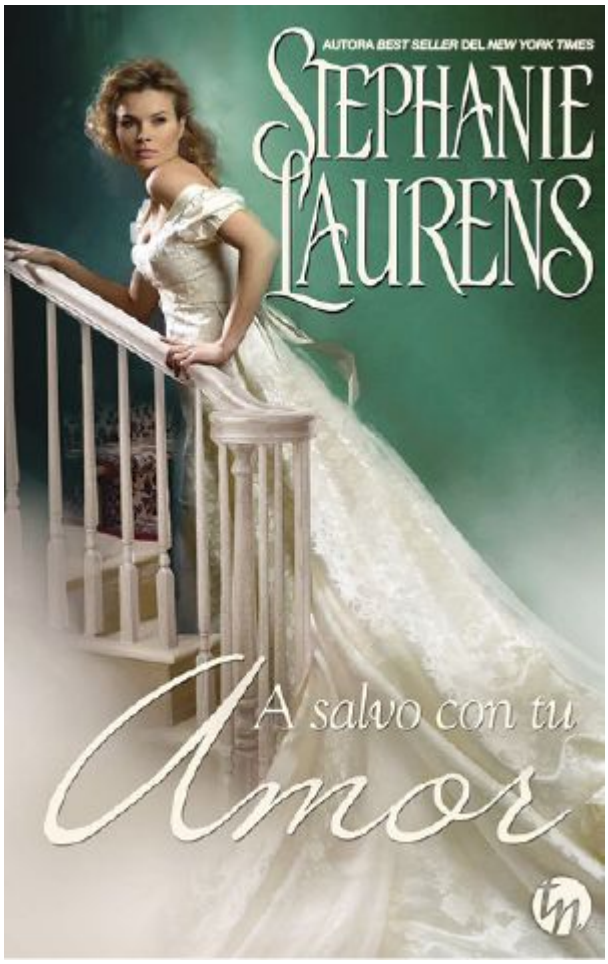
—El día más afortunado de mi vida fue cuando te encontré perdida en la lluvia y acabamos aquí. Quería celebrarlo.

Entonces, un rayo resplandeció, un trueno retumbó y la lluvia empezó a caer sobre el tejado. Los dos se rieron y se miraron a los ojos. Ella le acarició el rostro.

—También fue mi día más afortunado.

Él se inclinó y la besó apasionadamente mientras oían la lluvia.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com